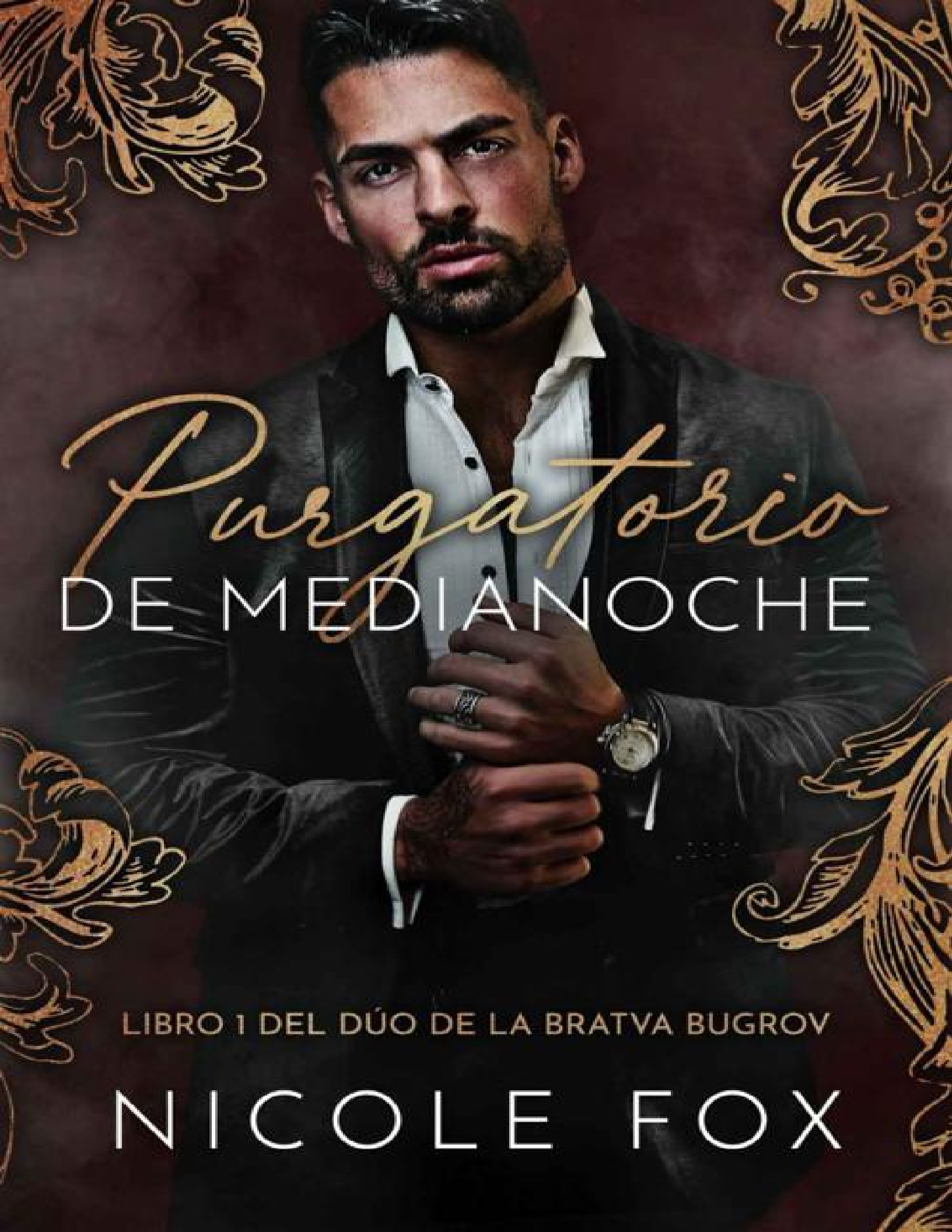

Purgatorio
DE MEDIANOCHE
LIBRO 1 DEL DÚO DE LA BRATVA BUGROV
NICOLE FOX

PURGATORIO DE MEDIANOCHE

LA BRATVA BUGROV

LIBRO 1

NICOLE FOX

ÍNDICE

Mi lista de correo
Otras Obras de Nicole Fox
Purgatorio de Medianoche

1. Alyssa
2. Uri
3. Alyssa
4. Alyssa
5. Alyssa
6. Alyssa
7. Uri
8. Alyssa
9. Uri
10. Uri
11. Alyssa
12. Uri
13. Uri
14. Alyssa
15. Uri
16. Alyssa
17. Alyssa
18. Uri
19. Alyssa
20. Uri
21. Alyssa
22. Uri
23. Alyssa
24. Uri
25. Alyssa
26. Alyssa
27. Alyssa
28. Uri
29. Alyssa
30. Uri
31. Alyssa
32. Alyssa
33. Uri
34. Alyssa
35. Alyssa
36. Uri
37. Uri
38. Alyssa
39. Alyssa
40. Uri

41. Uri
42. Uri
43. Alyssa
44. Uri
45. Alyssa
46. Uri
47. Uri
48. Alyssa
49. Uri
50. Uri
51. Alyssa
52. Uri
53. Alyssa
54. Uri
55. Alyssa
56. Uri
57. Alyssa
58. Alyssa
59. Uri
60. Alyssa
61. Uri
62. Alyssa
63. Alyssa
64. Uri

Copyright © 2023 por Nicole Fox

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

MI LISTA DE CORREO

¡Suscríbete a mi lista de correo! Los nuevos suscriptores reciben GRATIS una apasionada novela romántica de chico malo. Haz clic en el enlace para unirte.

OTRAS OBRAS DE NICOLE FOX

La Bratva Oryolov

Paraíso Cruel

Promesa Cruel

La Bratva Stepanov

Pecadora de Satén

Princesa de Satén

La Bratva Pushkin

Cognac de Villano

Cognac de Seductora

La Bratva Orlov

Champaña con un toque de veneno

Champaña con un toque de ira

Herederos del imperio Bratva

Kostya

Maksim

Andrei

La Bratva Viktorov

Whiskey Venenoso

Whiskey Sufrimiento

La Bratva Uvarov

Cicatrices de Zafiro

Lágrimas de Zafiro

la Mafia Mazzeo

Arrullo del Mentiroso

Arrullo del Pecador

la Bratva Volkov

Promesa Rota

Esperanza Rota

la Bratva Vlasov

Arrogante Monstruo

Arrogante Equivocación

la Bratva Zhukova

Tirano Imperfecto

Reina Imperfecta

la Bratva Makarova

Altar Destruido

Cuna Destruida

Dúo Rasgado

Velo Rasgado

Encaje Rasgado

la Mafia Belluci

Ángel Depravado

Reina Depravada

Imperio Depravado

la Bratva Kovalyov

Jaula Dorada

Lágrimas doradas

la Bratva Solovev

Corona Destruída

Trono Destruído

la Bratva Vorobev

Demonio de Terciopelo

Ángel de Terciopelo

la Bratva Romanoff

Inmaculada Decepción

Inmaculada Corrupción

PURGATORIO DE MEDIANOCHE

LIBRO 1 DEL DÚO DE LA BRATVA BUGROV

Mi guapo vecino encontró mi caja de “juguetes personales”.

Y mi misión de recuperarlos...

terminó en su cama.

Se suponía que era una broma:

Regalarle a mi mejor amiga juguetes para adultos subidos de tono para su despedida de soltera y avergonzarla delante de su familia.

Pero cuando mi paquete es entregado por error a mi guapísimo y misterioso vecino,

soy yo la que acaba avergonzada.

Me escabullo hasta su casa para intentar robárselo antes de que lo encuentre.

El problema es que me pilla en pleno robo...

Y entonces me obliga a quedarme a cenar.

La cena lleva al postre y el postre lleva a... otro postre, ya me entiendes.

Varios platos de dulce y pecaminosa tentación.

En mi defensa, es incluso más guapo de cerca que desde la ventana de mi habitación.

Cuando por fin vuelvo a casa a la mañana siguiente, abro mi paquete robado.

Pero parece que me equivoqué.

Y el violento lío que encuentro dentro cambiará mi vida para siempre.

Resulta que mi atractivo vecino es un jefe de la Bratva rusa, con profundos y oscuros secretos.

Resulta que también me dejó embarazada.

Purgatorio de Medianoche es el Libro 1 del dúo de la Bratva Bugrov. La historia de Uri y Alyssa continúa en el Libro 2 del dúo de la Bratva Bugrov, SANTUARIO DE MEDIANOCHE.

ALYSSA

Llega un momento en la vida de toda mujer joven en la que se encuentra en una situación delicada.

Este es mi momento.

Estoy colgada de las puntas de los dedos, a media altura de la valla que separa mi patio trasero del patio trasero de mi guapísimo y multimillonario vecino. Normalmente, eso parece un tipo de problema solucionable, ¿verdad? *Termina de trepar por la valla, tontita*.

Un detalle importante es que, por algún cruel capricho del universo, mis mallas se engancharon en un clavo saliente y se abrieron de par en par. Ese molesto enganche provoca dos cosas: una, inmovilizarme en mi sitio; y dos, revelar a cualquier alma que pase por allí que sí, llevo unas bragas de abuela horriblemente desgastadas y delgadas, y sí, de hecho, en ellas aparece Garfield con la boca llena de lasaña diciendo *Odio los lunes*. El hecho de que sea jueves solo lo hace mucho peor.

También hay otros problemas.

Como el hecho de que la caja de mis juguetes sexuales recién comprados que vine a robarle a mi vecino está ahora mismo en el suelo a mis pies, *juuuusto* fuera de mi alcance.

Como el hecho de que técnicamente estoy invadiendo propiedad privada y, si los rumores son creíbles, mi vecino es exactamente el tipo de magnate tecnológico violentamente litigante con dudosos rumores de afiliación a la mafia que arrastrará mi culo directo a los tribunales si me pilla.

Y, por último, pero no menos importante, el hecho de que dicho vecino esté cruzando su césped hacia mí ahora mismo.

Piensa, Alyssa. Piensa. ¿Qué haría Ziva?

Me encojo en cuanto se me pasa por la cabeza. En primer lugar, Ziva nunca estaría en esta situación. Pero Ziva tampoco está aquí para sacarme de ella.

Tampoco mi mejor amiga Elle, que es la verdadera culpable de todo este lío.

Bueno, más o menos. Verás, técnicamente, no son mis juguetes sexuales los que vine a recuperar. La caja de consoladores y similares de *Eve's Garden* es un regalo de broma para la

próxima despedida de soltera de Elle.

Solo de pensar en el contenido se me enrojecen las mejillas. He mirado el recibo unas mil veces desde que por fin me atreví a hacer el pedido, así que me sé el contenido de memoria. Contiene lo siguiente:

-Un (1) par de esposas forradas de piel rosa brillante

-Cuatro (4) ataduras de cuero para las extremidades (dos para las muñecas y dos para los tobillos) que, al parecer, se sujetan a una especie de anilla de acero en la parte inferior de la espalda y dejan al usuario atado y expuesto como un pavo de Acción de Gracias (el hilván se vende por separado).

-Seis (6) variedades diferentes de lubricante con nombres sugerentes y alarmantes en otros idiomas: crème brû-labia, very-berry-pop-my-cherry, etcétera, etcétera.

Y la pièce de résistance:

-Un (1) consolador de tentáculo alienígena morado, con ventosa y bridas nudosas de aspecto extraño que hacen que se me aprieten los muslos con solo pensar en esas cosas dentro de mí.

Han pasado dos semanas desde que pedí este kit para principiantes de *Mi primera mazmorra sexual*. He pasado ese tiempo alternando entre el terror morboso y la risa histérica ante la idea de que Elle lo abra delante de todas las mujeres de su familia.

Si eso suena cruel... bueno, se lo merece. Desde que nos conocimos en la escuela primaria y se le ocurrió ponerme el apodo de *Lyssa la Tímida*, Elle se ha propuesto verme sonrojar lo más a menudo posible.

Pero se sale con la suya porque realmente la quiero y ella realmente me quiere. Y cuando pasó lo de Ziva, Elle estuvo ahí para mí cuando la necesité.

Sin embargo, no está aquí cuando la necesito. De hecho, todo Los Ángeles parece estar conteniendo la respiración, como si toda la maldita ciudad estuviera pensando: *¿Cómo va a salir esta tonta de esta debacle?*

Excelente pregunta.

Ojalá tuviera una respuesta.

Porque la silueta que solo puede pertenecer a un hombre sigue avanzando.

Tarda mucho en llegar hasta mí porque es una propiedad absurdamente grande. Y yo no pertenezco a ningún lugar de ella. Solo por alguna extraña peculiaridad de las leyes de zonificación y la caótica expansión urbana de Los Ángeles, mi bungalow de dos dormitorios limita por un pequeño lado con la extensa finca de tres acres del señor Uri Bugrov.

Mi casa está literalmente a la sombra de su mansión. Pero desde mi rincón de lectura tengo una ventana que me permite ver directamente su puerta principal. Por eso reconozco su silueta, porque la he visto noche tras noche.

Siempre es el mismo ritual. Como un reloj, a las nueve de la noche, Uri Bugrov llega a casa en uno de sus elegantes y sin duda ridículamente caros coches de lujo. Una mujer inevitablemente

despampanante con curvas a lo Jessica Rabbit que podrías ver desde el espacio exterior se baja con él. Entran. Hacen (supongo) el tipo de cosas que requieren que estés desnuda y en posición horizontal, y que hacen las mujeres adultas con hombres tan asombrosamente guapos y ricos como Uri. Luego vuelven a salir, Uri mete a la mujer en un taxi y ella desaparece para no volver a ser vista.

No es raro que muchas mujeres guapas quieran acostarse con Uri. Es rico, famoso, bueno, infame, y muy, muy agradable a la vista.

Lo raro es lo *celosa* que me siento a veces de esas mujeres.

He tenido relaciones sexuales antes, aunque solo un puñado de veces. Todo el espectáculo de cortejo me pone nerviosa, si te soy sincera. Es tan íntimo. Gente en tu espacio. Respirando tu aliento. Sudando tu sudor.

No, gracias.

Una terapeuta a la que vi un tiempo después de Ziva sugirió que podría tener "problemas de intimidad". Me reí y le dije: "No, no tengo problemas de intimidad, simplemente no quiero a nadie cerca de mí nunca porque si me abro a alguien entonces podría morir y abandonarme y no puedo soportar la idea de que eso ocurra, así que me aíslo del mundo antes de que el mundo pueda infligirme más crueldad".

Ahora que lo pienso, puede que tuviera razón.

La silueta se acerca. Diez segundos o menos para el impacto.

Hace una hora, todo iba de maravilla. Actualizaba una y otra vez la información de seguimiento del envío de *Eve's Garden*. ***A tres paradas. A dos paradas. Tú eres la próxima parada***. Esperé a que suene el timbre, pero...

Nada.

No llamaron a la puerta, no sonó el timbre y, cuando bajé a comprobar la entrada, no había ningún paquete discretamente envuelto de consoladores alienígenas morados.

Pero cuando levanté la vista, vi con horror que el cartero se dirigía a la mansión de Uri *con mi paquete bajo el brazo.*

Debería haber hecho algo entonces. Gritar, hablarle, quizá incluso dispararle desde el tejado con un arco y una flecha. En lugar de eso, me quedé estúpidamente en mi sitio y vi cómo el cartero dejaba el paquete en el escalón de Uri. Luego, bajó hasta su furgoneta, subió y se marchó.

Después de eso, empecé a llamar en pánico a cualquier número de teléfono de Correos que pudiera ser útil para que enviaran al equipo S.W.A.T. de Correos a rescatar la mercancía. Pero no paraban de pasar de un centro de llamadas a otro. Nadie podía ayudarme.

El resultado final fue que mi paquete seguía abandonado en la finca de Bugrov y solo tenía una forma de recuperarlo.

Voy a hacerlo yo misma.

Pero ese pensamiento me ha hecho querer acurrucarme debajo de mi cama y no salir nunca.

Darle el regalo a Elle ya iba a ser bastante humillante. Marchar hasta la enorme puerta de Uri y exigirle al titán de ojos azules que vive allí que, *ejem, me devolvería mi consolador alienígena púrpura gigante, ¿por favor?*

Eso es pedir la muerte por vergüenza.

Pero ¿qué otra opción me quedaba? Intenté decirme a mí misma que Uri o su ama de llaves lo tirarían. Que podría pedir otro y olvidarme por completo de este vergonzoso margarito. Pero nada de eso me tranquilizó.

Lo más doloroso era que aún podía verlo en la entrada de su casa. *Justo ahí*. Fue entonces cuando mi peor idea cobró vida. Si esperaba a que cayera la noche, quizá podría colarme por la valla y robarlo sin que nadie se diera cuenta...

De alguna manera, de todos mis planes, ese fue el que triunfó.

Me dije que sería rápido. Entrar y salir como una ninja. Incluso me puse ropa negra para no llamar la atención.

—Todo va a salir bien —me susurré, justo antes de salir al patio trasero—. Dentro y fuera como una ninja. Dentro y fuera como un ninja.

Si Ziva me hubiera visto, se habría partido de risa. Miré su foto en la repisa de la chimenea. Una foto de nosotras dos en la graduación del instituto. Las gemelas Walsh, las dos con vestidos malva a juego y sonrisas de diecisiete años.

La mía no cambió mucho con los años.

Pero la suya se congeló así para siempre.

Aparté la mirada. Necesitaba concentrarme. Hora de la verdad.

Al principio, todo fue bien. Salté la valla como si estuviera en *American Ninja Warrior: Edición Exfiltración de Juguetes Sexuales.*

Me acerqué a la entrada de Uri.

Recogí mi paquete y volví a la valla, lo tiré al patio trasero, empecé a escalar...

Entonces, se produjo el desastre.

Se hundió el clavo, más concretamente. Me abrió el muslo y me inmovilizó. Garfield ha hecho su aparición triunfal.

Y ahora, el hombre del momento está aquí para hacerme una pregunta muy razonable.

—¿Qué demonios estás haciendo en mi propiedad?

URI

Hay una chica medio desnuda colgando de mi valla.

Me detengo a unos metros de ella y observo la escena. Cuelga indefensa. Una mano en la parte superior de las tablas, tan cerca de la libertad y, sin embargo, tan jodidamente lejos. Tiene una especie de gato naranja de dibujos animados impreso en el culo. Los jirones de sus polainas se agitan con el viento.

No se *parece* a ningún asesino que haya intentado matarme antes.

Pero hay una primera vez para todo, así que por ahora mantengo las distancias.

—¿Qué demonios haces en mi propiedad? —gruño.

Se deja caer donde está colgada, lo suficiente para que la cortina de pelo le caiga sobre la cara. La reconozco vagamente como la chica que vive en la casa de al lado, en esa pequeña choza que la junta de zonificación de la ciudad no me dejó derribar.

—La mayoría de la gente le ofrecería a una chica ayuda para bajar —jadea. Vuelve a patalear y hace una mueca aguda de dolor.

Mis ojos bajan y ven sangre en su piel. Hay un clavo suelto, responsable del corte. Necesita atención médica y la vacuna del tétanos.

Pero eligió la propiedad equivocada para entrar, si quiere encontrarse con un puto buen samaritano.

—Eso no responde mi pregunta.

—Estoy... —tose y se estremece de nuevo—. No puedo respirar...

Dios mío. Si de hecho es una de las asesinas a sueldo de Boris Sobakin, como sospeché al principio, entonces es su intento más patético hasta la fecha.

Sería fácil dejarla aquí. Mi seguridad vendría a hacer lo que han sido entrenados para hacer con ladrones y criminales en potencia. Desaparecería para siempre. Demonios, podría finalmente arrasar su casa.

Pero algo me detiene. No sé qué es ese algo. Lástima, tal vez.

O quizá sea la curva de su pierna, asomando por debajo de las mallas rotas.

Tal vez sea lo deprimente que me parecen sus bragas lavadas demasiadas veces, nunca vistas por un amante. Cuentan la historia de una vida pasada rehuyendo a la mirada de hombres como yo, hombres que dominan todo lo que se les pone por delante. Quizá sea porque quiero arrancarlas y ver si su coño es tan dulce e inocente como el resto de su cuerpo.

Sin embargo, "lástima" es la explicación más sencilla.

Pongo los ojos en blanco y avanzo a grandes zancadas. Le pongo las dos manos en las caderas, la levanto con cuidado del clavo que sobresale y la pongo en pie.

Debería soltarla una vez terminado el trabajo. Pero mis manos permanecen pegadas a su cintura unos segundos más de lo debido. Mis ojos se clavan en los suyos. Tiene el iris azul claro, casi translúcido, cerúleo como el algodón de azúcar. Sus labios son suaves y arqueados, y entre ellos se escapa un pequeño suspiro asustado mientras me mira y traga saliva.

Es demasiado inocente, joder. Le quito las manos de las caderas y me las meto en los bolsillos. Tocar a esta chica es casi suficiente para arruinarla. Entretener mis fantasías de hacer pedazos esa ropa interior de gato naranja sería absolutamente suficiente.

—No soy como la mayoría de la gente —murmuro.

Ella retrocede y parpadea, confundida. —¿Qué?

—Dijiste que "la mayoría de la gente" te ayudaría a bajar. Yo no soy la mayoría de la gente.

—Oh. Bueno, sí. Claro. Vives en un castillo, para empezar.

Resoplo y miro mi casa por encima del hombro. Comparada con su pequeño cuchitril, tiene algunas cualidades propias de un castillo. —La envidia es impropia —comento mientras vuelvo a mirarla.

La chica pone los ojos en blanco. —Ah, el lujo de poder cagar en un baño diferente cada día de la semana. Es bueno saber que no se te subió a la cabeza.

—Yo era un bastardo egocentrista mucho antes de la casa.

Se da dos palmadas sarcásticas en la cara. —¡También es autoconsciente! —luego, con un gesto vago, añade—: ¿También eras un bastardo egocéntrico antes de todo esto?

Sigo su gesto, confundido. Llevo lo de siempre: traje Cesare Attolini color carbón, corbata Hermes negra, mocasines Tom Ford tan oscuros como mi pelo. El reloj de mi muñeca refleja la luna creciente. —¿Antes de todo qué?

—No actúes como si no supieras que estás bien vestido y eres guapo.

—No actúes como si yo pudiera ser diferente si no lo fuera.

—Dios mío, ¿tienes una réplica para todo? Es exasperante. Siento como si estuvieras leyendo el guion de una película.

Me muevo en mi sitio cuando la brisa hace llegar su aroma a mi nariz. Un dulce y salado perfume de sudor y vainilla. Mi polla se agita. —¿Qué pasa después en esta película?

Cruza los brazos sobre el pecho. —Acabamos de establecer que tú eres el que tiene el guion. ¿Por qué no me lo dices?

—Cena —respondo de inmediato. Mi respuesta me pilla por sorpresa. Tengo que pasarme una mano por el pelo y volver a controlarme antes de añadir—: Vendrás a sentarte a mi mesa y a explicarme qué coño hacías en mi propiedad.

Observo atentamente cómo la chica vuelve a tragar saliva. Su garganta se sacude nerviosa y juguetea con una pulsera que lleva en la muñeca. Creo que ni siquiera es consciente de ello. Miro hacia abajo y veo un eslabón con la letra "Z" grabada en oro rosa mientras lo mueve de un lado a otro.

—No lo creo —dice al fin—. Pero es muy amable por tu parte ofrecerlo.

Eso me enfurece. La gente no me dice que no. Ya no. —No fue una oferta, *narushitel*. Vámonos. Tú vienes conmigo.

Empiezo a darme vuelta, pero ella se mantiene obstinadamente en su sitio. Giro hacia atrás, exasperado.

—Mi madre me enseñó hace mucho tiempo a no ir a lugares extraños con gente extraña —explica.

—Y la mía me dijo que disparara a los intrusos en cuanto los viera. ¿A la madre de quién debemos escuchar?

Incluso a la luz de la luna, su rostro palidece. Siento una punzada de algo que no siento a menudo: culpa. Parece aterrorizada de repente y no la culpo. De hecho, eso me dijo mi madre y fue mi primer instinto cuando mi equipo de seguridad me informó de que alguien había cruzado la puerta suroeste.

Pero dispararle sería desperdiciar una bala. No es una asesina y no sabe absolutamente nada sobre quién soy o qué tipo de organización dirijo. Solo es una mujer tímida y asustada, aunque irritantemente atractiva, así que interrogarla en la cena suena a castigo suficiente.

Suspirando, la señalo. —Te has desgarrado el muslo con un clavo oxidado. Te afincas en la otra pierna, así que sé que te duele más de lo que estás dispuesta a admitir. También sé que no hay ni una puta posibilidad de que tengas una vacuna antitetánica extra junto a la ensalada a medio comer y la barra de pan mohosa que sin duda se pudren en tu nevera ahora mismo. Resulta que tengo suministros médicos en abundancia. Así que hazte un favor: deja de ser testaruda, cena conmigo y te daré la atención médica que necesitas. De lo contrario, te despertarás con tétanos, cargos por allanamiento y una fea cicatriz para el resto de tu vida.

Sigue sin estar convencida, así que le tiendo la mano. Se aparta antes de darse cuenta de lo que estoy haciendo.

—Soy Uri Bugrov —le digo—. Ya no soy un extraño.

Delicadamente, coloca su pequeña mano en la mía. —Alyssa Walsh.

—Es un placer conocerte, Alyssa. Ahora, ¿caminarás a mi casa o tendré que llevarte en brazos?

ALYSSA

Opto por caminar.

Uno, porque no quiero que piense que quiero que me lleve.

Y dos, porque si lo intenta, me sonrojaré tanto que los astronautas que vuelen por el espacio podrán ver mis mejillas rojas. Uri sentirá que irradio un calor vergonzoso a nivel nuclear y asumirá lo obvio: que estoy completa y absolutamente embobada con él.

Lo que definitivamente no estoy. Aparte de tener un sano aprecio por su físico duro como una roca y su estructura ósea simétrica, claro. Quiero decir, la atracción física es solo superficial, ¿verdad? Prácticamente sin sentido.

Quiero decir, claro, en el pasado lo he visto desde el rincón de lectura de mi habitación. Pero también miro a Henry Cavill. No significa que esté enamorada de él.

Es un camino largo y silencioso por el césped hasta la mansión. Me lleva dentro sin ningún sentimiento de orgullo ni el más mínimo indicio de que sabe que vive en el puto Taj Mahal de Los Ángeles. Hago todo lo posible por no quedarme boquiabierta mientras pasamos por delante de ventanales de doble altura, óleos oscuros y sofás de cuero negro lo bastante grandes como para que quepan todas las personas que conocí en mi vida.

El salón da al jardín, que puede verse a través de las enormes ventanas de arco que abrazan la curva de la habitación. Una criada que está limpiando uno de los rincones se sobresalta al ver a Uri y se sonroja.

Sí, te entiendo, hermana. Aunque mejor tú que yo.

—Mariska, ¿puedes traer el botiquín, por favor?

Hm, es educado con su personal doméstico. No me lo esperaba.

Pero ¿qué *esperaba*? No es que sepa todo sobre este hombre. Pero también estaría mintiendo si dijera que no sé nada de él.

Sé que le gusta entretener a las mujeres. Sobre todo, rubias con las proporciones sobrehumanas de una Kardashian. Pero no es el único dato que tengo.

También sé que le gusta jugar al fútbol en los terrenos de su propiedad con un hombre más joven que se parece demasiado a él como para no ser su hermano. Todavía recuerdo la primera vez que

los vi jugar. Primero me llamó la atención la perfección esculpida y sin camiseta de los abdominales de Uri. Pero seguí pensando en él por la forma en la que interactuaba con su hermano. No era la típica actitud de *no me jodas* que suele desprender incluso a cien metros de distancia. Era algo más cercano.

Parecía un tipo normal. Bueno, digo, si un tipo normal midiera más de dos metros, tuviera unos bíceps impecables, unos abdominales de infarto y una cara que haría llorar a los ángeles. Más concretamente, parecía un hermano mayor divirtiéndose con su hermano pequeño.

Me recordaba a la forma en la que Ziva y yo solíamos estar la una con la otra. Cómodas. Fácil. Sin esfuerzo.

Me entristecía, me daba envidia y me sentía necesitada al mismo tiempo. Esa era la verdadera razón por la que quizá me interesaba demasiado Uri Bugrov. Esa era la verdadera razón por la que no podía odiarlo del todo.

Y tal vez, solo tal vez, esa fue la razón por la que acepté esta invitación a su casa. Porque quería ver si hay un humano detrás de la máscara impecable.

—Siéntate.

Obedezco antes de darme cuenta de lo que hago y cojo una silla frente a las ventanas.

Frunzo el ceño ante mi sumisión, pero es demasiado tarde para armarme de valor, así que suspiro y me hundo en el asiento. No se equivocaba: me duele la pierna.

—Tienes una bonita casa —comento.

No sonríe como la mayoría de la gente cuando lo felicitan por su casa. Se limita a asentir con apatía. —Así es.

—Tu humildad es asombrosa.

—Una de mis mejores cualidades.

No me está mirando. Está rebuscando en un armario cercano. Me aclaro la garganta torpemente mientras miro a mi alrededor en busca de algo de lo que hablar. No se me dan muy bien los silencios tensos. O los silencios incómodos. O los silencios en general.

—¿Vives solo?

Frunce el ceño como si mi pregunta le pareciera ofensiva. —Tengo personal. Algunos viven en la propiedad.

—¿No tienes familia?

Quizá el tipo con el que le he visto jugar al fútbol no sea en realidad su hermano. ¿Tal vez es solo un amigo? ¿Un compañero de trabajo? ¿Un amante secreto?

¿No *sería* un giro argumental?

Echo un vistazo a la habitación y me doy cuenta de que la criada, Mariska, se ha dejado abierta la puerta del armario que estaba limpiando. Veo asomar un marco, media foto, unas cuantas caras estoicas.

—¿Esa *es* tu familia?

Antes de que me dé cuenta, la puerta del armario se cierra de golpe. Los ojos azules de Uri se clavan en mí, impacientes. —No hablo de mi familia. No vuelvas a preguntarme.

Guau. ¿Qué demonios fue eso?

Por otra parte, recuerdo que la gente me preguntaba por Ziva justo después del funeral. Los mandaba a todos a la mierda. Viniendo de *Lyssa la Tímida*, esas palabras eran más mordaces de lo que pretendía. Pero sirvieron para darme lo que quería: soledad.

—Vale —suelto—. No lo haré.

Sus cejas se arquean como si fuera a decir algo más. Entonces, Mariska vuelve a entrar en el salón, con un botiquín de primeros auxilios de aspecto fornido.

Se lo quita. —Gracias, Mariska. Tómate la tarde libre, por favor.

Ella le dedica una sonrisa cohibida y sale de la habitación. Y lo único que puedo pensar es: *¡No, Mariska, no me dejes a solas con él!*

Aunque aún no he decidido si es porque no puedo confiar en él... O porque no puedo confiar en mí misma.

Me miro el corte del muslo. Casi ha dejado de sangrar, pero parece un desgarrón bastante feo. Uri se sienta frente a mí en la mesita de cristal tallado y abre el botiquín.

—Pon tu pierna en mi regazo.

—¿Perdona? —casi me ahogo con mi propia lengua mientras él me mira con una ceja enarcada.

—Tu pierna —dice con acentuada lentitud, como si yo fuera estúpida—. En mi regazo. A menos que quieras que intente vendarte a distancia.

Trago saliva. —Um, claro. Sí. Vale...

Con cautela, levanto la pierna y la coloco sobre su rodilla, de modo que mi pie cuelga sobre la mesita detrás de él. El calor de su cuerpo me empapa la piel. Examina la herida durante unos segundos antes de agarrar dos veces la tela de mis medias demasiado finas...

...y destrozarla como el Increíble Hulk.

—¿Qué crees que estás haciendo? —me sobresalto mientras mis mallas se desprenden inútilmente como pétalos de flores marchitas.

—Necesito ver bien la herida y la tela me estorba. Además, ya está destrozada, así que no te hice nada que no te hayas hecho tú misma. Ahora, deja de quejarte y deja que me ocupe de esto antes de que se infecte.

Se me desencaja la mandíbula, pero el calor que me recorre no es ninguna broma.

Ahora mismo me vendría bien una ducha fría.

Por más de una razón.

Sus dedos rozan la parte interior de mi muslo y respiro. Cuando levanta los ojos hacia los míos, soy incapaz de apartar la mirada.

Yyyyy… entra el sonrojo en escena. Estoy decepcionada conmigo misma por no haber durado tanto. Pero supongo que era una batalla perdida desde el principio.

—N-no tienes por qué hacer esto —suelto.

No levanta la cabeza de donde sus dedos están amasando mi piel. —Estás en mi casa, con los pantalones estropeados y tu muslo sobre mi pierna. Llegamos hasta aquí. No tiene sentido volver atrás ahora.

Miro hacia abajo y asiento, esperando que no note el rubor. ¿A quién demonios quiero engañar? Claro que se ha dado cuenta. Mi piel, normalmente pálida, pasa de estar al borde de la anemia a ser una quemadura solar en cuestión de segundos. Sutil, no es.

Permanezco en silencio mientras él limpia la herida con un bastoncillo de algodón para eliminar los restos. Para ser un hombre tan grande y bruto, es meticuloso y amable.

—¿Has tratado con muchas heridas sangrientas en tu vida? —bromeo.

—Muchas. Aunque no suelo quedarme para la parte del vendaje.

—Ja, ja —digo torpemente—. Así que le cambiamos el significado a la frase "asesino de mujeres".

Ni siquiera esboza una sonrisa. Sin embargo, sigue limpiando mi muslo ensangrentado.

Mi ritmo cardíaco aumenta tan rápido que me empiezan a sudar las palmas de las manos. Todos esos rumores de la mafia vuelven a mi cabeza. No es que sean tan difíciles de creer. Quiero decir, el hombre vive en un recinto vallado, erizado con todo tipo de seguridad conocida por el hombre. No entiendo por qué pensé que entrar aquí era una buena idea.

Uri retrocede de repente y yo salto en mi sitio. Se queda inmóvil y me mira. —Puedes estar tranquila. Solo voy a buscar el desinfectante.

Me aclaro la garganta. —Claro. Por supuesto. Lo sabía.

Busca en el botiquín y saca una botella. —¿Me tienes miedo, Alyssa?

—¿Quién, yo? —un escalofrío me recorre la espalda—. No. Nunca.

Uri sonríe sombríamente. —Tendrás que intentarlo con más ganas si quieres que te crea. Puedo oler una mentira a una milla de distancia.

¿Son imaginaciones mías o me aprieta la pierna? ¿Es una amenaza? ¿Un juego de poder? ¿Soy una mujer muerta andando? ¿Mi broma sobre el asesino de mujeres ha sido demasiado atrevida?

Mantén la calma, me digo. *No dejes que vea que te está afectando*.

—Podría estar un poco asustada. Quiero decir, mira dónde vives. Mira *cómo* vives. Es más que intimidante. Y sí, tú también lo eres, pero si sonrieras más, eso podría ayudar.

—¿Qué te hace pensar que quiero ayudar?

Una punzada de dolor en la pierna me quita la réplica que me disponía a soltar. Miro hacia abajo y me doy cuenta de que me está aplicando el desinfectante.

—Un pequeño aviso habría estado bien —digo.

—El dolor rara vez viene con una advertencia, *narushitel*.

Su mano roza mi muslo y el calor vuelve a subir. *Genial, justo lo que necesito. Más calor para aumentar el sudor*. Parece no darse cuenta del conflicto mental que se agita en mi cabeza. La mayoría de la gente tiene un interruptor de lucha o de huida. ¿Yo? Yo tengo un interruptor de huida o congelación. Esta noche, está atascado en la congelación.

Aprieto los dientes. —Esto está tardando mucho.

—Eso te enseñará a no subirte a las vallas de los demás.

Frunzo el ceño. —No hay razón para que tus vallas sean tan altas. O tan afiladas.

—Considerando que una vecina entrometida intentó escalarlas esta noche, me inclino a discrepar.

—¡No soy entrometida!

—Entonces, ¿por qué intentabas escalar mi valla?

Ahí está otra vez, la reacción de congelación. *Porque necesitaba recuperar mi consolador púrpura gigante, por eso.*

—Yo... um... —solo dile la verdad. Es una solución bastante simple—. Solo necesitaba algo.

—Nadie se lleva nada de mi hacienda sin mi permiso primero.

Cuando lo dice así, suena estúpido. Me cuesta recordar por qué me creí Jason Bourne en vez de ir a la puerta y preguntar amablemente, como una persona normal.

Soy la primera en romper el contacto visual. —¿Sabes qué? No necesito la venda, en serio. Puedo...

—Quédate quieta —gruñe. Su voz es como un látigo, y mi culo vuelve a su sitio al instante—. Te quedarás aquí sentada hasta que yo diga lo contrario.

Empiezo a preguntarme si quizá debería entrar en pánico en este momento. Estoy en casa de un extraño, a merced de un extraño. ¿Y qué si es guapo y rico? ¿Y qué si rezuma un encanto oscuro y extrañamente seductor que me hace temblar y sudar al mismo tiempo cada vez que me toca? Apuesto a que muchos asesinos en serie son carismáticos.

Pero Uri no da señales de querer dejarme marchar. Me venda el muslo con cuidado, con las cejas enarcadas todo el tiempo. Parece enfadado, pero es que lleva así desde el momento en que se me acercó colgando de su valla.

El dolor de mi pierna se reduce a un leve y totalmente soportable escozor. —Gracias —murmuro en voz baja.

—Oh, yo no me agradecería todavía.

Trago saliva. Cada vez que mis latidos se estabilizan, dice algo que los vuelve a acelerar.

Espera un momento y la comisura de sus labios se mueve un grado hacia arriba. Es lo más parecido a una sonrisa que le vi hasta ahora. Me pone el pie en el suelo con cautela y se levanta. —Vamos. La cena ya debería estar en la mesa.

¿Esto está pasando de verdad? Parece que sí, porque Uri se levanta y empieza a salir del salón sin ni siquiera molestarse en mirar atrás. Así de seguro está de que lo seguiré.

—¡Espera! —protesto, poniéndome en pie torpemente.

Me mira por encima del hombro. —¿Sí?

—Yo... no puedo cenar aquí.

—¿Por qué?

Mil respuestas obvias saltan a mi mente. *¡Porque tienes vínculos con la mafia! Un historial de negocios turbios. Una cantidad absurda de seguridad, rumores inquietantes, una sonrisa que hace que mis rodillas parezcan espaguetis flácidos. Elige la que más te guste.*

Ziva podría haberle dicho todo eso.

Pero no *Lyssa la Tímida*.

—Porque... bueno... mírame —realmente no sé por qué hago gestos hacia mis muslos. Es justo lo que necesito: más atención sobre mi vergonzoso estado de desnudez.

Su boca se tuerce hacia arriba. —Ya he visto el gato naranja en tus bragas, Alyssa. Que te cambies ahora no me hará olvidarlo. Ahora, ven.

Hay tanta autoridad en su voz que siento que no tengo elección. Una cena no me matará, ¿verdad?

Eso espero.

Así que lo sigo a la mesa, deseando que no acabe siendo *yo* el aperitivo.

ALYSSA

Es oficial: la cena fue una mala idea.

Ver a Uri masticar su comida es extrañamente sensual. Incluso la forma en que coge su copa de vino y le da un giro confiado al líquido rojo rubí resulta sexy.

Los chicos con los que he salido bebían Coors Light tibia y eructaban entre sorbo y sorbo. Comían Cheetos y cenas congeladas, no foie gras y salmón a la plancha.

Todo esto pone de manifiesto una cosa: está muy, muy fuera de mi alcance.

No tengo ni idea de cómo hablar o tratar con un hombre como Uri. Es tan... adulto. Y es seguro de sí mismo. Y da miedo, aunque no sé exactamente cómo. Quizá sean todos esos rumores sobre su reputación que me rondan la cabeza.

Lazos con la mafia y hombres malos haciendo tratos corruptos en trastiendas humeantes.

Cadáveres apilados sobre cadáveres, ejecuciones al estilo del hampa, huesos ensangrentados que se disuelven en cubas de ácido.

Y dinero. Dinero saliendo por todos los poros, por todos los rincones.

Pero el hombre acaba de limpiar mi herida después de que invadí su propiedad. No puede ser tan malo, ¿verdad?

...¿Verdad?

El problema es sobre todo conmigo. Soy demasiado consciente de su cercanía, de cómo me mira como si fuera la única persona que existe. Me pregunto si es consciente de lo que esa mirada suya le hace a la gente. Algo me dice que lo sabe muy, muy bien.

—Bueno, esto es... —busco las palabras—... no es como esperaba que fuera mi noche.

La boca de Uri se tuerce en esa sonrisa apenas esbozada. —Yo podría decir lo mismo.

—Debes conocer a mucha gente interesante, viviendo en un lugar como este. No hay muchas chicas como yo que lleguen sin avisar —suelto una carcajada autocrítica.

—Nadie como tú —subraya con sencillez. Hay algo en su voz que me hace mirarlo a los ojos. Hay más sinceridad de la que esperaba. Me desconcierta.

El momento de seriedad se prolonga, sin que ninguno de los dos mire hacia otro lado.

Finalmente, Uri se aclara la garganta. —¿Quieres un poco de vino?

—No, gracias. No soy muy bebedora de vino.

—¿Qué bebes, entonces?

—Agua, sobre todo.

Hace una mueca. —Te daré la oportunidad de pensar en una respuesta mejor.

Me encojo de hombros. —Gastar mucho dinero en alcohol caro nunca tuvo sentido para mí. Prefiero gastar mi dinero en experiencias.

Su mueca permanece mientras me sirve una copa del mismo vino que él está bebiendo. Una vez devuelta la botella a su cubitera, me entrega la copa.

—Beber vino así es toda una experiencia. Primero, un sorbo pequeño.

Cojo la copa y agito el contenido como lo vi hacer a él. Pero mi remolino no es tan seguro ni tan elegante. De hecho, casi pinto la mesa con un chapoteo de vino. Espero que se burle de mí o que simplemente me eche a la calle, pero se queda mirándome sin decir nada.

—Bien, vale. Um... —me distrae mucho la atención con la que me observa—. Así que tomo un sorbo y luego yo... Los bebedores de vino a veces escupen su vino, ¿verdad?

¿Está sonriendo? Sí. Santo Dios. Eso es un arma mortal. Entre eso y la mirada, este hombre tiene que estar en una lista de vigilancia del FBI en alguna parte.

—Me pareces el tipo de chica que traga.

Enseguida me atraganto con nada más que aire. El rubor se extiende como un reguero de pólvora, así que oculto mi tos y el calor de mis mejillas tras un sorbo. Es sedoso en la lengua. Afrutado, seco, delicioso.

—¿Bien? —pregunta, divertido.

—Delicioso —pero eso podría tener más que ver con él que con el vino—. Está muy bueno. Sabe caro.

Sonríe y se lame los labios. —No me meto cualquier cosa en la boca.

Tiene que estar haciéndolo a propósito, ¿no? La forma en que sus ojos se deslizan por mi cara me produce un cosquilleo en el cuerpo. Nunca había sido tan consciente de mis propios miembros.

Sigo retorciéndome en mi asiento, reconociendo una repentina e innegable palpitación entre mis piernas. ¿Es esto estar excitada? Y de repente, vuelvo a sonrojarme al darme cuenta de que pasé veinticinco malditos años pensando que me excitaba, cuando está claro que no era nada parecido.

Lo que es aún más alarmante es el brusco cambio de comportamiento. Pasó de una amenaza discreta a un coqueteo agresivo en cuestión de momentos. Tiene que haber una trampa en alguna parte. Si tan solo pudiera ver más allá de esos labios tan besables para averiguar cuál podría ser

esa trampa.

—Eres bueno en esto, ¿verdad?

Levanta las cejas. —¿Bueno en qué?

—Hacer que las mujeres se sientan incómodas.

Sonríe. —Soy bueno haciendo que las mujeres sientan todo tipo de cosas.

—Oh, estoy segura. Tienes mucha experiencia, por lo que veo. Esa puerta giratoria nunca se detiene.

Ahora parece divertido. Tiene una ceja arqueada y una sonrisa ladeada. —Me has estado observando.

Me sonrojo de nuevo y pongo los ojos en blanco. —Quiero decir, somos vecinos. También me fijé en las rutinas de la señora Heidegger, así que no te ilusiones. Y a mí me gusta leer por las noches junto a mi ventana mientras tú acompañas a tus... ejem... "citas" a sus taxis.

Es desconcertante lo concentrado que está en mí. Creo que no ha apartado la mirada en los últimos minutos. —¿Más vino? —dice, en lugar de responder a lo que he dicho.

Miro hacia abajo y descubro que casi terminé mi primera copa. ¿Cómo demonios ha pasado eso?

—Claro, ¿por qué no?

¿Por qué no? ¡Por qué no! Tengo tantas razones dando vueltas en la cabeza que no sé en cuál centrarme.

¿Qué tal el hecho de que emborracharme en la propiedad de este hombre está lejos de ser mi mejor idea? ¿Y el hecho de que, cuanto más bebo, más relajada y desinhibida me siento? ¿Y el hecho de que siempre he sido un peso ligero en lo que respecta al alcohol y que este es el peor momento posible para alentar todas las demás tentaciones peligrosas que se arremolinan en mis pensamientos?

Pero, cuando vuelve a llenarme la copa, no lo detengo. Chocamos las copas y bebo otro sorbo.

Se acabó, me regaña la vocecita de mi cabeza. *La última copa y te llevas tu culo de Garfield a casa.*

~

ME EQUIVOQUÉ EN UNA COSA: no es la última copa.

Pero tenía razón en otra: era muy, muy mala idea quedarse aquí.

Acabo bebiéndome tres más antes de empezar a decir que no a más. Recién ahora empiezo a darme cuenta de que este podría haber sido su plan todo el tiempo.

Atraer a la pobre y desprevenida vecina a la casa y agasajarla con vino caro antes de matar. Vaya, se lo he puesto fácil.

Justo después de retirar los platos de postre, me pongo en pie. La cabeza me da vueltas, pero me sobrepongo al mareo. —Debería irme... Gracias por la cena. Y por los primeros auxilios. Estuvo delicioso —*espera, eso no está bien*—. Quiero decir, la comida estuvo deliciosa. Los primeros auxilios fueron... bueno, ya sabes. Te ayudaré a recoger la mesa y luego me iré.

Qué vergüenza. ¿Por qué demonios no puedo dejar de hablar? ¿Será porque está muy cerca de mí y el olor a whisky y canela que desprende me está provocando una erección femenina?

—¿Qué te hace pensar que puedes irte?

¿Cuándo se levantó Uri? ¿Cómo se las arregló para acercarse tanto sin que lo note?

Me mira fijamente. Ya no hay ni rastro de sonrisa en su cara. Esos pómulos son realmente increíbles. Igual que sus ojos.

—¿No me dejarás ir? —pregunto, entumecida. Vuelven los escalofríos, que me recorren la espina dorsal y me ponen la piel de gallina.

—No sin darme algo a cambio —su lengua se desliza sobre sus labios—. Sabes, nunca respondiste a mi primera pregunta. ¿Qué estabas haciendo en mi propiedad, *narushitel*?

Me tiene atrapada entre su cuerpo y la mesa del comedor. Si retrocedo un centímetro más, mi culo caerá directamente sobre la mesa. Estoy a punto de decirle la verdad cuando pienso en el contenido de mi paquete. ¿De verdad quiero terminar esta noche extraña y de otro mundo hablando de consoladores de tentáculos alienígenas morados?

No. No, no quiero.

—Solo estaba... dando un paseo.

—¿Un paseo? —arquea una ceja y, sinceramente, empiezo a sudar—. ¿En mi propiedad vallada?

—Ajá.

No soy nada convincente. —Vale, puede que no sea un paseo. Es una historia larga y rara, y probablemente no te vas a creer ni una palabra, pero te juro que es verdad. Básicamente, mi mejor amiga se va a casar y encargué un paquete de juguetes sexuales para sorprenderla, porque siempre me avergüenza, por eso me llama *Lyssa la Tímida*, y quería pagarle con la misma moneda, así que compré lo más raro que encontré, pero te lo enviaron a ti por error y tuve que venir a recuperarlo, pero estaba demasiado asustada para llamar al timbre, así que estaba saltando la valla y me quedé atascada y... —pierdo el control a mitad de mi incoherente divagación. En mi defensa, es imposible mirar a esos ojos de frente y contar una historia lógica.

Uri alza las cejas y se acerca un poco más. Emana calor y ese olor que hace que mis pensamientos se vuelvan locos. No es como si no tuviera ya una cascada allí abajo. Ahora, estoy sudando de pies a cabeza.

—Ya veo —sus ojos bajan por mi cuerpo—. Interesante ropa interior, por cierto.

Trago saliva. Seguramente, la proximidad entre nosotros no es socialmente aceptable.

A menos que fuéramos a... ya sabes. Lo cual no es el caso. Es decir, mi autoestima no es tan baja como para considerarme poco atractiva, pero, aun así, he visto a las mujeres que Uri ha paseado

durante los dos últimos años, desde que se mudó a la mansión de al lado.

Supongo que a ninguna de esas mujeres las pillarían muertas en ropa interior de Garfield. —Interesante, pero confusa —añade.

Parpadeo. —¿Qué parte es confusa?

—La parte en la que, cada vez que miro en tu dirección, me imagino arrancándotela de cuajo y devorándote hasta que te tiemblen las piernas y te corras tan bonita en mi boca.

Oh.

Mi.

Dios.

No existe una palabra para el rubor que estoy experimentando actualmente. Es como un bombardeo nuclear. Bombas estallan a lo largo de cada centímetro de mi piel.

—La gente no dice cosas así en la vida real —tartamudeo.

Hace una mueca y sonríe. —Lo dije desde el principio, Srta. Walsh, yo no soy como la mayoría de la gente.

Mi cabeza parece a punto de explotar. Quiero decir, sí, ha estado coqueteando conmigo durante toda la cena. Pero me imaginé que ese era su estilo, ¿sabes? Los cazadores se dedican a cazar, cazar y cazar, ya sabes.

Desafortunadamente, he subestimado la habilidad de caza de este cazador en particular. Porque estoy bastante segura de que Garfield se desintegrará si Uri sigue así.

—Yo... no sé qué decir... —admito estúpidamente. Aunque es la verdad: no tengo respuesta. Ni argumentos ingeniosos, ni réplicas mordaces. Culpo al alcohol, pero estoy segura de que tiene más que ver con sus intensos ojos azules.

Inclina la cabeza. —Acepto tu oferta de ayudarme a recoger la mesa.

Es mi turno de quedarme perpleja, pero mi confusión se resuelve pronto cuando Uri pasa junto a mí y barre los platos y cubiertos con el antebrazo, tirándolo todo al suelo. Luego, me agarra por las caderas y me levanta sobre el espacio vacío.

Mi ritmo cardíaco aumenta rápidamente. En parte es puro pánico y en parte la polla de Uri empujando contra mis bragas, que, como ya establecimos, están raídas. O sea que puedo sentirlo.

Todo él.

¿Qué te pasa, Alyssa? No quieres ser solo otro nombre en su lista. Un polvo de conveniencia. Un juguete sexual que él solo usa y luego descarta.

Diablos, no. No soy el consolador púrpura de tentáculos alienígenas de nadie.

Sus manos me aprietan un poco más las caderas, atrayéndome hacia su calor. —Te lo diré una vez y solo una vez: si quieres irte ahora mismo, no te lo impediré.

Le miro a los ojos. Parece muy serio. Estoy segura de que, si le digo que quiero irme, se echará atrás y me dejará marchar. Que es lo que quiero, ¿no?

Mi cabeza me dice que *sí*.

Mi vagina está diciendo *joder, no*.

¿Cuánto tiempo pasó desde que la dejé jugar? Si soy completamente honesta, ¿alguna vez la dejé hacerlo? No es que los hombres que he elegido hayan sabido sacar mi impulso sexual de su escondite.

Pero Uri... Uri parece el tipo de hombre que sabe exactamente lo que hace. Uri es el tipo de hombre que me hace querer ser el tipo de mujer que bebe vino caro y usa ropa interior cara y tiene sexo salvaje y espontáneo en mesas de comedor caras.

—¿Quieres ir a casa, Alyssa?

Se encuentra con mi mirada cuando lo pregunta. Y mi coño palpita con fuerza en respuesta, ahogando todas mis dudas y dejando solo el deseo.

—No.

ALYSSA

Ni siquiera tengo tiempo de asimilar lo que está pasando antes de que Uri acerque mis labios a los suyos y empiece a besarme como nunca me habían besado. Sus labios son fuego, yo soy leña y ambos nos derretimos.

Cuando su lengua se desliza dentro de mi boca, me encuentro apretando mi coño contra su erección. ¿Me romperá las bragas con su polla? ¿Sacará a Garfield de una profunda puñalada? Sinceramente, con lo vieja que es esta ropa interior, dudo que lo lamente.

El lugar más salvaje en el que practiqué sexo ha sido una cama individual, *encima* de las sábanas. Arriesgado, lo sé. Pero ahora, aquí estoy, extendida encima de una mesa de comedor muy grande y antigua, que hace unos momentos estaba llena de cubiertos pintados con ramas de oro que han sido barridos al suelo como si no importaran.

Las manos de Uri recorren mi cuerpo de arriba a abajo. Deja de besarme solo el tiempo suficiente para quitarme la camiseta negra. Me arranca el viejo sujetador deportivo como si lo ofendiera personalmente.

—¿Por qué escondes este cuerpo bajo esa ropa? —exige—. Es un puto crimen.

Cuando lo dice así, me inclino a estar de acuerdo. Resulta extrañamente inquietante ser el centro de tanta atención, sobre todo de una atención como la suya, que oscila entre una violencia aterradora y una adoración tan obsesiva que casi me dan ganas de llorar.

Su polla desnuda acariciando mi coño desnudo es una sensación casi libertina. Pero también me siento tan bien que doy gracias al cielo porque mi paquete llegara por error a esta dirección en vez de a la mía. Tiene que ser el destino que interviene en mi favor.

Las estrellas sabían que necesitaba un buen...

—¡Síííííííííííí! —jadeo mientras me penetra.

Se me ponen los ojos en blanco y me aferro a sus brazos como un salvavidas. Dios, son musculosos. Creo que nunca estuve con un hombre que pudiera cargarme literalmente sin sudar. Aunque hay mucho sudor por mi parte.

Sigo sintiendo un quejido en la cabeza, que intenta recordarme que me olvido de algo importante. Pero es muy difícil concentrarse cuando él empuja más y más dentro de mí.

Y la concentración es absolutamente necesaria, porque el hombre es grande.

Me pellizca el cuello con los dientes mientras me retuerzo contra él. Mis uñas deben de estar destrozándole la espalda, pero no se queja. Simplemente, empieza a bombear.

—Sí —gimo—. Sí, sí, sí... ahh...

Nunca he sido particularmente vocal en la cama, quiero decir, en las mesas de comedor o lo que sea. Pero aparentemente, no tenía sexo antes de ahora. Porque esto se siente muy diferente a todo lo que he experimentado. Se siente como si estuviera *volando*. Excepto que no tengo miedo de caerme, porque sé por instinto que, si me caigo, él me atrapará.

Es raro tener tanta confianza en un extraño. Pero no es un extraño, ¿verdad? Nos dimos la mano. Partimos el pan. Me vendó cuando podría haber hecho que me arrestaran.

Un tipo malo no haría eso, ¿verdad?

Un imbécil no haría eso, ¿verdad?

Así que me dejo desaparecer en él. Y me permito disfrutar de cada minuto. Me entrego a la espontaneidad y me pierdo en cada embestida.

Hay momentos en que se vuelve casi violento. Como cuando me pasa la lengua por el pezón y luego me muerde tan fuerte que grito. Como cuando me gira sobre la mesa, me agarra del pelo y empieza a embestirme por detrás con sus caderas, como si quisiera romperme. Como cuando empieza a abofetearme el culo tan brutalmente que me asusta y excita en partes iguales la idea de que va a dejar una huella permanente en mi piel.

Pero en ninguno de esos momentos intento detenerlo.

En ninguno de estos momentos me siento insegura.

Quizá por eso tengo no uno, ni dos, sino tres orgasmos, uno detrás de otro. Y, cuando ya no puedo volver a correrme, quizá por eso, me hace girar y se corre dentro de mí con mis piernas sujetas a su cintura.

No me siento utilizada ni aprovechada. No siento vergüenza ni pudor.

Me siento deseada y poderosa.

Y muy satisfecha.

Por supuesto, la neblina post-sexo dura apenas unos segundos antes de que la realidad se imponga de nuevo y me dé cuenta de que estoy empapada del semen de mi vecino y de que solo llevo puestas unas mallas negras que no me puedo poner.

Uso una de las servilletas desechadas para secarme el sudor de la frente antes de coger mi camisa y ponérmela. —Dios, es tarde. Yo... debería irme.

Uri no intenta detenerme. De hecho, no dice una palabra ni mueve un músculo. Así que aprovecho la oportunidad y vuelvo sobre mis pasos hasta la puerta principal. Menos mal que está oscuro, porque logro ocultar mi estado de desnudez mientras me apresuro, al mejor estilo James Bond, a salir de su propiedad y volver a la zona segura de mi decrépito bungalow.

¿Me está observando? Parece que sí.

No mires atrás.

Llego hasta mi habitación y me tumbo en la cama, antes de darme cuenta de lo que esa pequeña vocecita de mi cabeza trataba de advertirme cuando empezamos a ponernos cachondos.

Acabo de tener sexo sucio, tórrido, agresivo y *sin protección* con mi vecino de al lado, que puede o no ser un mafioso.

Y, así como así, estoy aterrorizada de nuevo.

ALYSSA

Respira, Alyssa.

Tengo un Plan A, que se llama Plan B.

Decido levantarme temprano mañana por la mañana, arrastrar mi culo hasta la farmacia y corregir mi colosal cagada con esa píldora salvavidas. ¿Cómo demonios me olvidé de la *protección*?

Bueno, yo sé cómo. Los ojos azules de Uri son campos magnéticos que te absorben cuando menos te lo esperas. Realmente no le dan a una chica muchas opciones.

Después de hiperventilar hasta marearme, acabo en la ducha. Me enjuago la sangre, el sudor y el semen (vaya cóctel) y me pongo unos vaqueros limpios y una camiseta blanca de tirantes. Ahora que estoy más arreglada, me siento mejor preparada para afrontar la situación.

No. No hay "situación". Tendrás el Plan B mañana. Lo tomarás. Y eso será todo.

Excepto que también sé lo que es tener a mi vecino caliente literalmente dentro de mí.

¿Cómo acabé en su casa?

—¡Ah! ¡Mi paquete! —salgo corriendo de mi habitación hacia la puerta principal. En cuanto salgo de casa, veo el paquete. Está tirado en la hierba, justo donde lo tiré por encima de la valla hace horas y horas.

Lo cojo y lo llevo dentro. De acuerdo, sin pruebas no hay delito. Recuperé el paquete, Uri nunca lo sabrá, y puedo avergonzar a Elle como planeaba. Todo saldrá bien. Solo una pequeña aventura sexual no planeada, pero estoy dispuesta a considerarla como una terapia muy necesaria.

Llevo el paquete a mi cocina y lo abro. Espero que la caja, sospechosamente ligera, esté llena hasta los topes de todo tipo de objetos obscenos y embarazosos.

Pero... ¿dónde está el consolador morado? ¿Dónde está el lubricante? ¿Las esposas? ¿Las ataduras?

Lo único a lo que me enfrento es a un montón de paja rara que parece ocultar mis compras. Supongo que cuando te compras un consolador morado con tentáculos, lo importante es que no se vea.

Saco la paja y busco dentro de la caja el objeto de color carne que veo asomar. ¿Se habrán equivocado y me habrán enviado un consolador normal en vez de uno morado? Ya fue bastante malo hacer esas compras la primera vez. Me voy a enfadar mucho si tengo que volver a hacerlo...

—¡AARRRGHH!

El grito sale de mí cuando me doy cuenta de que lo que tengo en la caja no es un consolador de color carne, sino carne de verdad.

Carne *humana* real.

Es un...

Mierda...

Un dedo.

—Dios mío, Dios mío, Dios mío —hablo rápido y temblando y, a pesar de mi reciente ducha, estoy sudando otra vez—. ¿Qué coño? ¿Qué coño? ¿Qué coño?

No puede ser. Quizá vi mal. Quizá es solo una mordaza o algo así. Ese dedo no puede ser real. Debe ser de plástico.

Pero de la caja emana un olor que indica que el dedo cortado no es de plástico.

Agarro mi único par de pinzas y lo uso para sacar el... sí, es un dedo. Incluso tiene un callo seco en la punta.

Casi se me cae cuando la cena me llega hasta la garganta. De algún modo, consigo luchar contra el impulso el tiempo suficiente para volver a meter el dedo en la cama de paja. Luego, corro al cuarto de baño y vomito las tripas en el retrete.

Cuando tengo el estómago vacío y dejo de temblar, me armo de valor y vuelvo a la cocina. ¿Cómo es posible pasar de un subidón así a esto?

Violentamente, agarro la caja que aún está sobre la encimera de la cocina. Llamaré a esa maldita compañía y les diré exactamente lo que...

Dios mío. Es entonces cuando veo el nombre en el frente de la caja. No es Alyssa Walsh.

Es Uri Bugrov.

En mi miedo de ser atrapada, debo haber agarrado el paquete equivocado. Lo que significa que no solo entré en la propiedad privada de Uri, sino que también robé la propiedad privada de Uri.

Por lo visto, todos esos rumores que circulan sobre Uri son bien merecidos, porque de una cosa estoy segura: la gente normal no recibe dedos por correo.

Respiro con fuerza cuando me doy cuenta de otra cosa: acabo de acostarme con el tipo de hombre que recibe dedos cortados por correo.

Estoy tan jodida.

—¿Qué hago? —me pregunto en voz alta mientras recorro la estrecha cocina—. ¿Qué hago? —

miro la Z de oro rosa que cuelga de mi pulsera—. ¿Qué harías *tú*?

Ziva sería proactiva en esto. No esperaría a que le pasaran cosas. Actuaría. Que es lo que necesito hacer.

Miro fijamente mi congelador. Lo primero es lo primero, tengo que deshacerme de ese maldito dedo.

Lo único que se me ocurre hacer es volver a meterlo en su caja y tirarlo por encima de la valla, de vuelta a la propiedad de Uri. Así podré lavarme las manos de toda esta situación y hacer como si nunca hubiera pasado... ¿no?

Tengo la sensación de que no será tan fácil.

Por supuesto, la otra opción es llamar a la policía. Pero no tengo ni idea de quién es realmente Uri Bugrov. Claramente. Y no tengo ni idea de lo que es capaz de hacer. Aunque ver ese dedo me lo ha dejado un poco más claro.

Vamos, Alyssa. Piensa.

Mientras pienso, meto la caja en mi congelador, porque un nanosegundo más de oler ese aroma a carne podrida me hará combustionar.

Cuando está escondido fuera de mi vista, por fin puedo respirar de nuevo. Por una fracción de segundo, considero llamar a Elle. Pero descarto esa idea casi de inmediato. Está planeando una boda. No necesita que le arruine su felicidad prematrimonial hablando de partes del cuerpo amputadas y de vecinos atractivos que bien podrían tener afiliaciones con la mafia que podrían volver para morderme el culo.

Por eso no debes salir de tu zona de confort, Alyssa. Podrías terminar tocando partes del cuerpo. Y no en el buen sentido. Bueno, no solo en el buen sentido...

—Piensa —me digo a mí misma, mirando fijamente la caja sobre el mostrador—. Solo...

Toc, toc, toc.

Suelto un chillido tímido. Parece que Lady Consecuencia ha llegado para llevarse su libra de carne. Es imposible que no sea Uri. Y es imposible que aparezca en mi puerta minutos después de habernos despedido simplemente porque no se cansa de mi compañía.

Esto es otra cosa.

Se trata del dedo en mi congelador.

Tiro las pinzas a la basura con los latidos de mi corazón retumbando en mi garganta y luego hago un lento, lento, agonizantemente lento giro hacia la puerta principal. ¿Abro o la ignoro?

Toc, toc, toc. Quienquiera que esté aquí, no tiene la paciencia como una de sus virtudes.

—Puta mierda —siseo en voz baja.

Vuelvo a respirar hondo y me dirijo hacia la puerta principal, mientras espero que, pase lo que pase, pueda mantener todos mis dedos donde están.

URI

Prácticamente salió corriendo de mi casa.

El plan consistía en no quedarme allí parado viéndola irse. Pero fue más difícil de lo que esperaba no mirar atisbos de la piel de Alyssa entre las solapas rotas de sus mallas.

No sabía que todavía existían mujeres como ella. ¿Tan inocentes? ¿Tan luchadoras? Una raza en extinción, seguro.

Pero está a unos cientos de metros.

No es la primera vez que la veo, por supuesto. Es solo que apenas le había dedicado mi atención hasta esta noche. Hasta hace unas horas, Alyssa Walsh no era más que una vecina sin rostro con una vida aburrida.

Me pregunto si ella estaría mejor si yo siguiera pensando así. El gato está fuera de la caja, el gato naranja, en concreto, pero es casi innegable que su vida, ahora que llamó mi atención, está a punto de complicarse mucho más.

Cuando suena el teléfono, lo cojo sin comprobar quién llama. Todavía tengo el sonido de los gemidos de Alyssa resonando en mi cabeza. —¿Sí?

—Jefe ¿tiene un minuto?

Aprieto los labios. Puede que Ratimir, mi jefe de seguridad, esté apostado a pocos metros, en la caseta de vigilancia, pero no acostumbra a hacer visitas a domicilio. Lo que significa que algo pasa. Le digo que se acerque y, unos segundos después, pasa junto a las ventanas de proa camino de la puerta principal.

—¿Qué pasa? —le pregunto cuando me encuentro con él afuera.

Se aclara la garganta. —Señor, estaba haciendo comprobaciones rutinarias de las grabaciones de seguridad del día cuando noté algo en la grabación.

—Continúa.

—Una furgoneta blanca apareció sobre las 18:16. Sin matrícula. Un paquete fue lanzado desde la ventana del lado del pasajero, directo a la propiedad.

Entrecierro los ojos. —Tiene que ser Sobakin.

—Tiene que ser, ¿no? —asiente—. El caso es que hice que los chicos peinaran los jardines en busca de este paquete y no encontraron nada. Busqué yo mismo y... nada.

Frunzo el ceño. —Eso no tiene sentido. Tiene que estar en algún sitio.

—No estoy seguro de cómo, pero este paquete parece haber desaparecido en la nada...

—Espera —chasqueo mientras mi voz corta el aire como una cuchilla recién afilada.

—¿Dónde tiraron el paquete?

—Justo al lado de la pared suroeste, *pakhan*.

Aprieto los dientes. *Lo sabía, joder*.

Alyssa me mintió sobre los juguetes sexuales. La idea de que ella podría estar en la nómina de Boris Sobakin cruza mi mente de nuevo. Pero con su inocencia... no puedo verlo. Nadie es tan buena actriz.

—He organizado otra búsqueda...

—No te molestes. Sé dónde está —paso por delante de él y me dirijo hacia la choza que se oculta entre las sombras de mi mansión. Mi rostro se agria mientras me dirijo hacia ella.

Cuando llego a la entrada, aporreo la puerta de Alyssa y espero a que responda. Las luces están encendidas, así que debe estar en casa. Un paquete. ¿Por qué coño Sobakin lanza un paquete a mi casa? ¿Y qué papel juega Alyssa en todo esto? ¿Por qué lo robaría? ¿Para quién trabaja?

He oído gritar a la pequeña *kiska* una vez. Veamos cómo grita en otras circunstancias.

Aún no hay respuesta. Vuelvo a llamar. Esta vez, un poco más alto, un poco más insistente. Me pregunto si me estará investigando. Esta mosca se atrapa mejor con miel que con vinagre.

Envío un mensaje rápido al detective Vincent Imbroglio, uno de mis centrales en la policía de Los Ángeles. ***Necesito un favor en la pequeña choza al lado de mi casa. No te quites el uniforme.***

El mensaje es enviado justo antes de que Alyssa abra la puerta. Se puso unos vaqueros ajustados y una camiseta blanca de tirantes. El pelo rubio le cae por los hombros, casi hasta los pechos, y sus ojos cerúleos están muy abiertos, llenos de emoción.

¿Curiosidad? ¿Inquietud? ¿Miedo?

Solo el tiempo lo dirá.

No parece muy contenta de verme. —Hola —responde, insegura—. ¿Pasa algo malo?

Miro más allá de ella, a su estrecho y desordenado salón. No voy a joder esta extracción entrando a cañonazos. *Miel, no vinagre*.

—En primer lugar, quiero disculparme.

Se estremece. —¿Por qué?

—Puede que haya olvidado mis modales por un momento. No suelo follarme a mis invitados en

la mesa del comedor.

Se pone rosa al instante y el efecto es... bueno, “adorable” es la única palabra para describirlo. Sus mejillas sonrosadas en combinación con ese pelo dorado y esos iris azules translúcidos me la vuelven a poner dura.

Concéntrate, imbécil.

—No te preocupes —murmura—. No seré un problema.

Eso me coge desprevenido. De todas las respuestas que esperaba, esa no era una. —¿Por qué debería preocuparme?

Arquea una ceja y sus ojos me miran por un momento. —Estás aquí para asegurarte de que no me vuelva necesitada y pegajosa, ¿verdad? —pregunta—. Te preocupa que, como soy tu vecina, las cosas se pongan feas. ¿Estoy en lo cierto?

Tiene más razón de la que cree.

Pero aún no estoy seguro al cien por cien de que ella sepa algo. Quizá tenga mi paquete, pero, si aún no lo ha abierto, puedo recuperarlo y alejarme de ella con la situación contenida.

—Algo así.

—Bueno, como he dicho, no tienes que preocuparte por mí. Puede que me ruborice mucho, pero sé cómo funciona el sexo casual y también sé cómo funcionan los hombres como tú. No tengo ninguna expectativa de ti. No llamaré a tu puerta mañana preguntando cuándo me invitarás a cenar y conocerás a mis padres.

Doy un paso adelante, justo en su espacio. —No tienes ni idea de cómo funciona esto, *narushitel*. Nunca has conocido a un hombre como yo —veo que se acobarda, así que le bajo un poco el tono—. De todos modos, me alegra ver que estamos en la misma página.

—Entonces, ¿estamos bien? —suena esperanzada. Su mano en la puerta se tensa, ansiosa por cerrarla en mi cara y cerrar este inesperado capítulo de su vida.

No tan rápido, princesa.

—En realidad, no —cuando digo eso, ella se congela. El color de sus mejillas pasa del rosa rubor al rojo intenso—. La segunda razón por la que he venido es para ver cómo estás.

Entrecierra los ojos. —¿Esperabas que me derrumbe o algo así? Porque no te voy a mentir, eres muy bueno en el sexo, pero no soy tan frágil y amargada como mis bragas de Garfield podrían haber hecho parecer.

El gato naranja tiene nombre. ¿Quién lo sabría?

—Hubo una oleada de robos en la zona y la policía acaba de emitir una alerta de que más actividad sospechosa por este barrio esta noche. Mi seguridad acaba de informarme.

Retrocede, sorprendida. Parece aturdida, pero supongo que es una respuesta natural al oír hablar de actividades sospechosas en tu vecindario. Sobre todo, si eres una mujer soltera que vive sola. Decido no darle demasiada importancia...

Todavía.

—Oh... Uh, vale. Probablemente debería ir a ver a la Sra. Heidegger.

Sacudo la cabeza. —No deberías andar por ahí sola a estas horas, Alyssa.

Abre la boca para decir algo más, pero entonces sus ojos pasan junto a mí y retrocede hacia la entrada. —Espera... ¿quién es?

Me vuelvo hacia Vincent y finjo desconocimiento. Su bigote se mueve y él hace lo mismo. —Buenas noches, agente —saludo—. ¿Todo bien?

—Buenas noches, señor... —Vincent hace ademán de mirar el teléfono antes de volver a mirarme —. ¿Bugrov?

—Así es.

—Su casa fue allanada anoche, ¿estoy en lo cierto?

—Sí, así es.

Vincent asiente. —Estoy aquí porque recibimos una señal de despacho —hace contacto visual con Alyssa—. Al parecer, hubo alguna actividad sospechosa alrededor de su casa, también, señora.

Ahora Alyssa parece al borde del pánico. —¿A-actividad sospechosa... qué significa eso?

—Significa que hay gente merodeando por este barrio en busca de problemas. Es posible que tenga que ver con drogas. ¿Vive sola, señora?

Alyssa asiente. —Sí.

—¿Le importa si echo un vistazo a las instalaciones?

—¿Dentro de casa? —se resiste.

¿*Escondes algo ahí, Kiska*? me pregunto. Mientras Alyssa se concentra en Vincent, saco mi teléfono y escribo un mensaje rápido a Ratimir. ***Estoy en la puerta principal de la choza. Ve por detrás y rompe una ventana. Necesito una distracción.***

—No, señora. Solo voy a hacer una búsqueda rápida alrededor de su propiedad, para poder determinar si ha habido algún intento de robo o movimiento alrededor de la casa.

Me mira. —No he oído nada de esto antes de esta noche.

—No queremos alarmar a la gente innecesariamente, señora —explica el detective, dedicándole una cálida sonrisa—. Nos gusta manejar estas situaciones con discreción. En este barrio vive mucha gente mayor, y siempre tenemos en cuenta cómo difundimos la información.

—Pero Uri... quiero decir, el Sr. Bugrov fue informado esta noche.

Definitivamente, sospecha algo. Pero Vincent tiene credibilidad. Lo planté en la policía de Los Ángeles hace años. No me interesaba encontrar a un policía corrupto y ponerlo en mi nómina. Quería a alguien que ya fuera leal a la Bratva Bugrov infiltrado en el departamento.

Y es donde Vinny entra en escena. Con sus profundos ojos marrones y su pelo rubio oscuro, parece un muñeco Ken con uniforme. Nadie desconfía de un Ken.

—El Sr. Bugrov tiene una licencia de seguridad con la que podemos comunicarnos directamente. Nosotros...

¡BUM!

El ruido de cristales rompiéndose hace que Alyssa salte en su sitio. Se da la vuelta y se queda boquiabierta al darse cuenta de que procede de su casa.

Vincent saca su pistola y hace una falsa llamada muy convincente, pidiendo refuerzos en su radio antes de volverse hacia mí con urgencia. —Llévela a su casa y manténgala allí, señor —luego, se lanza por detrás para intentar abordar al "intruso".

Alyssa respira con dificultad y mira a su alrededor como si el cielo fuera a derrumbarse sobre nosotros en cualquier momento. Eso significa que, cuando la cojo de la mano y tiro de ella hacia mi casa, no se resiste. Es una muñeca de trapo en mis brazos.

Apenas habla hasta que estamos dentro y la puerta está cerrada.

La llevo al salón, el mismo lugar donde le vendé la pierna hace una eternidad. —¿Estás bien?

Ella sacude la cabeza. —Yo... creo que estoy en shock...

—Siéntate. Iré a traerte algo caliente para calmar tus nervios.

La dejo en el sofá y camino por el pasillo hasta la cocina que linda con el comedor.

Una vez fuera del alcance del oído, llamo a Vincent. —¿Y bien? —pregunto en cuanto descuelga.

—Ratimir y yo estamos buscando, pero, hasta ahora, no hay nada.

—¿No hay paquete?

—Todavía no. Ratimir está mirando en su habitación ahora —es molesto lo mucho que me molesta que Ratimir esté en su habitación y yo no haya estado—. Haremos un barrido completo del lugar y te haremos saber si aparece algo digno de mención.

Después de terminar la llamada, me preparo una taza de té y se la llevo a Alyssa al salón. No está en el sofá, donde la dejé. Se pasea frente a las ventanas de proa. Se detiene bruscamente en cuanto me ve.

—¿Té? —le ofrezco sin comentar su evidente ansiedad.

—S-sí, gracias.

Acepta la taza de té, pero no bebe ni un sorbo. En lugar de eso, vuelve a mirar a través de las ventanas de proa. —¿Tuviste un robo anoche?

—¿Por qué crees que te pillé tan rápido escalando mi valla? —frunce el ceño y mira su té. Pero, de nuevo, ni siquiera da un sorbo—. Bebe. Te calmará.

Su ceño se frunce antes de desaparecer por completo. Vuelve a sentarse y se lleva la taza a los labios con cautela. Pero estoy seguro de que, aunque sus labios tocan el borde, no bebe un sorbo. Definitivamente, no se lo traga.

Sospechoso.

Mi teléfono empieza a vibrar silenciosamente en mi bolsillo. Lo compruebo sutilmente cuando ella vuelve a mirar por la ventanilla.

VINCENT*: Hemos revisado toda la casa. No hay ningún paquete.*

No me jodas. ¿Cómo puede ser? Sé que lo tiene. No hay otra explicación para su comportamiento asustadizo, o el hecho de que haya desaparecido en el aire por la única frontera de mi propiedad que compartimos.

—¿Cuándo crees que podré volver a casa? —pregunta.

Me pongo en pie. —No te muevas. Iré a ver qué pasa. Seguro que tienen la situación controlada.

Vincent y Ratimir me esperan en la entrada de la cocina. —¿Nada? —pregunto mientras me acerco.

—Puede que tengamos que hacer un barrido más exhaustivo del lugar —dice Ratimir, disculpándose—. Necesitamos más tiempo para eso.

Asiento. —Te daré más tiempo —mi mirada pasa de Ratimir a Vincent—. O mejor dicho, Vincent lo hará.

ALYSSA

Me estoy cagando en los pantalones ahora mismo.

¿Por qué pensé que esto terminaría de otra manera? ¿Cuándo aprenderé? Nada bueno sale del sexo casual. O de la lujuria adúltera. O de magnates de la tecnología guapos y ricos que pueden mover la tierra con un chasquido de dedos.

Sigo jugueteando con la Z de mi pulsera. Uri la ha mirado varias veces, lo que me hace pensar que ya se ha dado cuenta de que solo la toco cuando estoy nerviosa.

Me obligo a dejar caer la mano de nuevo a mi lado, porque ahora mismo, más que nada, necesito mantener la calma. Necesito ceñirme a mi historia. Y, sobre todo, necesito ser fuerte.

Eso significa no más vino. Definitivamente, no más miradas indiscretas. Y absolutamente, bajo ninguna circunstancia puedo permitirme mostrar más rodillas débiles cada vez que Uri dice o hace algo medianamente decente.

Para ir sobre seguro, no miro más que el té que tengo delante. Estoy tentada de probarlo, solo porque tengo sed. Pero no me atrevo, por si tuviera droga o algo así. A primera vista parece una locura, pero también es una locura decir que ahora mismo tengo un dedo ensangrentado y cortado en el congelador, y todos sabemos que es cierto.

También hay un escuadrón de policías arrastrándose por cada centímetro de mi casa. Eso es un ataque al corazón por derecho propio. ¿Y si lo encuentran? ¿Y si me incriminan?

¿Y si voy a la cárcel por un crimen que no cometí?

Y todo por querer evitar pasar vergüenza delante de mi guapo vecino.

Idiota.

—Alyssa.

Salto sobre un pie cuando Uri entra en la habitación. Esta vez, no está solo. El policía rubio que apareció en mi puerta está con él. Oh, Dios, ¿está aquí para arrestarme?

Uri me clava una mirada penetrante. —No quería asustarte.

—E-está bien... ¿Oficial? ¿Está todo bien?

La cara del agente es una máscara cuidadosamente orquestada de profesionalidad distante. —Abordamos a un intruso que intentaba escapar de su casa, señora. Por desgracia, creemos que no estaba solo. Por el momento, creo que es prudente que se quede donde está.

Abro mucho los ojos. Veo a Uri en mi periferia, haciéndome un agujero en un lado de la cara. —¿Quedarme aquí? ¿Quieres decir... aquí?

El oficial asiente. —Podemos darle protección policial durante la noche, pero me temo que es solo una solución temporal. Y, para ser honesto, con los presupuestos departamentales como están en estos días, no podemos prescindir de los hombres. Mi consejo sería que se quedara en un lugar seguro y no hay ningún lugar más seguro que esta propiedad.

—No estaría tan segura de eso. Me las arreglé para escalar la valla antes.

El agente enarca imperceptiblemente las cejas y se vuelve hacia Uri con una expresión que parece decir: *¿Intentó saltar tu valla y todavía vive para contarlo?*

Uri hace un gesto amable con la mano. —Por supuesto que la Sra. Walsh pasará la noche aquí. No hay ningún problema.

—No estoy de acuerdo.

Se vuelve hacia mí con una mirada decepcionada, que me hace sentir como una niña desobediente. —Alyssa, no seas tonta. Esta es una casa grande, con muchas habitaciones para invitados. Además, tengo seguridad las veinticuatro horas y un sistema de alarma de última generación. El oficial Imbroglio tiene razón: este es el lugar más seguro para ti.

Sí, ¿entonces por qué de repente no me siento segura? Me siento mucho más como un animal acorralado entre la espada y la pared.

Pero no se me ocurre ningún buen argumento y el oficial parece impaciente. Da una palmada y asiente. —¡Bueno! Me alegro de que lo hayamos aclarado. Si no le importa...

Uri asiente. —Le acompaño a la puerta, agente.

Ninguno de los dos me mira mientras salen del salón. Aunque hayan tomado todas las decisiones por mí. La especie masculina es consistente, hay que reconocerlo.

Cojo el té, lo acerco al ficus de la esquina de la habitación y escurro la taza en la maceta de cemento pintado. Mi mente sigue acelerada. ¿El lado positivo? No me han detenido. El lado negativo es que parece que me quedaré a dormir con mi guapo vecino.

Lo que significa que necesito un plan. No pasa mucho tiempo antes de que uno tome forma en mi cabeza. Resulta que es bastante sencillo:

Paso uno: Mantén la calma.

Paso dos: Actúa con inocencia.

Paso tres: Miente si es necesario.

Paso cuatro: Coquetea si es necesario.

Paso cinco: Bajo ninguna circunstancia le mires directamente a los ojos.

Creo que tengo todas las bases cubiertas. Con mi plan de cinco pasos en marcha, me siento un poco más segura cuando Uri vuelve a entrar en la habitación. Por supuesto, una mirada a esa sonrisa suya y mi confianza empezará a deshacerse como lo hicieron mis mallas.

Recuerda el primer paso, Alyssa. Mantén la calma. Toco mi amuleto de todos modos, solo para la buena suerte. —¿Te dio el oficial alguna información adicional? —pregunto. Me enorgullece decir que mi voz no tiembla ni se quiebra.

Uri tiene cara de piedra. —Están vigilando la zona ahora. Dijo que me avisaría si había novedades.

—Sabes, no tienes que alojarme. Siempre puedo ir a dormir a casa de mi amiga —sugiero—. No quiero molestar.

Se sienta a mi lado y cruza una pierna sobre la otra. —¿Qué clase de vecino sería si no te ofreciera refugio cuando lo necesitas?

Eso sería muy dulce si no fuera por el hecho de que estoy bastante segura de que tiene algún plan. No es como si fuera de puerta en puerta, ofreciendo a la Sra. Heidegger y a los otros vecinos un refugio seguro. Por otra parte, él no tuvo relaciones sexuales con ellos, tampoco.

Al menos, no creo. Aunque la idea de que este hombre descomunal le dé a la Sra. Heidegger, que huele a polillas, su *tratamiento* en la mesa del comedor, el mismo que me han dado esta noche, me hace mucha gracia.

—Ya que estás aquí, puedo hacer que mis hombres te traigan tu paquete. Debe estar en algún lugar del recinto.

Hago todo lo posible por no inmutarme. Recuerda el plan. —No hace falta. Puedes quedártelo.

—Tengo mis propios juguetes.

Mi mirada se dirige hacia él con tanta fuerza que me estalla el cuello. Estoy segura de que esa mirada abierta viola varias fases de mi plan de cinco pasos, pero ahora mismo me cuesta un poco concentrarme en eso. —Claro. Sí, claro. Qué tonta soy.

A él no parece importarle el silencio que sigue, pero yo empiezo a retorcerme tras los primeros segundos. Hasta ahora, el primer paso ha sido un rotundo fracaso.

—En realidad era para mi amiga —suelto—. Los juguetes, quiero decir. Eran para Elle. No para mí.

Uri sonríe. —Parece que ella y yo nos llevaríamos bien.

—Se va a casar —le digo antes de poder reconsiderar mi impulso—. Y, aunque no se casara, tú no serías su tipo.

—Tampoco es mi tipo —se encoge de hombros.

Frunzo el ceño. —¿Cómo lo sabes? Ni siquiera la conoces.

—Obviamente es el tipo de mujer que cree en el matrimonio —sus iris tienen ese extraño tipo de profundidad que me hace querer bañarme en ellos—. El matrimonio y yo no combinamos.

—Imagina mi sorpresa —digo sarcásticamente—. Sabes, puede que no seas capaz de esquivar esa bala para siempre. Un día, una de esas mujeres con las que te acuestas querrá más.

—Considerando que nunca consiguen una segunda cita, no veo cómo es posible.

Se me cae la mandíbula. —¿En serio? ¿Nunca estuviste dos veces con la misma mujer?

Parece muy cómodo tumbado en el sofá a mi lado. —Nunca sentí la necesidad —me lanza una mirada displicente y mis mejillas se encienden de inmediato. No sé por qué me importa. El hombre recibe dedos en el puto correo. Ni siquiera *debería* querer una segunda cita con él.

No quiero una segunda cita con él.

—Tal vez tengas la idea correcta.

Sus cejas se desvían hacia arriba. —¿Tú crees?

Asiento. —Nadie necesita el drama. O el dolor. Tuve como una relación en toda mi vida y no fui nada cerca de feliz en ella.

Sus labios se fruncen. ¿Por qué parece irritado? ¿Esperaba que me entristeciera porque no le interesaba follar conmigo otra vez? ¿Esperaba que me opusiera, que le llevara la contraria?

—¿Reciente?

—Terminó hace tres años. Así que no tan reciente, no.

—Bueno, eso explica los juguetes sexuales.

Pongo los ojos en blanco. —Por última vez: ¡No. Eran. Para. Mi!

—Es una pena —dice, riendo por lo bajo—. Parece que los necesitas mucho más que tu amiga.

Pongo los ojos en blanco, aunque mis mejillas vuelven a encenderse. No se equivoca. Esta noche es la primera vez que tengo sexo en más de tres años. No es que mis bragas de Garfield no me delataran. Pero incluso cuando tuve sexo, fue decepcionante en la mejor de las noches.

Estoy a punto de decírselo, pero me detengo. ¿Por qué? ¿Por qué siento la necesidad de compartir tanto de mi mierda personal con él? No es que se lo merezca. Ni siquiera me lo está pidiendo.

Que lo hayas visto desde tu ventana no significa que lo conozcas.

—Pero te contaré un secretito —añade, inclinándose ligeramente—. No importa cuántos juguetes uses: no te servirán como un hombre de sangre caliente —su mirada es intensa y mantiene el contacto visual durante un segundo más. Luego cede y retrocede, de nuevo frívolo—. Pero supongo que, si tienes miedo de que te lastimen, son la segunda mejor opción.

Retrocedo irritada. —¡No tengo miedo de que me lastiman!

—Así que disfrutas estando sola, ¿no?

Me pongo en pie más rápido que nunca. —Vale, dejemos una cosa clara, colega: solo porque hayamos tenido sexo en la mesa de tu comedor no significa que me conozcas. *Definitivamente* no

te da derecho a querer ser mi terapeuta.

Se queda donde está, mirándome con fría diversión. —Parece que toqué una fibra sensible.

Lo fulmino con la mirada. —¿Te crees tan diferente? ¿Qué te hace pensar que follarte a una chica distinta cada noche es diferente a alejarte por completo de las relaciones? Que estés rodeado de gente todo el tiempo no significa que no te sientas solo.

—Ahora, ¿quién está tratando de ser el terapeuta de quién?

—¿Me equivoco?

Uri se levanta despacio, cada vez más alto, hasta que tengo que estirar el cuello hacia atrás solo para mirarlo. Su expresión es ilegible, así que no tengo ni idea de si he dado en el clavo o no. Se acerca hasta que su volumen y su olor son todo lo que puedo asimilar. —Follo porque quiero follar. Fin de la historia.

¿Es posible que toda esa serena confianza sea una máscara? Decido poner a prueba la teoría acercándome un poco más y mirándolo como si la proximidad no me afectara en absoluto.

Nota personal: sin duda me afecta.

—Por favor. ¿Crees que eres tan complicado de entender? Pues tengo noticias para ti, Uri Bugrov: hay una razón por la que te acuestas con todas las mujeres una sola vez.

Por fin reacciona. Entrecierra los ojos y frunce el ceño. —Yo me detendría ahí si fuera tú, pequeña.

Debería tener miedo. Pero ahora mismo, la adrenalina está a flor de piel y decir la última palabra es más prioritario que la autopreservación.

Un paso atrás. ¡Mamá lleva el sartén por el mango!

—Puede que me aleje de los hombres para evitar que me hagan daño, pero tú mantienes tu puerta giratoria para evitar que cualquier mujer se convierta en algo más que tu calientacamas. Así que, si yo estoy aterrorizada... ¡tú también!

Y... bum. Suelto el micrófono.

Uri me mira fijamente, con la mandíbula apretada y los iris ardientes. Mi sensación de victoria tarda unos treinta segundos en desaparecer. Las palmas de mis manos tardan otros treinta segundos en empezar a sudar.

¿Qué demonios estoy haciendo? Mi plan de cinco pasos ha volado por la ventana. Es como si pidiera que me cortaran los dedos.

—Um... oye...

—¿Tienes hambre?

El giro es tan brusco que me siento como si tuviera un latigazo cervical. —¿H- hambre?

—Ven —no es como si me diera muchas opciones, así que lo sigo hasta la cocina. Es más o menos del tamaño de todas las casas en las que viví, juntas.

—Joder —murmuro, girándome en el sitio para asimilarlo todo—. Te puedes perder aquí.

Ya está sacando ollas y sartenes y una gran tabla de cortar de madera. —¿Qué tal un poco de linguini ligero con vieiras?

Alzo las cejas cuando empieza a abrir la nevera para coger un montón de ingredientes. —Corrígeme si me equivoco, pero ¿vas a cocinar?

—No creías que moviera un dedo por aquí, ¿verdad? —acusa con una risa divertida.

Yuck... otra vez hablando de dedos.

—Antes has dicho que eres un bastardo egocéntrico —le recuerdo. Me aparto de su camino mientras empieza a calentar sartenes y a hervir agua—. En mi experiencia, los bastardos egocéntricos encuentran a alguien que cocine por ellos.

—Ya te dije dos veces que no soy como la mayoría de la gente —dice con un gruñido peligroso. Luego sonríe y el efecto desaparece, como nubes que se abren para revelar un arcoíris—. Tampoco soy como la mayoría de los bastardos egocéntricos.

Para demostrarlo, saca un delantal negro con el dibujo de una salchicha clavada en un tenedor. Debajo se puede leer: ***Hoy probarás mi carne, sin duda.***

Reprimo una carcajada que seguramente sonaría a locura si la soltara en el mundo real. No me lo imaginaba como el tipo de hombre que llevaría un delantal gracioso.

—Te estás sonrojando —observa.

—Sí —murmuro en voz baja—. ¿Qué más hay de nuevo?

Pero, a pesar de mi buen juicio, me relajo. Él se pone a trabajar. Saltea, corta, hilvana. Es extrañamente emocionante. Nunca he sido una gran chef, así que siempre vi la cocina como una especie de superpoder.

No me pide que haga nada más que pasarle cosas o marcar el tiempo. Él cocina en un silencio tranquilo y yo lo observo en un silencio nervioso y, en algún momento de esta noche tan surrealista, me doy cuenta de que pasaron años desde la última vez que hablamos. Por extraño que parezca, me parece bien. No me siento incómoda, ni rara, ni fuera de lugar.

Están ocurriendo cosas extrañas.

Cuando Uri me pone un plato de pasta delante, no salgo de mi asombro. Las vieiras parecen gordas y jugosas. El linguini se deshace en la boca. Y resulta que ambas apreciaciones son correctas al cien por cien.

—Jesucristo en el cielo —jadeo cuando tomo mi primer bocado—. Sabes *cocinar*.

Me guiña un ojo, sin sonreír. —No soy solo una cara bonita.

Solo puedo sacudir la cabeza, perpleja. Después de solo unas horas juntos, me tiene totalmente confundida. Definitivamente no es un Boy Scout y estoy dispuesta a apostar que una buena parte de los rumores que he oído sobre él son ciertos. No hay humo sin fuego, como se suele decir.

Pero ningún hombre que cocine así puede ser un asesino a sangre fría. Quiero decir, eso

simplemente no tiene sentido.

Te olvidas del dedo en la nevera, sabelotodo.

Claro, pero se lo enviaron a él. No es como si tuviera algún control sobre los paquetes que recibe... ¿verdad?

Es una pendiente resbaladiza, Alyssa. Una puta pendiente resbaladiza.

URI

Debería dejarla donde está.

El sofá es perfectamente cómodo. Alyssa no necesita una cama. Y, sin embargo, me encuentro mirándola, incapaz de dejarla en el sofá. Y tan repentinamente como decido que debe tener una cama, también decido repentinamente que no puedo soportar la idea de que esté en la cama de nadie más que en la mía.

Así es como me encuentro llevándola arriba, a mi habitación.

Cuando subo al rellano y atravieso la puerta, la acuesto en mi colchón de plumas. Se remueve y gime en silencio hasta que encuentra una postura cómoda. Luego, suelta un profundo suspiro y ahora es mi polla la que se agita. Me produce una extraña sensación de satisfacción verla en mi espacio. No es un pensamiento que tenga muy a menudo.

O en absoluto.

Sobre cualquier mujer.

Nunca.

Y ha habido unas cuantas. La pequeña *narushitel* tenía razón en una cosa: la puerta giratoria no se detiene hace mucho. La pregunta es si también tenía razón en todo lo demás.

Hubo un momento en el que me vi atrapado entre el calor de su cuerpo y el de sus palabras. Nunca nadie me había puesto un espejo delante de la cara y me había retado.

Es suficiente para obligarme a enmendar mi opinión sobre ella. Eso también es nuevo. Ninguna mujer me ha sorprendido. Ninguna mujer me ha intrigado. Ninguna mujer me ha hecho sentir que era necesario un segundo encuentro.

Excepto esta mujer...

Combate el fuego con fuego. Sus palabras son afiladas, directas, demasiado seguras. Tan seguras que me hizo preguntarme si su opinión sobre mí era correcta.

Lo considero durante tres segundos antes de decidir que...

Claro que no. Follo porque quiero follar.

Fin de la historia.

Ya debería estar a medio camino de su choza para destrozar todo el lugar en busca del improvisado regalito de Sobakin. Pero, por alguna razón, no puedo dejar de mirarla. Son esos malditos vaqueros. Le quedan como una segunda piel, igual que su camiseta de tirantes. Sus pezones asomando por la fina tela muestran que tampoco lleva sujetador.

Resoplo para mis adentros. Si llevara sujetador, probablemente habría un puto perro de dibujos animados en cada copa. Si algo he aprendido de Alyssa Walsh esta noche, es que no sabría elegir ropa interior, aunque de eso dependiera su vida.

Me viene a la mente su figura en lencería de encaje negro. Tacones altísimos, un corsé para empujar esos...

No. No iré allí. No traje a esta pequeña e inocente irritante a mi casa bajo falsos pretextos solo para quedarme junto a la cama y mirarla toda la noche como un adolescente cachondo.

Me doy vuelta bruscamente y salgo. Como ella duerme en mi habitación, es justo que yo vaya a examinar la suya.

Cuando llego, mis hombres ya están en su casa, inspeccionando el lugar. Ratimir está en el salón, levantando literalmente el sofá para ver qué se esconde debajo. Resulta que la respuesta a esa pregunta es: años de motas de polvo, telarañas y una buena cantidad de envoltorios de chocolate. Al parecer, Alyssa tiene debilidad por los Snickers.

Me dirijo a su habitación y la encuentro impregnada de su aroma a madreselva. Lo aspiro y la recorro. Por lo que parece, Alyssa nunca encontró una superficie clara que no odiara. Logró llenar esta pequeña habitación de un sinfín de tonterías sentimentales. Fotos, chucherías, notas escritas a mano. Hay una silla a la derecha de la cama, donde debería haber una mesita de noche. Da a la ventana, así que supongo que es su rincón de lectura y, como no podía ser de otra manera, tiene vistas directas a los jardines del suroeste y a mi puerta principal.

Una pantalla bordada cuelga sobre la silla y un reposapiés con la forma de un pequeño elefante gris se sitúa justo enfrente. A un lado hay un baúl de madera maltrecho. Rebusco en él y solo encuentro sábanas y toallas. Frunzo el ceño, lo dejo a un lado e investigo la cómoda.

El primer cajón que abro está lleno de su ropa interior.

No hay que dejar piedra sin remover, ¿verdad?

Empiezo a rebuscar. Me sorprende que no toda su ropa interior sea triste y deprimente. Tiene unas cuantas bragas sexys y sujetadores finos de encaje. Un tanga de encaje color lavanda en particular hace que se me erice la polla. No parece que salga mucho, pero al menos este no tiene la etiqueta del precio como la mayoría de los demás.

Qué puto desperdicio.

—¿Jefe?

—¿Qué pasa? —chasqueo, cerrando el cajón para que Ratimir no vea lo que estaba mirando.

Sus cejas se alzan, pero es lo suficientemente inteligente como para mantener la boca cerrada. —

Um, señor, solo quería hacerle saber que encontramos esto en su propiedad hace un rato. Lo cogió una de las criadas y lo dejó en su escritorio.

No tengo que mirar el nombre en el paquete para saber a quién pertenece. Alyssa Walsh.

—Puedes retirarte. Avísame en cuanto encuentres algo.

Ratimir sale de la habitación y yo me quedo mirando el paquete de Alyssa. Luego, con un suspiro, me pongo manos a la obra. Mientras abro la caja, me digo a mí mismo que solo estoy siendo minucioso. Necesito saber si ha pedido lo que dice que ha pedido. Pero incluso cuando encuentro la caja interior que dice ***Eve's Garden: Placer de todas las variedades***, no me detengo. ***"Placer de todas las variedades"***... podría ser cualquier cosa, ¿no? Necesito estar seguro. Así que también abro esta.

¿Eso es un... consolador?

Excepto que es púrpura y parece salido de un pulpo, rebordeado y curvado y con púas en todas direcciones.

Estoy tan duro que duele.

Hago como que no noto mi dolorida erección mientras ordeno el resto del contenido. Hay esposas, ataduras, lubricantes de sabores que no puedo imaginarme que Alyssa utilice.

Por supuesto, en cuanto lo pienso, mi cerebro se da cuenta de que acabo de desafiarlo. Porque, de repente, mi cabeza da vueltas con imágenes de Alyssa. Su cuerpecito prieto, envuelto en encaje y cuero, sosteniendo uno de los juguetes sexuales y haciéndome gestos para que me acerque.

Blyat'.

El objetivo de esta búsqueda es encontrar mi paquete. No husmear en el suyo. Aunque estoy empezando a ver por qué decidió ir a lo *Misión Imposible* para recuperarlo. Los juguetes sexuales no son gran cosa para mí, pero, después de pasar un par de horas juntos, entiendo por qué para ella sí lo son.

Vuelvo a poner los juguetes en su caja, pero, como un adicto, vuelvo a su cajón de la ropa interior.

Saco las bragas color lavanda que había visto antes y me las meto en el bolsillo. Un pequeño recuerdo de la noche. No es que lo necesite, con ella durmiendo en mi cama. Pero ahora que tengo un premio guardado, es más fácil obligarme a bajar y concentrarme en mis asuntos.

Me meto en la cocina y empiezo a abrir cajones. Sus armarios están llenos de cereales, conservas y cosas así. Nada que pueda estropearse. En la nevera hay un cartón de leche desnatada junto a fruta fresca y vasos de yogur. Y, para mi diversión, una ensalada a medio comer y una barra de pan mohosa.

Coño, acerté, pienso divertido.

Cierro la puerta y me dirijo al congelador. Nada fuera de lo normal. Estoy a medio camino de cerrarla cuando...

Espera.

Vuelvo a mirar dentro. Estoy mirando una caja que definitivamente no pertenece a la nevera. El pulso me late en las sienes. *Bingo*. Ya está.

Cuando saco el paquete, me doy cuenta de lo ligero que es. Si tiró el contenido, ¿por qué ha metido una caja vacía en el congelador? Entonces, echo un vistazo al interior.

Ah. Bueno, definitivamente no está vacío.

Dejo la caja en el suelo y llamo a la única persona a la que sé que puedo llamar para cualquier cosa. —Niko —prácticamente puedo oírlo rechinar los dientes. Odia que le llamen de otra forma que no sea Nikolai.

—¿Qué?

—Hay una situación. Te necesito.

Eso es lo que pasa con los lazos fraternales: no importa lo molesto que te pongas. No importa cuántos resentimientos tengas. Cuando te llaman...

—Voy para allá —dice de inmediato.

Tú apareces.

URI

Nikolai está junto a mi puerta cuando llego. —Más vale que sea bueno —dice—. Lev enloquecerá si se despierta y no estoy ahí.

Pongo los ojos en blanco. —Te dije que reprodujeras el sótano en tu casa. Así estará más tranquilo cuando se quede a dormir.

—¿Quieres que me gaste una fortuna para que mis dormitorios de inspiración francesa se remodelen para imitar ese deprimente sótano?

—Ese "deprimente sótano" tiene una cocina americana con encimera de mármol, una cama tamaño king y sonido envolvente incorporado.

—Y sin ventanas.

—A Lev no le gusta el sol.

Nikolai parece aburrido ahora. —Juega al fútbol contigo en el patio. Estoy seguro de que el sol está cerca cuando eso sucede.

—El fútbol conmigo es la zanahoria que cuelgo para sacarlo de ese sótano.

Nikolai suspira, impaciente. —¿Por qué estoy aquí a las 3 de la mañana, hermanito?

Hermanito. Yo lo molesto con "Niko" y él a mí con ese título. A primera vista, es exacto. Soy el hermanito, pero también soy el *pakhan*. Soy su *pakhan*. Y, aunque se hizo a un lado y aceptó mi ascenso al timón, hay momentos en los que estoy seguro de que se arrepiente.

Le entrego la caja. Nikolai echa un vistazo al muñón de dedo que hay dentro y me mira con las cejas levantadas. —¿Regalo de Sobakin?

—¿Quién más? Fue arrojado por encima de la verja delantera, desde el asiento del copiloto de una furgoneta blanca.

La sonrisa de Nikolai es sombría. —Realmente se está inclinando hacia todo el asunto de supervillano.

—Necesito una identificación en ese dedo.

Nikolai asiente. —Me pondré en ello.

Se dispone a irse cuando lo detengo. —Puede que tengamos un problema mayor.

Se vuelve hacia mí lentamente, con los ojos entrecerrados. A grandes rasgos, le hablo de Alyssa, de cómo escaló mi valla, cometió el error de robar el paquete equivocado y luego cometió el error aún mayor de abrirlo. Por ahora, omito el sexo en la mesa del comedor. No parece relevante.

El ceño de Nikolai se frunce cada vez más. Cuando termino, las comisuras de sus labios se inclinan hacia la mandíbula. —Espera... ¿me estás diciendo que ahora mismo duerme en tu cama?

Me encojo de hombros. —La necesitaba fuera de su casa para que pudiéramos revisarla.

—Mierda —Nikolai chasquea—. ¡Mierda!

Pongo los ojos en blanco. Siempre tiene la costumbre de exagerar todo lo que hago. Es otra puya sutil. *Yo nunca habría hecho eso si fuera Pakhan*.

—La situación está controlada —respondo con frialdad.

Parece a punto de arrancarse el pelo del cuero cabelludo. —¿Cómo? Está claro que ha visto el puto dedo. Un dedo que, muy probablemente, pertenece a uno de nuestros *vors*.

He intentado no pensar en eso, porque la solución al problema de que un civil haya echado un vistazo a asuntos incriminatorios de la Bratva es tan simple como brutal.

No puede hablar si está muerta.

—Lo tengo bajo control —digo en su lugar—. Ahora está bajo mi techo.

—¿Y mañana?

—No pensé tan lejos.

Nikolai aprieta los dientes. —Bueno, empieza a pensar. Porque Lev volverá mañana y Polly estará aquí el fin de semana. Quizá puedas esconderle un par de cosas a Lev, ¿pero a Polly? No tanto.

—Me ocuparé.

Da un paso hacia mí y me señala con el dedo. —No quiero que esto los toque. Hicimos un pacto para mantenerlos lejos de toda esta mierda, ¿recuerdas?

Aprieto la mandíbula. —¿Crees que no me acuerdo? Fui yo quien ideó el pacto.

Nikolai aparta la mirada de mí, pero veo cómo se le tensa la mandíbula mientras piensa. —Podría intentar convencer a Lev y Polly para que se queden conmigo un tiempo.

—No funcionará. Los dos están cómodos conmigo —los ojos de Nikolai se entrecierran. *Sí, vale. Mala elección de palabras*—. Lo que quiero decir es...

—Claro que están más cómodos en tu casa, se han criado aquí. Pero tenemos que empujar los límites de Lev, animarlo a salir de su zona de confort.

—Lo he hecho dándole una habitación arriba, en la casa principal.

—Rara vez haces que la use.

—¡Porque entra en crisis si lo presiono demasiado! —gruño—. No me arriesgaré a traumatizarlo para curarlo. Ambos sabemos que eso no pasará.

Nikolai chasquea los dientes. —Ha estado retrocediendo últimamente y lo sabes. Si nos lo tomamos con calma, volverá a su fase de capullo.

—Ya te he dicho que yo lo manejo, *brat*.

—¿Como estás "manejando" a tu vecina? —pregunta Nikolai con una ceja arqueada en escepticismo—. Dime, hermanito: ¿cómo de atractiva es?

Eso es lo que pasa con los hermanos: te conocen demasiado bien.

Se ríe cuando no contesto. —¿Pequeña? ¿Rubia? —como sigo sin contestar, alza las manos, disgustado—. Hagas lo que hagas, no te acuestes con ella.

No puedo evitarlo. Un bufido de risa brota de mis labios. —Llegas varias horas tarde, hermano.

A Niko se le salen los ojos. —¡Joder, Uri! ¿Por qué no puedes mantenerlo en tus putos pantalones por una vez?

Me encojo de hombros, indiferente. —Invadió mi propiedad. Necesitaba averiguar por qué.

—¿Y no podías simplemente preguntarle?

Mi sonrisa se ensancha. —Eso habría sido mucho menos divertido.

—Tienes un problema.

Al instante, me vienen a la cabeza las palabras acusadoras de Alyssa. Las vuelvo a sacar. —Yo me ocuparé de mi pequeño problema rubio y tú ocúpate de ese dedo.

Nikolai asiente, pero sus ojos se clavan en mí en señal de advertencia. A veces, se parece tanto a nuestro padre que se me eriza la piel. —No te la vuelvas a tirar.

—Conoces mi regla: no hago repeticiones.

Es fácil soltar esa mentira. Es verdad: no hago repeticiones...

Por ahora.

—Hazme un favor —dice Niko—. Déjame estar allí cuando le expliques esta regla tuya a Polly algún día.

Lo señalo con el dedo corazón. —Fuera de mi propiedad.

Sonríe y empieza a caminar a su coche. Su casa está a menos de un kilómetro y medio, pero vino en su Aston Martin de época. A Nikolai siempre le gustaron las cosas buenas.

Entro en casa y decido en el acto qué hacer con mi inesperada huésped. Mis opciones son limitadas. No puedo dejarla marchar ahora que sé que vio el dedo. Existe la posibilidad de que

acuda a la policía y, a pesar de mis esfuerzos, todavía no los tengo todos en el bolsillo.

Incluso si pudiera asustarla para que guardara silencio, no tengo ni idea de cuánto duraría. Puede que algún día se lo cuente a una amiga. A un novio, incluso. Es extraño lo rápido que se me revuelve el estómago al pensar en ella con otro hombre.

No me gusta una mierda.

Hago una mueca y llamo a Svetlana. Es una de las criadas internas que cobran el triple que las demás porque está de guardia las veinticuatro horas del día y entiende el significado de la discreción. No tarda mucho en encontrarme en el vestíbulo.

—¿Señor? —todavía tiene arrugas de sueño a los lados de la cara, pero sus ojos son brillantes y observadores.

—Necesito que cambies las sábanas del sótano. Y, ya que estás ahí abajo, ordénalo un poco, ¿quieres?

Parece ligeramente confusa, pero no hace preguntas. —Por supuesto, señor. Enseguida.

—Ah, y asegúrate de que el personal de la casa sepa que nadie puede bajar al sótano cuando termines de limpiar ahí dentro.

Frunce el ceño. —¿Quiere decir nadie excepto el Amo Lev, señor?

—Me refiero a nadie, *incluido* el Amo Lev.

Parpadea una sola vez ante las inesperadas instrucciones, pero no dice nada más antes de asentir y dirigirse al sótano. Mientras tanto, subo a mi habitación. Alyssa sigue durmiendo a pierna suelta, sin saber que está a punto de convertirse en un elemento mucho más permanente de lo que jamás habría imaginado.

Se va a poner muy peleona, muy rápido cuando se dé cuenta.

Es demasiado tentador pensar en meterme en la cama con ella y dejar que mis manos recorran su cuerpo. Se sintió tan bien antes, retorciéndose bajo mis dedos y apretándose alrededor de mi polla. Pero eso violaría definitivamente mi regla de “no repetir”.

Por supuesto, también demostraría que está equivocada, una justificación que me gusta demasiado.

Debería pensar en trasladarla a un lugar más alejado. Mierda, sé que tengo muchos pisos francos por la ciudad, el país, el mundo. Y, con Lev en casa, esconder a Alyssa aquí es demasiado arriesgado.

Pero no puedo soportar la idea de tenerla en otro sitio.

Me digo a mí mismo que es porque necesito vigilarla, pero la verdad no es tan sencilla. Esta noche solo he arañado la superficie. Aún tengo que entender a esta mujer y, hasta que lo haga, su metedura de pata me ha dado la excusa perfecta para mantenerla bajo mi control.

No se quedará para siempre, ni quiero que lo haga. Pero no puedo evitar el hecho de que la quiero aquí *ahora*.

Aunque solo sea para poder abrirla más y averiguar cómo funciona.

ALYSSA

¿Por qué siento que me ahogo?

Tardo un minuto en darme cuenta de que todavía tengo los ojos cerrados y estoy atrapada entre el mundo del sueño y el de la vigilia.

—Aww —gimo mientras intento abrir los párpados. Me siento como si llevara siglos dormida, pero siguen pesándome obstinadamente.

Siguiente pregunta: ¿por qué está tan mojado?

Despego la cara de un colchón que parece de algodón de azúcar y descubro el vergonzosamente grande círculo de babas sobre el que he estado durmiendo. Bueno, eso explica la humedad. Cubro el charco con una almohada y me enderezo.

¿Por qué está tan oscuro? ¿Me olvidé de correr las cortinas anoche? Quizá por eso se siente tan sofocante aquí...

Espera.

¿Dónde es “aquí” exactamente?

Darme cuenta de que no estoy en mi propia cama me golpea como una tonelada de ladrillos en la cabeza. No estoy en mi propia habitación.

Entonces... ¿dónde demonios estoy?

Me levanto bruscamente de la cama y miro a mi alrededor, súbitamente despierta. Me encuentro en un espacio enorme, con techos altos y arqueados, y sin embargo me siento extremadamente claustrofóbica. No me cuesta mucho entender por qué. No hay ventanas en esta habitación. La única puerta parece sacada de un castillo medieval y, por mucho que lo intento, no consigo abrirla.

¿Dónde. Estoy?

Y luego lo recuerdo como una presentación de diapositivas, una imagen tras otra en rápida sucesión.

El paquete.

La valla.

Garfield.

Uri Bugrov.

Oh, no. Oh, no. Oh, no, no, no.

La transición de diapositivas no cesa. La cabeza me da vueltas y estoy peligrosamente a punto de caerme, pero los recuerdos son implacables.

La cena. Sexo en la mesa. Un dedo en mi congelador. Uri otra vez. El allanamiento.

Vieiras y un delantal inapropiado.

El puto Uri Bugrov.

Miro el techo mientras se me pone la piel de gallina por todo el cuerpo. ¿Sigo en su mansión? ¿Estoy encerrada en algún lugar profundo, frío y oscuro para que nadie pueda encontrarme?

El dedo. Sabe que tengo su paquete. Sabe que lo abrí. Él…

El allanamiento. El policía de anoche. *¡Alyssa! ¡Puta idiota!* Todo fue una treta, un plan estúpidamente simple para sacarme de la casa y que él pudiera registrarla. Por supuesto. ¿Por qué demonios no lo había visto antes?

Porque estabas escuchando a tu vagina en vez de a tu cerebro, por eso.

—Respira —me digo, tratando de coger el teléfono—. ¿No era ese uno de los pasos? Oh, no...

No llevo el teléfono encima. Anoche no tuve tiempo de cogerlo antes de que Uri me sacara de mi casa y me metiera en la suya.

—Tiene que haber una forma de salir de aquí —murmuro a las paredes en blanco.

Vuelvo a intentar abrir la puerta. Sigue sin moverse. Así que recurro a golpearla y a gritar. Nadie me oye. O, si lo hacen, me ignoran. Tras varios minutos de gritar hasta quedarme ronca, vuelvo al sótano y empiezo a pasear nerviosa.

Resulta que es un espacio más grande de lo que pensaba. Encuentro un pequeño rincón lleno de libros y, al lado, lo que parece un fuerte improvisado con sábanas y cojines.

El fuerte me desconcierta. ¿Qué demonios es este lugar? Mejor aún... *¿de quién es?*

Sigo explorando en busca de respuestas. Hay una cocina separada de la zona principal por una media pared. Observo pegatinas en los armarios blancos y un montón de garabatos infantiles en las paredes, aquí y allá.

Los lápices de colores están esparcidos por el suelo fuera del cuarto de baño, que, para mi desgracia, tampoco tiene ventana. Hay más cosas de niños esparcidas por ahí. Videojuegos, maquetas de aviones. Si tuviera que adivinar, diría que esta habitación pertenece a un niño de diez años.

Excepto que es más un apartamento independiente que una habitación, lo que no tiene sentido.

Y, de nuevo, ¡no tiene malditas ventanas!

Después de una buena hora de búsqueda, me veo obligada a admitir la derrota. Este lugar es hermético. Probablemente a prueba de sonido, también. A menos que haya una trampilla oculta en alguna parte, parece que mi culo se queda aquí.

Pánico. Pánico. Pánico.

Pero, aparte de llorar o gritar, ni siquiera tengo una salida para la emoción que me invade por dentro. Ojalá tuviera a mano mi helado para casos de emergencia, pero, aunque estuviera en casa, ni de coña me acercaría a mi congelador. Además, tengo cero apetito. Solo pensar en comida me dan ganas de vomitar.

Eso me recuerda algo. *Debería estar en la farmacia ahora mismo, comprando la Plan B.*

Oh, maldita sea.

El plan A era el plan B. El plan B es... ¿rezar?

Supongo que sí. Juntar las manos, arrodillarme y rezar a cualquier deidad que pueda estar escuchando para que no corra peligro de embarazarme. Esa parece ser mi única opción.

Esto demuestra que algunas cosas son demasiado buenas para ser verdad. ¿Coito multiorgásmico con un hombre que parece diseñado por alguien que ha estado escuchando mis sueños húmedos? Demasiado bueno para ser verdad.

No es que sea un mal tipo, al menos no lo creo. Solo está roto. En el fondo, hay un buen ser humano. Pero no puedes verlo hasta que quitas las capas, lo obligas a abrirse. Sí, ¿esa teoría del miedo a la intimidad que le lancé anoche? No me la saqué del culo. He pasado meses pensando en ello, preguntándome cómo sería estar en la estratosfera de Uri Bugrov.

No solo porque parece la encarnación del sexo.

Sino porque, en el fondo, siento la necesidad de arreglar las cosas rotas.

Resulta que algunas cosas y algunas personas no tienen arreglo. Y, si lo intentas, tú mismo acabas rota. O, en mi caso...

Atrapada en un sótano sin ventanas.

URI

—¿Y bien? ¿Alguna novedad?

—Dije que te llamaría cuando hubiera noticias que compartir —hay un poco de estática en la línea, pero no tanta para no oír la irritación de Nikolai.

—Has tenido doce horas. ¿Necesitas que encuentre a alguien realmente competente para hacer el trabajo?

Debería haberlo sabido. Lo que yo llamo seguimiento, Niko lo llama microgestión. Lo que yo llamo delegación, él lo llama control. Cuando yo digo que el cielo es azul, a él le gusta decir que es verde, solo porque me cabrea.

—Son asuntos delicados. Tengo que ser discreto. No queremos que todo el mundo sepa que partes del cuerpo de nuestros *vors* aparecen en el correo, ¿verdad?

Reprimo un suspiro. —Llamé a todos los hombres principales. Pavel e Igor son los únicos que no contestaron.

—Igor siempre atiende.

—Exactamente. Solo necesito confirmación.

—Como he dicho, estoy en ello.

Cuelgo antes de decir algo lamentable. Pero, si lo hiciera, sería la primera vez en mucho tiempo. Estos días, tiendo a andar con cuidado con Nikolai y su ego. No solo porque le quité el título que le correspondía, sino también porque es mi hermano mayor. Y también es bueno, al menos cuando no está ocupado compadeciéndose de sí mismo.

El estruendo de cristales al romperse me hace ponerme en pie y salir de mi despacho en un instante. Encuentro a Lev en el salón de arriba, sacudiendo la cabeza con angustia y abrazándose las rodillas contra el pecho. Svetlana está de pie a unos metros, aislada por los fragmentos de cristal que cubren el suelo entre ella y Lev.

Palidece cuando me ve. —Lo siento, señor —dice rápidamente—. No quería molestarlo. Solo estaba...

—Está bien, Svetlana —le digo suavemente—. Solo dime qué pasó.

Le tiemblan mucho las manos y no deja de mirar a Lev, que murmura rápidamente en voz baja.

—Le dije que no podía bajar al sótano y él... se enfadó conmigo...

Lágrimas brillan en sus ojos. Le doy una patada a los cristales. —Ha sido mi error. Debería haber sido yo quien se lo dijera a Lev —las arrugas de su rostro se reducen drásticamente—. ¿Nos dejas un momento?

Asiente rápidamente y salta sobre el cristal roto. Sus pies aterrizan sobre unos cuantos fragmentos y el crujido hace que Lev se balancee aún más rápido.

—Lev, *brat* —canturreo suavemente mientras me acerco a él. Está nervioso. Sus ojos se mueven arriba y abajo, arriba y abajo, una y otra vez—. ¿Puedes venir aquí un segundo?

Sacude la cabeza furiosamente. El balanceo no se detiene. —Quiero... mi sótano.

—Eso no va a pasar hoy, amigo.

Suelta un aullido de rabia y se abalanza sobre mí. La primera vez que ocurrió, literalmente me derribó, pero, después de siete años, estoy preparado. Lo agarro antes de que pueda lanzar todo el peso de su cuerpo sobre mí. Lo rodeo con los brazos y aprieto fuerte, como una boa constrictora.

Lev gruñe, pero no lo suelto. Ni siquiera aflojo el agarre. Solo aplico presión hasta que deja de forcejear tanto.

—Lev, respira hondo.

—No quiero respirar. ¡Quiero mi sótano!

Con un brazo firmemente colocado sobre su pecho, le acaricio el pelo con la mano libre. Ahora es una experiencia muy diferente de lo que solía ser. Incluso a los doce años, Lev era un niño alto. Pero los años lo han convertido en un hombre. Sus músculos han crecido, su fuerza ha aumentado, su cuerpo ha crecido.

Su mente, sin embargo, se ha quedado allí. —Lo sé, colega, pero hoy no, ¿vale?

—¡Es mi sótano! ¡Quiero mi sótano!

—Tienes una habitación aquí arriba, Lev. La hice especialmente para ti. Tiene cortinas verdes y una pecera. Justo como querías.

—¡Quiero mi sótano!

Me aparto para evitar que me reviente los tímpanos. —Lev, no me estás escuchando.

—No quiero escuchar. Quiero...

—…Tu sótano. Lo sé.

Intenta balancearse de nuevo. Tiene los ojos llorosos. Sigue luchando, pero a medias. —Lev, por favor. Respira hondo.

—Mi fuerte. Quiero estar en mi fuerte... Viene el tren... Mis enemigos... Quiero...

—No hay tren, Lev. Tampoco hay enemigos. Me he encargado de todos ellos —Lev sacude la

cabeza—. Mis libros... Mis juegos... Mis pinturas...

Su cuerpo se vuelve flácido, por lo que sé que es seguro soltarlo. Sus arrebatos son bruscos, a veces imprevisibles, pero desaparecen tan rápido como aparecen. Lo giro lentamente para que estemos cara a cara.

—Tienes libros, juegos y pintura en tu nueva habitación.

Sus cejas están lo suficientemente juntas como para borrar cualquier espacio entre ellas. Sus ojos marrones oscuros me miran, vuelven a mirarme y vuelven a mirarme. —No me gusta la nueva habitación.

—Dime por qué.

Hace un sonido que le sale de la garganta. Le pasa siempre que algo no le gusta, pero no sabe cómo expresarlo.

—Usa tus palabras. Dime por qué.

Sacude la cabeza. —No es segura... es demasiado brillante...

Cojo sus dos manos y las aprieto. —¿Quién soy?

Lev me mira, con la boca abierta. —Mi hermano.

—Tu hermano mayor —asiento—. ¿Y cuál es mi trabajo más importante?

El ceño de Lev empieza a fruncirse lentamente. —Yo.

Sonrío, alentador. —Así es. Cuidar de ti es mi trabajo más importante. Protegerte es mi trabajo más importante. Nunca haría nada que no fuera bueno para ti, Lev. Lo sabes, ¿verdad?

Tuerce la boca como si no supiera si sonreír o llorar. Se mira las manos entrelazadas y hace lo que llevo rato intentando que haga. Respira hondo. Nunca se le ha dado bien hablar cuando está angustiado, pero, en cuanto se calma, le resulta más fácil.

—Pero... echo de menos mi sótano. No me gusta estar aquí arriba... solo.

Golpea su cabeza contra mi pecho y me agarro a su nuca. —No estás solo. Estoy aquí. Siempre estoy aquí. Qué te parece esto: solo por esta noche, puedes dormir en mi habitación.

Lev levanta la cabeza. —¿Como una fiesta de pijamas?

Miro fijamente la cara de mi hermano no tan pequeño, maravillado por toda esa alegría infantil, la inocencia que se ha convertido en parte permanente de su personalidad. Sigo viendo al niño que era. El niño que es, congelado en el tiempo. Atrapado en un cuerpo que lo dejó atrás hace mucho tiempo.

—Sí, como una fiesta de pijamas.

Me da un fuerte abrazo de oso. —¡Fiesta de pijamas! —exclama—. ¡Fiesta de pijamas! ¡Fiesta de pijamas!

Nikolai me acusaría de consentir los miedos de Lev en lugar de ayudarlo a afrontarlos. Pero yo lo

veo de otra manera. Yo también quiero que se enfrente a sus miedos.

Pero no creo que deba enfrentarse a ellos solo.

URI

Alyssa está tumbada en la cama, con los ojos fijos en el techo. Pero, en cuanto se cierra la puerta, se levanta de un tirón.

—Tú —sisea mientras sus ojos se entrecierran intensamente.

Se levanta de la cama y se pone en pie. Tiene las manos cerradas en puños y no puedo apartar la mirada. ¿Está a punto de pelear conmigo? Le saco medio metro y más de treinta kilos. ¿De verdad cree que puede conmigo?

Al parecer, eso es exactamente lo que piensa, porque se lanza hacia delante, apretando la mandíbula con determinación. —Supongo que todos esos rumores sobre ti eran ciertos.

—Si empezamos a hablar de los rumores sobre mí, estaremos aquí todo el día.

—*Llevo* aquí todo el día —suelta—. Hablando de eso, ¿por qué demonios *estoy* en esta mazmorra tuya?

Miro divertido a mi alrededor. —Difícilmente llamaría a esto una mazmorra. Tienes un televisor de pantalla plana en ese rincón, por el amor de Dios.

—Oh, ¿se supone que debo agradecerte la prisión tan cómoda en la que me has metido? —se burla con sorna—. Porque tengo noticias para ti: no importa lo bonita o lujosa que sea, una celda sigue siendo una celda. Y no me llevo bien con las jaulas.

Su pecho se agita tentadoramente, pero me aseguro de mantener los ojos fijos en su cara. Ver cómo se sonrojan sus pálidas mejillas es una experiencia extrañamente excitante.

—¿Crees que te quiero aquí? —pregunto, despreocupado—. Si por mí fuera, ahora mismo estarías sentada en tu chocita, haciendo un crucigrama.

Se echa hacia atrás. —No hagas eso.

—¿Qué no haga qué?

—No actúes como si me conocieras. Toda la información que te di anoche, la compartí solo porque pensé... —se detiene en seco. Sus ojos se abren un poco más cuando algo hace clic en su cerebro.

Doy un paso más hacia ella. —¿Pensaste qué, *narushitel*?

—Déjate de apodos. Ni siquiera sé lo que significa.

—Significa “pequeña ladrona”, porque eso es lo que eres. Y anoche no te importaba.

—Sí, bueno, si tan solo no me hubieras secuestrado y encerrado en el sótano anoche.

¿Es raro que me esté gustando tanto esta interacción? ¿Es raro que me dé un subidón natural, mejor que cualquier droga?

Sus dedos tiemblan mientras se acerca. —Por favor, Uri... déjame ir.

—Créeme: no hay nada que desee más —la extraña tensión de mis entrañas dice lo contrario, pero decido ignorarla—. Excepto que tú, pequeña señorita Pandora, fuiste y abriste una caja que deberías haber dejado cerrada. Y ahora ha desatado todo tipo de horrores.

Se pone rígida al instante. Sus ojos van de un lado a otro antes de volver a posarse en mí. —Creí que era mi paquete —susurra con una voz desgarradoramente mansa.

—¿Mi nombre en la etiqueta no te dio ninguna pista?

—No estaba exactamente pensando con claridad. Acababa de volver a casa y estaba nerviosa y distraída y pensando en...

Se detiene de nuevo, pero esta vez creo saber lo que iba a decir. —Pensabas en mí.

Ella aprieta los dientes. —Sí, pensaba en ti, pero solo por... lo que pasó. No es como si estuviera embobada por eso. Estaba lista para dejar todo atrás.

—Si tan solo no hubieras estado tan distraída pensando en mí y hubieras leído el frente del paquete. Ciertamente no había ningún consolador tentáculo púrpura allí.

—Fue un error... —sus ojos se abren de par en par y se queda paralizada—. ¿Has abierto mi paquete?

—Ojo por ojo.

Alyssa me fulmina con la mirada. —¿Qué edad tienes, doce? No sabía que estaba abriendo tu paquete, pero seguro que tú sabías lo que hacías cuando abriste el mío.

Me encojo de hombros, sin disculparme en absoluto. —Tenía que asegurarme de que me decías la verdad.

—Oh, claro, porque yo soy *claramente* la sospechosa aquí —cada vez que me acerco, ella se aleja más. Ahora, está a solo un pie de la cama y pone todo tipo de ideas en mi cabeza.

Eso, en sí mismo, es un shock. ¿Cuándo fantaseé con una mujer después de follármela?

—¿*Yo* soy el sospechoso? —pregunto, volviendo al tema que nos ocupa.

—¡Recibiste un maldito dedo en una caja! —exclama—. Un dedo. En una caja. En el correo. ¿Qué clase de hombre recibe paquetes así?

—El tipo de hombre cuya valla no deberías escalar.

Alza las manos. —Sí, vale, es justo. Pero no es que lo supiera entonces. Y, de todos modos, mi

única preocupación era recuperar ese paquete antes de…

—¿Antes de que nadie supiera toda la mierda rara que te gusta?

—¡No es para mí! —estalla, prácticamente echando espuma por la boca de rabia.

Tengo que esforzarme por reprimir la risa. Pero lo hago muy mal, y lo sé porque su mirada se vuelve más intensa. Para ser una alhelí propensa a ruborizarse, es muy peleona.

—Bien. "Elle". Que definitivamente es una persona que existe.

—¡Ella es una maldita persona de verdad! Y tú eres un auténtico imbécil. Estoy segura de que la legión de mujeres que te follas y olvidas cada noche estarán de acuerdo conmigo.

—A diferencia de ti, esas mujeres tienen expectativas realistas de mí.

—No es una expectativa poco realista querer salir viva de la casa del vecino.

Me río en su cara. —¿Crees que te matará? —da otro paso atrás sin sonreír, lo que me sirve de respuesta—. Mierda, princesa: si quisiera matarte, ya estarías muerta.

—Vaya, qué reconfortante —sus piernas chocan con el borde de la cama y sisea sorprendida. Murmura en voz baja una obscenidad que me hace sonreír, antes de enderezarse de nuevo. —No le contaré a nadie lo que vi. Te juro que me llevaré este secreto a la tumba. Puedes confiar en mí. Déjame ir.

—¿Quieres que *confíe* en ti?

—Sé que es difícil para un hombre como tú, pero yo soy diferente. Se puede confiar en mí.

Entrecierro los ojos. La mujer realmente necesita trabajar en sus habilidades de convencimiento. —¿"Un hombre como yo"? Explícame qué significa eso para ti.

Traga saliva, pero sus manos ya no tiemblan. —Un hombre que no puede o no quiere confiar en nadie más.

El hecho de que piense que me conoce es risible. Pero sé que, en cuanto intente contradecirla, lo interpretará como una actitud defensiva.

—Oye —continúa—, no me conoces bien, pero soy una mujer de palabra. Si hago una promesa, la cumplo.

Es enfática, pero dejarla salir de mi propiedad ya no es una opción.

Suspiro. —Desgraciadamente, tu palabra no es suficiente. Por el momento...

Pero me veo obligado a interrumpir la frase porque ella salta hacia delante, sus ojos desorbitados y desencajados mientras su rodilla vuela hacia mi entrepierna.

Es lo suficientemente imprudente como para cogerme por sorpresa.

Sin embargo, su puntería no es tan aguda como su mirada, así que, aunque su rodilla roza mis pelotas, no hace contacto. Al menos, no el tipo de contacto que me dejaría fuera de combate durante mucho tiempo.

No es que importara, aunque así fuera. Me aseguré de cerrar la puerta cuando entré.

Algo que Alyssa descubre un segundo después, cuando se abalanza sobre mí e intenta abrirla furiosamente.

Da un fuerte tirón, pero permanece obstinadamente cerrada. —¡No! —grita—. ¡No! ¡Déjenme salir! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Déjenme SALIR!

Golpea el marco de la puerta con sus delicados puños, pero sus gritos tiemblan más que sus manos. Me repongo y me acerco a ella por detrás, dándome cuenta de lo rápido que su confianza se ha convertido en pánico.

—¡Por favor! ¡Que venga alguien! Yo…

—Nadie puede oírte, Alyssa —tengo que hablar alto para que me oiga por encima de los gritos y los golpes—. Solo estamos nosotros aquí.

Sacude la cabeza como si eso fuera a cambiar la realidad y sigue atacando la puerta. Es como un extraño y retorcido déjà vu. Excepto que esta vez no me enfrento a Lev.

Aunque, ahora que lo pienso... quizá el mismo enfoque funcionaría aquí también.

Evitando sus errantes puños, encuentro un hueco, le agarro los brazos y se los aprisiono contra el cuerpo. Creo un chaleco de fuerza humano mientras la sujeto.

—¡No! —grita, casi arrancándose un tímpano—. ¡Déjame ir!

Da una patada a la puerta, lanzándose al aire por un momento. La alejo de la entrada y la agarro con fuerza. —Cálmate. Tranquilízate. No te haré daño. Pero tienes que respirar.

No sé por qué me escucha. Cuesta creer que pueda oír mis suaves palabras por encima del jaleo que está armando, pero deja de gritar casi de inmediato. Su cuerpo sigue temblando y su respiración es entrecortada y agitada.

Pero no la suelto. No aflojo mi agarre sobre ella.

Su calor se mezcla con el mío y percibo su aroma a madreselva. *No te distraigas*, me advierto. *Esto son negocios*.

Por desgracia, mi polla tiene mente propia.

Ignoro al cabroncete cachondo y sigo hablando. —Respira. Todo irá bien. Solo respira.

Su lucha se convierte en unos últimos y débiles espasmos antes de dejar de moverse por completo. —¿Cómo va a ir bien? —pregunta en voz baja, con la voz cargada de miedo—. ¿Cómo va a ir todo bien?

—Porque no mentía cuando dije que no iba a hacerte daño.

—¿Por qué retenerme aquí entonces?

—Porque, lo creas o no, estoy tratando de protegerte.

—¿De quién?

—De los hombres que me enviaron ese dedo. Si se enteran de que abriste el paquete y viste lo que hay dentro, no es cuestión de "si". Te *matarán*.

Encaja tan bien contra las líneas y surcos de mi cuerpo. Creo que nunca había tenido ese pensamiento cuando no había sexo de por medio.

—Necesito mantenerte aquí hasta que esta situación esté controlada. Por tu propia seguridad.

Inclina el cuello hacia un lado y vislumbro un ojo azul intenso. —¿No es un truco?

¿Qué sentido tendría un truco para retenerla aquí? Me encantaría poder burlarme de la mera idea. Pero la verdad es que hay muchas otras formas de manejar esta situación. Hay muchas otras formas de protegerla.

Sin embargo, de alguna manera, la idea de tenerla en mi casa, en mi espacio, se siente como la única opción con la que puedo vivir.

—No. Es esto o nada.

Alyssa suspira. Un suspiro profundo, triste, cansado, preocupado, derrotado. —De acuerdo.

ALYSSA

No puedo creer que esté aceptando mi destino aquí. Pero ¿qué otra opción tengo?

Uri aguanta un poco más, como si quisiera asegurarse de que lo digo en serio. Sus brazos me envuelven todavía más, sin dejarme más espacio que el de la resignación.

Cuando los suelta, siento frío de inmediato. Rodeándome el cuerpo con mis propios brazos para compensar la pérdida de calor, me doy la vuelta lentamente para mirarlo.

—¿Estás diciendo que me dejarás ir cuando las cosas vuelvan a ser seguras?

—Sí —busco señales de que está mintiendo, pero no se inmuta. No vacila. No aparta la mirada.

—¿Pronto?

—Depende de tu definición de "pronto".

—¿Un par de días?

Sus cejas se alzan, lo que hace que mi corazón se hunda. —Entonces no, *narushitel*. No será pronto.

Intento decirme a mí misma que está bien. Quiero decir, podría haber mentido, ¿verdad? ¿Quizás eso significa que tampoco está mintiendo sobre la parte de "dejarme ir"?

—¿Cuánto tiempo?

Sacude la cabeza. —No puedo darte una línea de tiempo. Los hombres con los que trato son asesinos a sangre fría.

—¿En qué te convierte eso a ti?

Mi cerebro chilla en señal de protesta. *¿Por qué demonios haces preguntas de las que no quieres las respuestas? ¡Idiota!*

Sus ojos se clavan en mí como un misil térmico. —Todo lo que necesitas saber es que aquí estás a salvo. Mientras sigas las normas y escuches, todo irá bien.

Es una de las amenazas más sutiles que he oído, pero no hay duda de que es una amenaza. *Quédate y estarás a salvo. Vete y serás una mujer muerta.*

Bien. Realmente reconfortante.

Pero la triste verdad es que me estoy quedando sin opciones. No hay forma de salir de este sótano y, aunque la hubiera, me enfrento a una legión de vigilantes y guardias de seguridad. Por no hablar de una maldita valla alta con clavos que exponen a Garfield por todas partes. Estoy a merced de Uri. Mientras él diga que lo estoy.

Por *este tipo de cosas* es que evito la intimidad. Nunca sale nada bueno de ella.

Sus ojos se posan en mi muñeca y solo entonces me doy cuenta de que estoy frotando el eslabón de mi amuleto entre el pulgar y el índice. Lo suelto y me llevo las manos a la espalda.

¿Qué harías tú, Ziva?

En el momento en que hago la pregunta, la respuesta aparece en mi cabeza. Ziva jugaría con él. Le haría creer que será la pequeña rehén perfecta. Le daría una falsa sensación de seguridad, y luego aprovecharía la oportunidad cuando se presentara. Tan pronto como él tuviera un desliz, ella correría como el demonio.

Así que eso es lo que voy a hacer yo también.

—De acuerdo, me quedaré aquí. Pero me gustaría estar cómoda.

Frunce el ceño y mira a su alrededor. —Tienes todo lo que necesitas.

Frunzo el ceño. —Excepto ventanas.

—Si no pueden verte, no pueden matarte —responde, tajante.

Me estremezco. ¿Es posible ver tanto la muerte y la violencia para volverse frívolo al respecto? Lanza la idea del asesinato como si no significara nada.

—¡Necesito respirar! —protesto—. ¡Necesito luz solar natural! Vitamina D. ¿Sabes lo importante que es la vitamina D para la piel? Mucho.

—Te traeré suplementos.

¿Está sonriendo? No. No puede estar sonriendo por esto. —Eres exasperante.

Tiene la audacia de suspirar. Como si yo fuera la irrazonable. —Estoy seguro de que, si demuestras que eres de fiar, puedo programar algo de luz solar para ti una vez al día.

Se me abren los ojos. No sé por dónde empezar con esa afirmación, así que voy a lo más práctico por lo que indignarme. —¿“Una vez al día”? ¿Eso es todo? ¿Como si yo fuera una especie de delincuente turbio al que solo pueden dejar salir para la hora diaria de patio de la cárcel?

—No será así para siempre.

—Eso dices. Pero el hecho de que hayas montado este sótano sugiere lo contrario.

Estiro el cuello de un lado a otro, porque todos los músculos de mi cuerpo sufren espasmos miserables ante la idea de un confinamiento solitario interminable. —¿Quién se quedaba aquí antes que yo?

Inmediatamente, sé que he hecho la pregunta equivocada. Sus ojos se tensan y su mandíbula hace esa cosa de apretar que hace que sus pómulos parezcan mucho más afilados. —Eso no es asunto tuyo.

Hazte la buena rehén. No te enfrentes a él. No le grites. No...

—En realidad, teniendo en cuenta que soy claramente tu última prisionera de una larga lista, sí es mi asunto. He pasado las últimas horas aquí revisando todo el material que he podido encontrar y no puedo decidir si estás secuestrando a entusiastas del aeromodelismo o a niños pequeños. De cualquier manera, no parece...

—Como he dicho, no es de tu incumbencia. Hacer preguntas no es lo mejor para ti, Alyssa. Ser entrometida tampoco es lo mejor para ti.

Trago saliva. Pensándolo mejor, creo que prefiero sus amenazas más sutiles.

Uri se acerca a grandes zancadas hacia la puerta. A pesar de lo poco que me gusta ahora, la idea de verlo salir por la puerta me aterroriza. No tiene nada que ver con él. Es solo que siento que la habitación es diez veces más pequeña cuando estoy aquí sola.

Casi como si las paredes se cerraran sobre mí.

A Elle le gusta decir que la única razón por la que me convertí en escritora de viajes es porque soy claustrofóbica. Este país me quedó pequeño. Bueno, si un país no era lo suficientemente grande, esta habitación seguro que no lo es.

—¡Espera! —grito. Para mi sorpresa, Uri se detiene en el umbral—. ¿Puedo al menos volver a casa el tiempo suficiente para hacer la maleta? ¿Recoger algunas de mis cosas?

Me parece una petición bastante razonable, pero aprieta los labios. —Hay un montón de papeles y bolígrafos en ese escritorio junto a la chimenea. Puedes escribir una lista de todo lo que quieras y yo te lo traeré.

Me pregunto cuánto podré hacer cuando corta de raíz ese pensamiento. —Y, para que lo sepas, no te voy a dar tu móvil ni tu portátil.

—¿Así que realmente soy tu prisionera?

Me fulmina con la mirada. —Por ahora... sí.

Enderezo los hombros, pero me niego a dejar caer mi rostro. Puede que esté a su merced, pero no tendrá la satisfacción de ver mi miedo. —Tengo amigos y familia, ¿sabes? Van a sospechar si no tienen noticias mías.

—Por supuesto. Seguro que “Elle” se preguntará por qué tarda tanto su consolador morado.

—¡Tengo otros amigos además de Elle!

¿Qué estoy haciendo? ¿Por qué le respondo?

Retrocede unos pasos hacia mí. —Ah, ¿sí? ¿Te refieres a los otros ancianos que viven en esta colina? La Sra. Heidegger estará bien con sus gatos.

—¿Qué insinúas? —exijo—. Porque tengo noticias para ti, colega: esas mujeres que paseas por

aquí todas las noches tampoco son “amigas”. Tampoco lo son tus guardaespaldas, ni tu equipo de seguridad, ni ninguno de los matones que contratas para mantener alejados a los demás.

Una ceja se tuerce. Uri no dice nada durante un buen rato. Luego—: No estamos hablando de mí, ¿verdad? Estamos hablando de ti.

No muerdo ese cebo tan obvio. —Necesito poder llamar a mis amigos. A mis padres. A mi trabajo.

Pero Uri ya me volvió a dar la espalda. —Arreglaremos algo —murmura sin elaborar lo más mínimo—. Prepara esa lista y me aseguraré de que te traigan todo.

Entonces se cierra la puerta. Vuelvo a estar sola.

Y extrañamente, lo siento.

No estoy diciendo que disfruté la forma en que me agarró antes. Pero tampoco que no lo disfruté. Fue una intensa combinación de *sácame de aquí* y *no me sueltes nunca*.

El primer instinto es normal, totalmente esperado. El segundo, más confuso. ¿Por qué demonios no *iba* a querer que me dejara ir?

El instinto me dice que no se trató de Uri. Bueno, no solo de él. Se trató de la sensación de ser abrazada de esa manera. No se sintió claustrofóbico o invasivo. Fue casi... cariñoso. Protector, en cierto modo. Como si intentara mantenerme entera mientras me desmoronaba.

Y la única persona que realmente hizo eso por mí fue Ziva.

Respiro hondo y me acerco a la cama. Me desplomo sobre ella e intento no pensar en nada, pero vuelvo una y otra vez a esa sensación. El deseo de ser abrazada.

Golpeo la cama con los puños, frustrada. No tiene sentido que me sienta ni remotamente cómoda en *este* lugar, con *ese* hombre. Tal y como están las cosas, lo detesto. Pero también siento muchas otras cosas por él...

Antes de esta noche, era mi oscuro, melancólico y misterioso vecino multimillonario.

Era el tipo que irrumpió en el comité de zonificación de la ciudad para amenazarlos con derribar mi casa. Era el tipo que destrozaba a las mujeres como esas mujeres destrozaban la ropa. Era el tipo que era tan apestosamente rico que podía salirse con la suya.

Pero después de la valla, el vendaje, la cena... se convirtió en otra persona.

Resulta que no era el villano con bigote que me imaginaba. Era eso, sí, pero la historia de Uri Bugrov es mucho más de lo que parece. Y no estoy hablando de partes del cuerpo cortadas, tampoco. Hablo de la familia de la que se niega a hablar. El sótano amorosamente amueblado que es actualmente mi casa.

Este lugar no se construyó para ser una prisión, sino un santuario.

Pero ¿para quién?

Me tumbo y cierro los ojos. Hago lo que hago siempre que me siento estresada o ansiosa. Me paso las manos por el cuerpo, tocándome suavemente. Cuando otras chicas, las chicas normales,

se sienten así, se van de fiesta. Van a un buen club, llaman la atención de un chico guapo y descargan sus frustraciones a la antigua usanza.

A base de un buen revolcón, luego un buen sueño.

¿Y yo? Dame un poco de música ligera de fondo y un poco de paz y estoy lista. Me llamo independiente. Elle me llama cobarde. El término científico que usa es “miedosa”.

Ahora mismo, no me interesa tratar de hurgar en los recovecos de mi subconsciente.

Solo quiero sentirme mejor. Y nada me calma más rápido que un buen orgasmo.

Me estoy acariciando los pechos cuando vuelvo a hace unos minutos.

Uri. Yo. Mi espalda apretada contra su pecho. Su erección rechinando con fuerza contra mi cadera.

Mis ojos se abren de golpe y mi mano se congela en mis tetas.

Oh, *diablos*, no.

El hombre acaba de encerrarme en una maldita mazmorra, por el amor de Dios. *No* se merece ser la estrella de mis fantasías. No pasaré ni un segundo de mi precioso tiempo en este planeta deseando a mi captor. Eso tiene todas la señales del Síndrome de Estocolmo.

Y no seré partícipe de esto.

Se acabó. Fin de la historia. Eso es todo lo que escribió.

Pero ahora estoy mojada y necesitada. Y mi cuerpo realmente quiere una liberación.

A mi mente también le vendría bien.

Vuelvo a intentarlo y deslizo los dedos dentro de los vaqueros mientras me insto a relajarme. Pero no puedo relajarme porque estoy demasiado ocupada intentando no pensar en mi captor.

—¡Maldita sea! —me quejo—. De acuerdo. Que así sea. Pero, a partir de media hora, no volveré a pensar en Uri Bugrov de esta manera.

Deslizo el dedo por el clítoris y masajeo lentamente, mientras imagino su cara, recuerdo cómo me rodeó con sus brazos, cómo me tocó, cómo me cogió en aquella mesa de comedor, obligando a mi cuerpo a sentir cosas que hacía mucho tiempo que no sentía.

Me lanzo a este momento prohibido, prometiéndome a mí misma que nunca, nunca volverá a ocurrir.

URI

Su lista es decididamente práctica. Pasta de dientes, hilo dental, crema hidratante. También pidió algo de ropa, pero no ha hecho peticiones concretas. Nada de “tráeme el jersey morado con rayas negras, NO el jersey de cuello alto lavanda con rayas grises oscuras”, como podría haber supuesto por su actitud de hoy. En lugar de eso, ha escrito con mano pulcra y oblicua: “un par de camisetas, mallas y/o vaqueros”. También ha pedido un pijama, aunque estoy tentado de “olvidarlo” para que no tenga más remedio que dormir desnuda.

Frunzo el ceño ante mis propias idioteces juveniles. *Pon tu cabeza en el juego, mudak*.

Entrar en su espacio, aunque ya he estado aquí, es inquietante. Las cosas han cambiado. Miro a mi alrededor, buscando pistas sobre qué clase de persona es realmente esta nueva obsesión mía.

El pequeño bungalow ya era pequeño, pero parece aún más pequeño después de que ella lo haya abarrotado con un sinfín de trastos. Veo un reloj de arena de Egipto, una bola de nieve de París, un teatro de la ópera en miniatura de Sídney, un llavero de Perú... La lista es interminable. Están por todas partes, acumulando polvo y con cara de aburrimiento.

Ella tiene dos de todo, por extraño que parezca. Una extensa colección de parejas para él y para ella. Las mismas tazas pero en diferentes colores. Los mismos platos pero con patrones diferentes.

Basándome solo en esta cocina, supondría que vivía con alguien. Pero no hay evidencia de otra persona aparte de la mierda de Alyssa.

Miro distraídamente el teléfono. Estoy esperando una llamada de Carl, el detective privado que tengo en nómina. No es que lo necesite cuando puedo averiguar ciertas cosas por mí mismo. La mayor parte de la vida de Alyssa es dolorosamente obvia. La mujer viaja mucho y supongo que la culpa la tiene su trabajo. Pero para ser una viajera, hay una clara ausencia de fotografías en cualquier lugar.

Hasta que rebusco en su cómoda y encuentro una vieja caja de zapatos, metida muy lejos de la vista.

Está llena de fotos. En las más recientes, Alyssa aparece junto a una joven de su edad. Lleva el pelo rubio platino y una sonrisa confiada. Esa sería la misteriosa Elle, supongo.

Pero, a medida que retrocedo, otra chica empieza a aparecer en casi todas las fotos antiguas.

Tiene el cabello y los ojos oscuros, y hay algo en su mirada que capta mi atención. Una mirada intrépida, que no alberga ni la más mínima timidez.

Todavía estoy inmerso en las fotos cuando mi teléfono empieza a sonar. Carl. —Eh, jefe, acaban de llegar los resultados de la comprobación de antecedentes que me pediste —dice con su ronco acento de Boston—. La mujer ha salido limpísima. Puedes contratarla sin pensártelo dos veces.

—No quiero contratarla. Solo necesito conocer sus antecedentes. Dame el resumen.

—Oh. Ah. Bien. Em, déjame revisar las notas aquí. Nacida en San Diego, hija de Mark y Linda Walsh. El papá era maestro, mamá ama de casa. Su padre está jubilado ahora. Tenía una hermana gemela con un nombre raro, pero aquí dice que ella, em, murió.

Eso me llama la atención. —¿Tenía una gemela?

—Sí, Z... Zi... Ziva Walsh. Murió a los diecisiete.

Vuelvo a mirar la foto que tengo en las manos. No se parecen en nada. No las habría considerado hermanas, y mucho menos gemelas. Pero la forma en que se abrazan sugiere que su vínculo se forjó pronto y está destinado a durar para siempre.

Me doy cuenta tarde de que Carl sigue hablando. —Espera, ¿qué fue eso?

—Oh, estaba diciendo que esta chica es escritora de viajes. Independiente. Recibió ofertas de un puñado de empresas diferentes para puestos fijos de escritora, pero las rechazó todas.

Frunzo el ceño. —¿Por qué?

—No está claro. Tendrías que preguntarle a ella.

¿Por qué todo parece volver a hablar con ella? Eso es lo que más quiero evitar.

Quizá sea porque es lo que más te apetece hacer.

—Quiero decir, sé que sueno como un charlatán, pero realmente no había mucho que desenterrar, jefe. Es una maldita niña exploradora.

Resoplo. A juzgar por el paquete de juguetes sexuales que sigue sobre su cama, donde lo dejé anoche, lo dudo.

—¿Alguna información sobre alguna relación que deba saber?

Carl duda. —¿Información sobre alguna relación?

Este puto imbécil me obligará a decirlo. —¿Cuántos novios tuvo? ¿Ha estado casada? ¿Tiene un hijo secreto escondido en alguna parte?

Oigo el ruido de papeles. —Oh, no, no hay información real digna de mención en las relaciones anteriores. Honestamente, esta chica parece una persona encerrada en sí misma. Es muy joven para vivir como una abuela, ¿sabes? ¿Crees que es un vampiro?

Por toda respuesta, cuelgo.

Guardo la caja de zapatos y vuelvo a merodear. No hay nada más interesante. Una vez que he

husmeado lo suficiente, hago un último repaso de la lista que me ha dado.

Tengo todo lo que me ha pedido, más algunos extras por si acaso.

Entonces, mis ojos se posan en el paquete sobre su cama. El que nos metió a los dos en este lío en primer lugar.

Déjalo, idiota, gruñe la voz lógica de mi cabeza.

Está bien. Debería hacerlo. Me echo el petate al hombro y me dirijo a la salida. Pero, en el último segundo, cojo la caja de juguetes sexuales y me voy a casa.



CUANDO VUELVO A CASA, encuentro a Lev merodeando junto a la puerta principal. Solo me fijo en él porque su sombra se proyecta alargada y delgada a la luz de la luna.

—Lev.

—¿Qué es eso? —pregunta. Su cara se ilumina de interés—. ¿Es un regalo? ¿Para mí?

Hay momentos en los que veo un destello de la persona que Lev solía ser. El adolescente hosco, propenso a largos períodos de silencio y rápidos destellos de ingenio. El chico que habría pasado cada segundo despierto al aire libre si hubiera podido. El hermano que solía llevar a Polly en sus hombros cuando yo me cansaba. Es como si esa persona hubiera existido solo durante un fugaz segundo, antes de desaparecer para siempre. Junto con todas las posibilidades de quién podría haber sido.

—No, Lev. Esto son negocios.

Hace un mohín, pero sus ojos no se apartan de la bolsa. —¿Puedo ver lo que hay dentro?

—No.

Frunce el ceño profundamente. —¿Puedo adivinar qué...

—Esto no te concierne, *brat*.

Se le enderezan las cejas y se le cae la boca. De hecho, se le cae toda la cara. No suelo ser tan brusco con él.

Maldita sea. Esto es lo último que necesito ahora. —Lev...

Pero ya se escabulló a la sala de juegos, donde le gusta esconderse en las raras ocasiones en que se lo puede sacar del sótano. Gimo por mi propia impaciencia, dejo la bolsa y la caja en mi despacho y salgo tras él.

Ignoró el sofá de cuero, los sillones reclinables y los pufs. En su lugar, está sentado en la alfombra con las piernas cruzadas, el mando en la mano y los auriculares a un lado.

—Lev —se estremece, pero no me mira—. ¿Puedes guardar eso un segundo, por favor?

Lo hace de mala gana. Se pasa los dedos por el pelo una y otra vez, señal inequívoca de que lo he

agitado.

—Siento haber sido tan cortante contigo. Ha sido un día largo y las cosas han estado estresantes en el trabajo.

En general, no le gusta mantener el contacto visual, pero, cuando está enfadado por algo, me cuesta mucho conseguir que mire en mi dirección.

—No quiero que pienses que estoy enfadado contigo, ¿vale? No lo estoy. Solo estoy cansado.

Eso provoca una pequeña reacción. Su mano cae a su regazo. Cojo uno de los mandos libres. —¿Puedo jugar contigo?

Tras una larga pausa, asiente. Es una inclinación mínima, pero en Lev significa mucho.

Jugamos durante media hora sin decirnos ni una palabra. Los ojos de Lev están pegados a la pantalla mientras sus dedos vuelan sobre los botones a una velocidad asombrosa. Me gana sin esfuerzo, pero está bien. Él tiene su dominio. Yo tengo el mío.

—Quiero mi sótano —suelta cuando termina el juego—. No me gusta la habitación de arriba.

Le dirijo una mirada, aunque él se queda mirando la pantalla. —Lo recuperarás pronto. Solo necesito un poco más de tiempo.

No dice nada, pero vuelve a pasarse la mano por el pelo. Es un duro recordatorio de que la sirenita del sótano no puede quedarse ahí para siempre.

Por más de una razón.

ALYSSA

Me he acostumbrado a estar sola.

Es mejor así. Me siento más cómoda cuando estoy sola.

Al menos, eso es lo que *solía* pensar. Antes de darme cuenta de lo que realmente significaba estar sola. Resulta que no tenía ni puta idea.

Claro que vivía y viajaba sola. Pero siempre estaba rodeada de gente, de ruido, de nuevas experiencias o de viejos amigos. Cuando viajaba, veía nuevas culturas y probaba nuevas comidas, y me acostaba por la noche demasiado cansada para pensar en las cosas que ya no tenía. Y cuando estaba en casa, mis días estaban llenos de visitas a la Sra. Heidegger, que vivía calle abajo, quedadas con Elle, ese tipo de cosas.

Ahora que no tengo mi teléfono, me doy cuenta de lo mucho que dependía de él para llenar los oscuros momentos intermedios.

Llevo al menos veinticuatro horas, si no más, atrapada en este sótano sin compañía, sin luz solar y sin esperanzas de salir pronto.

Los muros se cierran.

He peinado todo el sótano buscando algo con lo que distraerme. Hay muchos videojuegos, pero nunca me han gustado mucho. En cambio, el futuro marido de Elle está obsesionado. A Elle le gusta bromear diciendo que es su segundo amor. Él estaría muy impresionado por la colección expuesta, pero ¿yo? Sí, no tanto.

Pero es la única opción que me queda. Así que, cuando me quedo sin opciones de entretenimiento, recurro a la televisión.

Eso ya es desmoralizante de por sí, porque tardo media hora en averiguar cómo encenderlo. Lo juro, mandos como esos están diseñados específicamente para hacer que una persona se sienta estúpida.

Algún dios de la tecnología se apiada de mí y cuando pulso accidentalmente un botón aparece un documental sobre la naturaleza. Es suficiente. Veo a las jirafas migrar por las sabanas durante tres o cuatro horas antes de que mi cerebro diga basta y caiga en un sueño intranquilo.

Me despierto en la oscuridad con el estómago rugiendo. Encuentro una bolsa de patatas fritas en

la cocina y me doy un festín, fingiendo que soy un león subsahariano con una presa fresca. Al cabo de un rato, sin embargo, también me harto de eso. El sótano es tan silencioso que mis propias funciones corporales se magnifican y acabo de descubrir cuánto odio el sonido de mi propia masticación y respiración.

Los muros se cierran.

Estoy asustada, agitada, cansada y todavía hambrienta cuando oigo abrirse el cerrojo de la puerta. Me levanto de un salto, pero el movimiento brusco me hace girar la cabeza. Llevo tanto tiempo mirando al techo que mi vista está empañada por manchas negras y estrellas doradas. Para cuando mis ojos se adaptan, su silueta toma forma frente a mí.

Esto es lo que pasa conmigo: No soy una persona enojada. No soy una persona conflictiva. Me enorgullezco de poder manejar la mayoría de las situaciones con calma y paciencia.

Pero, después de más de veinticuatro horas encerrada en un sótano sin ventanas, sin contacto humano y sin conexión con el mundo exterior, no me siento yo misma en absoluto. Me siento salvaje.

Aparto las piernas de la isla y salto al suelo. Lo único que me mantiene vertical es la rabia que recorre mi cuerpo.

—Pedazo de *mierda* —gruño.

Uri arquea una ceja, divertido. —Buenas noches a ti también.

Da la vuelta a la isla y empieza a dejar las bolsas que ha traído. No veo mis cosas, pero veo verduras frescas, algo de fruta y un paquete de muslos de pollo.

—¿"Buenas noches"? —repito— ¿"Buenas *noches*"? ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Ni siquiera me da la dignidad de quedarse quieto para que pueda mirarlo a los ojos mientras se lo suelto. Se limita a moverse por la cocina, descargando la compra, como si esta situación fuera de lo más normal.

Por lo que sé, es totalmente normal para él. A lo mejor le excita secuestrar a mujeres desprevenidas y guardarlas en su extraño escondite infantil para hacer Dios sabe qué cosas con ellas.

—¿Por qué no te sientas? —sugiere Uri con frialdad.

—¡*No* me digas lo que tengo que hacer! Pasó un puto día entero y no he visto la luz del día ni *una* sola vez —hago una pausa, esperando a que intervenga. No lo hace, lo que me cabrea todavía más—. Ya te dije por la mañana que no me llevo bien en las jaulas. Aquí no puedo respirar. No puedo moverme. No puedo *pensar*.

Esta última parte no es del todo cierta. Mi verdadero problema es que, sin ninguna distracción, pienso *demasiado*.

Pienso en los confusos cuatro años de universidad que pasé a trompicones, aturdida por el duelo.

Pienso en cuál es el plazo de prescripción para devolver las llamadas de tus padres antes de que te tachen oficialmente de mala hija.

Pienso en todas las opciones profesionales que deseché en favor de un trabajo que me permitiera salir del país en cualquier momento.

Pero, sobre todo, pienso en Ziva. Y pienso en lo diferente que habría sido mi vida si ella hubiera vivido.

—Toma.

Parpadeo ante el vaso de agua que me ofrece Uri. —No quiero agua.

—Bébetela de todos modos.

Mi mano se adelanta como si quisiera obedecerle, pero en el último momento la vuelvo a poner a mi lado. —No puedes entrar aquí cuando te plazca y actuar como si todo fuera normal. No puedes actuar como si yo fuera la loca y tú el buen samaritano.

—Nunca he pretendido ser bueno en nada. Ni lo haré.

—Este lugar... —digo, gesticulando a mi alrededor—. Es inhumano mantener a alguien aquí abajo. Sé que eres un bicho raro, pero la mayoría de la gente necesita luz y aire y sol y árboles y hierba... y *otras* personas —suspira, pero aún no terminé—. ¿Cómo demonios esperas que confíe en que me mantienes aquí por mi propia seguridad cuando se siente tanto como una prisión? ¿Cuando no puedo contactar con mis amigos y mi familia? ¿Cuando no me das otra *opción*?

No dice nada. ¿Es una estrategia o algo así? ¿Está enfadado? ¿Lidia conmigo ignorándome?

—¿Y tu gran televisor de pantalla plana? Apenas tiene canales. Los sitios de streaming están todos protegidos por contraseña. Los libros y los juguetes son para niños. Los videojuegos me superan y ni siquiera hay una radio o un altavoz, ¡algo, cualquier cosa que haga música! ¿Se ha vuelto loca la persona que vivía aquí antes que yo? ¿Es por eso? ¿Por eso tuviste que ir a buscar otra víctima?

Me quedo sin aliento cuando termino de despotricar. Una mirada a Uri y me siento desquiciada. Está tan tranquilo, de pie, con su camiseta blanca, su pelo oscuro al viento, sus uñas golpeando la encimera de mármol.

Odio que, a pesar de mi enfado, mi atracción por él siga existiendo. Palpita justo debajo de la superficie, como una campana de alarma.

Pero se desvanecerá. Estoy segura. Se defenderá, me dará un montón de excusas poco convincentes, yo contraatacaré, él contraatacará, y eso será el clavo en el ataúd.

Abre la boca para soltarme más estupideces condescendientes. Cosas como:

—Lo siento.

Espera. Me congelo. Estoy segura de que lo he oído mal, ¿verdad? Debo haberlo hecho. Es imposible que este hombre sea capaz de disculparse tan fácilmente.

—Lo siento —repite. Uri me mira—. Debería haberme asegurado de que estuvieras más cómoda. Debería haberte traído tus cosas antes. Me entretuve con el trabajo y eso me retrasó. Fue un error mío.

Por un lado, me hace sentir bien oírlo decir que lo siente. Por otro lado, no ayuda a matar mi atracción por él.

—No tenía intención de ausentarme tanto tiempo. Tampoco pensé que te costaría tanto estar sola. Pero supongo que ahora tiene sentido.

Mis entrañas se erizan. —¿Qué tiene sentido?

—Hay algo en la pérdida de un hermano que te hace sentir singularmente aislado. No puedo imaginar lo que debió de ser perder a tu gemela.

Se me pone la carne de gallina en los brazos. Probablemente debería estar indignada, pero, de algún modo, no soy capaz de reunir más rabia. Quizá sea el hecho de que dice esas palabras con tanta... ¿comprensión? Me pregunto si se refiere a los padres que perdió o a alguien más.

—¿Eran muy unidas?

Trago saliva. —Muy.

Maldita sea. Una palabra y todavía me tiembla la voz. Se me escapa un sollozo, pero me callo. *No es momento*.

Uri se limita a asentir. —Debe haber sido difícil navegar por el mundo una vez que ella ya no estaba en él.

El nudo en la garganta no hace más que crecer. Si sigue así, voy a berrear como un animal. —Yo no... —tengo que parar. Ni siquiera puedo hablar ahora. Solo sacudo la cabeza.

—Está bien —dice con suavidad—. No quieres hablar de ella. Lo comprendo.

Y la cosa es que realmente parece que *lo* entiende. Acabo sentándome de nuevo. Acabo tomando el vaso de agua que me ofreció antes. Acabo viéndolo cocinar.

Cuando termina, echa dos generosas raciones de pasta en un cuenco y me lo acerca. —¿Te apetece cenar acompañada? —mi mirada se desvía hacia la suya cuando hace la pregunta—. Si prefieres estar sola, puedo irme.

Probablemente debería decirle que se vaya. No debería querer compartir el pan con mi captor. Pero la idea de estar sola de nuevo es aterradora.

Todavía no estoy preparada para lidiar con el silencio.

Así que todo lo que digo es—: Quédate.

ALYSSA

—París está sobrevalorado.

Pongo los ojos en blanco. —No está sobrevalorado. Todo el mundo está tan hastiado de todo. No pueden disfrutar de las cosas por lo que son. Tienen que asignar valores a las cosas, a los lugares y a la gente, y eso les quita la diversión de estar en el momento. Permitirse experimentar un lugar sin las etiquetas que la gente le ha impuesto.

Uri resopla cuando me bajo de mi metafórica tribuna. —Creo que ya has bebido suficiente vino —comenta.

Hace ademán de cogerme la copa. Se la arrebato antes de que pueda tocarla y la alejo de su alcance.

—Lo digo en serio. París es la ciudad del amor, ¿verdad? Hay esta expectativa de romance, magia, mística. Pero la primera vez que fui a París fue después de una ruptura. Estaba triste y sola, e incluso intenté posponer el viaje porque se suponía que mi novio iba a venir conmigo y yo no quería ir sola.

—Déjame adivinar: tuviste un momento tipo “Medianoche en París” y empezaste a cambiar de perspectiva.

Frunzo el ceño. —¿Siempre tienes la costumbre de interrumpir las historias de los demás con tu cinismo?

Sonríe. —Mil disculpas. Continúa.

—No, lo arruinaste.

Se ríe entre dientes. —Tengo razón, ¿no?

Gimo ruidosamente. —No te equivocaste, per se. Caminé por el Pont des Arts. Comí croissants y pain au chocolate e hice cola para tomar una taza de chocolate caliente que me cambió la vida. Caminé por un parque parisino y conocí a un grupo de ancianos que jugaban al ajedrez bajo los árboles. Y me di cuenta de que era mágico. Era romántico. No necesitaba un novio. Solo necesitaba abrazar la experiencia.

—Qué poético.

—Me imagino que tú serías uno de los hastiados.

—No estoy hastiado —se encoge de hombros—. Simplemente veo las cosas como son. París es una ciudad como cualquier otra. Huele a meados, hierve de inquietud y esconde carteristas en cada esquina. Claro que hacen un buen chocolate caliente, pero yo puedo prepararte el mismo aquí y ahora. Y no tienes que hacer cola para tomarlo.

—¿Tengo que quedarme en este sótano por Dios sabe cuánto tiempo?

—Hasta que se indique lo contrario —coge la botella de vino y llena mi copa—. Al menos hay buen alcohol.

Levanto mi copa de vino y me escondo tras ella un segundo. Las dos últimas horas han pasado volando. Es molesto lo fácil que es hablar con él. No es que hablemos de nada demasiado personal, pero, de nuevo, ¿no es todo personal de un modo u otro?

—Emborracharme no me hará olvidar nada, Uri.

Sus ojos se cruzan con los míos por un instante, pero aparta la mirada con la misma rapidez. Al contrario de lo que Uri parece pensar, el alcohol no me ha vuelto tonta ni me ha borrado la memoria, sino que me ha relajado. Me ha hecho sentir que sentarme a cenar con mi captor es totalmente normal. Incluso encantador.

Pero no puedo evitar preguntarme cuántas otras mujeres habrán experimentado esto mismo en este mismo sótano. ¿Cómo se sale con la suya?

No puede ser solo porque es guapo y encantador, ¿verdad? No, esa es una respuesta demasiado simplista. Tal vez tiene más que ver con las mujeres que elige. Tal vez estoy aquí no porque decidí escalar una valla para recuperar mi paquete, sino porque él miró en mi alma durante nuestra primera cena y vio la soledad dentro de mí. Vio que estaba perdida; vio que estaba rota. Vio que necesitaba perderme en otra cosa para sobrevivir.

Eso fue otra cosa que me dijo el terapeuta en aquellos nebulosos y miserables días posteriores a Ziva. *Te gusta sumergirte en experiencias y personas para evitar tus propios problemas.*

Por supuesto, le dije que no tenía ningún problema que evitar y me fui enfadada.

Quizá esa debería haber sido mi primera pista de que tenía razón.

La risa brota de mis labios inesperadamente, cogiéndome incluso a mí por sorpresa. Uri me observa atentamente, sin decir una palabra hasta que se ha calmado.

—¿Qué ha tenido tanta gracia?

Nada tiene gracia, quiero decirle. *Todo son diferentes tipos de dolor, y si no te ríes, acabarás llorando.*

Pero abrirse a Uri Bugrov está firmemente fuera de las opciones. —Estaba pensando... esto se parecería tanto a una cita si no fuera por el hecho de que no puedo irme una vez terminado el postre.

—No le veo la gracia —exclama.

—No es divertido en el sentido de *ja, ja*. Es gracioso en el sentido de ver en *qué punto está mi vida*. Apuesto a que todas las mujeres que vinieron antes que yo pensaron lo mismo.

Sus fosas nasales se agitan un segundo. Su pecho sube y baja mientras coge su copa de vino y la hace girar. —¿Te das cuenta de lo serio que es esto? —su voz está cargada de tensión. Es como si hiciera todo lo posible por mantener la calma.

Un pequeño escalofrío me recorre la espalda. Es agradable saber que tengo el poder de irritarlo. —Claro que me doy cuenta. Yo soy la que ha estado atrapada aquí todo el día.

El azul de sus ojos es realmente especial. Aguamarina brillante, el tipo de color que solo se ve en el océano en un día caluroso.

—Eres la primera mujer que se queda aquí abajo. Y puedo decir, con cierta seguridad, que serás la última.

—Si se supone que eso debe ser tranquilizador, inténtalo de nuevo.

—Es una declaración de hecho. Volverás a tu vida cuando haya manejado esta amenaza y recupere mi sótano.

—Tu sótano, ¿eh? —pregunto—. ¿Eso significa que te gustan los videojuegos y los Legos?

Estoy pescando y los dos lo sabemos, pero la expresión de Uri no cambia. —En ocasiones. Puede ser muy terapéutico.

Resoplo burlonamente. —Entonces... ¿me lo vas a contar?

—¿Contarte qué?

—¿A quién pertenecía el dedo?

Su comportamiento no cambia. Tiene muy pocos indicios que yo pueda ver. Me llevará más tiempo del que esperaba descifrar su código. Aunque tal vez no debería querer descifrar su código en absoluto. De hecho, esa podría ser la opción más segura.

—¿Qué te dije de hacer preguntas? —retumba.

Es lo que tiene sentarse a cenar con una persona: empiezas a hablar. Y cuando empiezas a hablar, te haces una idea de la persona con la que estás comiendo. Ni siquiera tienes que intercambiar historias personales para llegar a conocerla. A veces, conocer a una persona es tan sencillo como saber que le gusta el pescado poco salado y la pasta con mantequilla.

Su ira me habría asustado hace veinticuatro horas. De hecho, lo hizo. Pero ¿ahora? Me encuentro encogiéndome de hombros como una niña que se niega a escuchar.

—Me gustan las preguntas. Van al grano.

—La cuestión aquí es tu seguridad —me dice con firmeza—. El dedo es mi problema y, en el momento en que me ocupe de él, serás libre de irte.

—¿Y hasta entonces?

—Hasta entonces, aquí estás a salvo. Si necesitas algo, solo tienes que pedirlo.

Suspiro. —A menos, claro, que pida mi teléfono.

—¿Te refieres a este? —del bolsillo de su pantalón saca nada menos que mi teléfono.

El forro naranja brillante me guiña un ojo como un viejo amigo. Jadeando, lo cojo instintivamente, pero Uri me lo quita de las manos. —Tendrás este teléfono durante los próximos cinco minutos.

Me quedo con la boca abierta. —¿Qué puedo hacer en cinco minutos?

—Puedes enviar mensajes de texto al trabajo, a tus amigos y a tu familia e informarles de que vas a aceptar un trabajo de última hora en Cuba, donde el trabajo será difícil y el servicio de telefonía móvil poco fiable.

Oh. Debería haber sabido que habría serias ataduras. —Estás cubriendo tus bases —le digo, frunciendo el ceño.

Sonríe, sereno. —No soy nada si no soy minucioso. Ahora, ¿puedo confiar en ti?

Haz de buena rehén, me aconseja la vocecita de mi cabeza. *Haz lo que Ziva haría*.

Asiento y solo entonces me pasa el teléfono. Estoy intentando averiguar cómo enviarle a Elle un mensaje que la ponga sobre aviso sin que se note a simple vista cuando su sombra me envuelve.

—¿En serio? —gruño, estirando el cuello hacia él—. ¿Vas a pararte detrás de mí y mirar? ¿Y si me devuelves el favor y confías en *mí*?

—No confío en nadie.

—Sí, estoy empezando a pensar que ese es el camino correcto.

Acabo escribiendo tres textos relativamente cortos: uno a mis padres, otro a una publicación con la que estoy trabajando y otro a Elle.

—Bien —dice Uri por encima de mi hombro. Su olor a escocés y canela me está dando ganas de alejarme—. Solo añade que estarás fuera unas semanas.

—¡¿Unas semanas?! —grito, casi dejando caer mi teléfono en el proceso—. ¡Tienes que estar bromeando!

Está completamente impasible. —Estas cosas llevan su tiempo.

—No puedes esperar que me quede aquí *tanto* tiempo.

Me doy vuelta en el taburete para fulminarlo con la mirada. Gran error, porque ahora me encuentro cara a cara con sus ardientes ojos aguamarina y me mira directamente con toda su fuerza.

—¿Prefieres que te maten a plena luz del día? —pregunta—. ¿Prefieres andar mirando por encima del hombro cada vez que sales de casa? ¿Preferirías agacharte y correr cada vez que veas pasar una furgoneta blanca? Las sombras pueden matarte antes incluso de que te des cuenta de que esconden gente en su interior, *narushitel*. Puedes dejar que te proteja *a mi manera*, o puedes valerte por ti misma contra asesinos a los que nunca oirás llegar.

Suspiro profundamente y cierro los ojos un momento. Sobre todo, porque necesito orientarme, pero también porque quiero escapar de su mirada. Cuando vuelvo a abrirlos, tecleo lo que quiere

que teclee y le entrego el teléfono con fuerza.

—Ya está.

—Gracias.

Lo sigo torpemente hasta la puerta. Veo una enorme bolsa con mis cosas a los pies de la cama.

—Eso debería mantenerte ocupada —dice, abriendo la puerta y poniéndose en el umbral—. Pero, en caso de que necesites un poco de entretenimiento extra... —coge algo del otro lado de la puerta—. Esto te ayudará.

Uri deposita el paquete en mis manos y un segundo después me doy cuenta de por qué me resulta tan familiar.

Eve's Garden.

—Disfruta —dice con cara seria mientras mi cara se pone roja.

Luego, se va.

URI

—Tenemos una identificación del dedo.

Por el tono sombrío de Nikolai, sé que es exactamente lo que sospechábamos. —¿Igor?

—Igor —confirma.

Su respiración suena agitada, pero no tengo que preguntarle qué le pasa para saber que está en el gimnasio, descargando sus frustraciones. El año después de que yo tomara el manto de *pakhan*, él prácticamente vivió allí.

—¿Puedes dejar de levantar pesas y sentarte para que podamos hablar?

Oigo caer algo pesado y, un segundo después, su voz llega alta y clara. —Para que conste, estaba haciendo flexiones —dice brevemente—. Este movimiento tiene Sobakin escrito por todas partes. Tenemos que hacer algo, Uri. Tenemos que entrar y recuperar a Igor.

Se me retuercen las tripas. —Estamos hablando de Boris Sobakin, Nikolai. Tú y yo sabemos que Igor ya está muerto.

—¿Y si no lo está?

—Entonces es una trampa. Ha previsto que intentaremos rescatar a Igor y va a estar preparado. Lo único que conseguirá son más cadáveres.

—¿Así que tu plan es no hacer nada? —pregunta con frialdad.

—Mi plan es mover piezas a largo plazo. No se trata de ganar la batalla, sino de ganar la guerra. Hasta ahora, Sobakin demostró ser astuto. La fuerza bruta no nos va a ayudar aquí.

—¡Será una demostración de fuerza! Al menos se lo pensará dos veces antes de actuar contra nosotros.

—¿A quién quieres engañar? Ya decidió que nos va a disparar. Devolver el fuego con fuego no lo detendrá. Lo que tenemos que hacer es pasar desapercibidos y esperar una oportunidad para cogerlo desprevenido.

El silencio en la otra línea es revelador. —¿Es eso lo que decidiste? —pregunta al fin.

—Eso es lo que he decidido.

—¿Y qué les vas a decir a los hombres?

—Exactamente lo que acabo de decirte.

—Oh, perfecto. Estoy seguro de que será un gran consuelo para ellos saber que, si alguno de ellos es secuestrado cumpliendo nuestras órdenes, tú estarás tranquilamente sentado, "moviendo piezas a largo plazo".

Vuelvo a sujetar el teléfono en mi mano. —Mis hombres entenderán que a veces hay que hacer sacrificios por el bien de muchos.

—Tú eres el *pakhan* —dice a regañadientes—. Tu voluntad, nuestras manos.

Incluso un extraño oiría la amargura en su voz cuando dice esas palabras.

Suspiro cuando colgamos. Ojalá Nikolai fuera el segundo hermano. Ese giro del destino habría resuelto muchas cosas de nuestra fracturada y tensa relación.

Cuando bajo a mi dormitorio, me encuentro a Lev allí dentro, construyendo un castillo de Lego de tres pisos de altura.

—¿Dónde estabas? —pregunta, mirando hacia el reloj de época de la pared.

—Tenía trabajo que terminar, amigo.

—*Siempre* estás trabajando.

La culpa me pellizca, como siempre, pero aprendí a ignorarla. Me siento a su lado, pero no toco ninguno de los ladrillos de juguete. Sé que no debo meterme en un proyecto a medio terminar.

—¿Has cenado?

—Sí...

—¿Qué has comido?

—Macarrones con queso. Mirabel intentó que comiera carne, pero no quise.

—Antes te encantaba.

Se concentra con fuerza en su castillo. —No, no era así.

Reprimiendo un suspiro, observo cómo construye otra torre. Mi habitación es un desastre de ladrillos desparramados, pero al menos él está tranquilo aquí. Quizá hasta pueda convencerlo de que esta noche duerma en su habitación de arriba.

—¿Puedo dormir contigo esta noche también?

Blyat'. Hablé demasiado pronto.

—¿Qué tal si probamos tu habitación hoy?

Sus cejas se juntan. —Quiero mi *sótano*.

—¿No te gustó la pecera que te puse ahí? —le pregunto, pero se limita a encogerse de hombros

—. ¿Y el papel pintado? Te encanta el azul y el verde. Es como el océano. Quizá algún día hagamos un viaje al mar. ¿Qué te parece?

Empieza a sacudir la cabeza, febrilmente. —No... no quiero eso... no quiero...

Le agarro del hombro, pero él se aparta de mí y retrocede todo lo que le permite la habitación. —Quiero mi sótano... mi sótano... mi sótano...

—Oye, está bien, Lev. Solo respira.

Mi voz calmada no funciona tan bien como con Alyssa. Lev parece agitarse cada vez más. Es otro doloroso recordatorio de que, incluso todos estos años después del accidente, su progreso es fluido. Fluye y refluye y, cuando refluye, refluye con fuerza.

—Sótano... sótano... sótano...

Qué giro más irónico. Alyssa está desesperada por salir de allí; Lev está desesperado por volver a entrar. Lo único que tienen en común es que ambos me están volviendo loco.

—Puedes dormir en mi habitación, ¿vale? Está bien.

Lev deja de temblar. Me mira desde su cabeza entre las rodillas levantadas. —¿Aquí?

—Aquí.

Eso parece aplacarlo. Me mira con recelo antes de escabullirse y terminar su torre. Sé que no debo presionarlo cuando está así de frágil, así que me siento en silencio y observo hasta que termina. Solo entonces le digo que se vaya a la cama.

Espero a que se acueste en mi cama, me siento en el sillón junto a la ventana y sigo esperando a que se duerma. Al final, sus ronquidos cansados llenan la habitación y me invade una sensación de pérdida que no logro comprender. Los ronquidos de un niño en el cuerpo de un hombre. Una historia torcida y rota en algo que nunca debió ser por un cruel giro del destino.

Ocurre en todas partes.

Afortunadamente, mi teléfono me distrae con un mensaje de texto entrante de Polly.

POLLY*: Ey, tarado. Has estado callado esta semana, así que pensé en escribirte. ¿cómo van las cosas?*

Me rechinan los dientes. Suelo ser diligente con mis mensajes a Polly. Al menos dos veces a la semana compruebo que está bien en su internado. Pero esta semana, entre el niño adulto en mi cama y la pequeña sirena sin pretensiones en mi sótano, me olvidé por completo.

Le respondo. ***Olvidé escribirte. Ha sido una semana de mierda.***

POLLY*: ¿Es por Lev? ¿Se encuentra bien?*

URI*: Lev está bien.*

POLLY*: ¿Llamada?*

Estupendo. Una crisis más con la que lidiar. Estoy en buena forma esta semana.

Dame un minuto.

Estoy saliendo de la habitación cuando mi teléfono empieza a vibrar. Al parecer, ni siquiera confía en que la llame. —Buenas noches, *printsessa*.

—Odio cuando me llamas así.

—Antes no lo hacías.

—Tenía siete años —suelta con esa risa irritada en la voz que siempre he considerado una de sus mejores cualidades.

—No has crecido tanto como crees. ¿Cómo va la escuela?

—Noup. No he llamado para hablar de mí. Hoy hablamos de *ti*.

—Nada que decir. Solo cosas del trabajo. Puede que haya exagerado un poco en el texto.

—Nunca exageras.

—No, no lo hago —suspiro—. Pero hay una primera vez para todo.

Como encerrar a una kiska exasperante en mi sótano con un consolador morado y todo el tiempo del mundo para usarlo.

Suspira. —Tienes que tomarte tiempo para ti también, ¿sabes? No puedes cuidar de todos nosotros todo el tiempo. Te agotarás.

Aprieto los dientes. —Estoy bien. Háblame de la escuela.

Me responde con otro suspiro melodramático, tan melodramático como el mío. —La escuela está bien. Hoy hemos diseccionado ranas en biología.

—Asco.

Se ríe. —¿Diseccionar ranas es asqueroso, pero diseccionar personas está bien?

Me quedo paralizado un momento, antes de darme cuenta de que es imposible que sepa lo del dedo. Solo tiene catorce años. Es súper inteligente, pero una niña, al fin y al cabo. Nikolai y yo nos hemos esforzado demasiado por protegerla de las partes más desagradables de nuestras vidas, pero no te imaginas cuánto se da cuenta una niña, sobre todo cuando se supone que no debe darse cuenta.

—No hacemos nada de eso.

—Claro, claro —prácticamente puedo ver su mirada incrédula—. ¿Y Lev está bien?

—Duerme en mi cama mientras hablamos.

—Te dije que la habitación de arriba no serviría.

—A nadie le gustan las sabelotodo, Pol.

Se ríe. —Vale, estás de mal humor, así que voy a colgar ahora. Ya ha pasado el toque de queda y mañana tengo entrenamiento temprano. Nos vemos el fin de semana.

Mierda. En todo el caos, olvidé por completo que Polly iba a venir a casa los fines de semana este semestre. Miro mi reloj. Es jueves. Joder, no hay ninguna posibilidad de que este desastre se limpie a tiempo.

—Sí, nos vemos este fin de semana. Ah, y una cosa más...

—*Sí*, todos en la escuela me tratan bien —me interrumpe, adelantándose. Sonrío. Suelo terminar nuestras conversaciones con esa pregunta—. No le mandes un sicario a nadie, ¿estamos?

—¿Me avisarás si eso cambia?

—Buenas noches, hermano mayor.

—Buenas noches, *printsessa*.

Lo único que oigo es un malhumorado “yuck” antes de que cuelgue.

Mi sonrisa desaparece en el momento en que suelto el teléfono. Lev es una cosa, ¿pero Polly? Ella se da cuenta de todo y puede oler un secreto a una milla de distancia. Y este secreto en particular no está a una milla de distancia en absoluto.

Está justo bajo nuestros pies. En mi sótano, con una caja llena de juguetes sexuales.

ALYSSA

Puede que Uri Bugrov esté más bueno, sea más alto y más rico que el hombre medio, pero en el fondo no es diferente.

Rompe sus promesas como los demás.

No es que técnicamente hubiera prometido visitarme más a menudo, pero, teniendo en cuenta que se había disculpado por no haber aparecido en todo el día, me hizo pensar que trabajaría para corregirlo.

En realidad, no quiero verlo. Pero quiero el consuelo del contacto humano. Quiero oír la voz de otra persona, oler su aroma. Y, si no puedo elegir a quién ver, me conformaré con él.

Excepto que no está interesado en consolarme. Desde que me devolvió un montón de mis cosas y un puñado de juguetes sexuales (*qué vergüenza*), parece creer que solucionó todo. Claro, *feliz navidad*, ahora estaré totalmente contenta con mi cesta de punto y mis crucigramas. *Muchas gracias, Uri Claus*.

Para ser justa, esas cosas ayudan durante las primeras doce horas. Tejo una bufanda entera y me pongo a resolver media docena de crucigramas. Pero ahora, cada vez que cierro los ojos, veo un remolino de lana, o un laberinto entrelazado en blanco y negro.

#8 Horizontal, seis letras: ***Una mujer tonta que piensa que compartir un par de cenas con un hombre significa que lo conoce.***

Creo que todos conocemos la respuesta.

Cuando por fin oigo descorrer el pestillo, estoy en el baño, pasándome el hilo dental.

No porque esté a punto de dormirme, ni nada de eso. Solo porque es algo que hacer y agoté todas mis otras opciones.

Dejo caer el hilo a mitad de camino y entro corriendo en la habitación.

Pero no es Uri.

Es una criada menuda con el pelo rubio sucio tan tirante que casi puedo verle el cuero cabelludo. Lleva una bandeja de comida y, a pesar del apetitoso aroma que emana de debajo de la capa plateada, mi corazón se hunde de decepción.

—¿Quién eres tú?

Suena mucho más duro de lo que pretendía. Se detiene a mitad de camino hacia la cocina. —Soy Svetlana, señora.

Mi mirada se dirige hacia la puerta. Está cerrada, pero la vi entrar. Desde luego, no cerró con llave.

Esta es la oportunidad que estaba esperando.

—Oh. Cierto. Podrías poner eso en la cocina. Gracias.

Svetlana asiente y desaparece por la esquina sin la menor sospecha. No pierdo el tiempo y corro hacia la puerta. Soy vagamente consciente de que, aunque consiga salir del sótano, tendré que vérmelas con cámaras y guardias de seguridad.

Probablemente, también, un foso lleno de caimanes hambrientos y tiburones con rayos láser en la frente. Pero cruzaré ese puente cuando llegue a él.

Tiro de la puerta para abrirla. Es pesada y estoy débil, así que me cuesta, pero cuando por fin se abre, vislumbro la libertad...

Antes de encontrarme cara a cara con un minotauro.

Bueno, no literalmente un minotauro, pero bien podría serlo. Es un enorme y corpulento guardia de seguridad, lo suficientemente grande como para bloquear toda la escalera.

—Um… hola.

Su rostro no cambia. —Buenas noches, señora.

¿Y por qué ahora todos me llaman "señora"?

—¿Cómo estás?

Todavía con cara de piedra. —Bien.

—Sí, tu jefe me dijo que podía subir cuando quisiera y coger un libro de la biblioteca —no sé si siquiera tiene una biblioteca, pero seamos realistas, cualquier casa tan grande como esta está obligada a tener una biblioteca, ¿verdad?—, así que si no te importa dejarme...

—Escriba el libro que quiere y se lo traeré.

Entrecierro los ojos. —No tengo ningún libro en mente. Quiero hojear. Tu jefe dijo que no tenía ningún problema.

Le tiembla la nariz. Es lo más expresivo que hizo hasta ahora. —En realidad, mi jefe me dijo que estuviera alerta, porque sin duda intentaría escapar en cuanto la criada estuviera dentro.

Aprieto los dientes y clavo los talones. —¡Déjame pasar!

—No. Lo siento.

—Eres un imbécil. Igual que tu jefe.

Me doy vuelta y hago ademán de cerrarle la puerta en las narices. Por supuesto, esta puerta es demasiado pesada para cerrarla de un portazo. En lugar de eso, se queda mirando solemnemente cómo empujo la puerta lentamente, con todas mis fuerzas.

Lleva un minuto. Un interminable, insoportable minuto.

Sutil, Alyssa. Muy sutil.

En cuanto entro en el sótano, grito con todas mis fuerzas, dando rienda suelta a mi frustración. Cuando acabo de gritar, me doy cuenta de que Svetlana está de pie a unos metros de mí, muy alterada por mi arrebato.

Un rubor sube por mis mejillas. —No estoy loca.

¿Por qué dije eso? Todo el mundo sabe que solo un loco insiste en que no está loco.

—Lo sé, señora.

—Mi nombre es Alyssa.

Me dedica una sonrisa cohibida y se mueve en su sitio. Me doy cuenta de que le estoy cerrando el paso hacia la puerta, pero no me importa. —Svetlana, ¿puedo pedirte algo, de mujer a mujer?

Svetlana traga saliva, nerviosa. Por un segundo me preocupa que el gesto le arranque el pelo de raíz, pero parece estar bien. —De acuerdo, señora.

—Me tienen de rehén aquí y necesito ayuda para escapar.

Sus mejillas enrojecen. —Está retenida aquí por su propia protección, señora.

Oh, no, no me digas que ella también se bebió el mismo Kool-Aid.

—Tu jefe está mintiendo. Me mantiene aquí bajo falsos pretextos. Dios sabe por qué. Quizá quiere hacer un abrigo de mi piel. Quizá quiere venderme como esclava sexual. No sé la razón, pero supongo que no es buena. Así que...

—Señora... —su voz es desigual, pero ella sigue adelante de todos modos—. He trabajado para el Sr. Bugrov durante más de veinte años. Nunca ha hecho daño a una mujer, ni cree en la esclavitud sexual. Tampoco sé por qué está usted aquí, pero le creo al Sr. Bugrov cuando dice que intenta mantenerla a salvo.

Me quedo con la boca abierta. No esperaba tanta convicción, tanta lealtad, tanta fe de un empleado.

En *Uri*.

Supongo que paga bien. Más beneficios.

—¿Ni siquiera vas a intentar ayudarme a escapar?

—No tiene que escapar. Estoy segura de que el Sr. Bugrov la liberará cuando sea seguro —se acerca a la salida—. Su cena está en la isla de la cocina. Si necesita algo más, hágamelo saber.

—¿Cómo? —exijo—. ¡Yo estoy aquí abajo y tú allí arriba!

Señala un pequeño botón rojo junto a la puerta. —Pulse ese botón. Tiene línea directa con el cuarto de las criadas.

—Muy *Downton Abbey* por su parte —digo con amargura.

Svetlana me dedica otra sonrisa de disculpa y se va. Y una vez más, estoy sola. Nada rompe la monotonía del silencio, aparte de mi propia voz.

Otra cosa de mí que he decidido que odio.

Acabo de nuevo en la cama, retorciéndome de una rabia para la que no tengo salida.

¿Qué le diría si lo tuviera delante?

¿Cómo te atreves?

¿Qué quieres realmente de mí?

¿Te excita tenerme encerrada aquí, sabiendo que tienes todo el control y que estoy completamente a tu merced?

Eso me toca la fibra sensible. Bueno, si *él* se excita con esto... ¿por qué yo no?

Antes de que pueda pensármelo dos veces, vacío sobre la cama el paquete que estaba destinado a Elle. Tengo el corazón en la garganta, pero me siento enloquecida, completamente desvinculada de mi vida normal. Nada más es normal, así que ¿por qué debería serlo esto? ¿Por qué debería serlo yo?

¿Por qué no debería desnudarme y descubrir lo que un tentáculo alienígena morado puede hacerle a una chica?

El juguete me pesa en la mano, pero es cálido al tacto. Es una locura, claro, pero ahora mismo me *siento* jodidamente loca. Y la locura necesita locura. Necesito algo loco, algo extremo que me distraiga de cómo me obligan a poner mi destino en manos de un hombre en quien no confío.

Me acomodo, con las piernas abiertas, y me toco con la punta del juguete.

Palpitación *inmediata*.

Suelto el juguete dentro de mí, y el latido se convierte en un intenso dolor.

Me detengo.

¿Es así como me mantiene a raya? ¿Soy tan patética que un trozo de silicona puede mantenerme lamiendo mis labios con anticipación?

Empujo el juguete más adentro, aunque solo sea para demostrarme a mí misma que no soy débil. Si puedo soportar esto, entonces puedo soportar cualquier cosa. Seré capaz de sobrevivir a él; seré capaz de sobrevivir a esto.

Siento una extraña tensión. Intento disimular la incomodidad, pero me cuesta un par de respiraciones empezar a relajarme. Pero incluso cuando deslizo el gran cabezal morado dentro de mí, no siento nada extraordinario, como prometía el anuncio de Eve’s Garden.

Se siente menos sexual y más... ginecológico.

Aprieto los dientes e intento concentrarme un poco más en la tarea que tengo entre manos. El objetivo es el *placer sexual*.

Pero mis partes bajas están secas, y el consolador no es un sustituto real de un macho humano. Tal vez lo que anhelo es calor corporal... O tal vez...

Su cara se desliza en mi cabeza. Esos hombros anchos. Esos ojos aguamarina.

Oh, Dios...

Y así, mi cuerpo empieza a sentir algo. Me tiemblan las piernas y se me humedece el coño.

Bing. Bing. Bing.

Placer sexual. Como se anuncia, y algo más.

Me dejo llevar por el ritmo, gimiendo y respirando con dificultad mientras me follo con el tentáculo alienígena morado. Me invade una oleada tras otra de placer y siento que mi cuerpo empieza a tensarse.

Quiero cerrar los ojos, impedirme ver que realmente he caído tan bajo, pero no lo hago. Mantengo los ojos abiertos y veo cómo me corro.

Santo cielo.

Mi cuerpo tiembla sin control. Tengo los dedos de los pies tan apretados que me dan calambres.

Cuando por fin bajo del subidón, me siento más viva que nunca. Tengo menos hambre, menos rabia, menos impotencia que hace unos minutos.

¿Qué... qué me hizo?

De alguna manera, llegó a mí sin siquiera estar aquí.

Estoy encerrada en el sótano de Uri Bugrov, él no aparece por ninguna parte, y sigo perteneciéndole.

Patética.

URI

Lev duerme como un animal salvaje.

Casi desde el mismo momento en que cierra los ojos, empieza a revolverse por la cama y a dar patadas a todo lo que encuentra a su paso. Hay mañanas en las que entro en su habitación y encuentro las almohadas y las mantas tiradas por todos los rincones. Los postes de la cama rotos tampoco son tan raros como me gustaría.

Ni siquiera mi cama California King es suficiente para acomodarnos cómodamente a Lev y a mí cuando se pone en marcha. Recibo dos patadas, una en la rodilla y otra en la ingle, antes de lanzar las manos al aire y retirarme a mi despacho.

No había planeado quedarme dormido en la cama junto a Lev. Se despertó hacia medianoche, murmurando sobre su sótano y la única forma de calmarlo de nuevo fue meterme en la cama a su lado. Por supuesto, yo también acabé quedándome dormido.

Error de novato. Ahora, estoy bien despierto y con ganas de algo fuerte.

Mi mirada se desvía hacia los monitores conectados a mi mesa. Decido ver cómo está Alyssa.

Decidí no visitarla hoy... simplemente porque me di cuenta de las putas ganas que tenía. Estuve tentado de caminar hasta allí cada minuto de cada hora del día. Pero ese tipo de mierda no puede seguir así. Necesito simplemente sacarla de mi sistema. Parar la adicción.

No ayuda tener cámaras de vídeo instaladas en el sótano. Las instalé hace años para poder vigilar a Lev a distancia. Pero en este caso me han resultado muy útiles.

Me siento en mi escritorio y enciendo los monitores. La imagen es borrosa al principio, pero luego se enfoca rápidamente. Las luces siguen encendidas, así que está claramente...

Me quedo inmóvil, con los ojos fijos en la cama.

¿Está haciendo lo que creo que está haciendo?

No solo está desnuda, sino que está tumbada en la cama, con las piernas abiertas a ambos lados, los pechos rebotando suavemente al ritmo que mete y saca el gran consolador morado de su coño.

Ni siquiera es cuestión de apartar la mirada. Mis ojos están pegados a la pantalla y puede que nunca vuelva a apartar la vista.

Me hipnotiza la forma en que sus tetas rebotan cada vez que se mete el consolador. Su coño está en plena exhibición, pero, por muy buena que sea la calidad de la imagen, aún no es lo bastante nítida para mí. Claro, puedo ver cómo sus labios se tragan el consolador cada vez que lo desliza, pero quiero más.

Quiero *olerla*.

Quiero *probarla*.

Quiero expulsar ese puto juguete por la ventana y arrollarla yo mismo. Dios me ayude, estoy celoso de un consolador de plástico.

Su pelo rubio se esparce por las almohadas. Tiene los ojos cerrados y su pecho se agita con cada embestida. Mi polla palpita tan dolorosamente que tengo que agarrarme al borde del escritorio para no desplomarme.

Técnicamente no es sexo si te lo haces a ti mismo, ¿verdad? No estoy rompiendo mi regla. Esto está permitido.

Me bajo la cremallera, saco la polla y empiezo a bombear con fuerza. Aquí no hay lentitud. Esta noche no. Estoy tan caliente que siento que voy a explotar si no me corro pronto.

Su boca se entreabre en lo que sin duda es un gemido, pero no puedo oírlo. ¿No se supone que esto también tiene una conexión de audio? Aprieto los dientes salvajemente y me suelto el tiempo suficiente para subir el volumen. Se conecta a mitad del gemido y mi polla vuelve a saltar.

—Ahh —murmura—. Dios mío, sí...

Está mucho más relajada que conmigo. Parece sentirse más libre, más cómoda. Desinhibida.

Y eso no me gusta nada.

¿Dónde demonios estaba esta descarada *kiska* la otra noche cuando me la follé en la mesa del comedor?

Claro, gimió y se retorció. También se corrió dos veces, si la memoria no me falla. Pero era diferente. No fue hasta este momento que me di cuenta de que se estaba conteniendo. O, mejor dicho, *algo* la retenía.

Su cuerpo sufre espasmos cuando se acerca al límite. Dejo de tocarme y centro toda mi atención en el monitor. Sus labios se entreabren, sus pechos se estremecen, sus piernas se agitan impotentes por un momento. Y entonces...

—Ahh... Uri...

Mi cuerpo se inunda de calor. No hay duda del nombre en sus labios. Mi nombre. La satisfacción que recorre mi cuerpo borra por completo el fastidio.

Quizá se le pueda perdonar que se haya contenido.

Pero no antes de recibir mi libra de carne.

Soy plenamente consciente de lo estúpido que es esto cuando vuelvo a meterme la erección en

los pantalones y salgo a grandes zancadas de mi despacho. Debería detenerme o, al menos, inventar una razón plausible para irrumpir. Pero ahora voy en embestida. El deseo de conquista es tan fuerte que ahoga mi sentido de la lógica.

Tenía antojo de algo fuerte...

Ella será suficiente.

Entraré ahí y avergonzaré a ese consolador púrpura. Voy a darle tantos putos orgasmos que no podrá contenerse más. Voy a liberarla del caparazón en el que se ha encerrado.

Es difícil pensar en las consecuencias mientras bajo las escaleras hacia el sótano. Es aún más difícil recordar que, si sigo adelante con esto, Alyssa será la única mujer con la que me haya acostado dos veces.

Esa mierda parece un detalle intrascendente ahora mismo.

Descorro el pestillo y abro la puerta de un tirón. Oigo un grito ahogado en la cama y luego ella intenta taparse. Al menos consigo ver su jugoso culo antes de que se cubra el pecho con la sábana.

Tiene las mejillas sonrosadas y el color se le derrama por el pecho y los brazos.

Su pelo es un caos de rizos y su respiración es agitada y profunda. Está claro que mi presencia la pilla desprevenida, pero trata desesperadamente de ocultarlo tras una máscara de indignación.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—Vine para asegurarme de que estabas bien. Pero ahora veo que estás más que bien.

Se sonroja aún más. —Yo... solo tenía calor y quería dormir sin ningún...

—Se me debió pasar mencionarlo antes, pero hay cámaras en esta habitación.

Cierra la boca. Sus ojos se desorbitan. El silencio se prolonga un rato antes de que hable. —¿Has visto...?

—Yo. Vi. Todo —dejo que una sonrisa se dibuje en mi cara—. Fue todo un espectáculo.

—No *debía* ser un espectáculo —suelta, furiosa—. ¡No se suponía que vieras eso!

Me acerco al sillón y lo giro para que quede frente a su cama. —Me alegro de haberlo hecho —le digo mientras me siento—. Tu cuerpo desnudo estaba destinado a extenderse por una pantalla de ochenta pulgadas en HD.

Se muerde el labio inferior, lo que solo me hace pensar en todos los sitios donde me gustaría *morderla*. —¿Me estabas viendo en una pantalla de ochenta pulgadas en HD?

—No —sacudo la cabeza con pesar—. Por eso estoy aquí.

Se ciñe la sábana alrededor de los hombros pero, a pesar de la evidente muestra de incomodidad, tengo la sensación de que no está enfadada porque yo esté aquí. —Tienes que irte.

Arqueo una ceja. —¿Quieres que me vaya?

Ella asiente con fiereza. Su pelo rubio cae en cascada sobre un hombro. Ese trozo de piel desnuda en la clavícula es tan erótico como todo lo que he visto esta noche.

—Si realmente quieres que me vaya, me iré. No te obligaré a hacer nada que no quieras.

Me fulmina con la mirada. —Excepto quedarme aquí.

—Es algo totalmente distinto. No puedes opinar porque no conoces los riesgos. Cuando se trata de tu seguridad, quedarte aquí es lo mejor para ti.

Se lame los labios. —Tengo la sensación de que alejarme de ti también sería lo mejor para mí.

—Has estado sola aquí abajo, ¿verdad, *narushitel*?

—No. *No.* ¡No puedes encerrarme aquí, luego invadir mi intimidad *espiándome* y luego burlarte de mí por ello!

—¿Burlarme de ti? —repito con asombro—. *Kiska*, intento hacerte un cumplido. Creo que lo he dejado claro.

Vuelve a sonrojarse e intenta disimularlo con todas sus fuerzas. Me da la espalda por un momento, lo que le viene muy bien, porque enseguida me distraigo con la silueta de su culo que atraviesa la fina sábana.

—Cuando se trata de ti, nada está claro.

Aprieto la mandíbula. —Entonces, seré franco a partir de ahora. No bajé para ver cómo estás, Alyssa. Bajé para ver cómo te corrías otra vez. Ahora, date la vuelta y mírame.

Su columna vertebral se endereza y sus hombros se endurecen, pero se da la vuelta igualmente. Esos bonitos ojos azules no hacen contacto visual directo, pero se mueven de un lado a otro como si tuvieran miedo de quedarse quietos.

Muevo las piernas y asiento. —Buena chica. Ahora, suelta la sábana.

Sus ojos se encienden y agarra la sábana con más fuerza. Por un momento pienso que me rechazará y me echará. Entonces, antes de que pueda decidir hasta dónde estoy dispuesto a empujarla...

Ella la suelta.

La sábana cae al suelo y se amontona alrededor de sus pies. Está claramente nerviosa y cohibida, pero no intenta taparse con las manos. Me deja admirar la curva de sus caderas, la longitud de sus piernas, la humedad brillante de su deseo.

La molesta voz de mi cabeza se esfuerza por advertirme, pero estoy demasiado lejos para eso. He terminado de resistirme a esto. He terminado de negarme a mí mismo. ¿Por qué iba a hacerlo si los dos queremos lo mismo?

Todo lo que necesito es probarla una vez más y eso será todo. Puedo poner este sentimiento en un baúl y continuar con mi vida.

Pero necesito una probada más.

—Ahora, elige otro juguete.

Mira hacia la cama, donde están los demás juguetes. Duda sólo un segundo antes de ponerse en pie y caminar a grandes zancadas, ofreciéndome una vista perfecta de su perfil.

Me resisto a sacar la polla y tomarla como quiero. Si esta será nuestra última vez, haré que sea memorable.

Cuando se da vuelta, veo que eligió un pequeño estimulador de clítoris rosa. —Buena elección. Ahora... súbete a la cama y úsalo.

Sus labios se entreabren. Un escalofrío recorre su cuerpo, pero, por su mirada, sé que esta vez no tiene nada que ver con los nervios.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta en voz baja.

Arqueo una ceja. —Voy a ver cómo te desmoronas.

ALYSSA

Esto es lo más cerca que he estado de una experiencia extracorpórea.

No hay otra forma de describir este sentimiento anidado en el centro de mi pecho. Nunca me sentí tan envalentonada, tan dispuesta, tan preparada para hacer algo completamente fuera de mi zona de confort.

Supongo que el hecho de que Uri y yo ya hayamos tenido sexo ayuda. Pero no se trata solo de que hayamos cruzado esa línea. Se trata de todas las líneas que estamos cruzando ahora.

Es que estoy tan sola. Es cómo, aunque se mantiene alejado, me ha estado vigilando todo el tiempo. Quizá sea tan simple como que no confía en mí y quería asegurarse de que seguía sus ridículas reglas. Pero una parte de mí se pregunta si tal vez me ha estado observando porque le *gusta* observarme.

Definitivamente lo *parece*.

Especialmente cuando me siento de nuevo en la cama, colocándome justo delante de él para que tenga una visión clara y sin adulterar de cada centímetro de mí.

Veo el contorno de su erección empujando a través de la parte delantera de sus pantalones, pero no se baja la cremallera. Ni siquiera se mueve. Se queda ahí sentado, quieto como una estatua, y me observa como si pudiera valerme por mí misma.

Cuando enciendo el estimulador de clítoris, oigo un ruido sordo. Por un momento, creo que es el aire acondicionado, pero luego me doy cuenta de que es el propio Uri, gruñendo en voz baja como un cavernícola. Y de repente, estoy desesperada por que me toque. La idea de sus manos recorriendo y reclamando todo mi cuerpo es la imagen que utilizo mientras pongo a funcionar el estimulador.

No creía que el hecho de que alguien me viera masturbarme fuera a excitarme tanto. Pero, extrañamente, eso es exactamente lo que hace. Incluso con los ojos cerrados, siento que me mira, que se traga cada movimiento que hago.

Nunca me ha gustado ser el centro de atención.

Por otra parte, nunca había sido prisionera de un jefe mafioso multimillonario. Supongo que siempre hay una primera vez.

Mientras aprieto con más fuerza el estimulador contra mi clítoris, abro un ojo para poder verlo.

Y *vaya* si es buena idea.

Todo se siente inmediatamente amplificado. Diez veces más intenso. Muevo el estimulador arriba y abajo, trabajando frenéticamente mi clítoris. Sienta bien, pero no me da lo que quiero. No me da el calor ni la intensidad que él me está dando.

Y eso solo con la fuerza de su mirada.

Si se atreviera a tocarme...

Separo los labios y se me escapa un gemido fuerte y estrangulado. Cierro los ojos un segundo, pero, en cuanto los vuelvo a abrir, se clavan en Uri. Sigue sin tocarse, pero se agarra con tanta fuerza a los brazos de la silla que me pregunto cuánto tiempo más podrá aguantar la madera.

Tengo su nombre en la punta de la lengua y sé, sin tener que pedírselo siquiera, que destrozaría hasta la última de sus restricciones. Sin embargo, no puedo permitirme decirlo. Una cosa era cuando pensé que estaba sola. Otra cosa es llamarlo cuando está en la habitación. Así que me muerdo los labios para evitar que esas dos peligrosas sílabas se escapen.

Frustrada, dejo el estimulador a un lado y empiezo a usar los dedos. Cuando se trata de sexo, mi experiencia es limitada. Me atrevería a decir que mis habilidades también son limitadas. Pero cuando se trata de auto-placer...

Esa chica sabe lo que hace.

Arqueo la espalda y me meto dos dedos. Ya no controlo mis gemidos. Se escapan uno tras otro, alentados por la forma en que los ojos de Uri se encienden cada vez que suelto uno.

Sus nudillos están blancos como huesos y su erección es el doble de grande de lo que era hace un momento.

Es la primera vez que recuerdo haber pensado: *lo quiero encima de mí. Su peso, su olor, su piel... todo eso.*

Mi primer novio me dijo una vez que parecía que había olido un huevo podrido cada vez que se corría en mi barriga. Cuando rompimos, le dije que un huevo podrido olía muchísimo mejor que su semen.

Ni que decir tiene que no seguimos siendo amigos.

Sin embargo, no puedo imaginar que haya alguna parte de Uri que no desearía. Y pensar en él saliendo de mí y estallando en mi estómago...

—Mmm...

—¿Te correrás para mí, *narushitel*?

No me sobran neuronas para recordar qué significa ese apodo, pero, sinceramente, a una parte de mí le gusta. Simplemente significa *yo.* ¿Y saliendo de sus labios, con ese gruñido ronco de acento ruso? Es un estimulador de clítoris por sí solo.

—¡Sí! —gimoteo—. Sí. Sí. ¡Sí!

Llego al orgasmo con los ojos clavados en él, bebiendo su reacción, esperando que baje la mano, que libere su polla y se toque. Pero no lo hace. Ni siquiera cuando mi cuerpo se retuerce y explota. Puede que no me haya tocado, pero ambos sabemos que es el responsable de cada segundo de mi placer.

Se me caen las manos. Me duelen un poco los dedos. Y, mientras lo hacen, una sombra cae sobre mí, cortando la luz por la mitad.

Uri está de pie junto al borde de la cama, observándome con mirada de cazador. Y, sin embargo, nunca me he sentido más segura. Nunca me he sentido más tranquila.

Nunca deseé tanto que un hombre me tocara.

Me siento y busco la hebilla de sus pantalones. No me detiene, así que se los desabrocho y se los bajo. Se me llena la boca de saliva cuando le bajo los calzoncillos.

Esto también es nuevo.

Las mamadas nunca han sido lo mío. Antes me parecían tediosas y, francamente, un poco asquerosas. Pero ahora que me encuentro ante la polla más bonita que he visto nunca, la idea de metérmela en la boca no solo me parece natural, sino *necesaria*.

Me la meto en la boca y empiezo a chupar. No sé si lo estoy haciendo bien, pero creo que la dedicación me llevará muy lejos. Así que le pongo las manos en las caderas y lo chupo todo lo que puedo sin atragantarme.

Mi corazón late con fuerza y mi vagina también. Ambos están prácticamente gritando por atención. *Su* atención, concretamente. Pero no quiero quitármelo de la boca. Quiero ver hasta dónde puedo llegar. Si sigo, ¿se correrá en mi boca?

El mero hecho de pensarlo hace que mi corazón palpite con más fuerza, lo cual es extraño y fuera de lo normal. ¿Quién soy? No, ¿en quién me está *convirtiendo*?

Estoy encontrando mi ritmo en la mamada cuando Uri se suelta de repente de mi agarre y retrocede. Lo primero que siento es decepción. Luego, nervios.

¿No fui lo suficientemente buena? ¿Se aburrió? ¿Le hice daño con mi impaciencia?

Antes de que pueda hacer ninguna de esas preguntas, me empuja de nuevo a la cama y yo reboto lastimosamente en mi sitio. Tengo un milisegundo para seguir preguntándome qué he hecho mal antes de que esté encima de mí. Me sostiene con su cuerpo y respiro cuando su calor se desliza sobre el mío.

Este tipo de cosas me habrían erizado la piel hace un mes. Pero, ahora mismo, hace que se me enrosquen los dedos de los pies. Hace que la humedad gotee por mis muslos.

—Uri... —jadeo mientras mis labios se aferran a un lado de su cuello.

Gruñe hambriento mientras su erección presiona firmemente contra mi muslo. Abro un poco más las piernas, esperando que lo tome como una invitación. Pero sigue manteniéndose alejado.

—Mm, pequeña *narushitel* ansiosa... —gruñe, mordisqueándome la oreja—. ¿Quieres que te

folle?

Baja un poco más hasta quedar a la altura de mis pechos. Me aprieta uno y me levanta el pezón antes de rodearlo con la lengua.

Que Dios me ayude.

Soy consciente de lo necesitada que estoy, tratando de empujar mis caderas contra las suyas, gimiendo y retorciéndome y tratando de tentarlo para que me tome como yo quiero. Prácticamente soy una estrella porno en este momento.

Pero ni siquiera mis mejores intentos parecen surtir efecto en él.

Bueno, eso no es cierto. Sus ojos brillan de lujuria. No sé mucho de hombres, pero reconozco la lujuria cuando la veo. Sé que me desea, pero por alguna razón, se está conteniendo.

Vuelve a chuparme el pezón y yo gimo. Siento su polla en mis labios y... Jadeo cuando me empuja. No es su polla, son sus dedos.

—Estás tan mojada para mí, Alyssa. Estás goteando sobre mi mano.

Tenía razón en una cosa: va a matarme, pero no como yo pensaba.

—¡Uri! —grito sin aliento, enojada y frustrada al mismo tiempo.

Alza la cabeza y suelta una risita cruel. —¿Qué pasa, bonita *kiska*? ¿Algo te preocupa?

—¡Deja de burlarte de mí!

Otra risita oscura. —¿Es eso lo que quieres? —pregunta, frotando su polla contra mi raja. Todavía no está dentro de mí, pero unos centímetros más y lo estará.

—Sí. Sí... *aah*...

Me agarra las manos y me las pone a ambos lados de la cara. Luego, se aprieta contra mí. —Si quieres que haga esto, quiero algo de ti.

Debería haber sabido que habría condiciones. La respuesta correcta aquí es “ni de coña”. Debería apartarlo de mí y trazar un límite. Pero en lugar de eso, asiento febrilmente. —¿Qué quieres?

Realmente empoderada, chica. Buen trabajo. Acabas de hacer retroceder al feminismo cien años.

—Quiero que te sueltes —me susurra al oído—. Quiero que te entregues a mí. Si siento que te contienes, *habrá* castigo.

Mis muslos están húmedos. No sé si estoy más excitada por el sexo o por la promesa de lo que me espera si le desobedezco. Apenas puedo moverme. Mis piernas son gelatina y mis brazos están inmovilizados. No puedo hacer nada, ni huir.

Y aún así, no siento miedo.

En absoluto.

Quiero decir: “Vale, me soltaré”, aunque no estoy del todo segura de lo que quiere decir con eso. Pero lo que realmente digo es—: Puedes tener todo de mí.

Si controlara mejor mis facultades, seguro que estaría avergonzadísima. Tal como están las cosas, estoy demasiado débil y temblorosa para preocuparme por cosas tontas y abstractas como el poder sexual y la política.

—Buena chica —susurra.

Dos palabras nunca han sonado tan dulces.

Y entonces se mete dentro de mí. Me quedo boquiabierta por su tamaño. Recuerdo la sensación en cada célula de mi cuerpo y, sin embargo, aquella noche en la mesa del comedor parece haber sido hace mucho tiempo.

Grito mientras me folla como si tuviera algo que demostrar. Sus manos permanecen sujetas a mis muñecas como esposas vivas. Tiene la mandíbula apretada y la mirada fija. Y, de repente, me agarra la barbilla y me empuja la cabeza hacia un lado, rompiendo el contacto visual. Sus labios se posan en mi cuello, rozándome, mordiéndome y reclamándome.

—Maldición, Alyssa...

Oírlo pronunciar mi nombre *así* mientras me folla no es algo que me espere. Quizá por eso siento que de repente *soy yo* quien tiene el control.

Puede que me inmovilice en la cama. Puede que sea él quien lleve la voz cantante y ponga las reglas.

Pero *soy yo* la que le hace desenredarse. Yo soy a la que él ha estado deseando.

Sus labios rozan los míos durante un segundo, haciendo que mi cuerpo estalle en un cosquilleo. Mi espalda se arquea mientras me corro, gimiendo en su oído todo el tiempo. Me retuerzo, me estremezco y aprieto con todas mis fuerzas, y el movimiento libera también el orgasmo de Uri.

—Maldita sea —gruñe mientras me aprieta las muñecas con las manos y mantiene las caderas apretadas contra las mías mientras lo recorren temblores—. Serás mi puta muerte.

En cuanto se vacía dentro de mí, se da vuelta y me libera de la prisión de su cuerpo. Necesitaré uno o diez minutos para recuperarme y poder recordar cómo hacer cosas como respirar, tragar y decir palabras.

Pero él no. Antes de que pueda volverme hacia él, se levanta y sale de la cama. Su nombre está en mi lengua, pero me lo trago. Si él no rompe el silencio, yo tampoco lo haré.

Pero eso no me impide albergar esperanzas.

Recoge su ropa, se viste sin ceremonias y, sin siquiera mirarme, sale a grandes zancadas del sótano.

Me deja con su semen corriéndome por las piernas y con la certeza de que, por segunda vez en una semana, no hemos usado protección.

Me aseo antes de volver a tumbarme en la cama, con la cabeza nadando de emociones que aún

no soy capaz de procesar.

El penúltimo pensamiento que tengo antes de dormirme esa noche es *¿me está mirando?*

El último pensamiento es *espero que sí.*

URI

—¡Buuuu!

No reacciono cuando Polly salta desde detrás del marco de la puerta de mi despacho en un intento a medias de hacerme saltar. —No hagas eso —le digo—. Te harás daño.

Suspira y se deja caer. —Es tan insatisfactorio tratar de asustarte. Incluso cuando te pillo desprevenido, literalmente no reaccionas.

—Es porque en realidad no me asustaste. Te oí arrastrar los pies hasta allí hace tres minutos.

Sus brillantes ojos avellana se entrecierran en rendijas. Es la única de nosotros que heredó los ojos de nuestra madre. A veces, la quiero más por eso. Otros días, me cuesta mirarla directamente.

Hace un mohín y cruza los brazos sobre el pecho. —Eres un imbécil.

—No eres la primera mujer que me dice eso.

—¡Asco! No quiero oír hablar de tus conquistas.

Frunzo el ceño. —No me refería a eso.

Polly alza una ceja en lo alto de la frente, un movimiento que heredó de Nikolai. —Ah, ¿no? —pongo los ojos en blanco y la agarro. Sonríe, se echa a mis brazos y me abraza fuerte—. Me alegro de verte, Uri. Te he echado de menos.

Le beso la parte superior de la cabeza. Parece que crece más cada mes. —Yo también te extrañé —me alejo un poco para poder mirarla bien—. ¿Te has vuelto a cortar el pelo?

—Claro que sí. Espero armarme de valor para raparme pronto.

—¿Por qué?

Se encoge de hombros. —Porque me niego a seguirle el juego al patriarcado dejándome crecer el pelo y llevando faldas cortas y comportándome como una “niña buena”. A la mierda con eso.

Al parecer, existe una relación inversa entre el largo de su pelo y la frecuencia con la que dice “mierda”. He decidido ignorarlo. Reñirla por su lenguaje es cosa de Nikolai, no mía.

—Bien —gruño—. Te vestiremos con una parka en su lugar. Para que los chicos del colegio no

te miren demasiado.

Se ríe y me pellizca en las costillas. —No lo decía literalmente. Me gustan las faldas cortas.

Alborotándole el pelo, le pregunto—: ¿Has visto ya a Lev?

—No —sus cejas se aplanan de inmediato y su boca se vuelve hacia abajo en los bordes.

Solo veo esa mirada en ella cuando está preocupada por Lev. Y últimamente está *muy* preocupada por él. —Me encontré con Svetlana hace un rato y me dijo que estaba teniendo un mal día.

Más bien "días", en plural.

—Él está bien. Solo está pasando por una adaptación ahora mismo.

—Sí, claro que sí. No lo dejas entrar en el sótano —inclina la barbilla hacia abajo para darme lo que ella llama su "mirada seria" y de alguna manera, termino sintiéndome como el hermano menor—. También me informaron que tenía que mantenerme alejada del sótano. ¿Me lo explicas?

No puedo enfadarme con Svetlana, son mis órdenes las que está cumpliendo. —Ha habido una... infestación de ratas ahí abajo.

Polly enarca las cejas. —¿Es eso un eufemismo?

—Polina.

—No me salgas con el *Polina*. Ya no soy un bebé, sabes. Y tampoco soy Lev. Sé cuando estás dando una excusa pobre.

—Entonces, también sabes cuándo te oculto información por tu propio bien.

—Bien —hace una mueca—. Supongo.

La dirijo hacia el comedor, donde están preparando la cena. Esta habitación no siempre tuvo cortinas gruesas, pero fue la única manera de convencer a Lev de compartir la cena con nosotros de vez en cuando. Incluso cuando estaba oscuro, prefería que las ventanas del suelo al techo estuvieran cubiertas. Se ponía nervioso si veía algo moverse en la oscuridad y no sabía lo que era.

No lo culpo.

—¿Nikolai nos acompañará a cenar hoy?

—Hoy no. Está ocupado.

Asiente como si no le importara, pero me doy cuenta de que está decepcionada porque esboza una sonrisa. —¿Qué hacemos esta noche después de cenar? ¿Pelea de almohadas? ¿Maratón de películas? ¿Un par de rondas de póquer?

—Ya sabes lo que acabaremos haciendo —refunfuño.

Ambos nos miramos y decimos al mismo tiempo—: Videojuegos.

Lo cierto es que, la mayor parte del tiempo, nuestras vidas giran en torno a Lev y sus necesidades. Pero, en lugar de resentirse por ello, ella simplemente lo quiere más. Aunque a veces eso signifique amarlo desde lejos.

Ambos nos volvemos hacia la puerta abierta cuando oímos un portazo. Unos minutos después, Lev asoma la cabeza por la esquina. Polina siempre ha sido de las que opinan que *para qué dar la mano cuando puedes dar un fuerte abrazo*. Pero con Lev, ni siquiera da un paso. Tiene buen criterio.

—Hola, colega —saluda—. ¿Cómo te va?

—Hola, Polly.

Ella sonríe más. —¿Contento de verme?

Él asiente, inseguro. Es dos cabezas más alto que ella y el doble de grande en el torso, pero la mira como un gato asustado. No es que se sienta incómodo o receloso con Polly, es que necesita tiempo para acostumbrarse a estar con alguien nuevo, sobre todo si hace tiempo que no comparte con esa persona. Hago el cálculo mental: han pasado casi siete semanas desde que Polly vino a casa el fin de semana. Para Lev, eso bien podrían ser años.

—¿Me das un abrazo? —él niega enérgicamente con la cabeza y ella solo sonríe con más fuerza —. ¿Qué tal si chocamos los cinco entonces?

Me mira. Luego a Polly. Luego a mí otra vez. —Tengo hambre.

Rodea a Pol y se sienta en una silla que raspa el suelo como clavos en una pizarra. Le doy un pequeño apretón en el hombro. —Dale algo de tiempo.

Fuerza otra sonrisa que no le llega a los ojos. —Debería venir a casa más a menudo.

—Puedes venir a casa cuando quieras. Ya lo sabes.

Nos sentamos a cenar. Una hamburguesa con queso para Lev y pastel de carne con verduras asadas para Polly y para mí. Lev picotea su hamburguesa, deconstruyéndola antes de probar bocado. Examina cuidadosamente cada bocado antes de comerlo.

Polly intenta hablar con él varias veces, pero él hace como si no la oyera o se limita a murmurar entre dientes. Cuando empieza a sentirse frustrada, la arrastro a una conversación conmigo.

—Háblame de la escuela.

Pone los ojos en blanco y suspira melodramáticamente. —Ha sido una mierda. Danielle siente algo por Peter, pero a Peter le gusta Hannah. Estoy segura de que Hannah juega para el otro equipo, porque la vi mirando a Kaitlyn en las duchas el viernes pasado.

Resoplo con un sorbo de mi vino tinto. —Siento haber preguntado.

Suelta una risita y Lev retrocede en su asiento ante el ruido inesperado. —Lo siento, Lev —murmura ella, pero él no establece contacto visual con ninguno de los dos—. Pero Hannah puede irse a la mierda. Es una zorra y quiero que deje de meterse con mis amigos.

A Nikolai le gusta decir que Polly colecciona perros callejeros. Cualquier persona triste, rota,

perdida o solitaria, Polly la toma bajo su protección e intenta protegerla.

Nikolai dice que es porque es una líder nata. Yo creo que es por Lev.

—Si no lo hace, dale una paliza. No volverá a acercarse a ti ni a tus amigos —cuando miro hacia ella, me mira con una sonrisa divertida—. ¿Qué?

—Te das cuenta de que ninguna persona normal, padre o tutor le daría ese consejo a un adolescente, ¿verdad?

Me encojo de hombros. —No somos como los demás.

Ella se desliza hacia atrás contra su asiento. —No tienes que decírmelo dos veces.

—¡Sótano! —Polly y yo nos giramos en dirección a Lev. Sigue sin mirarnos a ninguno de los dos, pero se retuerce las manos con ansiedad—. Quiero mi sótano.

—Te lo dije, Lev: está siendo fumigado contra roedores. Solo tienes que esperar un poco...

Se levanta de la silla tan rápido que se cae hacia atrás. Abandona su hamburguesa a medio comer y sale corriendo del comedor. Polly está a medio levantarse cuando la detengo.

—Déjalo. Necesita espacio.

Vuelve a sentarse, pero ya no sonríe. Esos ojos avellana suyos están pellizcados en las esquinas y llenos de decepción. —A veces olvido lo mal que se pasa con él.

—Estará bien.

—No, no lo estará —replica secamente—. No estará bien, Uri. Siempre estará así. Sospechando de todo el mundo, aterrorizado por el cambio, obsesionado con todo lo familiar...

—Todo va a salir bien.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Porque me aseguraré de que así sea. Cuidaré de él, Polly. Cuidaré de todos ustedes.

Suspira y se hunde en su silla. —Necesitas una vida, Uri.

—Eso sigues diciendo.

—Porque no escuchas.

Le doy un puñetazo juguetón en el brazo. —Esto no es algo por lo que tengas que preocuparte, *printsessa*. Céntrate en ti misma, en tu vida; yo me ocuparé del resto.

No parece muy reconfortada. —¿Me dirás lo que realmente está pasando en el sótano?

—Nada que no pueda manejar.

Lo digo con confianza, pero la verdad es que ya no estoy tan seguro. La primera vez que encerré a Alyssa en el sótano, sentí que tenía el control.

¿Y ahora? No tanto.

Follar con ella anoche fue un error. Y follármela *así* fue apilar un error sobre otro.

Pero cuando estaba en el momento, fue imposible parar. Me sentía como un adicto a su dosis después de años de sobriedad. Todo en ella me parecía adictivo. La forma en que gemía. La forma en que se movía. La forma en que me llamaba.

Fue suficiente para que la mirara a los ojos mientras me la follaba. Estuve a punto de caer de cabeza en aquel pozo de arenas movedizas. Pero le pondría fin rápidamente.

Y sin embargo...

Aquí estoy, deseando otra dosis.

Solo una más. Una probada más. Me digo a mí mismo que esta será la última vez, pero también me lo dije la última vez, y mira cómo resultó.

Mierda. Realmente me arrinconé. Y ahora que Polly ha vuelto, no hay margen de error.

Tengo que alejarme de la pequeña sirena de mi sótano. Y, lo que es más importante, tengo que sacarla de mi sótano y de mi propiedad.

Cuando Boris Sobakin deje de ser una amenaza, la pequeña *narushitel* desaparecerá.

Todo lo que tengo que hacer ahora es encontrar una manera de estar bien con eso.

ALYSSA

Estoy medio despierta cuando oigo movimiento al otro lado de la puerta del sótano.

Tiene que ser Svetlana o Uri, pero ninguno de los dos hace tanto ruido antes de entrar. Y ninguno de los dos me ha visitado nunca en mitad de la noche. Por suerte, llevo puesto un pijama, de los que no son sexy, sobre todo para que Uri no se beneficie. Puede espiarme todo lo que quiera, pero tendrá que usar su imaginación a partir de ahora. Mi cuerpo está fuera de los límites en lo que a él respecta.

Sobre todo, después de cómo se fue... ¿cuánto hace..? ¿Dos noches?

Todavía me carcome. ¿Era tan difícil decir unas simples buenas noches? Quiero decir, Dios mío, me habría conformado con un “gracias por la follada, colega”.

Pero es estúpido querer tanto. ¿Qué se creía, que me pondría necesitada y pegajosa y le rogaría que se quedara conmigo? Aunque...

Le *supliqué* que me follara.

Pero eso fue... um... eso fue porque…

En realidad, ¿qué *fue* eso?

He pasado las dos últimas noches rumiando qué demonios me pasó. Cada vez que intento llegar al fondo del asunto, me distraigo con la repetición que circula por mi cabeza desde el momento en que salió por la puerta.

Era la soledad. Tuvo que ser eso. Estaba deseando compañía humana y él apareció y perdí completamente la cabeza y me dejé llevar.

Sí, claro. Claro. Voy a quedarme con esa explicación.

La cerradura se abre estrepitosamente y me levanto de un tirón. Definitivamente, no son Uri ni Svetlana. Mis ojos se adaptan rápidamente a la oscuridad y veo la silueta que entra en el sótano. Aunque “merodear” sería la palabra más adecuada.

La piel se me pone de gallina y los latidos de mi corazón aumentan rápidamente. Sea quien sea esta persona, es *grande*. Y la forma en que se mueve me hace desear tener un spray de pimienta junto a la cama. Así las cosas, lo único que tengo son dos almohadas mullidas. No son buenas noticias en lo que a defensa personal respecta.

Camina de forma confusa. Tantea el espacio como si no supiera a dónde ir. Luego se vuelve hacia la cama. Probablemente sea una tontería por mi parte, pero alargo la mano y enciendo la lámpara de luna de la mesilla de noche. El sótano se llena de un suave resplandor amarillo, que proyecta estrellas en el techo.

—¡Baaah! —grita el hombre, dando tantos tumbos hacia atrás que pierde el equilibrio y acaba de culo en el suelo.

Me pongo en pie de un salto, asegurándome de mantener la cama entre nosotros. Por alguna razón desconocida, agarro una almohada y la sostengo delante de mí como un escudo.

—¿Quién eres? —exijo.

El hombre entierra la cara entre las manos y empieza a mecerse de un lado a otro. No hace ningún intento de levantarse o moverse. Simplemente, se sienta en el frío suelo de cemento y sigue balanceándose, con la cara oculta tras las palmas de las manos.

¿Qué demonios está pasando?

Oigo al hombre murmurar entre sus manos, pero no entiendo nada de lo que dice. Me arrastro lentamente por la cama mientras el miedo se convierte en compasión.

Sigue murmurando rápido, pero no distingo una palabra de la otra. Está sentado como un niño, con las piernas juntas y extendidas delante de él. Siento que se me retuerce el corazón. Parece que ahora tiene mucho más miedo que yo.

Entonces, oigo un sollozo. Más murmullos. Un resoplido. El temblor no se detiene. El balanceo se hace más pronunciado. Ahora, no tengo miedo *de* él; tengo miedo *por* él.

—Oye, yo... lo siento... no quería asustarte —el balanceo se hace un poco más lento así que continúo, asegurándome de hablar despacio y suave—. Me has pillado por sorpresa —al acercarme un poco más, me doy cuenta de que hay algo en él que me resulta familiar—. Me llamo Alyssa. ¿Y tú?

Él responde levantando un poco la cabeza. Luego, separa dos dedos lo suficiente para que un ojo asome entre ellos.

Y me doy cuenta... no estoy tratando con un adulto. Quiero decir, puede parecer un hombre adulto, pero definitivamente no lo es.

Le dirijo una sonrisa amistosa y lo saludo con la mano. El único ojo que puedo ver se queda quieto, pero él lo mantiene fijo en mí. Así que me siento frente a él, mantengo una distancia saludable entre nosotros para su comodidad, y me cubro la cara también, imitando su lenguaje corporal. Luego me asomo separando dos de mis dedos, igual que él.

Deja caer un poco las manos. Primero veo la parte superior de su cara. *Sin duda lo vi antes*. Me mira con los ojos muy abiertos, la boca abierta, confuso, receloso y asustadizo.

Yo también bajo las manos. Inmediatamente vuelve a esconder la cara. Yo hago lo mismo. Cuando se asoma, hago lo mismo.

Adelante y atrás. Adelante y atrás.

Y entonces, oigo algo que hace que mi corazón se eleve.

Se *ríe*. Es fuerte, repentino e infantil. Y está claro que a él también lo pilla desprevenido, porque se sobresalta y se tapa la boca con una mano.

Me río suavemente y me encojo de hombros. Sus mejillas se llenan de color, pero suelta las manos.

Dios mío.

Ahora lo veo.

Es el tipo que juega al fútbol en el jardín con Uri de vez en cuando. Mide por lo menos dos metros, es ancho de hombros y musculoso. Debe tener... ¿veinte, veintiuno?

Por eso es entendible que me sorprendiera tanto encontrarme con esta personalidad.

Un niño atrapado en el cuerpo de un adulto. Una extraña oleada de emoción me recorre y me pone la piel de gallina.

Levanto la mano y lo saludo con la mano. No me devuelve el gesto, pero sus dedos se crispan como si se lo estuviera pensando. —Soy Alyssa —repito. Pero esta vez no le pido nada a cambio.

Me mira sin pestañear, recorriendo mi cuerpo con los ojos. Luego, rodea las piernas con los brazos y apoya la barbilla en las rodillas. Yo hago lo mismo. Vislumbro una sonrisa.

Empuja un pie hacia delante. Yo hago lo mismo.

Se rasca detrás de la oreja. Yo hago lo mismo.

—Me estás copiando —acusa con otra risita. Sus palabras son inocentes como las de un niño, pero su voz es muy adulta. Profunda y masculina. No acaba de encajar.

—Supongo que sí.

Aprieta más las piernas mientras sus ojos recorren mi cuerpo de arriba abajo. Si fuera un veinteañero entre comillas “normal”, me sentiría insultada por su descarada cosificación. Pero, en este caso, sé que no me está mirando. Lo que está haciendo es *evaluarme.*

—Siento haberte asustado antes. No era mi intención.

Frunce el ceño. —No es seguro aquí.

Parece un cubo de agua helada. ¿Intenta advertirme sobre Uri? ¿Fue herido por Uri?

No. No puede ser. Los he *visto* juntos. Claro, los he visto desde lejos, pero el lenguaje corporal es difícil de negar. También es difícil de fingir.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, manteniendo mi tono lo más calmado posible.

—El spray para ratas. Es venenoso —de nuevo, reprimo un escalofrío de inquietud. ¿De qué está hablando? ¿Ocurre algo de lo que no soy consciente? Gira la nariz hacia el techo—. Pero... no huelo nada.

—¿Qué intentas oler?

—El spray para ratas. Para deshacerse de las ratas.

—Aquí no hay ratas.

Empieza a balancearse de nuevo. No es tan pronunciado como la última vez, pero se nota fácilmente. Aún así, no tengo ni idea de qué le ha molestado de mi declaración. —*Hay* ratas —insiste en un áspero murmullo—. Lo *dijo* Uri.

Ah.

—¡Oh! Por supuesto. Es verdad —digo, golpeándome la frente con la palma de la mano—. ¿Cómo iba a olvidarlo? Había ratas, pero Uri se encargó de ellas.

El balanceo se ralentiza y sus ojos se clavan en mí. También son azules, pero un azul diferente al de Uri. Más claros, más tenues. —¿Por qué estás aquí?

—Porque... —si no me equivoco, deduzco que Uri significa mucho para él. La sola idea de que Uri le mintiera casi le produce ansiedad—. Necesitaba ayuda. Necesitaba un lugar donde esconderme un poco, y Uri me dijo que aquí estaría a salvo.

—Aquí no hay peligro. Excepto por las ratas.

—Cierto. Excepto por las ratas.

—No me dijo que estabas aquí abajo —su ceño se frunce. El balanceo vuelve a empezar—. No me lo dijo.

—Eso es culpa mía. Le dije que no se lo contara a nadie. Tenía miedo y no quería que nadie lo supiera.

Se muerde el labio inferior. —Oh.

Recorro el espacio con la mirada y lo veo bajo una nueva luz. —Este sitio es increíble. Me encanta. Es realmente genial.

El balanceo se detiene y una lenta sonrisa se dibuja en su rostro. —A mí también.

—¿Es tu colección de videojuegos la que está en el rincón?

Asiente. —Sí.

—Vaya.

Su sonrisa se ensancha un poco más. —¿Quieres jugar?

—No sé hacerlo. ¿Me enseñas?

Vuelve a asentir, pero no como lo haría un adulto. Mueve la cabeza arriba y abajo con fiereza. Sonriendo, se levanta del suelo y yo lo sigo. Su tamaño es aún más evidente cuando está de pie, pero se mantiene encorvado y cauteloso, como si tuviera que estar preparado para huir en cualquier momento.

—Lo siento, ¿qué fue eso? —sus mejillas se ponen rojas. Es bueno saber que no soy la única que

sufre de rubor.

—Lev.

Sonrío. —¿Ese es tu nombre?

—Sí.

—Es precioso.

—Eres muy guapa.

Lo dice en voz baja, como un susurro, pero yo lo oigo claramente. Le dedico una cálida sonrisa. —Gracias, Lev. Y gracias por dejarme usar tu sótano. Te prometo que te lo devolveré en cuanto pueda, ¿vale?

Se retuerce las manos y asiente. Me hace un gesto para que lo siga y se acerca a sus videojuegos.



JUGAMOS hasta altas horas de la madrugada.

No intercambiamos ni una sola palabra en todo el tiempo, pero, extrañamente, puedo sentir cómo se relaja con cada hora que pasa.

Cuando pierdo la vigésima partida seguida contra él, suelta el mando. —Eres muy mala en esto.

Me río. —Tienes razón. Soy muy mala en esto. Pero ¿sabes qué se me da mejor?

—¿Qué?

—Las tostadas francesas. ¿Quieres un poco?

Sus cejas se juntan y sacude la cabeza. —Demasiado húmedas.

—Ah. ¿Qué te *gustaría* comer, entonces?

—Cereal.

—¡Perfecto! También soy genial preparando cereal.

Está claro que mi broma le pasa desapercibida, porque ni siquiera esboza una sonrisa. —¿En serio?

Asiento. —Vamos, puedes ver cómo lo preparo.

Me sigue a la cocina y me observa atentamente mientras saco dos cuencos, dos cucharas y la bolsa de cereal a medio comer que hay en la nevera. Vierto los cereales, añado la leche y empujo un cuenco hacia él.

—¡Tachán! Gourmet.

Me mira fijamente, luego a su cuenco, y finalmente al mío. —Vaya, sí que sabes hacer cereales.

Mi corazón se estremece. Sé que debería reírme, pero en realidad solo quiero llorar. No, lo que realmente quiero es abrazarlo. Lo haría si no sospechara que se asustaría por cualquier tipo de contacto físico entre nosotros. Se aseguró de mantener al menos unos metros de espacio entre nosotros en todo momento. No voy a cruzar esa línea hasta que él lo haga.

Toma una cucharada grande. Un hilillo de leche resbala por un lado de su boca. —Está delicioso.

—Gracias, Lev. Eres el único que aprecia mi cocina.

—A Uri también le gustaría —insiste—. A veces, cuando no puedo dormir, nos sentamos en la cocina y comemos cereales juntos.

Oh, Dios, no me digas eso. No necesito otra razón para que me guste Uri. Dios sabe que ya tengo suficientes. Por supuesto, tengo tantas razones para odiarlo. Pero, de alguna manera, esa última lista no es tan convincente como uno pensaría.

Malditas feromonas.

—Eso suena divertido.

Lev asiente. —Me gusta porque es muy tranquilo por la noche. Y está oscuro. Y todas las persianas están bajadas.

Bueno, eso explica por qué este sótano no tiene ventanas. Ahora ni siquiera puedo enfadarme. —Solía hacer lo mismo con mi hermana —admito—. Excepto que solíamos comer pizza, helado y galletas.

—¿Tienes una hermana?

—Sí —respondo antes de pensar. Entonces, caigo en la cuenta: *tenía* una hermana. Me aferro a mi Z al instante, intentando apartar la tristeza que acabo de desenterrar. El moratón que tengo en el corazón y que no desaparece por mucho que lo pinche.

—Yo también tengo una hermana —explica—. Y dos hermanos.

—¿Y Uri es uno?

Asiente y se mete otra cucharada de cereales en la boca. —También es mi mejor amigo.

Ahí va otra vez mi corazón, estremeciéndose con emociones que no quiero sentir ahora. O nunca. Al menos no por Uri Bugrov.

—Pero no se lo digas a Nikolai ni a Polly —añade, repentinamente mortificado.

—No lo haré. Te lo juro —le ofrezco mi meñique para sellar mi promesa, pero me mira como si me hubiera salido otra cabeza. Tímidamente, dejo caer la mano—. Lo siento. No tenemos que jurar con el meñique.

—¿Qué es eso? —pregunta luego de un largo silencio—. ¿Jurar con el meñique?

—Oh. Bueno, solo significa que es una promesa inquebrantable. Una vez que has unido los dedos, eso es todo. No puedes romper tu promesa, pase lo que pase.

Se le cae la boca y se le levantan las cejas. —¿En serio?

—De verdad.

Se mira la mano y luego vuelve a mirarme. —Yo... quiero hacerlo.

Se me levanta el corazón. —Por supuesto —espero a que levante la mano antes de levantar la mía. Tengo que apoyarme en la isla central para alcanzarlo. Guío mi dedo meñique alrededor del suyo y nos enganchamos el uno al otro.

Lo noto temblar, pero parece tranquilo. —Ya está —digo con satisfacción—. Ahora, esa promesa es inquebrantable.

Esboza la sonrisa más amplia que he visto nunca. —Genial —suelto una risita suave mientras empuja su cuenco vacío hacia mí—. ¿Puedes hacerme más cereales?

—Enseguida.

Mientras vuelvo a llenar su cuenco, se me ocurre que Lev puede ser la oportunidad que estaba esperando. Unas cuantas preguntas, uno o dos juramentos y quizá consiga que haga exactamente lo que quiero.

A saber: sácame de aquí.

Él recupera su sótano, yo recupero mi libertad. Ganamos todos, ¿no?

Pero mi conciencia no está de acuerdo. En cuanto lo pienso, me invade la culpa. Miro a Lev, que espera ansioso su segundo tazón. La inocencia de su rostro me hace sentir como una cabrona por pensar siquiera en usarlo de esa manera. No puedo meterlo en medio de todo esto. Y definitivamente no puedo convertirlo en un peón.

Le paso el cuenco a Lev. —Aquí tienes, Lev.

Coge el cuenco y se mete más cereales en la boca. Cada vez que veo alguna salpicadura, siento la necesidad de acercarme y limpiarle la cara.

—Eres muy buena cocinera —dice entre mascada y mascada.

Reprimo una carcajada. —Gracias, Lev. Te lo agradezco.

Pasamos los siguientes minutos hablando de libros. Bueno, *yo* me paso los siguientes minutos hablando de libros. Lev se limita sobre todo a escuchar y comer, aunque no parece importarle que divague. Cuando termina, su mirada empieza a revolotear por la cocina, como si estuviera buscando algo.

—¿Estás bien, Lev?

—¿Crees que Uri se enfadará conmigo?

Frunzo el ceño. —¿Por qué se enfadaría contigo?

—Porque bajé aquí. Me dijo que no bajara aquí.

—Probablemente, no quería que te enfadaras. Te estaba protegiendo. Y a mí.

—Porque es mi hermano mayor —acepta Lev—. Ese es su trabajo. Lo dice todo el tiempo.

Oh, Dios. Otro puñetazo en los ovarios.

Estoy teniendo todos los sentimientos en este momento y eso no es algo bueno. —Bueno, tiene razón. Es importante que los hermanos se cuiden mutuamente.

Lev frunce el ceño. —Yo no cuido de él.

—Puede que no lo creas, pero apuesto a que haces algo por él, aunque no lo sepas —su ceño se frunce aún más y puedo ver en su cara que lo que digo no tiene ningún sentido para él—. Recuerdo que mi hermana solía estresarse mucho antes de los exámenes. Así que solía darle un fuerte abrazo justo antes de que se sentara a hacerlos. Más tarde, cuando ya éramos mayores, me dijo que esos abrazos la ayudaban. En ese momento no lo sabía, pero marcaba la diferencia, por pequeña que fuera.

Lev sacude la cabeza. —¿Cómo puede ayudar un abrazo?

Sonrío. —Es un gesto físico de amor. Es una forma de demostrarle a alguien que te importa sin decirlo.

Empieza a oscilar en su taburete. —No me gustan los abrazos.

Claro que no, idiota. ¿No se te podía haber ocurrido otro ejemplo?

—Un abrazo no es la única forma de demostrarle a alguien que te importa. Hay muchas otras formas. Como... compartir tus videojuegos, por ejemplo.

Lev se lo piensa. Su giro se ralentiza y luego se detiene. —Oh —sus ojos se quedan en blanco por un momento, antes de centrarse en mí de nuevo—. Sigo sin querer que Uri se enfade conmigo.

—Estoy segura de que no...

—Tengo que irme.

Se aparta bruscamente de la isla y sale de la cocina tan rápido que tengo que trotar para seguirlo. Abre la puerta con facilidad, pero se detiene en el umbral.

—¿Cuánto tiempo te quedas? —pregunta sin hacer contacto visual.

—No estoy segura, Lev. Pero prometo irme tan pronto como pueda.

Mira directamente al marco de la puerta, pasando el dedo por la fría tira de acero. —No pasa nada. Puedes usar mi sótano.

Tengo que morderme el labio inferior para que no me tiemble. —¿Ves? Ahora sé que te importo —se sonroja—. ¿Vendrás a verme otra vez, Lev?

Asiente en silencio y sale corriendo por la puerta.

Aún es temprano, así que vuelvo a la cama y a mi pasatiempo habitual de mirar al techo. Pero esta vez, sonrío.

URI

Son las cuatro de la mañana cuando enciendo el alimentador que enlaza con el sótano. No puedo dormir y se me ocurre comprobar si ella puede.

No está durmiendo. No. Está de pie detrás de la cama, claramente alterada por la presencia de mi hermano pequeño, al que le dije expresamente que no entrara en el puto sótano.

Lo primero que pienso es: *¿Qué coño?*

Mi segundo pensamiento es, *voy a bajar ahora mismo y sacarlo de ahí.*

Mi tercer pensamiento es... *Veamos cómo se desarrolla esto.*

Eso es antes de que Lev acabe con el culo en el suelo, balanceándose de un lado a otro como si fuera a estallar. Vi pasar esto suficientes veces como para saber que está a punto de sufrir un colapso total. Y, si eso ocurre, calmarlo es un proceso enorme. Horas de incesantes murmullos, consuelo y súplicas.

Luego viene el periodo de recuperación. A veces, dura uno o dos días. Otras veces, mucho, mucho más tiempo. Eso es lo último que necesito ahora. No puedo permitir que las cosas se salgan de...

Me quedo helado cuando Alyssa se tira al suelo delante de Lev y se cubre la cara igual que él. Imita todos sus movimientos hasta que se convierte en un juego. Hasta que él suelta las manos y deja de parecer tan aterrorizado.

Detuvo la crisis en seco. Me costó años cogerle el truco. ¿Cómo diablos lo hizo en un solo intento?

Tal vez sea una bruja.

Es mucho más fácil de aceptar que la alternativa, que es que *ella es solo una buena persona*.

Permanezco fijo en la pantalla mientras Lev empieza a interactuar con ella. Desde lejos, parece una conversación real. Con retraso, pongo el audio, pero ambos hablan en voz tan baja que no puedo distinguir lo que dicen. Pero no importa, no necesito oírlos.

Con verlos basta.

Acabo viéndolos durante horas de videojuegos y varios tazones de cereales. Pillo a Lev

sonriendo un par de veces. La luz es tenue, pero juraría que sus mejillas también se sonrojan.

Horas más tarde, Lev abandona por fin el sótano con su brusquedad habitual. Pero no sin antes intercambiar unas palabras en la puerta. Alyssa sonríe cuando vuelve a tumbarse en la cama, con los ojos fijos en el techo.

¿Por qué sonríe? Me pregunto.

Un segundo después me doy cuenta de que puedo bajar y averiguarlo por mí mismo.

Nunca me ha gustado sentarme a reflexionar.

Irrumpo como siempre y Alyssa se levanta de un salto. El hecho de que siga con su sonrisa de bobalicona me dice que espera a otra persona. Se le borra en cuanto se da cuenta de que no va a conseguir lo que quiere.

—Oh —dice con dulzura—. Eres tú.

—¿Decepcionada?

Junta los labios y se encoge de hombros con indiferencia. *Demasiado* indiferente, en mi opinión. —Esperaba a Svetlana. Hoy pedí tostadas francesas para desayunar.

¿Habría creído esa mentira descarada si no acabara de pasarme las últimas horas observándola? Probablemente no, pero no habría pensado que la pequeña *kiska* ocultaría algo tan chocante como mi hermano. Es bueno saberlo: la chica puede hacer muchas más cosas con la lengua que chupármela.

Maldito tonto. No vayas allí.

Pero es demasiado tarde. Mi polla ya está excitada. Mis pensamientos imprudentes tienen parte de culpa, pero mi proximidad a Alyssa también tiene algo que ver.

No es que eso vaya a volver a ocurrir.

Una vez fue suficiente. Dos veces fue demasiado. Una tercera vez sería jodidamente catastrófica.

—¿Cómo va tu mañana? —pregunto fríamente.

—Tan bien como cabe esperar cuando estás encerrada en una habitación sin aire fresco ni compañía humana.

Entrecierro los ojos. —Parece que has tenido mucha compañía humana las últimas horas. A no ser, claro, que estés bromeando con que mi hermano es menos que eso.

Abre mucho los ojos. Es caricaturescamente tierno. —¡Nos estabas mirando!

Me encojo de hombros. —Sí.

Me fulmina con la mirada y sus ojos azules se vuelven penetrantes. —¿Alguna vez dejas de ser un maldito asqueroso?

—Sigues dándome razones para hacerlo.

—Ah, claro —se burla con maldad—, porque soy yo la que no es de fiar. Estoy segura de que lo

viste todo pasar, pero, por si lo olvidaste, te lo recordaré: Lev es el que entró en el sótano por voluntad propia. Yo no lo obligué a hacer nada. Ni siquiera puedo abrir la puta puerta yo sola.

—No, pero acabas de mentirme sobre su visita.

Salta de la cama y se cuadra conmigo. Tiene una pose de lucha e indignación. Aunque es difícil tomarla en serio con ese pijama. Los conjuntos estampados de fresa y limón no infunden precisamente miedo en el corazón de un hombre.

—Lo siento, ¡no veo cómo puedes esperar honestidad de mí cuando no me das nada a cambio!

—Esto no funciona así, *narushitel*.

—¡Claro que no, porque al contrario de la mierda que me estás contando, soy tu rehén! —sus ojos brillan mientras da un paso furioso hacia mí—. Y no te conté lo de la visita de Lev porque lo preocupaba que te enfadaras con él. No quería provocar mierda siendo una chismosa, y desde luego no iba a arriesgarme a enfadarlo.

Respira con dificultad. Aparentemente, mi presencia causa la reacción opuesta a la de Lev.

Genial, primero estaba celoso de un consolador morado. Ahora, estoy celoso de mi hermano pequeño. Las cosas van de puta madre.

—Estuviste muy bien con él.

Mis propias palabras me cogen por sorpresa. Pero no me retracto. No suelo repartir cumplidos, pero en este caso, Alyssa se merece el mérito. Estuvo realmente increíble con él.

Mi sinceridad también debe tomarla desprevenida, porque se detiene en seco, sus ojos se abren de par en par y su ira se desinfla. Se aclara la garganta con torpeza y mueve el peso de un lado a otro.

—Bueno... es un alma bondadosa.

Es la primera cosa amable que he oído decir de él en mucho tiempo. Lev ya no conoce gente nueva. Tomé esa decisión poco después del accidente. O, mejor dicho, Lev tomó la decisión por mí. Cada una de las pocas veces que logramos sacarlo de la finca terminó en desastre. Ocurría algo, Lev reaccionaba, y entonces los demás reaccionaban ante él. Lo señalaban y lo miraban. Algunos se reían. Otros gritaban.

Los desconocidos pueden reunir paciencia y compasión para un niño, pero Lev no es eso a sus ojos. Es el hombre adulto y desquiciado que arrebató un conejo de peluche a un niño y se negó a devolvérselo. Es el bruto corpulento que empezó a sollozar histéricamente porque alguien reventó un globo a tres metros de distancia. Es el joven de veintidós años con cicatrices, encorvado y asustado, que empieza a gritar de miedo cuando un desconocido pasa demasiado cerca de él.

Nadie ve al niño roto dentro de ese cuerpo enorme y torturado. Y aunque pudieran...

No entenderían una mierda de él.

Con el tiempo, me di cuenta de que nuestras salidas le hacían más mal que bien.

Tardaba días en recuperarse. Incluso después de calmarse, caminaba un poco más despacio, hablaba un poco más bajo... como si fuera él quien tuviera algo de lo que avergonzarse.

—Es un alma bondadosa —resueno bruscamente—. Sí. No todo el mundo ve eso.

Se muerde el labio inferior. —Estaba muy agitado cuando me vio por primera vez.

Asiento. —No está acostumbrado a la gente que no conoce. Y cuando se expuso a ellos... bueno, no han sido muy amables con él.

Alyssa parpadea para ahuyentar unas lágrimas repentinas. —Eso es horrible.

—No suele encariñarse con nadie tan rápido como lo hizo contigo. Especialmente, cuando no hay ningún familiar cerca para mediar en la situación.

Sonríe con un matiz de orgullo. —Jugábamos a videojuegos —luego, como si recordara con quién está hablando, sus cejas se arquean hacia abajo—. Pero estoy segura de que ya lo sabías.

—Iba bien. No quise interrumpir.

Ella sacude la cabeza. —Qué enfermo eres.

—Mi trabajo es cuidar de mi hermano.

Sus ojos se iluminan al comprender mientras mira por las esquinas superiores del sótano. —Las cámaras... ¿Las instalaste para Lev?

Asiento. —Después de un episodio, no habla. Se encierra en sí mismo y se queda aquí abajo durante días hasta que se le pasa el trauma de la experiencia.

Vuelve a morderse el labio. Su voz, cuando sale, es tentativa y cautelosa. —Uri... ¿qué *pasó*?

Me estremezco. Es una pregunta justa. Pero el caso es que no hablo de Lev con desconocidos. El personal necesario y el personal de seguridad y de Bratva tienen un relato seco de su estado, pero carece de detalles y emoción. Si sienten algo de afecto por él, es desde la profesionalidad. Primero es un trabajo, luego una persona.

Eso ha funcionado todos estos años.

Pero aquí está ella, esta rubia explosiva que no tiene ni puta idea de que eso es exactamente lo que es, ¿y me pide que le cuente uno de mis secretos más protegidos?

Mi primer instinto es mentir. Es más fácil así, sobre todo porque no pienso tenerla aquí mucho más tiempo.

Pero no puedo quitarme de la cabeza la imagen de ella y Lev. Cada vez que parpadeo, los veo en el suelo, mirándose entre sus dedos separados. No es una conexión que haga a menudo.

O en absoluto.

Y me parece egoísta, incluso cruel, mentirle ahora. Quizá, para que confíe en mí, debo demostrarle que *confío* en *ella*.

Me pregunto cuándo fue la última vez que confié en alguien fuera de mi círculo íntimo. ¿Estoy

cometiendo un gran error al confiar en ella?

¿Recordaré este momento algún día y pensar que *ahí fue donde todo empezó a joderse*?

Solo hay una forma de averiguarlo.

ALYSSA

La máscara de Uri, normalmente ilegible, se resquebraja durante una fracción de segundo. Sus ojos se oscurecen, su ceño se frunce y su mano derecha se cierra en un puño.

Por primera vez, dejo de pensar en la política. Me olvido del hecho de que soy su cautiva y él mi carcelero. Elijo ignorar la complicada e irremediablemente jodida dinámica que hay entre nosotros.

En cambio, hablo desde el corazón.

—Uri... Sé que acabo de conocer a Lev, pero me preocupo por él. Y yo nunca haría o diría nada para hacerle daño.

Su mirada se cruza con la mía. Si decide no contarme la historia de Lev, no lo presionaré. Porque lo entiendo. Entiendo la necesidad de querer proteger a cualquier precio a alguien a quien amas.

Tiro de mi Z y espero a que decida qué quiere hacer. El silencio se prolonga durante lo que parece una hora. Y finalmente...

Suspira. —Siéntate.

Me acerco a la cama y me poso en el borde. Luego, acaricio el espacio vacío a mi lado. Él se acerca y se sienta, dejando unos pocos centímetros entre nosotros. Está más cerca de lo que esperaba. Esta mañana huele a café. A café y canela.

Cierra los ojos. —Lev estuvo en el accidente de coche que mató a mis padres.

Es extraño. Me esperaba una historia triste, de hecho, horrible, y aun así tengo una reacción visceral al oírla. Se me hiela el cuerpo y se me pone la carne de gallina en brazos y piernas.

—Mi padre conducía. Lev estaba en el asiento trasero. Tenía doce años entonces.

—Dios mío —murmuro—. Era demasiado joven.

—Un tren descarriló. Un mal tramo de vía hizo que el maquinista perdiera el control. Más tarde descubrimos que hubo un descuido en la inspección y el tren ya estaba en ruta antes de que alguien lo notara.

Me tapo la boca con las manos. —Eso es horrible.

—Cuando golpeó el coche, iba lo suficientemente rápido como para causar daños graves. Pero no es todo. El coche cayó por el borde de un barranco y rebotó hacia abajo. El tren lo siguió y aplastó el coche. Fue un puto desastre. Uno tras otro tras otro.

Sus ojos siguen cerrados. Con cada palabra, noto pequeñas sacudidas en su cara.

Como si sintiera el dolor de cada balanceo del coche, cada torsión del metal, cada rotura del cristal.

—Diecisiete personas murieron en ese descarrilamiento. Incluidos mis padres. Sin embargo, llevó días bajar por el acantilado y llegar hasta ellos. Nikolai y yo fuimos con los hombres de nuestro padre y encontramos el coche atrapado en el barranco. Estábamos seguros de que todo había acabado para ellos, pero cuando bajamos... Lev aún respiraba —se detiene un momento y su rostro se suaviza—. Debería decir que apenas respiraba. Una hora más y habría muerto. Así de cerca estuvimos de perderlo.

No me lo puedo imaginar. ¿El horror de saber que tus padres están muertos, pero luego encontrar sus cuerpos? ¿Sacarlos de entre los escombros sabiendo que ya no hay esperanza?

Que Lev haya sobrevivido es un milagro.

—Le dimos atención médica in situ, lo estabilizamos antes de llevarlo al hospital más cercano. Hicimos venir a nuestros propios médicos para que pudieran tratarlo. Todos nos dijeron que no sobreviviría. Sus heridas eran demasiado graves, su cerebro estaba demasiado dañado.

—No les creíste —no pregunto. Sé instintivamente que eso es lo que él creería porque yo no habría renunciado a Z hasta que el último aliento hubiera abandonado su cuerpo.

Uri asiente. —Niko y yo nos turnábamos junto a su cama. Necesitó una docena de operaciones diferentes en las primeras semanas. Su cuerpo estaba roto, pero los cuerpos son fáciles de curar. La mente, sin embargo...

Me aprieto el labio inferior. *No llores. No hagas que esto sea sobre ti.*

—Estuvo en coma casi cuatro meses antes de despertar. Pero tardamos un tiempo en darnos cuenta de que era... diferente. No era el de siempre. Había retrocedido en muchos aspectos, pero los médicos dijeron que era normal en un paciente en coma. Que habría que volver a enseñarle ciertas cosas. Nos lo esperábamos —exhala con fuerza—. Lo que no esperábamos era el cambio de personalidad, o más bien la regresión de la personalidad. Mentalmente, era como si hubiera envejecido al revés. Ya no es un adolescente. Su próximo cumpleaños será el vigésimo segundo... pero el Lev que yo conocí entonces nunca creció.

No puedo evitar que una lágrima resbale por un lado de mi cara. —Uri... no puedo imaginar...

—No hay cura —dice, casi a la defensiva—. No hay esperanza. Lev no va a mejorar. Siempre será así. Siempre dependerá de otras personas que cuiden de él.

—Lo siento.

—No hay nada que lamentar —gruñe con dureza—. Lev no es una carga para mí. Ni lo ha sido nunca.

Me estremezco, pero comprendo perfectamente sus instintos defensivos. En lugar de sentirme herida, solo siento respeto. Un respeto inmenso y abrumador por Uri y por todo lo que ha hecho por Lev. Todo lo que *ha sido* para Lev.

—No quise decir eso —le digo suavemente—. Solo siento que tu familia haya tenido que pasar por eso. Por todo eso. Por nada de eso.

No me mira a los ojos. Su silencio está cargado con el peso de su pena. O tal vez solo estoy proyectando. Y como me incomodan los silencios y no veo nada que pueda cambiar o mejorar la situación, me dejo llevar por mi peor instinto.

Alargo la mano y cojo la suya.

La primera vez que entro en contacto con ella, siento una punzada de miedo. Y entonces nuestros dedos se unen y se siente natural. Como si hubiéramos estado cogidos de la mano toda la vida.

—Ahora lo entiendo. Los muros altos, la seguridad, el sótano. Son todas las formas en que tratas de protegerlo. De mantenerlo feliz y cómodo.

Sacude la cabeza. —No estoy seguro de que alguna vez sea realmente feliz.

Puedo oírlo en su voz: el peso de no hacer lo suficiente. El peso de sentir que todo lo que haces no alcanza. Sentí algo similar después de la muerte de Ziva.

Al final, lo único que te queda es la culpa para añadir al dolor.

No sirve de nada.

Le aprieto la mano, sorprendida y feliz de que no se aleje. —Te quiere, Uri. Te admira. No dijo mucho, pero, por lo poco que dijo, lo entendí.

No sé si por accidente o intencionadamente, pero sus ojos se cruzan con los míos. Y no aparta la mirada. —Estás llorando —susurra.

—Lloro solo cuando es importante.

No estoy segura de quién se inclina primero. Puede que sea él; lo más probable es que sea yo. Pero nuestros labios chocan. Es delicado, suave, quizá un poco desesperado, pero no hay nada remotamente tentativo en este beso. Es como un salvavidas emocional.

Y lo siento tanto por mí como por él.

Durante todo el tiempo, no me suelta la mano.

Ya nos hemos acostado dos veces, pero nunca había sido tan íntimo. Hay algo en este beso que es diferente. Hay algo en los últimos minutos que lo cambia todo.

Quizá Uri también se da cuenta de lo mismo, porque rompe el beso bruscamente y saca la mano de debajo de la mía.

Luego se levanta de la cama tan rápido que creo que me ha dado un latigazo cervical. Me llevo los dedos a los labios, saboreando todavía el beso fantasma que me dejó. Solo puedo ver su perfil desde donde está, a varios metros de mí.

Siento que debo disculparme. ¿Pero sinceramente? No lo siento.

—Debería ir a ver a Lev —dice bruscamente, y ya se dirige a la puerta.

Odio la idea de dejarlo así, pero sé que pedirle que se quede solo empeorará las cosas.

Los dos hemos cruzado otra línea e intentar fingir que tenemos una relación normal, si es que se puede llamar así, nunca va a funcionar.

—¿Uri?

Se detiene en seco y me mira por encima del hombro. —¿Sí?

—Um... cuando tuvimos... cuando estuvimos *juntos*, no usamos protección —puedo sentir el color inundar mis mejillas—. Ninguna de las dos veces. Creo que necesito mi Plan B, solo para estar segura.

Asiente sin rechistar. —Te lo conseguiré.

Te lo conseguiré. No *te lo traeré*. Eso duele más de lo que debería. Es totalmente irracional, pero eso es lo que te hace hacer cosas estúpidas como besar a hombres a los que no deberías besar.

—Gracias. Y, em... ¿una cosa más?

Frunce el ceño, pero se queda quieto. Me levanto de la cama y lo rodeo para bloquearle el paso hacia la puerta.

—Ahora que Lev sabe de mí, ¿podrías dejarme salir de este sótano? —suplico—. No puedo quedarme aquí abajo mucho más tiempo, Uri. Ya me estoy volviendo loca.

Aprieta la mandíbula y me mira. Estoy segura de que me rechazará. Entonces, algo imperceptible en su rostro se suaviza y sus hombros caen. —Si lo hago, no saldrás del recinto bajo ninguna circunstancia. ¿Está claro?

El alivio que me recorre es inmediato. —Sí.

—Solo estoy de acuerdo con esto porque es lo mejor para Lev. Lleva demasiado tiempo fuera de su sótano y se le está empezando a notar. No quiero empujarlo hacia otro episodio.

—Entendido. Gracias.

Su mirada se detiene en mí durante unos segundos.

Y luego ya se ha ido.

ALYSSA

Pasan dos días más antes de que Uri cumpla su palabra y me dé una habitación en los pisos superiores de su casa. Pero “casa” es entre comillas. Este lugar es un palacio si alguna vez he visto uno. Necesitan tener mapas colgados a intervalos regulares como los quioscos del centro comercial.

No veo a Lev ni a Uri mientras sigo a Svetlana por los pasillos. Pero percibo su olor a humo de canela en cuanto entro en mi nueva habitación.

Al principio, me sorprende toda la luz. Hay tanta *luz*. Me duelen los ojos. Una vez que se adaptan, examino el espacio. Una cosa es inmediatamente obvia...

Es *precioso*.

Principalmente, por la elegante cama de caoba y la impresionante alfombra persa azul y verde enrollada sobre la mayoría de los suelos de madera de teca. Camino por el laberinto de la alfombra, deslizando los pies por el pelambre e intentando no chirriar de placer de forma demasiado desagradable.

—¡Dios mío! Esto es...

—Pensé que te gustaría.

Grito. Cuando me doy la vuelta, me doy cuenta de que Svetlana se ha ido... Y Uri está en su lugar.

Él es aún más deslumbrante en la luz, que es muy molesto. Tendré que tratar de no mirarlo directamente. Un pequeño juramento de meñique de mí conmigo.

—Gracias por la habitación —murmuro tímidamente—. Es preciosa.

—Para que lo sepas, las ventanas y las puertas se cierran desde fuera.

Pongo los ojos en blanco y todo sentimiento de gratitud se desvanece. —¿A dónde voy a huir? Este lugar es una fortaleza y yo vivo justo al lado. No tengo a dónde ir.

—Lo dice la mujer que escaló mi valla para recuperar un paquete.

—Una vez.

—Con una vez basta.

Frunzo los labios. —¿De verdad me encerrarás aquí?

Estoy totalmente dispuesta a discutir, pero me sorprende con un compromiso que no esperaba. —Estarás encerrada en tu habitación solo por la noche. Durante el día, tendrás libertad en la casa y los jardines.

—Oh... vale.

—Hay una condición.

—¿Quieres decir *aparte* de la condición de no huir? —frunce el ceño, así que suspiro profundamente—. De acuerdo. Suéltalo.

—En ciertos fines de semana, tendrás que bajar al sótano.

—¿En *ciertos* fines de semana?

Él asiente. —Eso no es negociable.

—¿Puedo saber por qué?

—No —responde secamente, poniendo fin a cualquier otra pregunta.

Tengo la sensación de que el beso que nos dimos en el sótano puede ser la razón por la que está siendo tan brusco conmigo ahora. Quizás me acerqué demasiado. Demasiada vulnerabilidad.

—Ahora te dejo —dice, con una extraña y rígida formalidad.

—Pero no cerrarás la puerta, ¿verdad?

Se le levanta la comisura de los labios y hace ademán de dejarla entreabierta. No es libertad total.

Pero es algo.

~

¡Y VAYA SI LO *ES*!

Después de casi una semana en ese sótano, la libertad en la casa se siente como volver a casa después de toda una vida en un campo de prisioneros siberiano.

¡Puedo *respirar* de nuevo!

Vuelvo a sentir la luz del sol en la piel.

¡Puedo volver a tocar la hierba bajo mis pies!

Mi primer día de libertad lo paso tumbada en el césped verde como si protagonizara un remake de *La Novicia Rebelde*, mirando al cielo, contando nubes y canturreando en voz baja.

En un momento dado, me incorporo y me doy cuenta de que las persianas del salón están bajadas. Hay una ondulación en el lateral y la cara de Lev asoma por un segundo. Me ve, abre

mucho los ojos y desaparece tan rápido como ha venido.

Sonriendo, salgo del césped y camino descalza hacia el salón. Lev está agazapado junto a la ventana y no oculta que me estaba espiando.

Algo que tiene en común con su hermano mayor.

—¡Eh, Lev!

Se estremece. Su cuerpo se curva hacia dentro. Parece como si quisiera empequeñecerse. Me acerco a él con cuidado, asegurándome de mantener el sofá entre nosotros. —Me alegro de volver a verte.

Traga saliva. —¿Por qué?

—Porque disfruté pasando tiempo contigo.

Se sonroja. —¿Por qué no estás en el sótano?

—Tu hermano accedió a dejarme salir para tomar un respiro. Echaba de menos el sol.

—Odio el sol. Es demasiado brillante.

—Es vivificante, Lev. Si no fuera por el sol, siempre estaría oscuro, frío y daría miedo —me acerco un poco a él, observando su rostro todo el tiempo para ver si me acerco demasiado—. Pero te he visto salir a veces. Cuando juegas al fútbol con Uri.

—Es nuestro tiempo de calidad —recita entre dientes.

Sonrío. Hay algo en el gran y aterrador Uri, que invita a su hermano pequeño a pasar "tiempo de calidad", que me hace sentir caliente y retorcida por dentro. —¿Te gustaría salir ahora mismo y pasar tiempo de calidad conmigo?

Se pone rígido al instante y su mirada se dirige hacia las persianas cerradas. —¿Ahora?

—Te diré una cosa: podemos llegar a un feliz acuerdo. Encontraremos una manta y la pondré bajo el gran árbol de la esquina para que no estés directamente bajo el sol. ¿Qué te parece?

Se asoma por detrás de las persianas antes de girarse en mi dirección. Sigue sin querer hacer contacto visual, pero al menos no está tan ansioso como la primera vez que lo vi. —No lo sé.

—También podemos almorzar fuera, en el césped, si quieres.

Se le desorbitan los ojos. —¿Almorzar? ¿Fuera?

—¿Por qué no? Será divertido —tira de los bordes de la camiseta y se balancea ligeramente al cambiar el peso de un pie a otro. Tengo que evitar presionarlo demasiado. Al fin y al cabo, acabamos de conocernos. —Pero, si prefieres no hacerlo, lo entenderé.

Se retuerce la camiseta en los puños mientras su mirada recorre la habitación con inseguridad. —Me gusta... el tiempo de calidad —dice por fin.

Tranquila, Alyssa, tranquila.

—Oh, Lev, eso me hace tan feliz. Gracias.

Me da otro pequeño rubor. —Quiero cereales para comer.

—Haré lo que pueda. Bien, vamos a la cocina a ver qué podemos preparar.

Tengo que acercarme un poco más a él para llegar a la puerta. Se aprieta contra la pared como si le aterrara tocarme. Me pregunto si eso mejorará con el tiempo o si siempre estará igual de nervioso cada vez que estemos juntos.

La cocina está vacía cuando entramos. También es enorme. Hay una gran despensa llena hasta los topes y un congelador del tamaño de mi primer departamento. Resulta que Lev está tan abrumado como yo. Cada vez que le pregunto dónde está algo, se encoge de hombros o gruñe distraídamente.

Entonces, oigo el sonido de pasos seguros y sé instintivamente quién viene.

—Lev, ¿qué estás...? —Uri se detiene en seco cuando me ve de pie frente a la despensa—. Oh —se aclara la garganta—. ¿Tienen hambre?

—En realidad, Lev y yo íbamos a preparar un almuerzo campestre.

Lev da un paso hacia Uri e hincha el pecho. —Fuera —añade con orgullo.

Es la primera vez que veo a los hermanos interactuar de cerca. Soy plenamente consciente de que estoy embobada.

—¿Estás seguro, colega? —pregunta Uri, dándole una palmada en el hombro a Lev.

—Ajá —asiente enérgicamente, sin apartar los ojos de Uri. Y lo entiendo: quiere la aprobación de su hermano mayor. Quiere que Uri se sienta orgulloso.

Nada de eso explica por qué estoy a punto de berrear como una idiota solo de verlo.

—Pero... —Lev baja la voz—. ¿Puedes venir tú también?

Mi corazón se estremece. Es tan dulce y vulnerable la forma en que lo pregunta. De alguna manera, es aún más entrañable viniendo de un hombre que solo mide unos centímetros menos que el propio Uri.

Uri responde enseguida. —Por supuesto —pero justo después, me mira y me pregunto si lo hace solo por Lev. ¿O si tal vez, solo tal vez, yo también soy parte de la razón?

No seas idiota.

—Entonces, puedes ayudarme a averiguar dónde está cada cosa —interrumpo—, porque esta cocina es un laberinto.

~

VEINTE MINUTOS DESPUÉS, los tres estamos sentados en una manta de picnic, bajo el enorme roble del césped orientado al sur. Lev está pegado al tronco, con las piernas recogidas hacia el pecho y los ojos fijos en todas las ardillas y cuervos que pasan a menos de 100 metros de nosotros. No es exactamente el ambiente de picnic relajado que buscaba, pero espero que se

tranquilice cuanto más tiempo pasemos aquí sentados. Desde luego, parece más tranquilo cuando come sus cereales.

—¿Qué tal un sándwich después de que termines con eso? —pregunta Uri.

—No.

—*Brat*, tienes fisioterapia en una hora. Necesitarás la fuerza.

—No.

Uri lo deja así. En ningún momento detecto ni un atisbo de impaciencia o enfado. —Vale, me aseguraré de tener preparados unos bocadillos cuando acabes la terapia, ¿vale?

Lev lo ignora por completo y sigue comiendo.

¿Cómo es que un hombre al que solía considerar grosero, inaccesible, superior e incluso bruto puede ser tan... *amable*? ¿Tan compasivo, paciente y cariñoso?

Comemos en un silencio agradable. Lev nunca pierde su nerviosismo durante la comida y, por eso, yo tampoco consigo relajarme. No entiendo cómo Uri puede estar ahí tumbado, con aspecto de modelo de GQ, completamente tranquilo, completamente relajado.

Porque esta es su vida. Día tras día, nunca dejará de ser el cuidador de Lev.

Ese es probablemente el momento en que me doy cuenta de que, en lo que respecta a Uri...

Tengo un gran problema.

ALYSSA

La ida de Lev lo cambia todo. Atrás queda el ambiente relajado y tranquilo del verano. Ahora soy hiperconsciente de todo. Mi cabeza se mueve sobre un eje giratorio, registrando cada ardilla que se atreve a acercarse, escuchando cada matiz en las inhalaciones y exhalaciones de Uri.

Desde lejos, Uri y yo probablemente parecemos una pareja en una cita. Una cita muy romántica.

Recuerdo que cuando Elle y Liam acababan de empezar a "salir", una de sus primeras citas fue un picnic en Joshua Tree. *Lo último en movidas para mojar tus bragas*, me dijo Elle después.

No se equivocaba, pero este picnic no era para Uri y para mí. Era para mí, Uri y Lev. Alguien ahí arriba debe estar moviendo los hilos y riéndose a mi costa. Pensar que podría ser Ziva me hace sentir un poco mejor.

Uri está apoyado en los antebrazos, con la cabeza inclinada hacia la casa. ¿Está pensando en cómo irse? ¿Me ignorará un rato y luego me dirá que está ocupado? ¿Se arrepiente de haberse unido a nosotros?

Dios mío, qué mal se me dan los silencios. —¿Todavía tiene fisioterapia? —digo.

—Dos horas al día, tres veces por semana —Uri se vuelve lentamente hacia mí—. Todas las semanas. El accidente le destrozó la pierna y la columna. Estuvo a punto de quedar paralítico de por vida, pero los médicos consiguieron salvarle de ese destino, al menos. Aun así, tiene que hacer ejercicios específicos para asegurarse de que sus miembros siguen siendo utilizables.

—¿Y no le molesta la terapia?

—Ya no. Tenemos que agradecérselo a George. Hubo seis fisioterapeutas antes que él, y ninguno duró más que unos meses.

No puedo evitar una sonrisa tímida. —¿Lev asustó a los demás?

Uri sacude la cabeza con cansancio. —Lev es imprevisible. Cuando está tranquilo, está tranquilo. Cuando está fuera de control, es una fuerza de la naturaleza. Es difícil saber con quién se unirá, pero, cuando lo hace, lo hace con fuerza.

Me lanza una mirada que parece casi... ¿acusatoria? Pero, como de costumbre, solo estoy haciendo conjeturas. Adivinar lo que Uri está sintiendo es un juego peligroso.

—Me alegro de que haya encontrado a alguien con quien se sienta cómodo —comento—.

Apuesto a que eso no ocurre muy a menudo.

—Fuera de la familia, George es el único.

¿Es otra mirada acusadora? ¿Por qué tengo la sensación de que intenta decirme algo sin decirlo?

Inclino la cara hacia el sol y suspiro. —Sienta tan bien estar fuera.

—Disfrútalo mientras puedas. Tienes cinco días de sol.

Mis ojos vuelan a su cara. —¿De verdad me harás bajar al sótano todos los fines de semana?

—Como he dicho, puede que no sea todos los fines de semana. Pero este próximo fin de semana, sí.

—¿Exactamente *cuántos* fines de semana prevés que estaré aquí?

—El tiempo que sea necesario para asegurarnos de que la amenaza contra ti está resuelta — realmente se aferra a esa explicación, pero con cada día que pasa, se siente más y más como una excusa poco convincente.

—¿Pero por qué?

Arquea las cejas. —No pensé que necesitaría recordarte lo del dedo.

Me estremezco al recordarlo. —Eso no. Me refiero a por qué tengo que bajar al sótano los fines de semana. El personal sabe que estoy aquí. Lev sabe que estoy aquí. Seguridad sabe que estoy aquí. ¿Cuál es el problema?

En mi mente, es una pregunta simple. Pero no, a juzgar por la mirada de Uri. —Eso no es de tu incumbencia.

—Teniendo en cuenta que soy yo quien estará atrapada ahí abajo, diría que me concierne mucho.

Frunce el ceño y mira hacia otro lado. —Me aseguraré de que tengas más materiales para tejer y crucigramas.

Lo fulmino con la mirada, pero no sirve de nada porque no me está mirando. ¿*Por qué* no me mira? ¿Qué esconde?

Mi corazón tamborilea con fuerza contra mi pecho y me encuentro pensando en todas las mujeres que él solía hacer desfilar por aquí. Mujeres altas, mujeres bajas. Mujeres delgadas, mujeres con curvas. He visto pasar por esta finca todos los colores de pelo, etnias y tipos de cuerpo. Lo único que todas tenían en común era que todas y cada una de esas mujeres eran absolutamente guapas, y lo *sabían*.

Se me ocurre que acabo de asumir que Uri dejó de recibir a sus citas con conejitas Playboy en la finca desde que entré en ella. Pero ¿quién podría asegurar si eso es cierto o no? Ahora que lo pienso, no solo me siento avergonzada, sino estúpida. ¿Por qué dejaría de acostarse con cualquiera solo porque estoy aquí? No soy nada para él. Nada más que un inconveniente.

—¿Es de tu hermana?

La pregunta surge de la nada y consigue distraerme de esa espiral descendente. Miro mi pulsera

de dijes y, por supuesto, estoy jugueteando con mi eslabón Z sin darme cuenta.

—Um, bueno... era de ella. De Ziva. De mi hermana. Empecé a llevarlo después de... —el nudo que se me forma en la garganta es gordo y despiadado. Me lo trago—. Solo, después.

Me observa tan de cerca que siento que me arden las mejillas. —Te lo tocas cada vez que te sientes incómoda —observa.

Me encojo de hombros. —Es básicamente mi manta de seguridad en este momento.

—Eso tiene sentido.

Frunzo el ceño. —Ah, ¿sí?

Mira la pulsera. —Supongo que antes de ese brazalete, *ella* era tu manta de seguridad.

—Madre mía —ni siquiera consigo pronunciar una palabra coherente y ya noto que se me saltan las lágrimas. Intento contenerlas, pero el nudo en la garganta vuelve con fuerza. Cometo el error de mirarlo a sus penetrantes ojos azules.

No estoy segura de lo que veo en ellos. ¿Simpatía? ¿Comprensión? ¿Compasión? Sea lo que sea, un sollozo se escapa de mis labios, y entonces lloro a pleno pulmón.

—Maldita sea —me ahogo—. Lo siento.

—No te disculpes.

Me limpio la cara con la manga de la camisa, pero no sirve de nada, porque las lágrimas no cesan. —*Dios*, odio llorar. Esto es vergonzoso.

—¿Por qué? Estás llorando por alguien a quien quieres. No hay vergüenza en eso.

Tiene razón. Pero, por desgracia, solo hace que las lágrimas fluyan con más fuerza. El peso en mi pecho persiste. Ese viejo moratón familiar. Hacía tiempo que no me sentaba con él como lo estoy haciendo ahora, pero pasar tiempo con Lev lo ha sacado a la superficie.

Y, como ya estoy llorando, supongo que también puedo hablar de ello.

—Fue... leucemia —consigo balbucear—. Eso fue lo que la mató —los ojos de Uri se suavizan considerablemente, aunque no dice nada—. Me llevó mucho tiempo aprender a vivir sin ella. A veces me pregunto si alguna vez he aprendido a vivir sin ella.

—No es lo mismo —dice suavemente—. Nunca lo será. A mí también me llevó un tiempo adaptarme.

Levanto mis ojos manchados de lágrimas hacia los suyos. —¿En qué sentido?

Suspira y frunce el ceño. Parece decepcionado. —Digamos que no siempre fui tan paciente con Lev. Pero está vivo. Al menos no lo perdimos a él también. Eso es lo que importa. Eso es lo que me recuerdo a mí mismo.

Mi cuerpo se inclina hacia él, atraído por la tristeza de su rostro. Conozco ese sentimiento; puedo identificarme con él. —Debió ser duro perder al hermano que conocías.

—Eso es exactamente lo que fue. Estaba vivo, pero aún así... Sentía como si el niño que solía ser se hubiera ido para siempre. Puede que sobreviviera al accidente, pero lloré a Lev tanto como a mis padres.

—Luto —susurro—. Es extraño, ¿verdad? Quedarte con todos esos pensamientos, recuerdos y sentimientos de esa persona a la que nunca volverás a ver. Esta persona que estaba estampada en toda tu vida y de repente...

—Estás solo.

Asiento. —No puedes alcanzarlos.

—Y sabes que ahora tienes que hundirte o nadar por tu cuenta.

Vuelvo a asentir. Una pequeña parte de mi cerebro registra que su cara parece acercarse a la mía. Y mi cuerpo se acerca al suyo.

Mis ojos revolotean, a punto de cerrarse. No deberíamos estar haciendo esto, pero...

Ping. Ping. Ping.

Nos separamos violentamente y Uri baja la vista hacia su teléfono. Se lo agradezco, porque me arden las mejillas y no aguanto más de este acercamiento furtivo a la línea que no podemos, no debemos, no cruzaremos.

Luego se levanta de un salto, sin mirarme ni una sola vez. —Tengo que irme.

Por la expresión de su cara, obviamente es urgente. O tal vez solo está aliviado de que el mensaje de texto haya llegado en el momento exacto para evitar que vayamos demasiado lejos. Se da la vuelta y corre de vuelta a la casa.

Y me siento allí, esperando a que me llegue el alivio.

Pero... no.

No tengo esa suerte.

URI

—¡Tenemos que actuar ahora, Uri! No hay forma de que dejemos esto sin respuesta.

Nikolai tiene los orificios nasales abiertos, los ojos desorbitados de indignación y la cara manchada de furia. Sigue agitando la carta en mi cara como si eso ayudara.

Cruzo los brazos y lo miro fijamente. —¿No la hay?

Nikolai niega, con los ojos todavía más desorbitados. Aprieta los dientes, alisa el papel, se lo acerca a la cara y empieza a leer en voz alta.

—"*Frena la demolición…*"

—Por el amor de Dios, Niko, leí la maldita nota...

Mi hermano solo lee más alto. —"…*Que estás planeando en The Black Rose o tu hombre está muerto*" —me fulmina con la mirada—. Está firmado por Sobakin.

—Como dije, vi la maldita carta. Y sé leer. Así que no necesito que me la recites.

—Entonces, ¿por qué estás ahí actuando como si fuera una broma tonta? ¡Tiene su sello y todo!

Si Niko no estuviera tan seguro de que la vida de Igor aún pendía de un hilo, pondría los ojos en blanco. —Su sello no tiene el poder de hacer que me cague en los pantalones.

Nikolai entrecierra los ojos. —¿Qué estás insinuando?

—No insinúo nada. Lo digo sin rodeos: le estás siguiendo el juego.

—Vete a la mierda.

Le arrebato la carta a Nikolai de la mano. —¿Nos manda una carta amenazadora y se supone que tengo que derrumbarme en pedazos a sollozar y hacer lo que me diga?

—¡Matará a Igor!

—¿No lo entiendes? —en este punto, yo también estoy gritando. Nikolai es el único que aún puede sacarme de quicio. Yo solía pensar que era algo bueno—. Igor ya está muerto. Y, si por algún milagro no lo está, entonces prácticamente está muerto. Boris no nos lo va a devolver porque se lo pidamos amablemente.

—Podría... si le damos lo que quiere.

Hago una mueca, siempre sorprendido de que dos hermanos nacidos de los mismos padres puedan ser tan diferentes cuando llega el momento de la verdad.

—¿Y qué precedente sienta eso, *brat*?

—El precedente de que no abandonaremos a nuestros hombres.

—No —gruño—. Sienta el precedente de que *todos* nuestros hombres son vulnerables ahora, porque, en el momento en que coja a uno, cederemos y le daremos lo que quiere. Cuenta con que reaccionemos a este movimiento, porque, si lo hacemos, seguirá moviendo los hilos y quedaremos reducidos a sus pequeñas marionetas bailarinas.

Un sonido se escapa entre los dientes de Nikolai. Un cruce entre un gruñido, un siseo y una arcada. —Creo que estás cometiendo un error.

—Frecuentemente lo crees.

Me mira fijamente. Nuestros ojos son prácticamente lo único que tenemos en común en este momento. Eso y nuestra lealtad hacia la Bratva. Solo que se manifiesta de diferentes maneras.

—¿Qué pasa con la chica? —escupe.

Frunzo el ceño. —¿Qué chica?

—La *chica* —escupe—. La del sótano de Lev.

Claro. *Esa* chica.

—Sigue aquí —murmuro de mala gana. No tengo ganas de discutir con mi hermano, pero veo que le apetece una buena discusión.

—¿Hablas en serio? ¿Cuándo empezarás a usar la cabeza y dejar de pensar con la polla?

Por mucho que odie admitirlo, eso me toca la fibra sensible. Tiro de mis labios hacia atrás para mostrar mis dientes. —La situación está bajo control.

Nikolai sacude la cabeza. —Tienes que pensar en Lev y Pol. Tienes que pensar en esta Bratva por encima de todo.

Es lo que tienen los hermanos: saben exactamente qué nervios tocar. —¿Crees que no me paso *todo* el tiempo pensando en esta Bratva? ¿En esta familia?

—Creo que has estado distraído últimamente.

—La chica no tiene nada que ver con esto. Nunca dejaría que nadie me distrajera de proteger a Lev o Polina.

Nikolai no dice nada, pero frunce los labios de una forma que me da ganas de darle un puñetazo en la cara.

—Si surge algo más, avísame —gruño antes de girarme hacia la puerta.

Nikolai no me detiene. Me dirijo directamente a mi coche, que está aparcado en la base de su

entrada inclinada. Pongo el Ferrari en marcha atrás y salgo a toda velocidad por sus puertas de bronce. Son dos minutos en coche hasta mi finca, pero giro a la izquierda en vez de a la derecha y me meto en el barrio contiguo, donde está la farmacia más cercana.

La mujer del mostrador no me mira hasta que estoy delante de ella. Cuando lo hace, casi se le salen los ojos de las órbitas. —¡Vaya! —jadea. Sus mejillas se tiñen de rosa, pero no es ni mucho menos tan entrañable como cuando Alyssa se sonroja—. E-eres alto.

Tiene unos treinta años. Pelo rubio rizado, ojos verdes profundos. Hace unas semanas, habría coqueteado con ella, le habría preguntado su nombre, quizá la habría invitado a cenar. Pero ahora mismo, no tengo ningún deseo de hacer ninguna de esas cosas.

Me digo que es porque tengo que comprar una pastilla y ya lo he retrasado mucho.

Me digo a mí mismo que no tiene nada que ver con Alyssa.

—Una píldora del día después, por favor.

—Oh. Em, por supuesto.

Se sube a la pared del fondo y trepa por una pequeña escalera de mano para cogerme una caja. Le miro el culo. Está en forma y es atractiva. Y sin embargo... no siento nada.

Sin interés. Ni atracción. Ni la más mínima ansia. —Aquí tiene, señor.

Pago y vuelvo al coche. Veo a la mujer asomando la cabeza por la ventanilla mientras me alejo.

No miro atrás.

Cuando llego a la finca, mi primer instinto es ir a ver a Alyssa y luego a Lev. Pero, con las palabras de Nikolai resonando aún en mis oídos, voy primero a ver a Lev.

Está en el sótano, jugando a sus juegos. No se detiene cuando abro la puerta. —Hola, colega, ¿qué tal la fisioterapia?

—Bien.

—¿Qué hiciste después?

—Nada.

—¿Te encontraste con Alyssa después de que George se fue?

—Sí.

Mierda, hoy es como una cita en el dentista.

—¿Cenaste con ella?

—Sí.

Aprieto los dientes. —¿De qué hablaron?

—Muchas cosas.

—Lev, ¿puedes pausar ese juego mientras hablo contigo?

Los ojos de Lev se desvían hacia mí por un momento y su mandíbula se tensa. —No.

Su cuerpo empieza a balancearse ligeramente, así que suspiro y me voy. —Bien. Te dejo entonces. Vete pronto a la cama, ¿vale?

No responde nada, aparte de un gruñido. Cierro la puerta y me dirijo a mi despacho. Vuelvo a tener ganas de algo fuerte. La última vez que tuve esta sensación acabé en el sótano follándome a Alyssa.

No volverá a ocurrir. El hecho de que ya me la haya follado dos veces es suficiente mancha en mi historial. *Debería haberme follado a la farmacéutica de ojos verdes.*

Pero ni siquiera pensar en ello, por mucho que me fuerce a mantener la fantasía, hace que me fluya la sangre. Me molesta muchísimo.

Así que me tomo un trago. Vodka, el mejor que tengo disponible, porque es uno de esos días. Tomo un sorbo enorme que me quema la garganta mientras baja.

Vale, puede que Alyssa haya captado mi interés un poco más que la mayoría de las otras mujeres, pero es solo una sensación de lujuria inflada. No hay forma de que sea otra cosa que deseo. Claro, puedo relacionarme con la mujer en *algunas* cosas, pero eso no significa una mierda. Puedo devolverla a la naturaleza en el momento en que ya no tenga que estar aquí. La vida será más fácil. Volveré a caer en mis rutinas. Puedo reiniciar mi, ¿cómo lo llamó?, mi "puerta giratoria de mujeres".

Pero, en lugar de girar hacia esas posibilidades futuras, acabo pensando en Alyssa. Y no en su cuerpo desnudo extendido por la cama. Bueno, no *solo* en eso.

Pienso en cómo se le llenaron los ojos de lágrimas cuando le conté cómo murieron mis padres. Pienso en cómo mira a Lev. Pienso en la angustia que se dibuja en su rostro cuando me habla de su hermana.

Es solo sexo. Lujuria. Deseo. Eso es todo.

Pero, incluso con el vodka para suavizar las cosas, no es tan fácil de creer.

ALYSSA

La manta de picnic bajo el gran árbol del jardín sur se convirtió en mi lugar habitual. Vengo tan a menudo que incluso convenzo a Lev para que me acompañe de vez en cuando. Hoy tiene otra cita con el fisioterapeuta, así que estoy sola tomando el sol con un libro en la mano.

Para ser justa, casi siempre ignoro el libro. Bueno, no lo *ignoro*; es solo que he leído la misma frase unas mil veces seguidas. Sigo pensando en que han pasado casi cuarenta y ocho horas desde la última vez que vi o hablé con Uri.

Tras su abrupta marcha durante nuestro picnic del otro día, se convirtió en un fantasma. Lev mencionó que Uri decía esto y Uri hacía aquello. Que lo iba a ver por las mañanas, por las tardes, cada noche antes de dormirse.

Pero *yo* nunca lo vi.

Es suficiente para hacerme poner los ojos en blanco. Se cree tan misterioso. El Sr. *Nadie Puede Descifrarme.* El gran y temible mafioso que es un enigma para todos los que conoce.

Dedos cortados, no es problema para él.

Pero ¿una conversación vulnerable? No, señor. *Ahí* es donde traza una línea. Bueno, da igual. No es que quiera verlo. No es que eche de menos hablar con él.

Tengo a Lev y, aunque sus habilidades conversacionales son limitadas, agradezco tener a alguien cerca con quien pasar el tiempo. Aunque eso requiera sufrir horas y horas de videojuegos.

Recojo el libro e intento leerlo de nuevo. En cuanto descubro que el protagonista masculino es un señor alto, guapo y melancólico de no sé qué, lo vuelvo a cerrar. Ya estoy harta de hombres altos, guapos y melancólicos. Puede que te hagan latir el corazón y otras partes del cuerpo... pero también te hacen sentir constantemente incómoda, insegura y vulnerable.

¿Quién necesita eso? Yo no.

Así que puede seguir adelante y evitarme mientras sea su prisionera. Me importa una mierda. Estoy mucho mejor en mi...

—¿*Esto* es lo que eliges hacer con tu nueva libertad?

Me sobresalto y se me escapa un pequeño chillido entre los dientes. Me balanceo sobre las rodillas y me enderezo para mirarlo. Uri arquea las cejas, divertido.

Me aclaro la garganta con timidez. —En primer lugar, leer un libro en un sótano oscuro es muy diferente a leer un libro bajo la luz del sol. En segundo lugar, yo no llamaría a esto "libertad". Sigo atrapada aquí, sin ningún sitio al que ir ni nada que hacer.

—Si mal no recuerdo, tienes una caja llena de juguetes sexuales para mantenerte ocupada.

Me sonrojo y frunzo el ceño simultáneamente. —No es lo mismo. Quiero *salir*.

—¿A dónde te gustaría ir?

—¿Qué más da? —me río amargamente—. No es como si fuera una opción.

—¿Y si lo fuera?

Lentamente, me pongo en pie. El sol cae sobre nosotros, convirtiendo su pelo en un amasijo fundido de oro y canela. —No juegues conmigo.

Sonríe y mi corazón se estremece. *Se acabó mi aversión a los hombres altos, guapos y melancólicos*. —No se me ocurriría. Tú ya lo haces bastante.

—Ja. Ja. Ja.

Ajusta la postura e inclina la cabeza hacia un lado para mirarme desde un nuevo ángulo. —Tienes razón: llevas mucho tiempo encerrada aquí y no has intentado escapar. Es justo que recompense el buen comportamiento.

Deseo desesperadamente decir algo sarcástico, pero me muerdo la lengua. Si me ofrecerá la oportunidad de dejar la finca, seguro que a caballo regalado no le miraré el diente. —¿A dónde iríamos?

—Supuse que sabrías exactamente lo que querías hacer.

Respondo sin pensar. —Quiero decir que no *hago* mucho —se ríe a carcajadas. *Idiota, piensa antes de hablar*—. Lo que *quiero decir* es...

—Lo que quieres decir es que tu vida no es tan interesante.

—¡Eh! Es muy interesante. Yo viajo mucho. Estuve en ochenta y siete países diferentes. Conocí a un montón de gente interesante y he hecho cosas muy divertidas y...

—¿Y cuando terminas de viajar? —interrumpe—. ¿Y entonces?

Parpadeo.

—Solo estás aquí para meterte conmigo, ¿no? —le digo bruscamente, empujándolo—. *No* tienes intención de llevarme a ninguna parte. Solo quieres hacerme sentir...

—¿Has estado en Sakura?

Me paro en seco y me giro en el acto. —¿Sakura? —repito—. ¿El restaurante japonés que tiene una lista de espera de tres meses para entrar?

—Ese. ¿Te gustaría ir?

Claro que quiero ir. Solo que no estoy segura de si *debería*. Llevamos un tiempo con este tira y

afloja y empieza a parecerme peligroso. ¿De verdad quiero que me lleve a un restaurante exclusivo y romántico un hombre que sé que no es bueno para mí?

La parte lógica de mi cerebro dice que no.

La parte emocional de mi cerebro dice: *¿A qué hora nos vamos y qué me pongo?*

Y, a pesar de todos los puntos muy destacados que mi lado sensato me lanza ahora mismo, la única cosa a la que sigo volviendo es esta: Nunca me he abierto a nadie como me he abierto a Uri. Porque, a pesar de todo ese control y bravuconería, hay un hombre profundamente complicado y compasivo que solo intenta cuidar de su familia.

Me muerdo el labio inferior y lo miro. —¿Y lo de los tres meses de lista de espera?

Se burla. —No hay lista de espera para mí.

—Cierto, tú eres el Sr. Importante. Lo había olvidado.

Pone los ojos en blanco. —¿Por qué no subes y te pones guapa? Sakura tiene un código de vestimenta.

Una nueva oleada de inseguridad me recorre. —Yo... no tengo nada que ponerme.

Incluso si tuviera acceso a todo mi armario ahora mismo, dudo que tuviera algo apropiado que ponerme. ¿Tengo siquiera un vestido de cóctel? ¿Un conjunto elegante?

Pero Uri sacude la mano despreocupadamente. —Enviaré algo para ti en media hora más o menos.

Me sorprende. —¿Media hora?

Está mirando el teléfono y tecleando rápido. —Ajá.

Entrecierro los ojos, aunque no sirve de nada, porque sigue sin mirarme. —No tendrás un alijo de ropa que te dejaron tus ligues de una noche, ¿verdad? Porque *no* me voy a poner ninguno de sus vestidos.

Eso llama su atención. Excepto que no parece tan molesto como infinitamente divertido. —¿Por qué no? La mayoría de mis aventuras de una noche tenían un gusto excelente.

Se me abren los ojos de horror. —No estarás hablando en serio... ¿verdad?

—Por el amor de Dios, mujer —suspira—. No, no lo hago. ¿De verdad crees que soy el tipo de hombre que guarda las cosas que dejan mis mujeres? Esa mierda se tira en cuanto salen por la puerta.

Algo en esa frase “mis mujeres” me punza. Pero pongo los ojos en blanco. —Encantador.

—Por cierto, Alyssa, para que lo sepas, esta salida viene con una advertencia.

Me pongo rígida. —Claro que sí.

—Tu aventura, pero *mis* reglas.

Suspiro. —Las cosas que acepto por un buen sushi. Pon eso en mi lápida, supongo.

Luego, vuelvo a entrar en casa antes de que la duda se imponga al deseo.



SVETLANA ENTREGA NO UNA, ni dos, sino tres cajas en mi habitación media hora más tarde.

En cuanto se va, voy primero a por la grande. Dentro hay un vestido negro de muy buen gusto, con un escote profundo, tirantes finos y un dobladillo que me pone nerviosa de solo mirarlo.

Es demasiado corto, me dice mi cabeza. *Demasiado sexy. Es demasiado*.

Pero no es que me haya dado muchas opciones. Lo dejo a un lado y vuelvo mi atención a otra parte por ahora.

La segunda caja contiene un par de tacones negros de tiras que me dejan sin aliento.

No me atrevo a calcular cuántos meses de alquiler valen un par de Louis Vuitton.

Espero que haya joyas en la tercera caja, mucho más pequeña. Pero lo que encuentro dentro es mucho más impactante. Hay una pequeña píldora...

Encima de una pequeña bala vibradora plateada.

¿Qué. Demonios?

—Ah, bien. Llegaron los paquetes.

Me doy vuelta para mirar hacia la puerta, donde Uri está de pie en el umbral, en mi opinión con cara de suficiencia. Ignorando el rubor de mis mejillas, cojo el vibrador y se lo tiendo. —¿Qué demonios es esto?

—La mejor manera de entenderlo es mediante el uso práctico. Puedo explicártelo, si quieres.

Retiro mi primer pensamiento. “Engreído” se queda corto.

Mi propia cara arde en este punto. —*Sé* lo que es. Lo que quiero decir es, ¿por qué está aquí?

—Está aquí para que lo uses, por supuesto —me quedo boquiabierta, como en los dibujos animados. Se ríe conspiradoramente—. Tu aventura, mis reglas, ¿recuerdas?

—P-p-pero... es un *vibrador*.

—Un vibrador bala. Está hecho para encajar perfectamente en ese dulce coñito tuyo.

Trago saliva. En este momento podría explotar. Pero él se queda ahí con esa sonrisa diabólica en la cara, mirándome como si fuera su próxima comida.

Lo cual, conociéndolo... probablemente sea así. —No puedo...

Se encoge de hombros. —Supongo que cancelaré la reserva entonces —el muy imbécil se vuelve hacia la puerta.

—¡Espera!

Me mira por encima del hombro, primero a mí y luego a la píldora sobre la cama. —Tengo la intención de hacer pleno uso de esa píldora —me advierte—. Tenemos unos días para jugar.

Me cuesta mirarlo a la cara o controlar el fuego de mis mejillas. Dios sabe que no se me ocurre ni remotamente una réplica ingeniosa.

—¿Debo esperar verte abajo en media hora?

Me pregunto cómo reaccionaría si le dijera que no y rechazara la cita. Una parte de mí está realmente tentada a hacerlo, solo para ver si se marcharía o no. La cosa es que, si tiro los dados, me estoy arriesgando. Y si se va, no saldré de esta finca, no comeré el mejor sushi del mundo y no podré experimentar lo que se siente al entrar en un restaurante de cinco estrellas con uno de los hombres más atractivos del planeta y un vibrador que podría convertir mi cerebro y mi vagina en gelatina orgásmica.

Dorothy, ya no estás en Kansas...

—Media hora —acepto en un pitido manso—. Me parece bien.

Uri sonríe y cierra la puerta al salir. Respiro hondo varias veces antes de empezar a prepararme.

El vestido me sienta como un guante. Cuando me examino en el espejo de cuerpo entero del cuarto de baño, me doy cuenta de lo sexy que es. Mis piernas están a la vista, al igual que mi escote, que parece más generoso de lo normal. Además, el vestido lleva un corsé que me ciñe la cintura y acentúa una figura de reloj de arena que ni siquiera sabía que tenía.

Así que es por *eso* que la gente prefiere a los diseñadores. *Macy's, puedes pudrirte*.

Una vez puesto el vestido, me pongo los tacones. En un abrir y cerrar de ojos, paso de ser *Lyssa la Tímida* Walsh a una glamurosa modelo de pasarela con piernas kilométricas y un orgulloso pavoneo. Es literalmente un truco de magia. Esto no puede ser real.

Lo siguiente es el maquillaje. Me siento frente al tocador y me miro al espejo. No quiero exagerar ni nada por el estilo, pero quiero esforzarme un poco. Aunque solo sea para volver loco a Uri. Así que opto por un elegante ojo de gato que complementa a la perfección mi vestido. Hago un ligero contorno alrededor de los pómulos, resalto con colorete y termino mi rostro con unos labios nude que resaltan su color rosado natural.

Horas de ver tutoriales en YouTube sobre "Cómo conseguir el look de la Met Gala de tus sueños", que en realidad nunca tuve la intención de utilizar, se están poniendo en práctica.

—Vale —le digo a la seductora desconocida que me devuelve la mirada a través del espejo—. Tú puedes.

Esa sensación dura hasta que veo el vibrador plateado que debo meterme en las partes bajas.

¿Haría esto Lyssa la Tímida? me pregunto con la respiración entrecortada. *¿Lo haría Ziva?*

Jugueteo con el amuleto. Tintinea bajo mis dedos como si intentara decirme algo.

—Por el amor de Dios, que se joda —decido de repente.

Cojo el juguete, me subo el dobladillo del vestido y lo meto suavemente dentro de mí. Al

principio está frío, pero, en cuanto me adapto, pasa a un segundo plano. Me pongo unas bragas negras de encaje e intento olvidarme de todo.

Definitivamente no es un tampón, eso es seguro. Es tres veces más grande y no tiene la elasticidad de un tampón. Pero, sorprendentemente, puedo caminar y moverme sin molestias.

—Qué raro —murmuro mientras bajo las escaleras.

Por otra parte, todo en los últimos días ha sido extraño. Y no parece que eso vaya a parar pronto.

URI

La voz de Nikolai es oscura y malhumorada cuando por fin responde a mi llamada. —¿Qué?

—He estado pensando...

—¿Te dolió?

Pongo los ojos en blanco. —¿Por qué haces las cosas tan difíciles?

No puedo verlo, pero lo conozco desde hace tiempo y sé cuándo sonríe. —Soy tu hermano mayor. Es mi trabajo hacerte pasar malos ratos.

—Hazme un favor y tómate un descanso de vez en cuando.

—No prometo nada —se ríe entre dientes—. ¿En qué has estado pensando?

—No podemos dejar la amenaza de Boris sin respuesta. Tenemos que encontrar una manera de responder sin escalar la situación.

—Estamos hablando de Boris Sobakin. Es el rey de la escalada.

—Y yo soy el rey de esta puta ciudad. Así que supongo que tenemos que averiguar quién tiene la corona más grande.

Se hace un silencio. —¿Y si resulta que la tiene él?

Aprieto la mandíbula con fuerza. —Entonces, tendré que arrancársela de la cabeza. Y si eso no funciona, le arrancaré la cabeza del todo.

—Por fin. Algo en lo que podemos estar de acuerdo.

—Iré por la noche para discutir las cosas.

—Organizaré la cena.

—No te molestes. Probablemente llegaré tarde.

—¿Oh? ¿Tienes grandes planes?

Aprieto los dientes. Está pescando y cuanto más evite contarle cuáles son mis planes, más sospechará que mis planes giran en torno a Alyssa. Lo cual, en este caso, es exacto.

—Te veré esta noche —digo vagamente, intentando poner fin a la conversación antes de que pregunte por...

—¿Y la chica? —suelta, ignorando mi intento—. ¿Qué hay de nuevo ahí?

Estoy intentando encontrar una respuesta adecuada cuando oigo sus tacones en la escalera. Me doy la vuelta y mi cuerpo se tensa. Al mismo tiempo, toda la adrenalina me inunda.

Dios mío, es preciosa.

La he visto desnuda. Y la he visto abrigada como si estuviera a punto de salir en medio de una tormenta de nieve. Pero nunca la había visto así.

Toda arreglada. Vestido sexy, tacones altos, maquillaje. Veo zonas de piel desnuda que me gustaría lamer y morder, una melena rubia que le cae por los hombros y que me imagino enrollada en mi puño, y sus ojos brillantes de picardía y promesa.

Solo con verla se me pone dura como una puta piedra.

Nikolai se aclara la garganta. Su voz tarda unos segundos en llegarme. —¿Uri? Hola... ¿estás ahí?

No aparto los ojos de Alyssa. —Lo tengo todo bajo control —gruño justo antes de cortar la comunicación mientras sigue hablando.

Soy vagamente consciente de la ironía de mis palabras teniendo en cuenta lo descontrolado que se me pone el cuerpo con solo verla. Otra razón por la que esta espontánea “noche de cita” mía es probablemente un gran error.

Tiene que ser una consecuencia de haberme alejado de ella estos dos últimos días.

Soy básicamente un adicto que había dejado de consumir en seco. Y ahora, estamos en medio de la ruptura de la presa. Nadie nunca se ha descarrilado así de fuerte.

Se veía tan *sola*, abandonada en el jardín sobre aquella manta de picnic. La observé durante una eternidad hasta que no pude contenerme más. E incluso mientras cruzaba el césped hacia ella, plenamente consciente en el fondo de mis huesos de que era una idea terrible, fue tan fácil convencerme de que todo formaba parte del plan. Que estaba generando confianza para hacerla más complaciente.

En otras palabras, pura mierda.

—Hola —dice, evitando mi mirada.

Me trago mi lujuria. —¿Llevas puesto todo lo que te envié?

Alyssa frunce el ceño de inmediato. —¿Por qué? ¿Quieres comprobarlo?

Eso es todo lo que hace falta. Esas cinco palabritas y mi fuerza de voluntad se rompe por la mitad. La agarro y la empujo contra la pared más cercana, aprisionándola contra mi cuerpo. Su pequeño grito ahogado hace que mi polla salte de alegría.

—¿Te molesta si lo hago? —le gruño al oído mientras mi nariz recorre el pliegue de su mejilla.

Vuelve a jadear y noto cómo se le pone la piel de gallina bajo mis dedos. Me mira con los ojos muy abiertos y sin aliento, con esos labios carnosos ligeramente entreabiertos.

¿Cómo coño voy a resistirme?

Es la primera y única mujer que me ha hecho pensar que no puedo. *Solo soy un maldito humano.*

Le lamo el lateral del cuello mientras mi mano se desliza por su vestido. Tengo que darme una palmadita en la espalda con este vestido. Parece un sueño, pero un sueño que puedo tocar. Es demasiado fácil deslizarme bajo su falda y rastrear el borde de su ropa interior de encaje.

—U-Uri...

No termina la frase. Es todo lo que dice. Solo mi nombre. ¿Quiere que pare? ¿Quiere que no pare *nunca*? Eso está por verse.

Aparto sus bragas y sí, definitivamente mi pequeña *kiska* ha seguido las órdenes. El pequeño vibrador plateado separa los labios de su coño.

—Qué buen gatito eres.

Ella aprieta los dientes, pero sus pestañas se agitan salvajemente. —N-no lo hice por ti —se muerde el labio inferior mientras intenta sacar su frase, obviamente ensayada—. Lo hice por el s-sushi...

Suelto una risita oscura y le muerdo el cuello con los dientes. —Eso ya lo veremos.

Me alejo para poder ver su expresión. Entonces, deslizo un dedo dentro de ella, justo sobre el vibrador. Su boca forma una O perfecta mientras me mira con los ojos muy abiertos. Introduzco más el dedo y un gemido de sorpresa se escapa de sus jugosos labios.

—¿Qué se siente?

Muerde mientras un escalofrío la recorre. —Se siente... *aah*...

Sonriendo triunfante, jugueteo con su clítoris mientras ella lucha por mantenerse en pie. Ahora se agarra a mí, a punto de perder el control. Por cada momento que intenta apartarme, hay otros dos o diez en los que me atrae hacia sí.

Tiene la nuca apoyada en la pared. Cuando sus ojos revolotean, sé que está cerca. Por eso me inclino, le doy un beso en su impresionante escote...

Y luego saco el dedo del todo.

Alyssa abre los ojos. No dice nada, pero junta las cejas y aprieta los labios.

—¿De verdad creías que iba a dejarte acabar tan fácilmente? —sus cejas se levantan—. Todavía no es tu turno, pequeña. Si quieres placer, tendrás que dar placer primero.

Sus ojos parpadean y se iluminan al mismo tiempo. No está irritada, está excitada. Le pongo las manos en los hombros y la empujo para que se arrodille. Empieza a desabrocharme la cremallera con impaciencia, como si estuviera ávida de mi polla.

Su timidez anterior ha desaparecido por completo, quemada en el fuego de lo mucho que desea

esto. No hay nada de timidez en la forma en que me engulle la polla con la boca y empieza a chuparla con avidez.

—Sí... Mierda, más de eso —gimo mientras ella juega con mis huevos y chupa.

No da señales de detenerse ni de aminorar el ritmo. Así que apoyo las palmas de las manos en la pared mientras mis caderas se balancean hacia adelante y hacia atrás dentro de su boca. Aprieto las manos y mi cuerpo se tensa mientras el orgasmo me golpea más rápido que nunca.

Y *puta mierda*, se siente increíble. ¿Alguna vez se ha sentido tan bien?

Incluso cuando exploto dentro de ella, sigue chupando hasta que no queda nada dentro de mí. Solo entonces la saco y vuelvo a meterme la polla bajo la cremallera. Le tiendo la mano y la pongo en pie.

—Ha sido un gran desempeño, Srta. Walsh.

Ahí está, ese dulce rubor suyo. Me asombra cómo puede pasar de estar de rodillas, con una polla resbaladiza en la boca, a la inocente cohibida que tengo ahora delante. Quizá por eso me fascina tanto. Hay algo intrigante en su evidente dualidad.

Me meto la mano en el bolsillo del abrigo y saco el pequeño mando a distancia que he estado guardando a buen recaudo para este preciso momento.

—¿Qué es eso? —susurra. Ahora parece asustada.

Le dirijo una sonrisa enigmática, que le hace tragar saliva. —Tendrás que esperar y ver.

Sin dar más detalles, la cojo de la mano y la arrastro hacia la puerta, dejando atrás todas las dudas que me asaltan desde que la confiné por primera vez en el sótano.

Lo único que tengo en mente es que será una noche interesante.

ALYSSA

Me siento tan *sucia*.

Pero es del buen tipo de suciedad, si es que existe.

El vestido, los tacones, el maquillaje... todo hace maravillas por mi autoestima y mi confianza. Pero, por muy elegante y sexy que me sienta, no puedo negar el vibrador plateado que llevo dentro, ni el hecho de que tengo la boca llena del sabor salado y dulce del semen de Uri.

No puedo evitar relamerme los labios cuando bajo del Rolls Royce de época de Uri frente a las puertas del Sakura.

Las puertas negras del restaurante tienen incrustaciones de flores de cerezo en marfil puro. Este lugar es para gente elegante, gente importante. Este lugar es para mujeres con estolas de piel y compradores personales. No para una mugrienta periodista de viajes que acaba de tragarse la leche de un hombre tóxico hace media hora y tiene muchas ganas de volver a hacerlo.

Mi corazón hace un fuerte pitido. *No perteneces a este mundo*, intenta decirme. *No perteneces a este mundo*.

Nunca lo he tenido tan claro como cuando entro en un restaurante abarrotado y todas las miradas se vuelven hacia mí. Tengo la sensación de que todas las cabezas giran en mi dirección. Doy un paso atrás y tropiezo con la mano abierta de Uri. Se posa en la parte baja de mi espalda y me acerca.

—Uri, ¿por qué todo el mundo está mirando? —susurro.

—Porque eres guapa —me dice con tal naturalidad que no puedo discutir. Luego, me lleva a una mesa en el centro del restaurante.

Mientras nos dirigimos hacia allí, algunos hombres se levantan a nuestro paso.

Algunos estrechan la mano de Uri, otros se limitan a asentir. Pero casi todos lo saludan de alguna manera.

Y esto lleva a la pregunta: *¿qué demonios está pasando?*

Uri me acerca la silla antes de sentarse. Un cuarteto de cuerda toca música ligera desde un rincón y el murmullo de los demás comensales se filtra por el comedor. Pero, aunque parece que todo el mundo ha vuelto a sus propias conversaciones, sigo sintiendo el peso de sus miradas, de su

atención.

Es casi suficiente para hacerme olvidar que llevo literalmente un juguete sexual. —Eso fue... raro.

Uri junta las manos. —¿Qué?

—¿Estás de broma? ¿Qué fue esa entrada? Me sorprende que todo el restaurante no hiciera una reverencia colectiva.

Resopla. —Eres una dramática.

Lo miro con curiosidad. —¿De verdad eres *tan* importante? ¿O simplemente das tanto miedo?

—Me gustaría pensar que un poco de ambas.

Miro a un lado y veo a una de las mujeres de la mesa contigua mirándome. Vuelve a girar la cabeza en cuanto la veo. *Muy sutil.*

—¿Quién es toda esta gente?

La mirada de Uri no se desvía ni una sola vez hacia ninguna de las otras mesas. Quizá solo esté siendo caballero y centre su atención en mí. Pero tengo la sensación de que es más que eso. Se siente como un movimiento de poder. *Soy demasiado importante para interesarme por cualquiera de ustedes.*

Uri se encoge de hombros. —Algunos son *vors*; otros, colegas de negocios; otros, simplemente conocidos.

—Me estás diciendo que todo el mundo aquí está conectado a... —me inclino y bajo la voz a un susurro—. ¿La *mafia*?

Me fulmina con la mirada. —La Bratva —dice con altanería—. Es una bestia totalmente diferente.

—Oh, por el amor de Dios. A todos los malos les gusta pensar que son los primeros en hacerlo. Todos violan las leyes, venden drogas, hacen un montón de dinero de todo tipo de formas ilegales. Así que dime la diferencia.

Se inclina hacia mí con una sonrisa irresistible en la cara. —La diferencia es que a nosotros nunca nos pillan.

No voy a mentir: me da escalofríos. Echo otro vistazo al restaurante y veo más miradas sobre nosotros. —Me trajiste aquí para sentar algún tipo de punto, ¿no?

Se echa un poco hacia atrás y me mira con curiosidad.

—¿Y bien? —presiono.

—Eres la primera de mis citas que me hace esa pregunta.

Genial. Ahora, sé que trajo a otras mujeres a este lugar. Lo que significa que al menos *algunas* de las miradas que estoy recibiendo son más críticas que curiosas.

Solo soy el nuevo sabor del mes.

Yuck.

—No soy como tus otras citas —replico—. En realidad tengo cerebro y, lo creas o no, el objetivo de mi vida nunca ha sido ser el caramelo del brazo de un tipo, por muy rico, poderoso o influyente que sea.

Uri me mira con frialdad. —Pareces disgustada.

—¿Quién, yo? —pregunto con una voz demasiado aguda—. En absoluto. Estoy muy bien.

Sus labios se levantan un poco. Juro por Dios que, si sonríe, le tiro el vaso de agua a la cara. Me está haciendo quedar como una tonta.

—¿Creías que eras la única a la que había traído aquí?

Aprieto los labios. —Lo admito, fue estúpido por mi parte suponer que esta cena era para mi beneficio.

—Necesitas relajarte, Alyssa.

Siento que el calor me sube a la cara. —*No* me digas que me relaje. No me interesa ser un peón en tus extraños juegos de poder. Esto no es una cena. Es un puto espectáculo de perros y ponis. Para demostrar que *tú*...

Mis palabras son consumidas por un grito ahogado. Me agarro al borde de la mesa e intento comprender lo que está pasando. Tardo unos segundos, pero al final me doy cuenta de que el vibrador que llevo dentro está haciendo honor a su nombre, emitiendo un sutil temblor que siento subir por mi cuerpo en pequeñas ráfagas sutiles.

Miro a Uri con la boca abierta, esperando una explicación. Sus ojos están fijos en mí, brillantes de intención, mientras gira la mano y abre la palma para mostrar el pequeño mando que me enseñó antes.

Me quedo con la boca abierta. —¿*E-estás* controlando el vibrador? —él asiente mientras yo aprieto los dientes e intento quedarme quieta para que nadie más se dé cuenta de lo que está pasando—. ¡Pues para!

—Como dije, realmente necesitas relajarte.

Intento coger el mando a distancia, pero él lo aparta de mi alcance con suavidad. —A ver, Alyssa, compórtate. Estamos en público.

—¡Eres un imbécil!

Se inclina tanto que puedo oler su colonia. —He traído a *muchas* otras mujeres a este restaurante... —si no fuera por el vibrador que baila en mi coño, le daría un puñetazo en esa cara de suficiencia—, y ninguna de ellas me llamó nunca imbécil. No tienes que preocuparte por ser una de tantas, Alyssa. No lo eres. Eres única.

No estoy segura de si es el vibrador o sus ojos o la forma en que dice esas palabras pero, Dios me ayude, me parece sospechosamente un cumplido.

Deja de vibrar y suspiro, aliviada. —¿Me das el mando, por favor? —grazno.

—Ni de coña.

Aprieto los dientes. —¿Este es tu modus operandi habitual? ¿Obligar a todas tus citas a llevar vibradores para poder ganar todas las discusiones con solo pulsar un botón?

Resopla. —Eres la primera mujer a la que hago llevar un vibrador a cenar. Y, en cuanto a ganar todas las discusiones: las mujeres con las que suelo salir no discuten.

Me retuerzo en el asiento. Además de molesta, estoy empapada. Ojalá pudiera decir que es culpa exclusiva del vibrador, pero sería mentir por omisión. El propio Uri tiene mucho que ver. ¿Cómo es posible que quiera abofetearlo y besarlo al mismo tiempo?

—Qué bien. Debe haber sido mucho más cómodo para ti.

—Lo era —dice sin perder el ritmo.

—Bueno, entonces deberías haber invitado a salir a una de esas mujeres esta noche, en vez de a mí.

Sonríe lentamente. —La cosa es que prefiero la provocación a la comodidad.

Puedo sentir el calor de mi cuerpo. Tampoco ayuda mucho la situación que tengo en el sur.

—Yo... ¿te provoco?

Me mira, su expresión no revela nada. —Tú no eres ellas, Alyssa. No eres ellas ni de lejos.

¿Es algo malo? ¿Es bueno? No tengo ni puta idea y me preocupa que preguntarlo me haga parecer débil y patética. Así que me quedo ahí sentada, cavilando, deseando poder echar un vistazo a lo que le pasa por la cabeza.

Justo cuando el contacto visual entre nosotros empieza a ser demasiado, siento que el vibrador vuelve a ponerse en marcha. Ni siquiera me había dado cuenta de que había pulsado el botón. Me remuevo en el asiento y me muerdo el labio con tanta fuerza que me pregunto si me va a sangrar.

Pero pronto, ni siquiera eso puede ocultar los gemidos. —Para... —tartamudeo—. U-Uri...

Sonríe tranquilamente, la viva imagen del control. Pero cuando me echo hacia atrás y miro su regazo, me doy cuenta de que está duro como una piedra.

—No va a parar hasta que yo lo diga, pequeña. Simplemente tendrás que sentarte y aguantarlo.

Siento el pecho a punto de estallar. Toda la rabia que sentía hace un momento se disipa por completo. Tal vez sea porque él nunca había hecho *esto* con una mujer. Quizás es que no puedo resistirme a él.

Todo lo que sé es que no puedo seguir enfadada. ¿Cómo puedo estarlo cuando me mira así?

Puede que me arrepienta dentro de diez años. Puede que me arrepienta mañana. Pero, por ahora, vale la pena. Incluso si mantener su atención durante diez minutos es todo lo que voy a conseguir, tomaré esos diez minutos.

Y me aseguraré de que los recuerde el resto de su vida.

Incluso después de que ya no esté en ella.

ALYSSA

Se burla de mí durante toda la cena.

Nunca sé cuándo volverá a encender el vibrador. Nunca sé en qué velocidad estará. Lo único que sé es que no está ni cerca de acabar conmigo.

La mousse de chocolate negro salado con bayas llega a la mesa y los ojos de Uri se clavan directamente en mí. —El postre siempre ha sido mi parte favorita de todas las cenas —gruñe con una voz ronca que me hace pensar que tiene en mente algo totalmente distinto cuando dice "postre".

Me pasa la mano por la pierna y la desliza hasta el muslo. No se me ha quitado la carne de gallina desde que llegamos, y, cuanto más acelera el vibrador, menos capaz soy de pronunciar algo que se parezca a un discurso coherente.

—¿Disfrutaste la cena, *narushitel*?

Asiento tontamente, esperando a que empiece la siguiente ronda. Hasta ahora, hice un gran trabajo controlando mis reacciones. He convertido mis gemidos y jadeos en toses, risas, estornudos... lo que sea, lo he intentado. No tengo ni idea de si he sido convincente o no. En este punto, he perdido toda objetividad.

También estoy perdiendo poco a poco cualquier atisbo de *me vale verga*.

Mis bragas están empapadas desde el aperitivo. Me duele y me palpita ahí abajo y de verdad, *de verdad* que necesito que me libere. Me ha empujado hasta el borde media docena de veces en esta misma mesa, y todas las veces paró justo antes de que explotara.

No sé si enfadarme por eso o no. Por un lado, no creo que pueda soportar tener un orgasmo en un restaurante lleno de gente y rodeada de mafiosos rusos.

Por otro lado, me gustaría mucho correrme, por favor.

—Vamos —me anima—. Prueba la mousse. Te apuesto a que es lo mejor que te meterás en la boca.

Esa sola afirmación hace que mi corazón palpite con más fuerza. Cojo una cuchara y pruebo la mousse, consciente de que me está observando todo el rato. Es espesa, rica y achocolatada, con el punto justo de chispa de las bayas y el punto justo de picante salado.

—¿Y bien? —me pregunta cuando me relamo los labios.

—Es increíble. Pecaminosamente deliciosa. Pero tú sigues siendo lo mejor que me he llevado a la boca.

Lyssa la Tímida, ¿verdad? No me preguntes de dónde salió eso, porque no tengo ni idea. Al parecer, Uri tampoco, porque sus ojos se abren de par en par.

Sin embargo, en lugar de avergonzarme, ver su reacción me llena de una euforia desbordante.

Puede que él tenga el control... pero yo no estoy *totalmente* sin poder.

Por supuesto, pone a prueba mi teoría un segundo después, cuando vuelve a encender el vibrador. Me retuerzo en mi sitio y lo miro con impotencia.

—Vamos —canturrea—. Termina tu postre.

Así que lo hago. Cada bocado de espuma espesa y pegajosa sabe mucho más exótico. Es como si el vibrador entre mis muslos realzara cada sonido, olor y sabor. Cuando termino con mi tarrito, me preocupa haber empapado todo el asiento.

—Llevas bien el vibrador.

Me muerdo el labio inferior. —U-Uri —jadeo—. Creo que... voy a...

Su mano se desliza por mi muslo y me clava los dedos en la piel mientras gruñe—: No te correrás hasta que yo lo diga.

Eso debería enfurecerme.

Solo hace que me moje más.

¿Es esto lo que me he estado perdiendo en mi vida sexual todo este tiempo? Solo me he acostado con hombres de modales suaves que practicaban el sexo como todo en la vida: tradicional y mansamente.

Pero lo que realmente necesitaba era un hombre que tomara las riendas. Un hombre que me diera órdenes, me empujara, se burlara de mí, me tomara, me *follara*. Un hombre que me hiciera sentir que había mucho en juego y que el riesgo valía la pena.

—Bien —jadeo, sacudiéndome en mi sitio y haciendo que unas cuantas cabezas giren en nuestra dirección. *Que se jodan, ya no me importa*—. Bien, no...

—Qué buena chica.

Mis pestañas se agitan hacia él. —¿Me vas a recompensar... *mmm*...?

Me agarro a los bordes de la mesa mientras el vibrador empieza a trabajar siguiendo un nuevo patrón. Un poco más rápido y me correré muy audiblemente, le guste o no a Uri.

—Por supuesto, nena —entonces, el vibrador se para en seco y Uri me dedica una sonrisa de satisfacción mientras la decepción inunda mi cara—. Pero todavía no.

—Tienes que estar bromeando —me quejo—. Acabamos de pasar dos horas en esta mesa

conmigo, al borde de...

—¿Vienes? —me interrumpe, ofreciéndome la mano.

Trago saliva y deslizo mi mano entre las suyas. Me guía por el restaurante y, al igual que cuando entramos, todas las miradas vuelven a posarse en nosotros. Esta vez no se detiene a hablar con nadie ni a estrechar manos. Se limita a pasar a grandes zancadas y yo lo sigo.

—¿A dónde vamos? —pregunto en voz baja mientras Uri me dirige en dirección a una puerta negra en el lado opuesto del restaurante—. ¿No está la salida por...?

Empuja la puerta y me encuentro de pie en un precioso jardín de invernadero, caóticamente invadido de flores de todos los tonos y enredaderas verdes, que se enroscan en todas las superficies disponibles. Huele increíble, fresco, fragante y limpio. Seguimos un riachuelo que se abre paso por el centro del espacio hasta un banco situado en un parche de hierba verde.

Uri me devuelve la mirada, con una ceja arqueada, y me pregunta—: ¿Puedes soportar un paseo hasta la fuente?

—Puedo soportar cualquier cosa que me des.

Sonríe y tira de mí. Hago lo que puedo para seguirle el ritmo, pero hay momentos en los que me siento a punto de estallar. A pesar de lo hermoso que es este lugar, no hay nadie. Y a cada momento que pasa, me relajo.

Bueno, tanto como podrías relajarte cuando hay un vibrador haciéndote caminar raro.

Uri se detiene en el banco. El arroyo burbujea a unos metros de distancia, fluyendo hacia un diminuto estanque, salpicado de vez en cuando de gordos peces koi anaranjados que exploran la superficie.

—Entonces, ¿has dejado claro tu punto? —pregunto, señalando hacia el restaurante.

Sonríe con satisfacción. —Sí.

—¿Te importaría decirme cuál era ese punto?

—Que, pase lo que pase, nada afecta a la Bratva Bugrov.

Un pequeño escalofrío recorre mi espalda cuando dice eso. *Bratva Bugrov*. No hace falta saber mucho sobre Uri o su operación para sentir el peso que subyace a ese nombre.

—¿No se vuelve... no sé, agotador?

Frunce el ceño. —Es mi trabajo.

—¿Es otra forma de decir que siempre tienes el control pase lo que pase?

Uri me observa con una expresión curiosa en la cara. —*Debo* tener el control.

Sacudo la cabeza. —No, a ti te *gusta* tener el control. Hay una diferencia.

—Ambas cosas pueden ser ciertas.

—¿Cuál es más verdadera?

Sonríe mientras me acerca a él. —¿Ahora mismo? La segunda.

Me sube tanto el vestido que temo que deje mi culo al descubierto. Me aparto de él y me bajo el dobladillo. —¿Qué haces?

Me atrae hacia su pecho. —Recordándote que a ti también te gusta cuando yo tengo el control.

—Aquí no —tartamudeo, mirando a mi alrededor asustada—. Estamos en público. La gente nos verá.

Sus cejas se levantan. —¿Y?

Intento apartarlo de nuevo, pero no sirve de nada. Bien podría ser un pilar de piedra arraigado al suelo. —No puedo, Uri... no aquí..

—¿Qué te dije de esta noche? —exige mientras sus ojos se oscurecen mucho.

Me muerdo el labio. —Mi aventura, tus reglas.

—Correcto. Mis reglas. Y, si quieres correrte esta noche, tendrás que seguirlas.

—Lo tuyo es controlar lo que quiero —suelto de repente—. Pero ¿qué quieres *tú*?

Sus ojos brillan de deseo. Se gira y se sienta en el banco, ajustando su posición para que su erección sea muy evidente. —¿Tengo que explicártelo?

No, Sr. Bugrov, no tiene que hacerlo. No necesito que haga nada más. Me pongo de rodillas, le bajo la cremallera y, así de fácil, me como mi segundo postre de la noche.

La polla de Uri está golpeando el fondo de mi garganta cuando siento que el vibrador vuelve a zumbar. *Dios, ¿sobreviviré a esta noche?* Aunque las vibraciones aumentan, sigo chupando, cada vez más deprisa a medida que el vibrador sube de nivel.

En algún momento, mi miedo a que alguien tropiece con nosotros desaparece. Probablemente tenga algo que ver con el hecho de que me cuesta respirar. Mientras chupo, Uri se inclina sobre mí y desliza su mano sobre mi coño. Empieza a jugar con mis labios exteriores mientras el vibrador se vuelve loco.

Al menos no hago ruido. La polla de Uri hace un buen trabajo sofocando mis gritos. Justo cuando siento que su cuerpo empieza a sufrir espasmos, me saca el vibrador.

Ah, dulce alivio.

Pero también un extraño vacío.

Antes de que pueda procesar lo que está pasando, Uri me levanta y me sube a su regazo. Sus ojos se clavan en los míos. —Es hora de llenarte con una polla de verdad, *kiska* —me da una palmada en el culo—. Veamos cuánto puedes aguantar.

No estoy segura, pero agarro su resbaladiza erección y la deslizo dentro de mí. Empiezo a empujar mis caderas contra él, desesperada por el subidón que he estado persiguiendo durante las últimas dos horas. Solo un poco más, unos cuantos empujones más...

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

Estoy gritando. Pero no me importa. Lo único que importa es ese orgasmo. Lo único que importa es *él*.

Mantiene sus manos en mi culo; mis ojos se cierran y mi cuerpo sufre violentos espasmos. Y entonces, *gracias a Dios*, me corro tan fuerte que suelto un grito que suena más a novela policíaca de Agatha Christie que a *Cincuenta Sombras de Gray*.

Me vale. Me he *ganado* este orgasmo. Lo celebraré como me dé la gana.

Me agarro a su cuello y apoyo los labios en su frente mientras desciendo del subidón. Siento una inquietud en el estómago, que no acabo de descifrar.

¿Podría ser que hayamos tenido sexo sin protección por tercera vez consecutiva?

¿Será que el agujero que tengo dentro desde la muerte de Ziva se siente más pequeño que nunca?

Tal vez sea porque empiezo a darme cuenta de que, por mucho que quiera a este hombre, sé en el fondo de mis huesos que no puedo tenerlo.

O quizás es que, a pesar de todas las razones por las que debería haber saltado esa valla de nuevo y correr gritando hacia las colinas...

Sigo sin arrepentirme de haberme quedado.

URI

—Dilo otra vez.

Lanzo a Alyssa una mirada incrédula mientras ella suelta una risita. —Lo digo en serio. *Quería* aprender.

—¿Quería aprender a tejer? —repito—. Lev. ¿Mi hermano?

Me dedica una sonrisa satisfecha. —Mhmm. Ayer entró en mi habitación mientras tejía y se mostró muy interesado. Así que mañana empiezo las clases.

Lo primero que pienso es: *¿Ahora entra en tu habitación?* En lugar de eso, sacudo la cabeza. —Tendré que verlo para creerlo.

Se encoge de hombros. —Puede que le guste o puede que lo odie. Pero creo que es una señal positiva que quiera probar algo nuevo.

—El pequeño mamón no quiere probar algo nuevo. Solo quiere estar cerca de ti.

No se lo puede culpar.

—Lo sé —dice en voz baja—. Me gusta pasar tiempo con él.

Cuando entro en la urbanización, me fijo en un coche aparcado justo fuera, en la plataforma giratoria.

Joder.

—Uri, solo quería agradecerte por invitarme a salir esta noche. Sé que...

Sigue hablando, pero ya no la escucho. Me quedo mirando la silueta de Niko, apoyado en la pared de la entrada que da a la casa. Por supuesto que optó por quedarse fuera y esperarme. Quería saber exactamente qué estaba tramando.

Alyssa parece haberse dado cuenta de que pasa algo porque deja de hablar. En lugar de eso, me mira con curiosidad. —¿Uri? ¿Pasa algo?

—Todo va bien —digo, con una voz demasiado brusca para que me crea.

Aparco desordenadamente en la entrada y salgo del coche. Alyssa me sigue hacia la casa en silencio. La veo ajustarse el vestido desde mi visión periférica. Tiene el aspecto de una mujer a la

que acaban de dar vueltas en la lavadora y la han guardado mojada, lo cual, para ser justos, es cierto.

—Hermanito —saluda Nikolai en un murmullo divertido.

Cuando me detengo delante de Nikolai, Alyssa se para a mi lado. Le dirijo una mirada superficial. —Vete a la cama. La noche ha terminado.

Se estremece al instante. El dolor se agolpa en sus ojos tan rápido que me dan ganas de patearme el culo. Mira a Nikolai y luego a mí. Luego, con la mandíbula apretada, entra en casa.

Mi hermano la mira alejarse todo el tiempo. Por mucho que me gustaría, no se lo impido. Simplemente porque sé que eso es exactamente lo que quiere que haga.

Solo cuando desaparece, se vuelve hacia mí con las cejas levantadas y una expresión de complicidad. —Es guapa.

Pongo los ojos en blanco, intentando parecer menos culpable. —Te dije que iría a ti.

—Y puedo ver por qué. ¿Tuvieron una agradable velada?

Lo empujo y me dirijo a mi despacho. Mi buen humor acaba de reducirse a cenizas en cuestión de segundos. No vuelvo a hablar hasta que estamos en mi despacho y tengo un vaso de vodka en la mano.

—¿Vas a decirme qué está pasando? —pregunta Nikolai, rompiendo el silencio.

Doy un sorbo a mi trago. —Lo que pasa es que Boris necesita un poco...

—No —interrumpe Nikolai bruscamente—, no estoy hablando de Sobakin. Estoy hablando de tu preciosa prisionera.

Aprieto los dientes, pero mi respuesta sigue siendo demasiado rápida y demasiado brusca. —Ahí no pasa nada.

Nikolai se burla. —Vamos, *brat*. ¿La vestiste y la llevaste a cenar? ¿Sin mencionar que ahora vive en la casa, en una de las habitaciones de invitados?

—Era necesario. Lev se estaba poniendo inquieto y no quería empujarlo a un colapso total.

Nikolai abre mucho los ojos. —¿Así que Lev sabe de ella?

—Entró en el sótano y la encontró. Se escapó de mis manos.

—¿Y Polina?

—Pol no tiene ni idea. Por eso, los fines de semana que Polly esté aquí, Alyssa volverá a bajar al sótano.

—¿Y si a Lev se le escapa?

Aprieto los dientes. —Cruzaré ese puente cuando llegue a él.

—Ese parece ser el tono de las cosas últimamente.

Mi madre solía decir que Nikolai y yo éramos demasiado parecidos y que por eso nos peleábamos todo el tiempo. Hoy en día, creo que es más porque es un idiota condescendiente.

Tampoco terminó todavía. —Dime sinceramente, hermano: ¿te estás encariñando?

Algo dentro de mí ruge de indignación. ¿Yo? ¿Encariñado? ¿Con una mujer? *Joder*, no. —Ella es un juguete, nada más —¿por qué esas palabras parecen tan de madera y ensayadas? ¿Tan completa y obviamente mentira? En lugar de dejar que Nikolai lo señale, cambio de tema—. ¿Debo recordarte que estás aquí para que hablemos de Sobakin, no para que me interrogues sobre Alyssa?

Niko no se inmuta. —Ambas cosas me preocupan.

—Ninguna debería. Estoy manejando la situación con Alyssa y tengo un plan para Boris.

Eso llama su atención. —Ah, ¿sí?

—The Black Rose. Toda la ciudad sabe que es solo una fachada para su red de drogas. Si preparamos una pequeña emboscada como estuvimos planeando, y derribamos a algunos de sus hombres en el proceso, podemos recordarle con quién está tratando exactamente.

Nikolai arquea una ceja. —Ya hablamos de esto, Uri. No podemos lanzarle un ataque a un club nocturno popular sin que la policía se involucre.

—Te olvidas de Vincent.

—¿Imbroglio?

Asiento. —La policía de Los Ángeles ha sido informada de la red de narcotráfico de Sobakin, pero es demasiado poderosa para que puedan enfrentarla. Han intentado un puñado de operaciones clandestinas que fracasaron. Así que, si queremos un poco de juerga en The Black Rose, el departamento de policía está dispuesto a hacer la vista gorda.

Nikolai tiene esa cara de estreñimiento que suele significar que está impresionado, pero no quiere admitirlo. —¿Qué hay de Igor? ¿Estás seguro de que está muerto?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque, si yo fuera Boris, lo habría destripado en la primera oportunidad que tuviera.

Nikolai suspira. Luego, se termina el vodka y me saluda con el vaso vacío. —Podremos clavar a ese cabrón al suelo. Mientras podamos mantenernos alejados de... distracciones.

Hago una mueca. *La sutileza nunca ha sido el fuerte de Nikolai*. Pero, a pesar de todos sus defectos, sabe cuándo es suficiente.

Cuando se va, subo las escaleras con la intención de ir directamente a mi habitación.

Pero, de algún modo, acabo delante de la puerta de Alyssa. Las palabras de Nikolai resuenan en mi cabeza. Por mucho que odie admitirlo, Alyssa se convirtió en una distracción.

Pensé que acostarme con ella frenaría mi deseo, pero ha tenido exactamente el efecto contrario.

Cuanto más la tengo, más la deseo.

Hace mucho tiempo me prometí a mí mismo que, cuando se tratara de mi hermano mayor, haría todo lo que estuviera en mi mano para demostrarle que estaba equivocado.

Hoy es la primera vez que rompo intencionadamente esa promesa.

En lugar de seguir adelante como debería, abro la puerta de un tirón y entro. Está extendida en diagonal sobre la cama y se ha quitado la sábana a patadas. Por eso me doy cuenta enseguida de que está desnuda.

Duerme de lado, con los pechos aplastados entre los brazos. Diminuta, frágil y jodidamente hermosa. Mi media erección se convierte en una erección furiosa. Mi cuerpo me pide la dosis que está buscando.

Bien podría aprovechar esa píldora. Esta será la última vez.

Pero, a diferencia de las primeras veces que me hice esa promesa, ya no me la creo. A estas alturas se ha convertido en algo irrisorio. Me desnudo y me meto en la cama a su lado. La acaricio suavemente hasta que está medio despierta y parpadea, confundida.

—¿Uri...?

Hay una inocencia abierta en la forma en que dice mi nombre. Me hace cosas que ninguna mujer me hizo antes.

Beso sus pechos y chupo sus pezones hasta que su cuerpo se envuelve en el mío. Empieza a devolverme los besos, con su cuerpecito apretado empujando cada vez más cerca.

Al parecer, ella tampoco ha tenido suficiente.

Así que, por segunda vez en una noche, me empujo dentro suyo. Quiero ser rápido y duro. Quiero partirla por la mitad, tomar lo que quiero y luego dejarla a un lado. Eso es lo mejor, ¿verdad? Es el tipo de hombre que mi Bratva y mis responsabilidades exigen que sea.

Pero mi cuerpo tiene otros planes.

Nos balanceamos juntos hacia delante y hacia atrás, lenta y mesuradamente. Suave. Tierno. En un momento del polvo que no parece un polvo, la miro a los ojos y sostengo su mirada.

Me digo a mí mismo que esto no significa nada. Me digo a mí mismo lo que le dije a Nikolai: *ella es solo mi juguete. Yo tengo el control.*

Pero el latido de mi corazón tararea una canción diferente. Y suena como una advertencia.

Está diciendo...

Estás jodido.

ALYSSA

Vas a estar bien, Alyssa.

Esas fueron las primeras palabras que me dijo Ziva tras su diagnóstico. El médico salió de la habitación del hospital y lo primero que hizo fue cogerme la mano, mirarme a los ojos y decir esas palabras.

Fue entonces cuando me di cuenta de que era yo la que lloraba, aunque era ella la que se estaba muriendo.

Ni siquiera me lo cuestioné en ese momento. Todo lo que pude pensar era, *¿Cómo estaré bien sin ella?*

Hacia el final, me hizo prometer que viviría por las dos. *Viaja por el mundo, Aly. Lánzate a la vida. Sé valiente. Sé curiosa. Sé salvaje. Sé temeraria. Hazlo todo. Vive de verdad, ¿vale? Hazlo por las dos.*

Eso es lo que siempre pensé que estaba haciendo. Viajar fue mi forma de mantener mi promesa a Ziva. Pero acostada aquí en una cama que no es mía, en una casa que no es mía, me veo obligada a reconsiderarlo.

No, conocer a Uri me obliga a reconsiderarlo.

Porque la verdad es que no fue hasta hace unos días que un feo pensamiento empezó a enconarse en el fondo de mi mente: ¿*Me he escondido detrás de mi carrera*? Puede que haya visto casi cien países diferentes, pero ¿he hecho nuevos amigos? ¿He tenido alguna relación significativa? ¿He explorado mi sexualidad? ¿He descubierto quién soy realmente?

Anoche llevé un vibrador a cenar y tuve sexo en público con un hombre al que solo conozco desde hace unas semanas. Claro, hubo un elemento de imprudencia, de peligro, pero nada de eso me resultó incómodo. Nada me pareció mal.

Me pregunto si la muerte de Ziva me hizo retraerme tanto que empecé a sentirme incómoda en mi propia piel. La terapeuta aficionada que hay en mí parece estar de acuerdo.

Aunque, cuando se trata del tema de Uri Bugrov, hasta la terapeuta aficionada que hay en mí se queda perpleja.

El hombre cambia de humor tan rápido que me produce ardor por fricción. Pasó de ignorarme

por completo durante dos días a invitarme a una cena con mucha carga sexual, a despedirme bruscamente justo después y a despertarme en mitad de la noche para tener más sexo caliente y sudoroso, pero sorprendentemente tierno.

¿Cómo demonios se supone que voy a seguir ese ritmo?

Anoche estaba tan enfadada con él después de que básicamente me mandara a mi habitación como a una niña traviesa que me quedé dormida toda irritada y decidida. *No* iba a abrir mis piernas para él nunca más. Iba a establecer límites. Iba a empezar a decir ¡no!

Así que, por supuesto, decidió meterse en mi cama cuando estaba más vulnerable y follarme para que cambiara de opinión.

Es solo que... el sexo fue tan diferente anoche. Por primera vez, sentí que *compartíamos* el control. Nuestros ojos estaban fijos mientras terminábamos al mismo tiempo.

Se fue de mi cama casi inmediatamente después, pero esta vez no me molestó.

Probablemente porque sabía que lo más probable era que volviera a suceder. Yo también lo *deseaba*. Eso es lo que me desperté pensando. Eso es lo que pasé la última media hora contemplando.

Pero me estoy hartando de dar vueltas en la cama y contemplar problemas que no tienen soluciones obvias, así que salgo de la cama, me visto y bajo las escaleras. Doy la vuelta a la esquina de la cocina cuando escucho un ruido seco.

—¡*NO*! No quiero... No quiero...

Me apresuro a entrar en la cocina y encuentro a Svetlana de pie a unos metros de Lev, que está en el suelo retorciéndose con violencia y sacudiendo la cabeza con rapidez.

—Amo Lev...

—¡No lo quiero! —vuelve a gritar—. ¡Cereal! ¡Quiero cereal!

Svetlana tiene los ojos muy abiertos y agitados. Cada vez que intenta dar un paso hacia Lev, él empieza a temblar con más fuerza, obligándola a retroceder aún más. —Lo siento, amo Lev. Nos quedamos sin...

—No, no, no, no...

Salto hacia delante y pongo la mano en el hombro de Svetlana. Ella se vuelve hacia mí, impotente, y baja la voz. —El señor Bugrov me dijo expresamente que hoy no le diera cereales para desayunar. Me dijo que le diera algo más sustancioso, así que hice una quiche y... —mira a Lev con pesar.

—Está bien, Svetlana. Déjame intentarlo.

Retrocede al instante. El alivio ilumina su rostro mientras se aleja. Me acerco un poco más a Lev, que no deja de balancearse.

—Lev. ¿Hola? Lev, ¿amigo?

Se sacude ligeramente en mi dirección, así que sé que me oye. Pero no levanta la cabeza ni deja

de temblar. —Lev, estoy aquí —murmuro—. Estoy aquí. Escucha mi voz, ¿vale?

Se pone rígido. No dice nada. Pero juraría que los temblores disminuyen, solo un poco.

—Sé que todo se siente terrible en este momento. Sé que es abrumador. El cambio siempre lo es. Pero eres lo suficientemente fuerte para manejarlo. Y ¿sabes dónde empieza?

Sigue sin mirarme, pero mueve la cabeza en señal de respuesta. Me acerco un poco más a él, hasta quedar a medio metro. Luego, me pongo en cuclillas frente a él. —Empieza con una respiración. Eso es, una sola respiración. Puedes hacerlo, ¿verdad?

Me hace un único y apretado gesto con la cabeza. —¿Podemos respirar juntos?

Otro asentimiento.

—¿Puedes mirarme primero?

Lentamente, levanta la cabeza y me mira a los ojos durante una fracción de segundo, antes de volver a dejar caer la barbilla sobre el pecho. Espero pacientemente a que vuelva a mirarme. Le dirijo una sonrisa tranquilizadora. —¿Ves? Estoy aquí contigo.

Traga saliva y sus manos se aprietan alrededor de sus piernas. Pero el temblor disminuye. —Un gran respiro. Tú y yo. Hagámoslo.

Inhalo y él también. Luego, exhalo lentamente y él hace lo mismo. —Otra vez —repetimos el proceso una y otra vez, hasta que el temblor cesa por completo.

—Ahí lo tienes. ¿Lo ves? Estás bien.

Frunce el ceño y se quita las lágrimas de las mejillas. —Quiero cereales.

Estoy medio tentada de ignorar las órdenes de Uri y ceder. Pero sé que ceder a las exigencias de Lev no lo ayudará a largo plazo.

—Lev, mírame por favor. ¿Confías en mí?

Frunce el ceño y me asalta la horrible idea de que quizá no confíe en mí. Es mucho pedir para cualquiera, y más para alguien tan vulnerable como Lev.

—Yo... creo que sí...

Puedo trabajar con eso. —Entonces, créeme cuando te digo que no tener cereales esta mañana no te hará daño.

El temblor comienza de nuevo.

—Lev, respira hondo otra vez conmigo —digo rápidamente—. Inspira. Exhala. Bien. Muy bien.

Mientras respira, establezco contacto visual. —¿Sabes lo que siempre me hace sentir mejor en una mañana dura? Tortitas con trocitos de chocolate.

Me mira con escepticismo. —¿Chocolate? —dice con hipo.

—Oh, a lo grande. No soy la mejor cocinera, pero hago las mejores tortitas de chocolate de la ciudad, quizá del *mundo* entero. ¿Quieres probarlas?

Reflexiona un momento y luego asiente lentamente. *¡Victoria!* Me doy palmadas en la espalda por esto.

Me pongo en pie y le ofrezco la mano. La coge, y por "coge" quiero decir que desliza un dedo sobre mi palma, como un niño tímido. Me doy la vuelta para asegurarme de que está bien y me quedo paralizada.

Uri está de pie a la entrada de la cocina, observándonos a los dos con mirada melancólica. Lev se pone rígido y sus ojos parpadean hacia los cristales rotos que yacen amontonados a unos metros de distancia.

Ignoro eso. —Lev y yo estábamos a punto de hacer tortitas. ¿Quieres?

Uri asiente con frialdad. —Claro.

Lev y Uri se sientan uno al lado del otro y me miran hacer mis no tan famosas tortitas de chocolate. Mantengo un ligero parloteo durante todo el proceso. En parte porque quiero que Lev se sienta a gusto, pero también porque soy muy consciente de que los ojos de Uri me siguen religiosamente.

Cuando reparto las tortitas en tres platos, Lev sonríe. —Quiero más.

Uri se ríe entre dientes. —Ni siquiera probaste una todavía.

—Me gustarán —insiste Lev.

Es suficiente para que se me salten las lágrimas. Observo cómo Lev se zambulle en las tortitas, untándose la boca de chocolate tras solo un par de bocados. Es la única crítica que necesito. Lev engulle las tres tortitas gruesas que le serví y luego alarga el plato para pedir más, al estilo Oliver Twist.

Está devorando su segunda ración cuando me vuelvo hacia Uri, que no oculta su mirada pensativa.

—¿Te han gustado? —pregunto con timidez.

—Las mejores tortitas del mundo —responde, inexpresivo.

Sonrío cohibida, decidida a no dejar que vuelva el silencio. Su mirada es mucho más difícil de soportar en el silencio. —Gracias. Trabajé bastante la receta. El secreto es...

—Quiero que salgamos otra vez.

Mi cuerpo estalla en hormigueos. —¿Fuera? —repito como una estúpida.

Asiente mientras Lev mira a su hermano y chista—: Yo también quiero ir.

Uri gira la cabeza en dirección a Lev, sorprendido. —¿En serio?

Lev asiente, aunque esta vez un poco inseguro. Su mirada se desvía lentamente hacia mí. —Pero solo si viene Alyssa.

Uri tiene los ojos muy abiertos. Me aventuraré a decir que Lev no suele pedir salir. Pero, a juzgar por el pequeño surco que se dibuja en el ceño de Uri, también supongo que se muestra más

reticente que entusiasmado por ese pequeño avance.

—Si realmente quieres, puedes venir con nosotros —decide Uri suavemente—. Pero solo una hora, más o menos. Hoy tienes fisioterapia y no puedes faltar.

Lev asiente y empieza a comer su última tortita. Los ojos de Uri encuentran los míos y ahí está de nuevo ese contacto visual acalorado. Ese silencio embarazoso.

Rompo ambos agarrando el plato vacío de Uri. —Voy a quitar esto de en medio.

Estoy de pie junto al fregadero, lavando su plato a mano, cuando lo siento a mi espalda. Se desliza justo detrás de mí, sin llegar a tocarme. Sus labios están junto a mi oreja y su aliento me acaricia suavemente el cuello.

—Gracias.

Luego, sin decir nada más, se marcha.

ALYSSA

Lo primero es lo primero. Tengo que cambiarme.

Pero, en cuanto entro en el vestidor, me detengo en seco. Algo no va bien. O, según se mire, algo va *muy* bien. Los percheros, las estanterías y los armarios abiertos ya no están medio vacíos. Hay un montón de ropa nueva mirándome fijamente, cegándome con sus telas y etiquetas nuevas y relucientes.

Doy una vuelta lenta. Vestidos de Valentino. Pantalones de Prada. Bolsos de Gucci. Tacones de Louboutin. La cabeza me da vueltas.

Algunas telas son demasiado lujosas para tocarlas, por no hablar de llevarlas puestas.

Después de peinar todo el armario, encuentro mi ropa vieja doblada en un pequeño rincón del vestidor. Saber que siempre puedo recurrir a lo que conozco me hace sentir más dispuesta a adentrarme en este nuevo y extraño mundo del lujo francés e italiano.

Así que doy media vuelta y elijo un conjunto de mi armario actualizado, optando por una minifalda negra de Balenciaga que es demasiado fresca para mí y una blusa blanca nevada de jersey de Saint Laurent. Las combino con unas botas de piel abrochadas de Jimmy Choo. La ropa interior de Garfield sigue guardada en su cajón.

Luego, paso unos minutos frente al espejo, maravillada por la mujer que me devuelve la mirada.

Esta chica es *genial*.

Respiro hondo y me dirijo a la puerta. Apenas recorrí la mitad de la escalera cuando Uri aparece en el rellano. Lleva unos vaqueros oscuros ajustados y un jersey oscuro que le ciñe perfectamente el pecho esculpido. También lleva una sonrisa cómplice que es toda para mí.

—Estás preciosa, *narushitel*.

Es un cumplido bastante conservador, al menos comparado con algunas de las cosas que me susurró al oído durante el polvo de medianoche de anoche, pero la forma en la que me mira dista mucho de ser casta. Mi corazón se acelera mientras intento no sonrojarme.

—¿Fuiste de compras por mí?

Se encoge de hombros. —Necesitabas ropa.

Frunzo el ceño. —Vivo justo al lado. Tengo un montón de ropa allí que podrías haber traído.

—Necesitabas ropa *mejor*.

Pongo los ojos en blanco. —Vale, esnob. Aun así, no tenías que comprar tanto. Dudo que pueda llevar tantos conjuntos en una vida.

Tiene un brillo en los ojos que es estremecedoramente posesivo. —Quería mimarte.

No creo que ningún hombre con el que estuve haya querido mimarme. No creo que ni siquiera se les haya pasado por la cabeza. Tenía suerte si me invitaban a cenar. La mayoría de las veces, dividíamos todo por la mitad.

No es que me importara. Igualdad de género y todo eso. Estaba contenta de pagarme mis propios gastos. Pero tampoco tenía con qué compararlo. Y tengo que admitir que, por anticuado que sea, hay un atractivo en un hombre que está dispuesto a pagar por su mujer, a comprarle cosas, a mimarla hasta la saciedad.

A Elle le gusta decir que es otra forma de control. Pero para mí, dice, *mientras seas mía, voy a cuidar de ti.*

¿Qué estás haciendo? me reprendo en silencio. *No eres su mujer. No eres nada suyo. Eres una prisionera en el peor de los casos, una invitada glorificada en el mejor.*

Aunque es difícil interiorizar ese sermón cuando estoy ocupada interiorizando lo bien que huele.

Lev sale del sótano un segundo después, un poco tembloroso y muy nervioso. —Estoy listo —anuncia.

Le guiño un ojo. —Me alegro de que vengas con nosotros —eso le arranca una sonrisa sonrojada.

Mientras avanzamos hacia la puerta, la mano de Uri se posa en la parte baja de mi espalda y, a pesar de mi gran sermón para mí misma, a pesar de mi mejor juicio, a pesar de mi lógica sensibilidad, todo lo que puedo oír es…

Mientras seas mía, voy a cuidar de ti.

URI

Alyssa arranca una uva del racimo sobre la tabla de embutidos y se la mete en la boca. La observo masticar durante más tiempo del que sería decente. Parece darse cuenta porque, aunque no me mira, sus mejillas se enrojecen y traga rápidamente.

Lev observa la zona con inseguridad y su cuerpo se balancea de un lado a otro. Ya lo he traído varias veces a Palisades Park. Una vez fue genial. Las otras tres, no tanto. Las probabilidades no están a nuestro favor.

Pero espero que tener a Alyssa aquí pueda marcar la diferencia.

La mujer es jodidamente increíble con él. Lo digo con las reservas de un hermano mayor protector. Sabe cómo hablar con él, cómo manejarlo. Sabe cómo sacarlo del borde de un episodio y sabe cómo detener sus miedos en seco. Se ha vuelto tan condenadamente buena, tan condenadamente rápido, que en realidad me molesta un poco.

¿Por qué demonios tardé tanto? ¿Por qué demonios me sigue resultando tan difícil a veces?

Cada vez que la veo con Lev, mi propia insuficiencia pasa a primer plano. La insuficiencia no es algo que esté acostumbrado a sentir. Si esto es ser mortal, no quiero formar parte.

—¿Jugamos ahora? —pregunta Lev, lanzándome una mirada furtiva.

—¿Por qué no comes algo primero, Lev? —sugiere Alyssa—. Eh, mírame —coge otra uva y la lanza al aire antes de atraparla con la boca—. ¡Tachán!

Lev parece hipnotizado. *No es el único*. —¡Hazlo otra vez! —aplaude—. ¡Otra vez!

Picnic 2.0 fue mi forma de enfocar las cosas cuando Lev anunció que quería venir con nosotros. Lo que tenía en mente para Alyssa y yo no podía involucrarlo. Así que este es el feliz punto medio. Una comida gourmet en Palisades Park para mantener a Lev feliz. De alguna manera, es igual de bueno.

Lev ve una ardilla cerca y se arrastra para intentar darle de comer uvas. Lo vigilo mientras avanza, aunque sin apartar la vista le digo a Alyssa—: Eres increíble con él.

Por el rabillo del ojo, veo que se sonroja y fija la mirada, alarmada. —¿Tú crees?

El hecho de que lo pregunte me aterra. —Nunca vi a nadie calmarlo tan rápido. Es como brujería. Aún no decido si darte las gracias o quemarte en la hoguera.

Se ríe, luego se muerde el labio y sacude la cabeza. —No intento convencerlo de que se calme. Solo quiero que sepa que estoy a su lado incluso... no, *especialmente* cuando siente que está perdiendo el control de sí mismo.

Trago saliva e intento apartar la mirada de ella.

Pero mierda, no puedo.

Ese es todo el problema.

Suspira. —A veces me recuerda a mí misma.

—¿Perdón?

Asiente. —Lo que vi esta mañana en la cocina... Es más o menos como reaccioné el día que nos dieron el diagnóstico de Ziva. Me hice un ovillo en un rincón de mi habitación y me balanceé de un lado a otro durante... ni siquiera sé cuánto tiempo. Pero fue mucho tiempo —suspira—. Puede que todo el mundo mire a Lev y lo juzgue, pero la verdad es que, al fin y al cabo, él es todos nosotros. Solo que... despojado. Al desnudo. La parte más cruda y real de nosotros mismos.

Me estremezco. Nunca lo he visto así. Nunca he visto a Lev así.

Mi mirada se desvía hacia él y pruebo la explicación. *Mierda*. Tiene todo el sentido. O, al menos, no me parece completamente ridícula. Quizá por eso a la gente le cuesta tanto tratar con él. Por eso se enfrenta a tantas burlas cuando sale de la seguridad de mis muros.

Nadie quiere enfrentarse a sus miedos más profundos y oscuros.

—Es increíble, Uri —dice suavemente—. Tienes mucha suerte de tenerlo.

Puedo oír la tristeza en su voz. Se refleja en la bruma acuosa que pasa por sus ojos en este momento.

Y algo me llama la atención: quizá la razón por la que Lev no se topó con ningún ser humano decente en la naturaleza es porque no se ropó con nadie tan *amable* como Alyssa.

Y, en el momento en que ese pensamiento se forma, me siento como un jodido imbécil.

Porque el hecho es que la cena de anoche no fue *solo* una cena. La ropa que le compré no son solo regalos. La salida de esta noche no es solo una salida. Todas sirven a su propio propósito. Todo fue orquestado, manipulado para que yo pueda demostrar, a mis propios hombres, pero también y tal vez especialmente a mis enemigos, que no pasa nada. Todo está en orden. El statu quo no ha cambiado y sigo teniendo el control.

Con todo el mundo, parece, *excepto* con ella.

Nunca me sentí culpable por usar a otra mujer para satisfacer mis necesidades.

Entonces, ¿por qué es tan jodidamente difícil con ella?

Alyssa se muerde el labio inferior mientras observa a Lev. —¿Cuánto tiempo crees que estará ahí sentado esperando a que baje la ardilla?

—El récord hasta la fecha es de dos horas y once minutos.

—No me sorprende —sonríe lentamente—. Me pregunto qué estará pensando ahora mismo.

Lo único que consigue es que me pregunte qué estará pensando *ella* ahora mismo. Su pelo cae en cascada por un hombro, ondeando suavemente con la ligera brisa. Esa ropa le sienta bien. Parece de pasarela.

Supongo que esa era mi intención. Si ella y yo íbamos a ser vistos juntos, y ese era sin duda el objetivo, ella tenía que estar a la altura. Tenía que parecerse al tipo de mujer con la que me verían: guapa, sexy, elegante, casi de la realeza.

Sinceramente, esperaba que se resistiera un poco más. En cambio, se rindió fácilmente. Se rindió a mi control sin cuestionarlo.

Y me la está poniendo jodidamente dura.

Si por mí fuera, la empujaría ahora mismo sobre esta manta de picnic y la provocaría hasta que me suplique que me la folle. El público que pase a nuestro lado puede echar un vistazo o meterse en sus putos asuntos. Pero cierto hermano mío observador de ardillas probablemente se opondría.

—¿Qué? —pregunta Alyssa cuando me pilla mirándola.

—Eres preciosa.

Se sonroja todavía más. Se aparta el pelo de detrás de la oreja, creando una cortina que oculta la mitad de su rostro. Se aclara la garganta. —¿Quizás Lev podría saltarse la fisioterapia por esta vez y quedarse con nosotros?

Levanto las cejas. —¿Te da miedo quedarte a solas conmigo, Alyssa?

Ella traga saliva. —¿Debería?

—Definitivamente.

URI

Amo a mi hermano. Mataría literalmente por él si tuviera que hacerlo. Pero ¿ahora mismo? El bastardo es el palo en la rueda.

¿Dónde demonios están George y Svetlana? Nunca tuve tantas ganas de verlos. Si no vienen y se llevan a Lev para que pueda tener a la pequeña *narushitel* para mí solo, podría volverme loco.

Alyssa lleva varios minutos sin mirarme a los ojos. Hace además de mostrarse tranquila e imperturbable, pero tiene los nudillos blancos, la cara pellizcada y los brazos con la piel de gallina.

Es tan desastre como yo.

Lev se pone de rodillas de repente. —¡Eh! Lo he visto. Lo he visto.

Alyssa sonríe, agradecida por la distracción, seguro. —¡Yo también quiero verlo! —Corre hacia Lev y las dos se sientan a mirar el árbol como si fuera a empezar a soltar hojas doradas.

Aprovecho y ajusto mi erección para que no sea tan evidente.

Cuando la ardilla salta a otro árbol, Lev la sigue. Alyssa da unos pasos tras él y se detiene. La sigo y apoyo las manos en sus caderas. Si al hacerlo me rozo con las curvas de su culo, bueno... es solo un feliz accidente.

Lev está ahora a varios metros de distancia, de espaldas a nosotros, mirando a otro árbol. Con el culo de Alyssa apretado contra mi entrepierna, deslizo una mano por su blusa y la otra por su falda. Ella reacciona al instante, jadeando e intentando zafarse de mi agarre. La vuelvo a colocar en su sitio de un tirón.

—Uri, ¿qué estás haciendo? Aquí no.

—¿Por qué no?

—¡Porque estamos en *público*!

—Eso no pareció molestarte anoche.

Incluso sus orejas se ponen rojas. —Lev está justo ahí.

Aprieto más mi polla contra su culo hasta que suelta un gemidito de impotencia. —Lev está

ocupado con su ardilla. Y yo me cansé de esperar.

Le aparto las bragas y deslizo los dedos en su interior. Vuelve a jadear y arquea un poco la espalda. Es perfecto porque me permite acceder exactamente a donde quiero estar. Está empapada.

—Ahh, Uri...

Le muerdo el cuello y empiezo a meter y sacar los dedos. Seguimos completamente expuestos, pero ya no tengo fuerza de voluntad para fingir que me importa. Solo quiero destrozarla. Y, si todo el mundo tiene que verlo...

Pues que así sea.

Lev da unos pasos hacia el árbol y Alyssa retrocede en respuesta. —Uri, no podemos... *ahh*... no podemos dejarlo... ver...

Para que se relaje un poco más, la arrastro de nuevo detrás del árbol y la apoyo contra el grueso tronco. Abre la boca y no tengo más remedio que morderle ese delicioso labio inferior. Gime dentro de mi beso y aprieto con fuerza su clítoris hasta que su cuerpo se estremece con el calor de su inminente orgasmo.

Le saco los dedos y detengo el orgasmo en seco. Me mira y vocaliza: *Imbécil*. Sonrío y me llevo los dedos empapados a los labios. Sin romper el contacto visual, me meto uno en la boca y la saboreo.

—Eres tan jodidamente dulce, princesa. ¿Quieres probar?

Le ofrezco un dedo, todavía empapado de su deseo. Sus ojos se agrandan, pero sus labios se entreabren automáticamente. Me chupa los dedos con avidez y no para hasta que están limpios.

—Buena chica. Ese es mi angelito bueno.

—¡Uri! ¡Alyssa!

Lev levanta la voz presa del pánico, probablemente porque ya no puede vernos.

Alyssa prácticamente me empuja, se baja la falda y sale de detrás del árbol con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Estamos aquí, Lev! No te preocupes.

La sigo hasta Lev, que se precipita hacia nosotros. —Creí que me habías dejado —murmura, cogiendo la mano de Alyssa.

Me alejo y los observo juntos. Su lenguaje corporal es relajado y confiado. Lev incluso la mira a los ojos. Esto tiene que ser la raíz de mi preocupación por esta mujer, ¿verdad? Ella es buena para él. *Genial* para él.

Pero, incluso mientras lo pienso, parece más una excusa que una explicación. Por suerte, veo el todoterreno a lo lejos. —Lev, tu transporte está aquí.

Normalmente, lo emociona volver a casa, a su lugar seguro. Pero hoy, su boca se dobla en las esquinas. —Pero quiero quedarme con Alyssa.

No conmigo. Con *Alyssa*.

Resisto el impulso de recordarle que fui yo quien lo llevó en brazos al baño las noches en que tenía demasiado miedo como para ir él solo. En lugar de eso, le doy una palmadita en el hombro. —Verás a Alyssa mañana, *brat*.

Empieza a sacudir la cabeza con ese movimiento de vaivén que me avisa de que se avecina un episodio. Estoy a punto de pasar al modo de control de daños cuando Alyssa se pone delante de mí.

—Tienes que descansar —regaña Alyssa suavemente—. Y a donde vamos es super aburrido. Sinceramente, ni siquiera quiero ir, pero... —baja la voz y me mira conspiradoramente—. Tu hermano me obliga.

Lev suelta una risita. —Desearías venir a casa conmigo, ¿eh?

—Oh, no tienes ni idea —dice con demasiada sinceridad en esa sonrisa de suficiencia que lleva puesta. Saluda con la mano a George y Svetlana y vuelve a mirar a Lev—. Gracias por venir hoy con nosotros.

Lev le hace un gesto brusco con la cabeza y le quita la mano. A continuación, se dirige al todoterreno sin saludar a George ni a Svetlana. Alyssa se queda de pie y saluda con la mano hasta que el vehículo desaparece por completo de su vista.

Cuando por fin se vuelve hacia mí, la miro fijamente. —¿Qué? —pregunta cohibida.

—Te estoy “obligando”, ¿eh?

Ella sonríe. —¿Podría haber dicho que no?

—¿Lo habrías hecho?

Pone los ojos en blanco. —No puedes responder a una pregunta con otra pregunta.

—¿No puedes?

—Bah —se queja e intenta apartarse de mí. Antes de que llegue lejos, la agarro y la atraigo hacia mí. Me golpea el pecho con un suave gemido que me da todo tipo de ideas.

—¿Estás lista? —pregunto.

—¿Lista para qué?

—Esto —entonces, la beso como si mi puta vida dependiera de ello.

La beso hasta que deja de responderme, hasta que sus piernas se rinden, hasta que sus ojos se desenfocan y su respiración es agitada. La beso hasta que sus brazos me rodean con fuerza. La beso hasta que puedo saborear lo mucho que me desea.

Se me ocurre que probablemente debería parar. Pero noto la humedad mientras la machaco. Sabe dulce, caliente y jodidamente perfecta.

Finalmente, consigo apartarme de ella cuando mi polla está a punto de traspasar mis pantalones.

Alyssa tiene las pupilas dilatadas y los ojos vidriosos. Tiene los labios hinchados y entreabiertos, y la cara enrojecida con el tipo de resplandor que surge de la pasión pura y desenfrenada.

Maldita sea. La necesito ahora.

La cojo de la mano y tiro de ella hacia donde aparcamos el coche. Me sigue, tropezando un poco, pero la mantengo firme y la ayudo a subir antes de deslizarme en el asiento de al lado. Las ventanillas son lo bastante oscuras como para que nadie pueda ver lo que hago a continuación.

La atraigo hacia mí y le subo la falda. Mi polla está dura y palpitante. Me duelen y me pesan los huevos.

Gime cuando le agarro las bragas y se las tiro hacia un lado. Le abro las piernas y rozo con la punta la húmeda raja entre sus pliegues.

Entonces, me abro paso.

Alyssa gime cuando empiezo a sacudirme dentro suyo. No le doy tiempo a que se sienta cómoda. La follo rápido, fuerte e implacablemente, abriéndole las piernas hasta que le arden los muslos de tanto esfuerzo.

Aprieta las palmas de las manos contra mi pecho e intenta recuperar el aliento, pero no hay descanso. Solo hay placer.

Solo hay esto.

Mi polla se hincha y se alarga dentro suyo, y noto el semen agitándose en mis huevos. Cuando vuelve a echar la cabeza hacia atrás, tiene los ojos cerrados y la boca abierta. Está perdida. Perdida por la sensación. Perdida por el placer. Perdida por mí.

Nos balanceamos juntos cada vez más rápido. El coche rebota con nuestro movimiento mientras el olor a sexo y sudor se hace más denso. Está jodidamente cerca de la cima.

Yo también.

Entonces, justo cuando está a punto de suceder, cierro de golpe mi boca sobre la suya, tragándome su grito. Siento el primer estallido de su orgasmo y eso me lleva al límite.

Gruño mientras me entierro en ella. Su coño me aprieta, sacándome hasta la última gota.

Después de lo que me parece una eternidad, la suelto con un suspiro lastimero. Cierro los ojos y Alyssa se pega a mí.

Nos quedamos así mucho tiempo, entrando y saliendo de la conciencia. Y entonces mi atención se centra en algo: los dedos de Alyssa en mi nuca. Me pasa los dedos por el pelo y, de repente, me doy cuenta de que ese gesto es mil millones de veces más íntimo que cualquier otra cosa que yo pudiera permitirme. Es la claridad post-orgasmo más brutal de mi vida. Como si acabara de oír todo el puto coro de voces de mi cabeza gritando, *ESTO ES UN ERROR.*

Traerla a mi mundo. Dejar que vea los oscuros rincones y grietas. Le hablé de *mis padres*, joder. Dejé que se relacionara con Lev. ¡Dejé que se relacionara conmigo!

Y ahora cree que podemos abrazarnos en un coche caliente y sudoroso, todavía vibrando con el

placer del otro, y hacer cosas como acariciarnos el pelo o cogernos de la mano.

No puedo permitirlo.

No por su bien.

No por el mío.

ALYSSA

Algo cambia, y no sé cuándo. En un momento, estamos practicando el mejor sexo en coche de la historia de la fornicación vehicular. Al siguiente, Uri está apartando parte de sí mismo de mí. Puedo sentirlo, percibirlo, tan seguro como si me cerrara una puerta en las narices y se metiera la llave en el bolsillo.

El trayecto en coche hasta casa es silencioso. No dice nada y no me toca mientras aparcamos y salimos. Voy a subir las escaleras cuando Uri se detiene de repente. Me giro para mirarlo, preguntándome por qué tiene la cara tan desencajada. —Es viernes —ruge.

—¿Y?

Tiene la mandíbula apretada. —Nuestro acuerdo sigue en pie.

Sus ojos se desvían hacia la puerta del sótano y me quedo helada. ¿No comimos juntos? ¿No salimos juntos? ¿Intercambiamos historias sobre traumas pasados y los seres queridos que perdimos?

¿Estaba todo en mi cabeza? La forma en que me mira ahora dice: *¿Realmente pensaste que eras diferente a las mujeres que vinieron antes que tú?*

—¿Me dirás al menos por qué? —grazno.

—No.

Parece tragarse toda la noche en esa pequeña palabra. Todo lo que he vivido esta noche, todo lo que he sentido, se desvanece como si no hubiera significado nada.

—¿Es porque recibirás a otra mujer aquí arriba?

Su cara no cambia en absoluto. —No importa por qué. Bajarás al sótano porque yo te lo he dicho. Prometiste comportarte. Ahora *compórtate*, coño.

Y así, con unas pocas palabras, me reduce a una prisionera. Me pone en mi sitio y me recuerda la verdad de nuestra situación. No soy su invitada, ni su amiga, ni mucho menos su novia. No me debe nada. No me debe ninguna explicación.

Si dice salta, solo tengo que preguntar qué tan alto.

Lo empujo y desciendo al sótano. En cuanto atravieso la puerta, la oscuridad me golpea y siento

un sollozo en el fondo de la garganta.

¿Qué demonios es esto? ¿Cómo estoy de vuelta aquí después de una semana de libertad?

Pero nunca fui realmente libre, ¿verdad? Todo era una ilusión.

Me quedé atrapada en el momento, atraída por su confianza y su carisma. Envuelta en el hermano y el hijo que era. Atrapada por lo protector que parecía ser con las personas más cercanas a él.

Y fui lo bastante tonta como para creer por un segundo que yo podría ser uno de ellos.

Una vez que gira la cerradura de la puerta del sótano, me desplomo hacia la cama y me tumbo en ella. En posición fetal, por supuesto, porque es ese tipo de noche.

Me he dejado llevar tanto por los acontecimientos de la última semana, almuerzos de picnic con Lev, largas conversaciones con Uri, la tranquilidad general de la vida en la superficie, que dejé completamente de lado las cosas que me importan.

Como Elle, por ejemplo. Su despedida de soltera. Su boda. ¡Se suponía que debía estar ahí para todo!

Pero, en lugar de eso, le dejé un vago mensaje de texto, siguiendo las instrucciones de Uri, y luego desaparecí. Debe pensar que soy la peor amiga de mierda en el planeta. Y no la culparía.

Ahora, además de la angustia, tengo que lidiar con la culpa.

Después de una hora dando vueltas en la cama, acabo en la ducha, intentando quitarme su olor de la piel. Durante todo el tiempo que me salpica el agua fría, me reprendo por ser una ingenua idiota. Luego, me pongo mi pijama más cómodo y me meto en la cama, decidida a ser más lista de lo que he sido.

Y, aun así, lo último que pienso antes de dormirme es, *¿me está mirando?*

~

ESTOY *a punto* de golpearme la cabeza contra la pared a la mañana siguiente cuando se abre la cerradura. Salgo corriendo de la cocina y veo entrar a Lev, que arrastra los pies, inseguro, mientras recorre la habitación con la mirada.

—¡Lev! —salta en su sitio—. Ups, lo siento. No quería asustarte —se retuerce las manos y evita mis ojos. Me acerco un poco más—. Siento haber invadido tu sótano otra vez.

Asiente en señal de acuerdo. —¿Puedo quedarme aquí?

—Por supuesto. Ponte cómodo.

Sigue ahí de pie, moviendo las manos. —¿Podemos... hacer algo juntos?

A pesar de lo mal que me siento ahora, esas palabras me calientan. No vino aquí por el sótano. Vino a verme a mí.

—Pensé que nunca lo preguntarías.

Se sonroja alegremente y, por supuesto, se dirige al rincón de los videojuegos. Lo sigo y nos dejamos caer en nuestros sitios habituales. Lev en la alfombra del suelo y yo en el sofá, justo detrás de él.

—El marido de mi amiga también juega mucho a videojuegos —le digo a Lev mientras pone su nombre de usuario. Estoy segura de que no me escucha, pero hablo de todos modos—. Apuesto a que ahora está metido en la planificación de la boda porque yo he desaparecido de repente...

Me detengo cuando la pantalla capta mi atención y aparece un cuadro de conversación en un lateral. Lev lo minimiza enseguida, pero me deja pensando.

Elle solía quejarse de cómo Liam se quedaba hasta tarde chateando con todos sus amigos jugadores en línea. Si Lev tiene un cuadro de conversación aquí, significa que está conectado a Internet. Lo que significa...

Tengo una conexión con el mundo exterior.

Me deslizo por la alfombra junto a Lev, que se pone rígido y me mira como si fuera a morderlo en cualquier momento. Me alejo un poco de él para tranquilizarlo y le sonrío. —¿Tienes algún amigo en línea con el que hables? —pregunto, señalando la función de conversación.

Lev se encoge de hombros.

—¿Podrías enseñarme a usarlo?

Asiente y me explica cómo funciona en un tono monótono y rápido. El corazón me late más deprisa mientras me lo explica. Es simple, sencillo, totalmente factible. Puede que este plan mío funcione. Solo tengo que esperar a que Lev vuelva arriba y confiar en que Uri no preste mucha atención a las cámaras de aquí abajo.

Mientras esté completamente vestida, supongo que estaré bien.

Ahora, todo lo que tengo que hacer es enviarle un mensaje a Liam.

Ayúdame a salir de aquí.

ALYSSA

El sábado se convierte en domingo.

Lev no ha aparecido hoy, lo que significa que no hay nada que distraiga mis pensamientos, o sea que giran furiosamente en torno a Uri, porque por supuesto que lo hacen. Comienza con rabia y se desliza hacia el anhelo que rápidamente se convierte de nuevo en rabia.

Resumiendo, soy un maldito desastre.

Y no tengo ni idea de qué hacer al respecto.

Esa es la cuestión: puedes saber algo intelectualmente y puedes sentir algo emocionalmente y, la mayoría de las veces, esas dos cosas están en conflicto directo entre sí.

Sé que Uri es malo para mí. Sé que es peligroso y egoísta y que probablemente me esté usando para sus propios fines. No debería importarme lo que haga o cómo viva mientras yo pueda ser libre.

Pero no puedo evitar sentirme destruida por dentro cada vez que pienso en él arriba con otra mujer.

Seguramente esa tiene que ser la razón por la que me destierra al sótano los fines de semana, ¿verdad? Quiero decir, ¿por qué otra razón me querría fuera de su vista, fuera de su mente? Está tratando de esconderme de su legión de prostitutas.

No estoy orgullosa de ese pensamiento extremadamente mezquino. Ni siquiera estoy enfadada con las mujeres sin rostro que probablemente esté devorando mientras camino por el sótano en círculos furiosos. Estoy enfadada con él por ser algo más que un bruto matón. Y estoy enfadada conmigo misma por permitirme sentir eso por él.

Me estoy poniendo muy nerviosa cuando se abre la puerta del sótano. Doy vueltas preguntándome con quién voy a tener que vérmelas. Ya tengo los ajustes preparados para cada cara.

Svetlana: educada reserva.

Lev: amabilidad maternal.

Uri: fuego y azufre y una horca, si puedo hacerme con una.

Cuando veo quién es, subo la temperatura y saco el azufre y los cuernos. Hasta que veo el paquete en las manos de Uri, con un logotipo familiar en la parte delantera.

—¿Es eso de Kenny's Shakes and Bakes?

Lo acerca a la mesita del salón y lo deja en el suelo. —Hace unos días mencionaste que te encantaban su tarta de limón y merengue y sus tartas ópera, así que te traje un par de cada.

Lo miro con los ojos entrecerrados, negándome a dejar escapar mi enfado. —Me estás sobornando.

—No —responde con frialdad—. Solo pensé que te gustarían.

—Cierto. Porque eres así de considerado.

Se mete las manos en los bolsillos. —¿Por qué me siento como si hubiera entrado en una jaula de combate?

—¡Tal vez porque me tienes encerrada en una jaula! —le respondo bruscamente—. Te agradezco los dulces, pero preferiría poder subir.

La cara de Uri se vuelve inexpresiva. —Hoy no. Mañana.

Me corroe la curiosidad. No, tacha eso, es la inseguridad la que me corroe. Tal vez por eso no estoy dispuesta a dejarlo salir de este sótano hasta obtener algunas respuestas.

—Tu novia no sabe lo de la prisionera que escondes aquí abajo, ¿eh? Probablemente arruina todo el ambiente romántico que estás tratando de inventar.

Él entrecierra los ojos. —Estás buscando pelea, Alyssa, pero no caeré.

Aprieto los dientes. Tiene razón, busco pelea. Busco una razón para creer que aún le importo. Solo un pequeño indicio. Es patético, pero no puedo apagar mis sentimientos y, ahora mismo, gritan mucho más fuerte que mi sentido común.

—Solo vete. He terminado de mirarte a la cara.

Los ojos de Uri arden y sus cejas se arquean hacia abajo. —Esto no funciona así. Yo te digo lo que tienes que hacer, *narushitel*. No al revés.

Me burlo. —¿Cuál es el problema? Deberías estar deseando volver arriba con la última puta que tienes escondida.

—Hoy necesitas un subidón de endorfinas, ¿verdad?

—¡Lo que realmente necesito es mi *libertad*!

—Que perderás en el momento en que te pierda de vista. Junto con tu vida.

—Claro. ¿Porque hay grandes hombres malos que quieren atraparme? Por favor. ¿Crees que nací ayer? No hay hombres malos. Solo estás tú y quieres retenerme aquí.

Empiezo a romper su contención. Puedo verlo en el apretón de su mandíbula y sus nudillos blancos. —¿Por qué querría retenerte aquí?

Me encojo de hombros agresivamente. —Para usarme, para controlarme, para follarme cada vez que te entran ganas. Te excita, ¿verdad? Te encanta, maldición.

Camina hacia mí y mi cuerpo estalla en hormigueos. No es la respuesta habitual cuando estás en medio de una pelea. Pero nada de esto es "habitual".

—No tienes ni idea del mundo en el que te has metido.

—En realidad, sí. Son todos iguales. No eres más que el último de una larga lista de hombres poderosos con dinero hasta el techo que creen que eso les da derecho a hacer lo que les salga de los cojones a quien les salga de los cojones. ¿Adivina qué, Uri Bugrov? No es así —me acerco a él y me meto en su espacio—. No puedes usarme y follarme y luego desecharme cuando decides que quieres follarte a otra...

—¡*Blyat'*, Alyssa! —ruge—. ¡No hay otra mujer! —cierro la boca cuando me mira con desprecio —. No traigo a nadie más ahí arriba. Y ya que pareces tan nerviosa, tampoco me follo a nadie más.

Ahora mi corazón late irregularmente. *Todo* se siente desigual, en realidad. Quizá fue un error acercarme tanto. Entre sus palabras y su olor, me siento un poco débil en las rodillas.

Me agarra por la nuca y me acerca la cara a la suya.

Debería estar aterrorizada.

No lo estoy.

—¿No hay nadie más? —susurro con timidez.

Sus ojos brillan. Lo siguiente que recuerdo es que me está besando tan fuerte que siento que la cabeza me va a estallar. Cuando por fin se separa, corro el riesgo de volcarme. Pero él sigue teniendo mi cuello en la palma de su mano.

—Somos solo tú y yo, Alyssa. No hay nadie más.

Luego me empuja contra una de las paredes del sótano y empieza a rasgarme el pijama. Por primera vez, no siento el frío del sótano. Lo único que siento es su calor, su fuerza, su deseo por mí.

¿Cómo hemos acabado aquí tan rápido?

La vocecita molesta en el fondo de mi cabeza me hace saber su opinión. *Porque te dijo exactamente lo que querías oír.*

Pero no estoy dispuesta a cuestionarlo ahora. Tampoco estoy dispuesta a detenerlo. Sus labios bajan sobre los míos una y otra vez. Acepta el beso como si le perteneciera. Como si tuviera el derecho inalienable a hacerlo.

Es una mezcla de besos, caricias y ropa que se cae. En un abrir y cerrar de ojos, estoy desnuda, con una pierna enganchada sobre el muslo de Uri. Estoy tan mojada que él se desliza con facilidad. Empieza a bombear con fuerza, golpeando mi cuerpo contra la pared como si quisiera castigarme con cada embestida.

Solo pasan unos minutos antes de que sucumba a un orgasmo babeante y espasmódico. Mientras sus manos recorren mi cuerpo, dejando estelas de calor amoratado por donde pasan, intento controlarme; intento recordar que esto es temporal. Cualquier cosa que queme tan salvajemente no está destinada a durar.

Tenemos una fecha de caducidad y llegará antes de lo que creo.

Quizá por eso me entrego al momento y dejo de cuestionarlo.

Tal vez por eso esto se siente como una despedida.

Tal vez por eso, mientras me corro con fuerza contra la pared, no puedo evitar que las lágrimas rueden por mis mejillas.

URI

Los ojos de Nikolai se clavan en mí como un láser. —¿Hay algo que quieras decirme?

Me resisto a poner los ojos en blanco. —Siempre estás tan relajado cuando vuelves de esos viajes de negocios. Deberías hacerlos más a menudo.

—Cerré el trato de la fusión con Benioff y conseguí tres nuevos inversores. De nada.

Pero sigue teniendo esa mirada calculadora. La que pone cuando tiene un montón de cosas que decir, pero quiere que yo muestre mi mano primero. Otra cosa que aprendió de nuestro padre.

—Tienes algo que decir, Nikolai. Solo dilo.

Se echa hacia atrás en su asiento. Por su forma de actuar, cualquiera diría que es él quien está en la silla del jefe. —Escuché que tuviste una pequeña salida justo antes del fin de semana.

Esta vez, no puedo contener la mirada. —¿Quién te fue con el chisme?

La espalda de Nikolai se endereza. —¿Quién no lo hizo? *Todo el mundo* habla de eso. No te han visto con ella una sola vez, te han visto con ella dos veces. La ascendiste de caramelo del brazo a novia. La hiciste importante —sus palabras calan hondo y se me revuelve el pecho. Tiene razón —. Sea lo que sea lo que tienes con ella, tienes que parar. Ahora.

Estoy tan enfadado conmigo mismo que no me queda espacio para enfadarme con Nikolai. No se equivoca.

—Ya se ha acabado —retumbo.

—Eso ya lo has dicho antes.

Golpeo la mesa con el puño y Nikolai se da cuenta. Aprieta la mandíbula y frunce las cejas. —He terminado —reitero—. No hay nada más que discutir.

No es una mentira total. Lo *he* terminado, solo que no se lo he dicho todavía. Por supuesto, existe la posibilidad de que Alyssa ya sospeche algo. Ayer me separé de ella solo para encontrarme con lágrimas cayendo por sus mejillas. Intentó esconderlas y yo fingí que no las veía. Pero la tristeza en su rostro fue el último clavo en nuestro ataúd.

Hemos estado jugando con fuego todo este tiempo. Lo que tenemos nunca se hizo para durar. Y, cuanto antes termine, mejor.

—¿Puedo preguntarte algo sin que te pongas a la defensiva y sarcástico?

Miro fijamente a mi hermano. —De nosotros dos, tú eres el sarcástico.

Suspira y me mira, así que le hago un gesto cansado para que continúe. —¿Qué pasa con ella? —pregunta.

Me muevo en mi asiento, haciendo todo lo posible por parecer indiferente y despreocupado. —No lo sé.

—Vamos, hermano —se inclina hacia delante, con los codos sobre las rodillas—. Has estado con muchas mujeres. Ninguna de ellas mantuvo tu atención más de una noche. ¿Qué tiene esta de especial?

Hay cien respuestas diferentes que podría darle. Desde el momento en que vi esa horrible ropa interior mirándome mientras colgaba de mi valla, estoy enamorado. Ronca cuando está agotada. Arruga la nariz cuando intenta decidir si estoy siendo serio o sarcástico. Parpadea dos veces antes de estornudar y elige creer lo mejor de la gente incluso cuando la evidencia sugiere que no debería. Cualquiera de ellas bastaría.

Sin embargo, en lugar de decir nada de eso, opto por la explicación más sencilla y a la vez más pesada. —Es buena con Lev.

Las cejas de Nikolai golpean el techo de su frente. —Nadie es bueno con Lev.

—Excepto ella.

Se inclina un poco hacia mí. —¿Y Lev?

—Creo que Lev podría estar experimentando su primer enamoramiento post-accidente.

Nik se queda callado unos instantes mientras lo asimila. —¿Follártela es tu retorcida forma de tenerla cerca para él? —aventura.

Frunzo el ceño. —Es buena en eso. Por eso vuelvo a por más —esas palabras deberían ser más fáciles de decir de lo que son. Tal y como están las cosas, es como escupir veneno.

—¿Por qué crees que es tan buena con Lev?

Estoy a punto de contarle lo de Ziva, pero algo me detiene. Me parece mal contarle algo que Alyssa me contó en confianza. —¿Cómo coño voy a saberlo? —me burlo.

Alza los brazos en señal de rendición. —Tu preocupación por ella ha sido notada, Uri. Eso es todo lo que intento recalcarte.

—Genial. Tu preocupación por mi preocupación ha sido notada.

—No seas imbécil. Estoy haciendo esto por la familia. No quiero que Polly y Lev se vean afectados por tu mierda personal.

Me pongo en pie. —No tengo nada personal. Tengo esta Bratva y esta familia, eso es todo.

—¿Y si hubiera que elegir?

Eso me echa para atrás. —¿De qué demonios estás hablando?

—Si tuvieras que elegir entre ella y nosotros, ¿qué harías?

Le fulmino con la mirada. —¿Es una pregunta de verdad o solo intentas molestarme?

—Por cómo te has estado comportando últimamente...

—Nunca elegiría nada ni a nadie por encima de esta familia. Juré proteger a Lev y Polly y eso es lo que haré hasta que el último aliento abandone mi cuerpo. Puedes dudar de todo lo demás que digo y hago, pero nunca dudes de eso.

A Nikolai le brillan los ojos, pero al final asiente. —De acuerdo, hermano. Entendido.

Me acerco a la ventana, preguntándome por qué aún no se ha largado de mi despacho. Seguro que se da cuenta de que necesito espacio.

—Hay algo más —llega su voz desde detrás de mí.

Cierro los ojos y suspiro. *Claro que sí*. —Dímelo.

Nikolai saca el expediente que trajo hace casi una hora y lo desliza por la mesa hacia mí. —El cuerpo de Igor apareció anoche.

Mierda.

No dudo en abrir el archivo. Me esperaba algo malo, pero lo que me encuentro es francamente sangriento. Es jodidamente inhumano lo que los animales de Sobakin hicieron con el cuerpo de Igor. Solo espero que haya muerto antes de lo peor.

—Una muerte limpia era todo lo que hacía falta para transmitir su mensaje —dice Nikolai con una mueca audible—. Mutilaron su cadáver para enviar un mensaje.

—Bueno, entonces tenemos que enviarles nuestro propio mensaje.

Nikolai se levanta y se acerca al cajón cerrado que contiene los informes que no he revisado en más de un año. No es porque no me interese, sino porque he memorizado cada palabra de cada página.

—Hay demasiadas preguntas sin respuesta, Uri —reflexiona mientras teclea el código de la cerradura, abre el cajón y empieza a hojear las carpetas—. Ambos lo sabemos. Está todo ahí, en blanco y negro.

—No lo he olvidado.

Aprieta los labios como si intentara evitar que se le escapen más palabras. —No. Yo tampoco.

Nuestras miradas se cruzan y, en nuestra rabia y nuestro dolor compartidos, todo lo demás se desvanece y soy capaz de ver a mi hermano.

—Sus días están contados. Te lo juro.

Nikolai niega con la cabeza. —No quiero juramentos. Quiero acción. Quiero *venganza*, coño.

Hace mucho que no abro el cajón. Ver el cuerpo de Igor me hace darme cuenta de que necesito

sumergirme de nuevo. Necesito recordarme a mí mismo por qué estoy aquí y por qué hago todo esto.

Al igual que Nikolai...

Necesito venganza.

URI

—¿Cómo estuvo tu día, Lev?

Es la tercera vez que Polina pregunta y tengo la sensación de que no parará hasta obtener una respuesta de él.

—Lev, Polly te hizo una pregunta.

Me mira sólo un segundo. —Quiero a Alyssa.

—¿Alyssa? —pregunta de inmediato. Sus ojos se clavan en mí—. ¿Quién es?

—Mi amiga —responde Lev sin perder el ritmo. Seguro que ahora se decide a hablar—. Es mi amiga muy bonita.

Puede que el cariño de Lev por ella se le esté yendo un poco de las manos. En cuanto lo pienso, resoplo. *Que irónico viniendo de mi parte*. Estoy diez veces más encariñado que él.

—¿Has hecho una nueva amiga? —pregunta Polly con un tono más alegre. Espera a que Lev vuelva a hundir la cabeza en su tazón de cereales para volverse hacia mí y bajar la voz—. ¿Es una persona de verdad?

Sacudo la cabeza. —A veces le gusta jugar a fingir. Eso es todo lo que es.

—Nunca había nombrado a un amigo imaginario. Y menos a una "muy bonita".

Me encojo de hombros. —Hay una primera vez para todo.

Afortunadamente, ella deja el tema. En cuanto Lev termina su tazón de cereales, nada menos que para cenar, salta de la silla y se dirige directamente a la sala de juegos.

—Sigo esperando a acostumbrarme a eso —dice Polly, tan suavemente que casi me lo pierdo.

—¿A qué?

Se encoge de hombros. —A Lev. A que sea... diferente.

Me devano los sesos buscando algo que decir, lo que sea, pero me quedo en blanco. —¿Qué tal el colegio? —pregunto en su lugar. Pol hace una arcada. Levanto las cejas—. ¿Se supone que debo saber qué significa eso?

—Sabes lo que significan los sonidos de Lev —mis cejas se alzan un poco más. Hacía tiempo que Polly no sonaba como una adolescente malcriada—. Vaya, lo siento —dice con un suspiro —. Eso ha sido una putada.

—Está bien. Parece que pasa algo. ¿Quieres hablar de ello?

—No es nada importante. Solo Rachel siendo Rachel.

—¿Pensé que tú tenías tu lado de la escuela y ella el suyo?

Sonríe un poco. —*Estabas* escuchando.

—Lo hago de vez en cuando.

Ella asiente. —Lo sé. Pero Nikolai no.

Aunque a veces me dan ganas de darle una patada en el culo, también siento la necesidad de defenderlo. —Últimamente tiene muchas cosas entre manos. Yo no me lo tomaría como algo personal. ¿Qué está haciendo Rachel ahora?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Si te está afectando, te aseguro que quiero saberlo.

Reprime una sonrisa. —Honestamente, todo son juegos mentales con ella. Nos está enemistando a Clare y a mí. Se excita con el poder.

—¿Necesitas que vaya y lo solucione?

—¡No! —mi hermana parece horrorizada—. Eso solo empeoraría las cosas.

—¿Cómo?

—¿Que mi hermano mayor vaya a “solucionar” las cosas con la abeja reina? Qué vergüenza.

—Si cambias de opinión, estoy aquí.

—Lo recordaré —me mira de reojo—. Sé que no iba a venir a casa el próximo fin de semana, pero estaba pensando, no sé... tal vez podría hacerlo.

—Sabes que puedes venir a casa cuando quieras —hago una pausa y pregunto—: ¿Hay alguna razón en particular?

Hace una mueca de dolor y duda.

—Polina.

Con un suspiro, suelta la respiración contenida y su barbilla cae sobre su pecho. —Hay algún estúpido evento en la escuela que requiere que uno de los padres esté presente —explica—. Simplemente no siento que quiera estar allí para eso.

—Puedo estar allí —sugiero—. O Nikolai.

—Ninguno de los dos son mis padres.

—Te das cuenta de que te he cambiado los pañales, ¿verdad?

—Asco, para.

—Pol...

—Solo quiero venir a casa, ¿vale? Dijiste que podía volver a casa cuando quisiera y quiero volver el próximo fin de semana. Eso es todo.

Asiento y cedo. —Lo que tú quieras.

Pero, incluso mientras lo digo, sé que no es verdad. Nadie, por muy poderoso que sea, puede tener lo que quiera.

Aunque sea algo tan simple como querer recuperar a tus padres.



ESTOY TAN absorto en las fotografías y los informes que tengo delante que no oigo entrar a Nikolai hasta que su sombra se posa sobre el escritorio.

Verlo todo en blanco y negro... me devuelve al momento. El horror de ese día. Ver a Nikolai recibir la llamada y congelarse en el acto. Estuvo catatónico tanto tiempo que yo cogí el teléfono y me hice cargo.

A veces, todavía siento que no me ha perdonado por eso.

—¿Cuánto tiempo llevas mirándolas?

—Desde que Polly se fue a la cama, hace un par de horas.

Obligo a mis ojos a apartarse de las fotos del barranco donde encontramos el coche. Era uno de los favoritos de papá. Un Ferrari 458 de época. Nunca había sido tan consciente de que todos conducimos pedazos de hojalata, a un giro equivocado del volante de la muerte.

—Sigue siendo todo muy extraño, hombre. Un maldito sinsentido. Todo lo que realmente tenemos es el hecho de que uno de los hombres de Sobakin estaba en el tren que descarriló en la carretera.

Saco la fotografía del hombre en cuestión. Ivan Federer. El accidente casi le arranca el brazo derecho. No importó, fue una de las diecisiete personas que murieron aquel día.

—¿No es suficiente?

Saco el informe técnico por el que tuvimos que sobornar a todo el maldito departamento de policía solo para recibirlo meses después del descarrilamiento. El tren en cuestión había sido probado apenas unas semanas antes. Todo estaba en orden. Nada hacía pensar que en el futuro pudiera producirse una avería crítica.

La ira vuelve a inundarme. No la había sentido tan ardiente y urgente desde sus muertes. Mis brazos se flexionan y las venas estallan.

—Canaliza esa rabia, hermanito —me anima Nikolai, poniendo las manos sobre mi escritorio e inclinándose hacia mí—. Es la única forma de lidiar con ella.

Nuestros ojos se cruzan y puedo ver en ellos la misma rabia que siento yo. Tengo los nudillos blancos y doloridos. Nikolai asiente. —Siempre has reprimido tu ira. La has apartado, te has negado a sentirla.

—Claro que sí —gruño—. Si no lo hiciera, sería totalmente inútil.

Nikolai sacude la cabeza. —Yo nunca he dejado de sentirla. Está conmigo, día tras día. He aprendido a vivir con ello.

—No puedo permitírmelo.

—¿Por qué no?

—Porque tengo que pensar en Lev y Polly —gruño—. ¿De verdad crees que podría criarlos si estoy tan jodidamente enfadado todo el tiempo?

Nikolai se queda boquiabierto. Se aparta de mí un momento antes de volver a girarse rápidamente. —Sobakin está haciendo lo mismo que entonces. ¿Sabes por qué tuvo éxito? Porque libró su batalla desde las sombras.

—Como un cobarde.

—Puede ser, pero lo importante es que ganó. ¿Qué importa cómo ganó?

Frunzo el ceño. —A mí me importa.

—Probablemente también le importaba a Otets. Ahora, está muerto.

Golpeo la mesa con los puños y me pongo en pie. —No hagas esto.

Los ojos de Nikolai arden de furia, pero esta vez, esa furia va dirigida a mí. Se endereza, retrocede unos pasos y respira hondo. —Como quieras.

—Así es. Es lo que yo quiera.

Nikolai suspira y, sin más, vuelve a ser mi hermano. —¿Cómo está Polina?

—Ella está bien. Es una chica dura. Pero creo que nos echa de menos. Quiere pasar más tiempo en casa.

—Con Sobakin desbocado, quizá no sea la mejor idea.

—No voy a decirle que no puede venir a casa, Niko.

—No me refería a eso y lo sabes.

—Sí —me aclaro la garganta—. Lo sé.

Algunos días me pregunto cómo sería nuestra dinámica si no nos lanzáramos al cuello del otro cada vez que podemos. ¿Qué quedaría si no tuviéramos esta ira?

—Me voy —los ojos de Nikolai se posan en los expedientes que tengo delante—. Duerme un

poco, ¿sí?

Se da la vuelta y se va sin esperar una respuesta que yo nunca iba a dar. ¿*Dormir un poco*? Los dos sabemos que eso no va a pasar.

URI

Por supuesto, no sigo el consejo de Nikolai.

Me quedo despierto otra hora, mirando las fotos del forense de los cadáveres de mis padres después de que los encontráramos en el barranco. No sé por qué me quedo ahí sentado tanto tiempo. Es una forma de autocastigo que creía haber eliminado hace años.

Cuando por fin lo vuelvo a meter todo en el cajón, sé que esta noche no podré dormir.

Cansado como estoy, mis retinas arden con las imágenes. Con los recuerdos.

Lo que necesito ahora es un analgésico. Algo que me alivie. Cojo el carrito del bar, pero, tres vodkas después, me siento más excitado que nunca. La adrenalina me recorre y me recuerda que estoy vivo y ellos no.

Puta mierda.

Es la caja de Pandora y la tapa está abierta de par en par. Puedo ver todos mis pecados revoloteando en el aire a mi alrededor, listos para embestirme en el momento en que exponga mi cuello. Camino por el suelo de mi despacho. En cada vuelta, cuando paso junto a mi escritorio, dejo que mi mirada se detenga en la pantalla oscura de mi monitor. Sería fácil encender las cámaras. Solo para echar un vistazo.

Si el vodka no me arregló, ¿tal vez ella podría?

Coño, no.

Pero el pensamiento persiste. Y, cuanto más tiempo pasa, más fuerte se hace. *Solo un pequeño vistazo. Una miradita y puedes apagar la cosa.*

Sé que es peligroso. Soy un adicto y ella es la droga que no puedo dejar. Es solo que nada me ha hecho sentir tan bien como estar dentro suyo. Nunca me he perdido tan completamente como cuando estoy allí, compartiendo aliento, piel con piel, sus ojos clavados en los míos y los míos en los suyos. No tengo ni idea de por qué. Y, por muy guapa que sea, no puedo dar crédito a esos preciosos ojos ni a esos labios de capullo de rosa.

Es todo lo demás de ella lo que me atrae. Su risa cuando ve algo gracioso. Su sonrisa cuando me digno a decirle algo medianamente decente. Esa suave melodía de su voz cuando intenta calmar a Lev.

Esas son las cosas en las que pienso cuando la anhelo.

Acabo delante del monitor, con las manos agarrando con fuerza los bordes del escritorio mientras crujen de vida. A pesar de lo tarde que es, ella sigue levantada, tumbada en la cama boca abajo con un libro.

Ni siquiera la observo tanto tiempo antes de que mi voluntad se desmorone. Con el vodka aún ardiendo en mi garganta, me dirijo al sótano como un animal listo para ser desenjaulado.

No lo hagas. No lo hagas. No lo hagas.

Es un estribillo constante hasta que giro el pestillo de la puerta y la abro de un empujón. Se levanta de sopetón, con los ojos muy abiertos y alarmados.

—¿Uri...?

Solo el sonido de mi nombre en sus labios es un bálsamo para mi alma. Cierro la puerta y camino hacia ella, preguntándome cómo empezar siquiera a explicar mi presencia aquí.

Alyssa me mira a la cara y frunce el ceño. —¿Estás bien?

Sus ojos bajan hasta mis brazos y es entonces cuando me doy cuenta: mis manos se cierran en puños como si estuviera listo para luchar. Lo que ella no sabe es que ya estoy luchando.

Luchando contra demonios que no puedo alcanzar.

Luchando contra un pasado que no puedo cambiar.

Sale lentamente de la cama y se me acelera el pulso. No lleva su habitual pijama extragrande. Lleva un minúsculo pantalón corto azul claro y una camiseta de tirantes ajustada que deja bien claro que no lleva sujetador.

—Uri... —murmura de nuevo, dando unos pasos tentativos hacia mí.

Incluso mientras me reprendo por haber venido aquí en primer lugar, una parte de mí es consciente del hecho de que no había forma de evitarlo. Esta mierda era inevitable. Tan imparable como un tren fuera de control.

Espera a que le diga algo, pero, cuando no le digo nada, sigue acercándose hasta quedarse delante de mí. No parece enfadada ni molesta. Debería, pero no es así. El pellizco de sus cejas y la inclinación hacia abajo de su boca me dicen que está preocupada.

Con los ojos fijos en mi cara, alarga la mano y me la coge. Me sobresalto, pero ella me ignora. Me aprieta los dedos.

Dios mío, qué bien sienta. Mejor de lo que debería.

—Algo va mal —no es una pregunta.

Otro paso la acerca lo suficiente como para sentir cada respiración fantasmagórica contra mi piel. Su pecho sube y baja y sus pechos rozan mi torso. Cuando me toca el antebrazo con la mano libre, me estremezco y hago una mueca.

—No sé cómo arreglarte, Uri —susurra tímidamente—. No sé cómo arreglar lo que está roto en

tu vida. Pero... tal vez pueda hacerte sentir un poco mejor. Solo por ahora.

Se pone de puntillas y roza mis labios con los suyos. Es el beso más suave que he recibido nunca y me deja con ganas de más.

—Por eso acudiste a mí, ¿no? —pregunta, sin rastro de acusación en la voz—. Querías sentirte mejor.

Como no contesto, tira de mí hacia la cama y me sienta en el borde. Se coloca entre mis piernas y sus manos caen a ambos lados de mi cara. La miro, hipnotizado por lo jodidamente hermosa que es, lo jodidamente etérea que parece. No es de este mundo. No es de *mi* mundo.

Pero ella está aquí.

Su calor me eriza la piel, se abre paso a través de mi cuerpo y expulsa la ira y el frío. Mis manos se dirigen a sus caderas como si tuvieran mente propia.

Sus ojos se clavan en mi cara. Pero no me pregunta nada más. Se arrodilla delante de mí y empieza a bajarme la cremallera. Si fuera más racional, me preguntaría cómo sabe exactamente lo que necesito. Me preguntaría si esto entre nosotros ha llegado tan lejos que ha cruzado la línea y se ha convertido en algo completamente distinto.

Pero entonces su mano me acaricia la polla y dejo de pensar por completo. Su boca encuentra mi dureza y mi mente se queda en blanco. Los últimos vestigios de ira desaparecen por completo.

Solo somos Alyssa y yo, flotando en un vacío creado por nosotros mismos.

Me chupa la cabeza de la polla, dejando que chorros de su saliva corran por el tronco antes de cubrirme los huevos. Va despacio, masajeando suavemente mientras me introduce más profundamente en su boca. Cuando mi polla llega al fondo de su garganta, mi sentido de la moderación desaparece junto con mi ira.

La agarro por la cabeza y empiezo a mover las caderas hacia arriba, hacia su boca.

Me agarra los muslos con las manos, pero mantiene la cabeza firme.

Con la mandíbula apretada, le follo la boca con tanta fuerza que empiezo a sudar. Sus jadeos estrangulados me incitan a perderme en su calor y su humedad.

Nunca me sentí así. Con nadie.

Finalmente, no puedo contenerme más. Hago erupción en su boca, chorreando semen por el fondo de su garganta. Incluso después de soltarle la cabeza, no se retira. Sigue chupando mientras mi cuerpo se descontrola.

—Joder —gruño mientras ella sigue chupándomela mucho más allá del punto del orgasmo—. ¡*Joder*!

Me desplomo contra la cama, pero siento como si estuviera pegada a mi polla. Sigue chupándomela. Con fuerza. Tan fuerte que, en cuestión de segundos, vuelve a tenerme listo, a punto de correrme otra vez.

—*Joder*... Alyssa...

Su nombre se escapa de mis labios y, aun así, no deja de chupármela. En cuanto sus dedos me acarician los huevos, vuelvo a explotar dentro suyo. Ella vuelve a chupármela como si no hubiera tenido suficiente la primera vez.

Mientras los latidos de mi corazón se ralentizan, todo lo que quiero hacer ahora es cerrar los ojos y dormir. Un sueño sin sueños, preferiblemente. Pero la razón por la que vuelvo a erguirme es que quiero dormir aquí con ella.

Sigue de rodillas delante de mí. *Dios, lo que daría por besarla ahora mismo.*

Esa es mi segunda razón para irme. En realidad, ¿a quién quiero engañar? Tengo miles de esas.

Pero me permito un momento de debilidad. Acaricio su mejilla perfecta y sonrosada con el dorso de los dedos.

Entonces, me levanto y me largo.

Porque, a pesar de lo que sé que quiero, también sé que no puedo tenerlo. Venimos de dos universos infinitamente diferentes. Somos dos personas completamente diferentes. No podemos existir juntos en ninguna de las dos esferas.

Todo lo que tenemos son estos momentos robados en el silencio entre nuestros mundos.

La miro a los ojos durante un segundo. Luego, me separo de ella y corro hacia la puerta. No me doy vuelta antes de salir.

Si lo hago...

Puede que no me vaya.

ALYSSA

La ducha caliente hace un buen trabajo limpiando mi cuerpo.

¿Pero mi cabeza? Sí, no tanto.

Para cuando salgo a la fuerza de debajo del chorro de la ducha, tengo los dedos arrugados y no estoy más cerca de saber qué hacer que antes.

De una cosa puedo estar segura: Uri me buscó. Estaba pasando por algo y acudió a *mí*. Puede que yo esté luchando por controlar lo que siento por él, pero ahora estoy segura de que, a su manera, él está luchando exactamente igual.

Somos como imanes de polos opuestos. Por mucho que luchemos, fuerzas que escapan a nuestro control nos vuelven a unir.

Me palpita el corazón desde que se fue. Me duele un poco la mandíbula y todavía tengo la lengua salada por su sabor, pero no me arrepiento de nada.

Y eso, de por sí, me asusta.

¿No *debería* arrepentirme? ¿Una mujer normal que se respete a sí misma no estaría horrorizada por la forma en la que Uri me trata? ¿Como si yo fuera prescindible para él? ¿Un juguete sexual que puede usar y tirar cuando le plazca?

Es muy posible que me esté utilizando. Demonios, prácticamente ha dicho esas mismas palabras. Pero hay momentos entre el sexo salvaje y las peleas apasionadas en los que hace algo que me hace pensar que soy algo más que un polvo conveniente para él.

Algo tan sencillo como un trozo de tarta o tan intenso como rozarme la cara con la más suave de las caricias hace unos minutos, justo antes de irse. Por insignificantes que parezcan esos gestos a primera vista... me parecen importantes.

Significan algo.

No me atrevo a volver a la cama. En lugar de eso, camino. Voy y vengo de la cama a la zona de juegos una y otra vez, dejando huellas en la alfombra.

Cuanto más tiempo permanezco aquí, más difícil me resulta tener perspectiva. Más difícil me resulta salir del pozo negro emocional en el que estoy cayendo. Cada día, me apego un poco más a Lev. Me enamoro un poco más de Uri. Me convenzo de que lo que tenemos los dos es normal.

No lo es.

¡Follarme la boca y luego largarse no es *normal*!

¡Encerrarme en un sótano durante los fines de semana por alguna razón desconocida no es *normal*!

Buscarme para tener sexo cada vez que está molesto y luego desaparecer cuando más lo necesito, ¡definitivamente no es *normal*!

Solo tengo que actuar mientras aún lo creo. Antes de que esté tan enamorada para aceptar que esta es mi nueva vida y que Uri dicte cómo va.

Animada por mi nueva determinación, corro a la zona de juegos y enciendo la pantalla por si Liam vio mi solicitud de amistad y me aceptó. Realmente no espero que funcione. La boda está a la vuelta de la esquina. Estoy segura de que el novio no tendrá tiempo para...

Solicitud de amistad aceptada.

Quiero llorar. Hoy estoy muy agradecida por el amor obsesivo de Liam por los videojuegos. Si alguna vez salgo de este sótano, le compraré una Xbox nueva con todos los adornos.

Jadeo cuando veo que el icono del avatar de Liam se vuelve verde. ¡Está conectado! Agarro el mando a distancia y empiezo a teclear rápidamente en nuestro cuadro de conversación privado.

ALYSSA: ***Liam. Soy Alyssa. Sé que es tarde, pero si estás ahí, ¿puedes llamar a Elle pronto? Es urgente.***

LIAM: ***Espera. Voy a buscarla.***

Me estoy volviendo loca. Mi corazón está bombeando rápido, mis piernas se sienten como gelatina y estoy casi segura de que estoy *asíííí* de cerca de orinar mis pantalones.

Salto de nuevo cuando veo aparecer los tres puntitos en la pantalla que significan que alguien, esperemos que Elle, está escribiendo.

LIAM: ***¡Alyssa! ¿Quá. Puta. Mierda?... ¿Dónde coño estás?***

ALYSSA: ***En primer lugar, siento tanto haberme perdido tu despedida de soltera.***

LIAM: ***¿Crees que me importa esa mierda? ¿Dónde coño estás? ¿Debería llamar a la policía? Solo dime y marcaré el 911 ahora mismo.***

ALYSSA: ***No. No lo hagas. Estoy bien. Estoy a salvo.***

¿*Estoy* bien? ¿*Estoy* a salvo? No tengo ni idea de por qué le miento a mi mejor amiga, pero mi instinto me dice que no miento por ella ni por mí.

ALYSSA: ***Estoy en un trabajo.***

LIAM: ***Claro. Cuba. Recibí tu patético mensaje de texto, Lys. No explicaba nada exactamente. ¿Sabes cuántos mensajes te he enviado en las últimas dos semanas?***

ALYSSA: ***¿Muchos?***

LIAM: ***Una puta tonelada. ¿Por qué no has contestado? ¿Y por qué coño estamos mandándonos mensajes en este juego de mierda en vez de en nuestros teléfonos como la gente normal?***

ALYSSA: ***Todas son grandes preguntas. Y trataré de responderlas. Solo... ten paciencia conmigo, ¿de acuerdo? Es complicado.***

LIAM: ***Vale. De acuerdo. Cuéntamelo todo.***

Todo. Es mucho pedir. Y, teniendo en cuenta que puse en marcha este improbable plan hace días, me sorprende no estar mejor preparada con mis respuestas. El hecho es que, por mucho que quiera salir de este sótano, no estoy dispuesta a perjudicar a Uri para hacerlo.

Idiota.

ALYSSA: ***Yo como que... conocí a alguien.***

LIAM: ***Espera. ¿Esto es por un HOMBRE?***

ALYSSA: ***Algo así. Estaba trabajando en una historia y accidentalmente me vi envuelta en una... situación.***

LIAM: ***¿En Cuba?***

Me muerdo el labio y me pregunto si no debería confesar. Pero eso parece demasiado complicado ahora mismo. Trabajemos con una mentira a la vez.

ALYSSA: ***Sí. Pero, como he dicho, estoy bien. Fui salvada por este tipo.***

LIAM: ***Oh, amiga. ¿Es ahí donde estás?***

ALYSSA: ***Sí. Me he estado quedando con él las últimas semanas.***

LIAM: ***Y por qué no has respondido a ninguno de mis mensajes o llamadas. No me digas que Cuba tiene mala señal, porque lo busqué en Google.***

ALYSSA: ***Perdí mi teléfono en medio de todo y he estado mintiendo.***

LIAM: ***¿Así que estás en peligro?***

ALYSSA: ***El tipo con el que estoy, es poderoso por estos lados. Me mantiene a salvo.***

Esa parte no parece mentira. Los problemas de ego de Uri podrían ser contagiosos.

LIAM: ***Lys, no voy a mentir. Estoy preocupada.***

ALYSSA: ***No te preocupes. Tan pronto como se resuelva la situación, volveré a casa. Solo quería que supieras que estoy bien. Y quería decirte cuánto siento haberme perdido tu despedida de soltera.***

LIAM: ***Cariño, algo no me cuadra. ¿Por qué no llamaste? Seguro que tu caballero de brillante armadura tiene un teléfono que te podría prestar.***

El objetivo de intentar contactar con Elle era intentar salir de esta situación. Pero, en algún momento entre la partida de Uri y el mensaje a Elle, he dado un giro brusco.

¿Qué demonios estás haciendo?

Y entonces me doy cuenta. La verdadera razón por la que quería contactar con Elle. No era para sacarme de esta situación. Era para poder tener una perspectiva muy necesaria sobre cómo manejarla. Porque, por muy complicadas que sean las cosas ahora mismo, confío en que Uri no me hará daño.

ALYSSA: ***Es complicado y te juro que un día te lo explicaré todo. Pero, por ahora, necesito tu consejo.***

LIAM: ***Estoy aquí. Cuéntame.***

ALYSSA: ***El tipo con el que estoy me salvó de esta situación y me dio refugio en su casa. Y luego una cosa llevó a la otra...***

LIAM: ***Esto podría ser totalmente inapropiado dada la situación, pero ¡POR FIN!***

ALYSSA: ***¿Perdón?***

LIAM: ***Vamos, cariño. No me hagas decir lo obvio, ya era hora de que por fin tuvieras sexo...***

ALYSSA: ***¡¡Puedo continuar por favor!!***

LIAM: ***No puedo creerlo. Mi primer pensamiento habría sido que tras un revolcón con un extraño estarías más relajada. Aparentemente, no. Continúa.***

ALYSSA: ***Hubo una pequeña e ingenua parte de mí que pensó que lo nuestro podría ir en serio. Pero es difícil de leer. Nunca sé a qué atenerme con él.***

LIAM: ***Eso no suena bien.***

ALYSSA: ***Ese es el problema. He pasado semanas con él y realmente creo que es un buen hombre. Es solo que ha pasado por mucho, ya sabes. Y me cuida. Me hace sentir vista y escuchada. No recuerdo haberme sentido así con otro hombre.***

LIAM: ***Muy bien, pero está claro que hay una pregunta ahí, si no, no estarías contactando conmigo de esta forma tan rara.***

ALYSSA: ***Puede ser... cerrado a veces. En realidad, la mayor parte del tiempo.***

LIAM: ***¿Sigues teniendo sexo con él incluso cuando se cierra?***

ALYSSA: ***Quiero decir...***

LIAM: ***¡Chica! No me importa lo bueno que esté o lo bueno que sea contigo. A veces no es suficiente. Te mereces un hombre que sea bueno contigo TODO el puto tiempo.***

LIAM: ***De cualquier manera, ¿qué harás? ¿Mudarte a la puta Cuba? Vamos, Lys. Sé realista.***

Tiene razón. Quiero decir, no estoy realmente en Cuba. Pero seamos realistas: permanecer en el mundo de Uri es casi lo mismo.

ALYSSA: ***Tienes razón.***

LIAM: ***Lo sé. Pero también sé lo que es estar inmersa en algo nuevo y emocionante. Y si***

alguien se merece un tórrido romance, ¡eres tú!

LIAM: ***Por eso te perdonaré por perderte mi despedida de soltera.***

ALYSSA: ***Dios te bendiga.***

LIAM: ***Pero te necesito en mi boda, Alyssa. No puedo casarme sin mi dama de honor.***

Me siento fatal, sobre todo porque estoy segura de que las próximas palabras que escriba serán mentira. Pero las escribo de todos modos.

ALYSSA: ***Ni loca me la pierdo.***

LIAM: ***No vuelvas a desaparecer de la faz del planeta, ¿vale? Me preocupo cuando no sé nada de ti.***

ALYSSA: ***Te enviaré un mensaje pronto. Gracias, Elle.***

LIAM: ***Y recuerda, te mereces una relación real, plena y amorosa. Cualquier cosa menos que eso y deberías alejarte. No importa lo bueno que esté el tipo. No importa lo genial que sea el sexo.***

ALYSSA: ***Lo tendré en cuenta. Te quiero.***

LIAM: ***Yo también te quiero. Xoxoxo.***

Es un buen consejo. Un gran consejo, de hecho.

Solo espero ser lo suficientemente fuerte para seguirlo.

URI

—Puedo llevarte yo mismo.

Polly sonríe. —Eso dices siempre. Pero son dos horas de ida y dos de vuelta. Tienes cosas más importantes que hacer.

Entrecierro los ojos. —No hay nada más importante que tú.

—¿Y Lev? —casi podría malinterpretarse como una pregunta malcriada si no sonara tan sincera. Parece darse cuenta un momento después, porque se apresura a explicarse—. Lo que quiero decir es que Lev te necesita más que yo. No estoy resentida, ni nada de eso. Es solo una cuestión de hecho.

Tiene razón, pero sigo odiando que tenga que sacrificar tanto para complacerlo. —Polly, eres tan importante para mí como Lev.

—Eso no es lo que quise decir.

—Ya lo sé —digo rápidamente, poniéndole la mano en el hombro—. No te preocupes.

Respira un poco, pero no estoy seguro de que eso la tranquilice como esperaba. —No resiento a Lev, ¿sabes? —murmura.

La miro a los ojos. —Pero no pasa nada si lo has hecho —abre la boca para decir algo, pero sigo —. Y eso no significa que no lo quieras. Solo significa que tienes catorce años y eres humana y se te permite querer que las cosas giren en torno a ti de vez en cuando. Eso está permitido, Pol.

Me mira insegura durante un momento. Luego exhala ruidosamente. —Gracias por eso.

Sonrío. —¿Te he dicho últimamente que eres una hermana increíble?

Se sonroja. —En realidad no hago nada.

—No, claro que no. No te quejas. No me creas problemas. No discutes y no haces que todo gire en torno a ti.

Su sonrisa se ensancha un poco más cuando la estrecho entre mis brazos y le beso la coronilla. Es delgada y desgarbada, pero puedo ver en su rostro los contornos de la mujer en la que está a punto de convertirse.

—Eres un gran hermano mayor, ¿sabes?

—Oh, lo sé.

Se ríe y me da un puñetazo en el pecho. La acompaño hasta la puerta, donde cargan su maleta en la parte trasera del todoterreno blindado destinado exclusivamente a ella.

—¿Por qué no le permites a Lev bajar al sótano durante los fines de semana? —pregunta Polly bruscamente. Levanta una ceja—. ¿O es solo los fines de semana que estoy aquí? Me lo contó. No estaba contento.

Mierda. Justo cuando decido apostar a que Lev no es muy abierto, va y me demuestra lo contrario de la forma más inoportuna posible. —No es todos los fines de semana. Es solo los días en que se pone muy ansioso.

—Habría pensado que estar fuera del sótano lo pondría más ansioso, no menos.

La chica es demasiado lista. Tendré que pensar en otro plan pronto. El verano está a la vuelta de la esquina, y eso significa que Polly estará aquí durante meses. No hay forma de que pueda mantener a Alyssa alejada de ella durante tanto tiempo, a menos que haga arreglos alternativos para mi problemática pequeña prisionera.

—Últimamente tiene pesadillas. Me ayuda que duerma cerca de mí, por si me necesita por la noche.

—Oh —pone cara triste—. ¿Qué tipo de pesadillas?

Me siento como un imbécil por mentirle sobre esto. Pero es un mal necesario, un pecado que tengo que cometer para protegerla de... todo lo demás.

—Pesadillas sobre el accidente, por lo que puedo decir. No le gusta hablar de ello.

—Dios, han vuelto, ¿eh? —pregunta mordiéndose el labio inferior.

—No te preocupes por esto. Lo tengo controlado.

Suspira y cruza las manos sobre el pecho. Se parece tanto a mamá cuando hace eso. —Claro que me voy a preocupar, Uri. Es mi hermano. Y tú también.

—¿Yo? ¿Por qué demonios pierdes el tiempo preocupándote por mí?

Levanta las cejas. —Porque no puedes ser todo para todos todo el tiempo. Necesitas algo propio. Algo que alimente tu alma.

—Alimento mi alma en abundancia.

—No me refiero al desfile de mujeres que traes por aquí.

—¿Perdón?

Me frunce el ceño. —Tengo catorce años. No soy estúpida.

—No hay forma de que lo sepas a menos que...

—La gente habla, hermano mayor.

—Tendré que tener una charla con el personal.

Me da otro puñetazo. —Oh, vamos. No seas aguafiestas. El cotilleo es lo único que tienen. Diablos, es lo único que tengo. ¿De qué otra forma se supone que voy a enterarme de lo que pasa aquí mientras estoy fuera?

Me hace un gesto con las cejas y yo niego con la cabeza, intentando controlar mi expresión. Pero lo único que pienso es: *¿cuánto sabe en realidad?*

—¿De qué más te están llenando la cabeza?

Polly se ríe. —Que el desfile de mujeres que traes por aquí se ha detenido últimamente.

—He estado demasiado ocupado para centrarme en mi vida personal.

—Oh, claro, tu "vida personal" —resopla y cruza los brazos sobre el pecho—. Vamos, tú no tienes una vida personal. Lo que tienes es una vida *sexual*. Hay una diferencia.

Le sacudo la cabeza. —¿Desde cuándo eres tan mayor?

Polina sonríe de oreja a oreja. —Estoy deseando que llegue el verano. Y tengo muchas ganas de pasar más tiempo con Lev. Parece que está... mejor —lo dice tímidamente, como si temiera tener demasiadas esperanzas—. Bueno, mejor en algunos aspectos. Como... —mira por encima del hombro hacia la casa como si le preocupara que pudiera estar merodeando por ahí, escuchándonos—. Sí, más abierto a sugerencias. Incluso me dejó jugar un par de videojuegos con él. ¡Y pude sacarlo un par de veces! ¿Te lo puedes creer?

—Últimamente está haciendo progresos.

—Me pregunto por qué —reflexiona.

Alyssa, es la respuesta obvia en mi cabeza. En voz alta, digo—: George está sobrepasando un poco sus límites.

Polly frunce el ceño. —Hablé con George. No está haciendo nada nuevo.

Sí, definitivamente tendré que idear un plan alternativo. Polly es demasiado perceptiva para su propio bien. También resulta que está interesada, eso es muy inconveniente. Por una vez, desearía que fuera menos consciente y más egocéntrica con las típicas tonterías de adolescente.

—No cuestionemos algo bueno —digo diplomáticamente.

Ella asiente. —Tienes razón. Nos vemos pronto, Uri. Gracias por cuidarme este fin de semana.

Me da un beso en la mejilla y se acerca al todoterreno. Le hago un gesto con la mano para que se vaya, entro y me dirijo a mi despacho.

Esperaba resolver la situación con Sobakin más rápido, pero está resultando más complicado de lo que esperaba. Por un lado, el bastardo es reclusivo. Por otro, las movidas a largo plazo generalmente requieren tiempo. Lo que significa que Alyssa estará aquí al menos parte del verano.

Miro por la ventana de mi despacho y veo la esquina de la casa de la piscina. Sería una opción. A Pol no le importaría tener su propio espacio cuando esté aquí, pero no me gusta la idea de tenerla

tan lejos del edificio principal.

¿Quizás podría trasladar a Alyssa allí? Pero me encuentro con el mismo obstáculo: demasiado lejos para mi gusto.

Aprieto los dientes, extiendo la mano instintivamente y enciendo las cámaras que conectan con el sótano. Observarla se ha convertido en un hábito al punto de que no me doy cuenta de que lo hago hasta que ya estoy absorto.

Está tumbada en la cama con un libro. Se me acelera el pulso y mi polla se alza al instante. Lleva un fino camisón plateado, que apenas le llega a las rodillas, pero se acaricia distraídamente la pierna derecha, lo que significa que la sedosa tela se ha subido lo suficiente para que pueda ver su muslo cremoso.

Maldita sea.

Me hace preguntarme qué voy a hacer cuando ella ya no esté en mi casa ni en mi propiedad. ¿Cómo afrontaré el hecho de no volver a verla, de no volver a tocarla?

Las palabras de Polly vuelven a mí flotando sin que me dé cuenta. *Necesitas algo propio. Algo que alimente tu alma.*

¿Y si Alyssa es lo que necesito?

Con los ojos fijos en ella, empiezo a tocarme, imaginando lo increíble que sería irrumpir en ese sótano ahora mismo, tirar ese libro a un lado para poder meterme dentro suyo. Follármela hasta que sus pechos reboten dentro del camisón plateado que lleva puesto.

Cada vez que la veo, siento la necesidad de liberar alguna parte profunda de mí.

Quiero marcarla con mis dientes, mi polla, mi mirada, hasta que ni siquiera pueda pensar en seguir adelante. Hasta que esté tan convencida como yo de que es mía.

Blyat'.

Se pone boca abajo y me ofrece una vista perfecta de su culo. Su slip se desliza hacia arriba lo suficiente para que pueda ver las jugosas curvas de sus nalgas. Desde este punto de vista, no parece llevar ropa interior.

Empiezo a bombear mi polla con más fuerza, todo el tiempo, resistiendo el impulso de bajar allí y tenerla en carne y hueso. Mi mano no es ni de lejos tan suave, húmeda o apretada como la suya. Echo de menos su calor, su olor, su suave piel deslizándose sobre la mía.

En medio de mis frenéticas sacudidas, me planteo la posibilidad de que se quede para siempre. La única pregunta es... ¿querría?

Pasa una página y su camisón sube aún más. Tiene el culo más bonito que he visto nunca.

Pide a gritos que lo cabalguen, lo abofeteen, lo besen y lo laman. Me imagino cómo gemiría si la penetrara. Esos labios separándose para soltar el maullido más suave y dócil que jamás haya...

Mieeeeeerrda.

Me corro en la mano, con el corazón galopando con fuerza dentro de mi pecho. En cuanto me

limpio el semen, me golpea la fría realidad de mis fantasías.

Por supuesto que no puede quedarse. Claro que no puedo quedármela.

Es ridículo incluso pensarlo. Necesito controlarme y centrarme en lo que es realmente importante. Mi Bratva. Mi familia. Mis responsabilidades.

Pero incluso mientras apago la cámara, no puedo evitar pensar que Polina podría estar en lo cierto. Si voy a ser todo para todos todo el tiempo, necesito algo para alimentar mi alma.

Y ella podría serlo.

ALYSSA

Nunca pensé que esperaría con tantas ganas un lunes por la mañana.

Sin embargo, aquí estoy, esperando junto a la puerta el inevitable cerrojo que me liberará de mi oscura prisión. Sigo mirando el reloj de la pared. Hoy llega tarde.

Son las ocho y media y todavía no hay rastro de nadie. Ni siquiera oigo pasos cuando pego la oreja a la puerta.

Está ocupado con algo. Estará aquí. Me dejará salir.

Pero cuando dan las diez, mi esperanza empieza a menguar. ¿Dónde está Uri? ¿O Svetlana? ¿O Lev?

Acabo golpeando la puerta con los puños y gritando a nadie en particular: —¡Eh! ¿Alguien me oye? Déjenme salir de aquí.

Nada.

Desayuno un tazón de cereales y pico algo de fruta hasta cerca del mediodía. Estoy en el baño cuando oigo que sueltan el cerrojo.

Coño, por fin.

Estoy tan aliviada que podría llorar. Pero, cuando me lavo y salgo, no hay nadie. ¿*Qué demonios* pasa? Y entonces veo la bandeja justo delante de la puerta. Es una bandeja llena de comida... y la puerta sigue cerrada.

Lo que significa que hoy no saldré de este sótano.

—No —respiro con pánico—. No, no, no...

Salto por encima de la bandeja e intento abrir la puerta de un tirón. No se mueve ni un milímetro. Se me escapa un sollozo desesperado y me deslizo por el suelo mientras se me salen las lágrimas.

¿Por qué no me deja salir? Se acabó el fin de semana. Esto nunca fue parte del trato. ¿Tiene algo que ver con la última vez que vino aquí?

Estaba claramente disgustado, buscando algo. Pero no le pedí respuestas ni explicaciones, sino que me arrodillé y le di lo que creía que necesitaba. ¿Habré malinterpretado la situación? ¿Me

acerqué demasiado y ahora hace la clásica maniobra del cabrón de mantener las distancias?

Sigo temblando incluso después de dejar de llorar. La decepción es tan profunda que tardo un rato en ponerme en pie. Ignoro la bandeja de comida y empiezo a pasearme por el sótano, buscando algo, cualquier cosa, que pueda orientarme y ayudarme a volver a centrarme.

Mis ojos pasan por encima de la consola, pero no quiero tener que soportar otra interminable conversación a máquina con Elle. Necesito oír su voz. Así es como acabo rebuscando en las cajas de juegos de Lev, con la esperanza de encontrar un par de auriculares que pueda usar.

¡Bingo! En el tercer cajón, los auriculares parecen haber pasado por un escurridor, pero espero por Dios que ahora me funcionen. Enciendo la pantalla y tecleo mi nombre de usuario y mi contraseña.

Tengo un mensaje de Elle.

LIAM: ***Hola, cariño. Solo quería saber cómo estás. Si alguna vez necesitas volver a hablar, no lo dudes, ¿vale? Me aseguraré de chequear esto con regularidad. Liam se está emocionando, cree que me gustan los juegos. ¡Ja! Ya quisiera él.***

Busco un pequeño icono que me permita llamar a Elle. Es mediodía de un lunes por la mañana, pero se está tomando unas semanas de vacaciones antes de la boda, así que espero que esté en casa.

—¡Ah, ahí está! —jadeo al ver el botón de ***llamar al jugador.***

Me pongo los auriculares y pulso el botón de llamada. Empieza a sonar de inmediato y espero con la respiración contenida, deseando contra toda esperanza que atienda.

—Por favor, por favor, por favor...

—¡¿Alyssa?!

—¡Oh, gracias a Dios, Elle! ¡Atendiste!

—Siento haber tardado tanto. No me di cuenta de que mi televisor era el que sonaba. Oh, Dios mío, es tan bueno escuchar tu voz.

—Elle, no tienes ni idea. Estoy tan feliz que podría llorar.

—¿Estás llorando? Porque suenas un poco mocosa.

Resoplo. —Umm... ¿me creerías si te dijera que no?

—Estás llorando. Lys, ¿es un llanto triste o feliz?

No sé muy bien cómo responder. —Las dos cosas.

—Vale, seamos realistas. Dime qué está pasando. ¿Y quién es este tipo con el que te estás acostando? No es un narcotraficante cubano, ¿verdad? Porque me costará mucho no asustarme si lo es.

—No es un narcotraficante cubano. De hecho... no es cubano en absoluto.

Se hace un silencio. Sé que me estoy arriesgando, pero no puedo evitarlo. Una cosa es mentir por mensaje de texto. Otra cosa es mentir por teléfono. Ese contacto de voz a voz hace que la mentira sea mucho peor.

—¿No es cubano?

—Es ruso.

—¿Conociste a un ruso en Cuba?

Suspiro. —No estoy en Cuba, Elle. Nunca salí de Estados Unidos.

Ella jadea. —¿Me mentiste?

—No quería que te involucraras. Hice algo estúpido y me mezclé con la gente equivocada.

—¿Eso incluye a este tipo ruso?

—Sí. No. No estoy segura.

—¿Porque te acuestas con él?

Sí. No. No estoy segura.

—Realmente no lo sé, Elle. Siento como si estuviera tratando de protegerme. Eso es lo que dice, al menos.

—¿Cómo? ¿Manteniéndote encerrada? ¿Impidiéndote contactar con tus amigos y tu familia? ¿Controlando todos tus movimientos? Alyssa, esto es serio. Llamaré a la policía.

—¡No! —grito. Mi reacción es tan inmediata y rotunda que me sorprende incluso a mí—. Lo siento, no quería gritar. Es que... no puedes llamar a la policía.

—¿Por qué diablos no? Está claro que eres una prisionera. ¿Estoy en lo cierto?

—No, no es así —no tengo ni idea de por qué le miento. ¿No acabo de llamarla asustada porque me sentía atrapada aquí abajo?—. Es mucho más complicado. No es un mal tipo. Simplemente conoce la situación mejor que tú o yo y...

—¿Qué “situación”, Alyssa? —exige Elle—. ¿Qué coño está pasando y cómo estás tú en medio? No entiendo...

—Elle, para y escúchame un segundo —ella hace una pausa, respirando frenéticamente, mientras le explico—. Vi algo... um, es decir, cogí algo que no debía. Me confundí y cometí un error. Y ese error me puso directamente en el camino de mi vecino. Quien es... bueno, ya conoces los rumores. La mayoría son ciertos.

—Mierda, Alyssa —sisea Elle en un tenso susurro—. Estás llena de mierda hasta el cuello con esta mafia.

—Bratva —corrijo automáticamente—. Y sí.

—Y este tipo... ¿te está protegiendo de eso?

—Sí. Realmente no debería entrar en el cómo y el por qué ahora, Elle. Ni siquiera debería estar

hablando contigo. Solo necesitaba alguien con quien hablar.

Estoy tocando mi pulsera de dijes, tratando de no vomitar palabras sobre mi mejor amiga. Pero, después de días de aislamiento, es difícil no desahogarse.

—Está bien, cariño. No puedo creer que no te esté exigiendo una explicación, pero está bien. Sabes que estoy aquí para ti, ¿verdad?

—Lo sé.

—¿Y estás a salvo? ¿Te sientes segura? No te está... haciendo daño ni nada, ¿verdad?

Parpadeo para que no se me salten las lágrimas. —Se asegura de que esté cómoda. Y su casa es enorme. Definitivamente no es una prisión, aunque a veces lo parezca. Solo... me estoy volviendo un poco loca, eso es todo.

—Por supuesto que lo estás. Nunca fuiste capaz de quedarte en un sitio desde que Ziva murió.

Me detengo en seco, como si me hubiera abierto en canal con una sola frase. —Eso no es verdad.

Elle suelta una risita irónica. —Cariño, ¿a quién quieres engañar? Has estado huyendo desde el momento en que la enterramos. Nunca has parado.

¿Es por eso que odio tanto este sótano? ¿Es por eso que lucho tanto por no estar sola?

—Lo entiendo, ¿sabes? —dice Elle suavemente—. No era solo tu hermana; era tu gemela. No puedo imaginar un vínculo más estrecho.

Las lágrimas me punzan los ojos, pero, cuanto más intento ignorarlas, más difícil me resulta evitarlas. —Elle —Mi voz suena temblorosa, incluso para mis propios oídos.

—¿Sí?

—Hay momentos en que se siente... —me aclaro la garganta tímidamente—. Es como si el vínculo que sentía con Ziva fuera similar, muy similar, al que a veces siento con... él.

—¿Me estás jodiendo?

—Ojalá fuera así.

—Jesús.

—Lo sé.

—Oye, eso no es malo, ¿verdad? Quiero decir, aparte del hecho de que posiblemente tenga lazos con la mafia rusa y probablemente esté involucrado en toda una guerra en la sombra con una mafia rival... em, brat… lo que sea, que van por ahí en furgonetas sin matrícula matando gente a discreción.

Exhalo. —Ha sido un resumen muy sucinto y elocuente.

—Soy una artista de la palabra, ¿qué puedo decir?

A pesar de lo mal que me siento ahora mismo, de lo desesperada y sola que estoy, una carcajada brota de mis labios. Es un mundo de diferencia.

—Gracias por hablar conmigo, Elle.

—Cuando quieras. Y, si llegas al punto en que necesitas ayuda y decides que ya has tenido suficiente, llámame. Llevaré a la caballería.

Una vez asegurada la promesa, cuelgo y guardo los auriculares. Es agradable saber que tengo una salida si la necesito. Lo que no es tan agradable es saber que, a pesar de todo, sigo sintiendo la necesidad de proteger a Uri. Aún siento la necesidad de proteger a su familia.

Lev no se merece que la propiedad se llene de policías y periodistas. Eso retrasaría su progreso por años, y me niego a ser responsable de ello. Así que esa no es una opción.

Pero tampoco estoy dispuesta a que me sigan ignorando. Uri no puede entrar aquí cada vez que me necesite y salir cuando haya terminado de usarme. Ya no puede manejar todos los hilos, porque *yo* tomo el control.

Me muevo por el sótano hasta encontrar cinta adhesiva, papel y tijeras. Luego, peino el espacio hasta localizar todas y cada una de las cámaras que ha utilizado para espiarme todo este tiempo.

Me lleva la mayor parte del día, pero cuando termino, todas las lentes están cubiertas.

Toma eso, Uri Bugrov. Intenta espiarme ahora.

URI

El plan es simple: reunir pruebas definitivas de que Sobakin fue quien estuvo detrás de la muerte de mis padres. Infiltrarme en sus filas. Acabar con él.

El plan tiene la ventaja añadida de que me mantiene tan ocupado que no tuve tiempo de ver cómo está Alyssa. Hago lo que puedo para ignorar cómo se me viene a la cabeza de vez en cuando. Digamos que es un fallo del sistema. Pronto se solucionará.

En el momento en que Sobakin sea neutralizado, eso solucionará mi problema con Alyssa. Ella se habrá ido. Será un recuerdo, nada más.

—¿Almuerzo? —pregunta Nikolai, levantando la vista de su teléfono.

—No tengo hambre.

Frunce el ceño. —Últimamente nunca tienes hambre. ¿Por qué?

Sacudo la cabeza. —Tengo demasiadas cosas que hacer.

—¿Cómo para *comer*? —pregunta Nikolai—. Vamos, pensé que podríamos salir a comer con Polly y Lev. Hay un nuevo restaurante en el centro que quería probar.

Levanto las cejas. —Dices tonterías como esa y me recuerda el hecho de que apenas pasas tiempo real con Lev.

No quería que sonara tan duro, pero Nikolai se estremece. —Vete a la mierda. Paso tiempo con Lev.

—¿Cuándo fue la última vez que pateaste un balón con él? ¿O jugaste a videojuegos con él? ¿O cenaste con nosotros en casa?

—He estado ocupado dirigiendo *tu* Bratva.

Pongo los ojos en blanco. —Es una buena idea, pero Lev no puede sentarse en un restaurante a comer. Odia el ruido de los cubiertos sobre los platos.

—¿Desde cuándo?

Me encojo de hombros. —Es algo nuevo. Estamos trabajando en ello.

—Lo vi comiendo anoche. Todos estaban usando cubiertos.

—Está bien con poca gente. No cuando hay una tonelada. El sonido le molesta.

—Jesucristo —escupe—. A veces, parece que está empeorando, no mejorando.

—Nunca va a mejorar, Niko. Eso ya lo sabes. Siempre será un poco...

—¿Jodido?

Lo fulmino con la mirada. —Diferente.

Suspira. —No debería haber dicho eso. Lo siento —me mira de reojo—. Hablando de jodidos, ¿cómo están tus cosas?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que has estado muy tenso los últimos días. ¿Está pasando algo que debería saber?

Echo la vista atrás a los dos últimos días, tratando de imaginar qué podría haber notado. Quizá fui un poco más agresivo de lo necesario, pero estábamos planeando un ataque contra Sobakin. ¿Qué demonios quería de mí? Es el hombre que mató a nuestros padres, después de todo.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando. Solo estoy concentrado en atrapar a ese hijo de puta —Nikolai frunce el ceño, así que añado—: Polly vuelve al final de la semana para el verano. Tengo mucho que gestionar, eso es todo.

Nikolai frunce los labios, pero no dice nada. En lugar de eso, asiente y se pone en pie. —Voy a comer algo. Te veré esta noche para la reunión informativa.

Le hago señas para que se vaya con alivio. Últimamente, parece que todo el mundo está encima de mí. Tengo una Bratva que dirigir, un enemigo al que enfrentarme, una familia a la que proteger y una mujer inquieta en mi sótano. Por supuesto que estoy tenso.

Mis ojos se desvían hacia la pantalla que no he encendido en dos días. Mis manos se cierran en puños y mis nudillos se ponen blancos.

He abordado esto como un adicto que intenta desintoxicarse. Me desintoxiqué y dejé de mirar a la cámara, dejé de bajar a verla. Mientras seguía trabajando, ese plan tenía éxito. Pero ahora, estoy solo, con nada más que mis pensamientos y mi creciente presión arterial.

¿Qué está haciendo ahora? ¿Está enfadada? ¿Triste? ¿Frustrada?

No hay nada como ver a Alyssa tan excitada. Toda esa timidez desaparece cuando algo la pone realmente en marcha.

Me acerco a la barra y me sirvo un chupito. No me ayuda, así que me sirvo otro. Tampoco sirve de nada. ¿Qué otras opciones tengo?

¿Ducharme con agua fría? Ya lo he hecho.

¿Ir al gimnasio? Eso también lo he hecho.

¿Follarme a otra mujer? Me lo planteo durante cinco segundos antes de que mi cuerpo rechace físicamente la idea. Literalmente, mi erección se desinfla al instante. Pero, para cuando me acerco al escritorio y me siento, mi erección vuelve a acelerarse por la simple expectativa de ver

a Alyssa.

Puede que necesite rehabilitación en este punto.

Se inicia la transmisión, pero todo lo que veo es negro. ¿Qué coño...? Por un momento, me pregunto si nos han pirateado. Pero, cuando compruebo las cámaras del resto de la casa, todo parece funcionar bien. Cambio de perspectiva entre las cámaras y me doy cuenta de que la señal está bien.

No nos han hackeado.

Alyssa ha encontrado las cámaras.

Furioso, me levanto de mi asiento y me dirijo al sótano, preparado para la batalla. Soy vagamente consciente de que estoy demasiado contento por tener una razón legítima para bajar allí. Abro la puerta de un empujón, bueno, lo intento. Extrañamente, encuentro resistencia.

—¡Alyssa! —rujo a través de la brecha de dos pulgadas.

Empujo un poco más fuerte y oigo el roce de algo pesado al otro lado. ¿Intentó bloquearla?

Su voz viene de más allá del sonido raspante. Suena relativamente tranquila en la superficie, pero hay un atisbo de algo más. —Me gustaría un poco de privacidad. Gracias.

Oh, diablos no.

Empujo todo mi peso contra la puerta y se abre de un empujón, volcando el sillón que ella había atravesado. Supongo que ha tenido mucho tiempo libre aquí abajo. Por supuesto, no sentiré lástima por ella. Estoy aquí para enseñarle una maldita lecc...

Me congelo.

No me jodas.

Está tumbada en la cama, desnuda, con el pelo alborotado sobre las impolutas sábanas blancas. Su cabeza descansa sobre una almohada elevada mientras su mano derecha desaparece entre sus piernas.

—¿Qué estás haciendo?

Se vuelve hacia un lado y levanta las cejas. Pero no deja de tocarse, ni siquiera intenta taparse.

—Habría pensado que era obvio —arquea la espalda y saca los pezones. Luego, suelta un gemido largo y prolongado.

Me estremezco como si el sonido me doliera físicamente. —Para.

Ni siquiera me mira. Abre un poco más las piernas, ofreciéndome una vista perfecta de su coño empapado, y sigue frotándose los pliegues. —Este no es un buen momento, Uri.

—Alyssa —gruño—, hablo en serio.

Suelta una risita encantada. —Oh, apuesto a que sí. Siempre tan serio, ¿eh, Uri? El gran *pakhan* malo con el mundo entero sobre sus hombros. Solo necesitas relajarte. Como yo lo estoy

haciendo ahora.

Qué buen aspecto tienen sus tetas. Se me llena la boca de saliva y la polla se me tensa contra los pantalones.

—Alyssa...

Pero mi tono no es tan autoritario como necesito que sea. Cómo demonios voy a concentrarme en imponer la ley, cuando lo único que quiero es... bueno, a ella.

—¿Sí, jefe? —jadea—. ¿Qué quiere de mí? —su mirada se desliza soñadoramente hacia mí—. Soy tuya para que me mandes, ¿no? Tuya para usar.

Basta, me regaño. *Tú eres el que manda.*

—¿Qué sentido tiene este pequeño espectáculo? —consigo gruñir.

Se muerde el labio inferior y empieza a frotarse un poco más rápido, un poco más fuerte. El sudor de su cuerpo me hace desear hacerle cosas terribles.

—¿Por qué pusiste papel sobre las cámaras? —exijo, tratando de fingir que no se retuerce desnuda en la cama.

—Mmm... Quería intimidad. Puedes imaginar por qué.

Maldita sea. Me palpita la polla. —Eso es un problema de seguridad.

—*Tú eres* un problema de seguridad —sus dedos siguen acariciando—. ¿Por qué no me dejaste salir el lunes?

—Estaba ocupado —mi voz sale ronca y tensa—. Parece que te va bien por tu cuenta.

Se da la vuelta y se pone de rodillas. Sigue frotándose el clítoris con los dedos mientras se gira para mirarme. —Las chicas tenemos que encontrar formas de entretenernos.

Aprieto la mandíbula y entrecierro los ojos. —Para ya, Alyssa.

Se muerde el labio inferior y sus ojos se entrecierran para coincidir con los míos. —No voy a parar hasta correrme.

—No puedes correrte hasta que yo diga que puedes.

Su respuesta es gemir todavía más fuerte. Mi polla está a punto de estallar y mi fuerza de voluntad pende de un hilo.

Ella sacude la cabeza. —No. No eres mi jefe.

Esos ojos de fuego y azufre están causando estragos en mi cuerpo. En mi puta alma. Ella es lo que he echado de menos estos últimos días. Ella es la razón por la que tengo el estómago hecho un nudo y los puños apretados.

Ella es el problema.

También es la solución.

Doy una zancada hacia delante, la agarro por las caderas y la empujo hacia la cama. —¿Quieres apostar?

URI

¿No soy su jefe?

¿No soy su jefe?

Oh, le enseñaré a esta sexy descarada *exactamente* quién manda. Exactamente quién tiene el control. Su cuerpecito apretado se retuerce cuando me bajo la cremallera y saco la polla. Ni siquiera me molesto en bajarme los pantalones del todo antes de meterme dentro suyo.

Suelta un frenético medio gemido, medio lamento, cuando la penetro a fondo.

—¿Ves? —gruño—. ¿Ves a quién perteneces?

Mueve la cabeza de un lado a otro y su cabello vuela por todas partes. La agarro por la barbilla y la obligo a mirarme. —Tu cuerpo es mío, pequeña *kiska*. Tu coño es mío. Ese apretado y húmedo coño tuyo... *mierda*... es todo mío. Lo que significa que tus orgasmos *me* pertenecen.

Ella no se contiene más que yo. Mueve las caderas hacia delante, invitándome al orgasmo, empujándome al borde del abismo antes de que yo esté preparado.

—Recuerda a quién perteneces —gruño mientras me la follo cada vez más rápido.

Sus ojos se clavan en mí, brillantes, agudos y llenos de fuego. —No has entendido nada. Este es *mi* cuerpo. *Mi* coño. *Mis* orgasmos.

Se levanta y me agarra del cuello. Rodamos hasta que se pone encima. Entonces, empieza a cabalgarme con fuerza, como una posesa. Está fuera de control mientras me folla, su culo rebota en mi polla sin descanso.

—Sí, nena —gruño—. Móntame... *coño*...

Mis manos recorren sus costados, absorbiéndola por completo. Es jodidamente magnífica y no hay forma de que pueda aguantar mucho más. Puedo sentirlo venir como un trueno en la distancia.

—Mierda, nena...

Se inclina hacia mí, me pone los pechos en la cara y me desliza la lengua por el labio inferior antes de llevármela a la oreja. —¿Te gusta mi coño, cariño? ¿Te gusta lo mojado que está para ti?

—Sí... maldita sea, sí.

Me muerde el lóbulo de la oreja, desatando una punzada de dolor que me acerca aún más a perder la cabeza. —¿Quieres controlarme, cariño? —gime, ahora sí que me aprieta la polla.

Asiento con fiereza, a segundos de correrme.

Y entonces...

Sus ojos entran en contacto con los míos. Arden y chisporrotean como si les hubiera echado líquido de mechero. —Bueno, qué putada. No puedes—su voz chasquea como un látigo y lo siguiente que sé es que rueda sobre mí, deteniendo mi orgasmo en seco—. De hecho, ya no me tendrás en absoluto. ¿Quieres saber por qué?

¿Qué coño está pasando? Toda la sangre se concentra alrededor de mi polla y me está haciendo imposible pensar con claridad.

—Alyssa...

Se da la vuelta, desnuda y gloriosa, con las puntas del pelo lo bastante largas para acariciarle los pezones. —Porque este es *mi* cuerpo. *Mi* coño. *Mi* puto orgasmo. Nada de eso te pertenece. Me pertenecen a mí y yo elegí dártelos. Permití que sucediera. Pero ¿sabes qué? Eso se detendrá. En. Este. Puto. Momento.

Se me corta la respiración. Es imposible que lo diga en serio. Cero posibilidades de que realmente me esté diciendo que no, ¿verdad?

—Ya no eres tú quien tiene el control, Uri. Soy yo. ¿Me quieres? Entonces, será mejor que empieces a tratarme bien.

Se da la vuelta y coge el camisón plateado que dejamos tirado en el suelo. Cuando se inclina para mostrar su reluciente humedad durante unos brevísimos segundos, me da vueltas la cabeza. Lo dice en serio. La pequeña *kiska* me está negando de verdad lo que es mío.

Me levanto de la cama y vuelvo a meterme en los pantalones mi palpitante erección.

Se asoma cautelosa, como si pensara que voy a por ella, pero, en lugar de eso, me dirijo hacia la puerta.

—¿Te vas? —se burla.

—Dijiste que querías privacidad.

—¡Espera! Ya no es fin de semana. ¡Déjame salir!

Sacudo la cabeza. —Eso ya no pasará.

Ahora hay auténtico horror en su cara, y eso hace que algo dentro de mí se estremezca con violencia. *Entiérralo. Entiérralo de una puta vez, hombre.*

—¡No puedes hacer esto! —protesta, siguiéndome hacia la puerta, con el tirante del camisón cayéndosele de un hombro.

—En realidad, sí puedo.

—Pero ¿por qué? No entiendo por qué tengo que estar aquí abajo. No tiene...

Me doy la vuelta, furioso por su descaro, furioso porque está bajo mi piel, furioso porque tiene el poder de atraerme aquí en primer lugar. —Estás aquí abajo porque es donde debes estar.

Se estremece, pero no se echa atrás. De hecho, sus ojos azules brillan un poco más. He echado más combustible al fuego.

—Eres patético, ¿lo sabías? —sisea—. Haces esto cada vez. Cada maldita vez. Cada vez que te acercas a mí, o me hablas, o me dejas entrar solo un poco, te asustas inmediatamente después y me alejas. No creas que no sé exactamente lo que está pasando.

La ira me recorre el cuerpo al instante. A la mierda con el combustible, esto es gasolina pura, de la más pura e inflamable posible. Dolerá más tarde. Pero, por ahora, es viciosamente efectivo.

—Si supieras exactamente lo que pasa, no serías tan tonta como para suponer que hay algo entre nosotros.

Sus ojos parpadean. —*Hay* algo entre nosotros, te guste o no. Las últimas semanas... algo ha cambiado...

—Tienes razón. Algo *ha* cambiado. Pero no para mejor. ¿No lo entiendes? Estaba *jugando* contigo, nena. Eso es lo que me gusta hacer.

Es superficial y mezquino y me odio por decirlo incluso cuando las palabras salen de mi boca. Pero ella se lo cree. Sin un momento de escepticismo, se traga mis horribles mentiras de inmediato.

Cree sin un ápice de duda que no tiene importancia para mí.

Diablos, quizá sea mejor así. Mejor para ella creer que no me importa en absoluto antes que creer que me importa demasiado.

Pero no estoy seguro. Estoy irritado, frustrado, cachondo y furioso conmigo mismo por haberme metido en esta situación.

—No pasa nada entre nosotros. Nunca pasará nada. Todo fue por conveniencia. Estabas en mi casa. Estabas claramente dispuesta. Todo lo que eras para mí era un juguete nuevo y brillante, y me gusta jugar duro con mis juguetes.

Las lágrimas brillan en sus ojos. Todas y cada una de ellas me dan ganas de morderme la lengua. —E-estás mintiendo... —retrocede, pálida y temblorosa.

Es mejor así, me insta la voz enfermizamente cruel de mi cabeza. *Sigue adelante. Empuja más allá del punto de no retorno.*

—¿Por qué iba a mentir? Viste a las mujeres que venían antes que tú. ¿Qué te hace pensar que eres diferente? Solo tuve que fingir al principio, para darte una razón para quedarte. Fue más fácil de lo que pensé...

—No lo hagas.

—…pero como todas las cosas nuevas, el brillo desaparece. La novedad desaparece. Tú no eres

diferente.

Una lágrima gorda y solitaria resbala por su mejilla. Se da la vuelta y corre hacia el baño. Pero incluso después de darme con la puerta en las narices, la oigo llorar. Sollozos fuertes y dolidos que resuenan en las paredes de mi cabeza.

¿Qué he hecho? ¿Qué coño he hecho?

Dejo a un lado el pánico e intento pensar racionalmente. Hice lo que *tenía* que hacer.

Entonces, ¿por qué se siente tan jodidamente mal?

ALYSSA

Han pasado días desde nuestro estallido.

Han quitado la cinta adhesiva que había pegado sobre las cámaras. Svetlana me trae bandejas de comida tres veces al día, pero la mayoría de las veces, las bandejas vuelven a subir sin tocar. Seguro que informa a Uri de ello, aunque eso no cambia nada. Sigue sin volver por aquí.

Tiene sentido. Me dijo que yo no le importaba una mierda. Yo era la tonta que mantenía la esperanza de que estaba mintiendo. Y no estaría haciendo eso si no sintiera nada por él.

Resulta que el Síndrome de Estocolmo es un hijo de puta. En este punto, soy el sueño húmedo de un terapeuta. Si no me riera de ello, tendría que llorar, y solo Dios sabe cuándo acabaría.

Me permito llorar a menudo estos últimos días. Siempre empieza igual. Empiezo a revivir cada momento que Uri y yo hemos compartido juntos. No solo las cosas íntimas, sino todo lo demás. Las conversaciones. Los picnics. Las miradas de reojo que parecían algo más que una simple miradita cuando yo pensaba que él no estaba mirando.

A pesar de las cosas horribles que me dijo, no puedo creer que todo lo que compartimos antes fuera mentira.

Sigo dando vueltas en círculos hasta que me duele la cabeza y el estómago y ya no puedo pensar con claridad. He pensado en pedirle ayuda a Elle, aunque eso implique llamar a la policía, pero no me atrevo a apretar el gatillo.

¿Por qué?

¿Por qué sigo protegiéndolo?

He hecho esa pregunta a la sala vacía más veces de las que puedo contar. Aún no he recibido respuesta.

Me pongo en pie de un salto cuando se abre el cerrojo. Svetlana aparece como un reloj para desayunar, almorzar y cenar. Este no es uno de sus horarios habituales. Lo que significa que podría ser...

—Lev.

Mete la cabeza con inquietud, sus ojos revolotean por la habitación como si tuviera miedo de que algo saltara sobre él.

Hacía días que no lo veía, así que supuse que Uri le había ordenado que se mantuviera alejado de mí. Pero estoy tan aliviada de verlo. Estoy tan desesperada por tener contacto humano. Por cualquier tipo de contacto.

Se desliza hasta el sótano y cierra la puerta, pero se queda pegado a la pared. Sus ojos no dejan de moverse.

—Lev —le digo suavemente mientras me acerco a él—, ¿estás bien?

—Yo... necesito algo.

Sonrío tranquilizadoramente. —Bueno. ¿Qué necesitas? Si quieres, puedo ayudarte a buscar.

—Necesito... algo... que no puedo recordar.

—No pasa nada. ¿Qué tal si te quedas aquí abajo conmigo y seguro que en algún momento te acuerdas?

Asiente como si estuviera de acuerdo, pero sigue sin moverse de donde está pegado a la pared. Levanta los ojos hacia mí y los vuelve a bajar. Mientras lo hace, murmura algo tan rápido que no tengo ni idea de lo que ha dicho.

—Lo siento, Lev. No entendí.

—Pareces *triste*.

Oh. Mantengo mi encogimiento en el interior para que no lo vea. —Supongo que estaba un poco triste, pero ya no lo estoy.

—¿Por qué?

—Porque estás aquí, duh.

Eso le hace levantar la cabeza de nuevo, al menos. Una pequeña y tímida sonrisa se dibuja en la comisura de sus labios. Le hago un gesto para que me acompañe al rincón de lectura que puse patas arriba en las últimas veinticuatro horas.

—¿Q-qué has hecho? —pregunta Lev, deteniéndose en seco.

Oh, mierda.

—Lo siento, Lev. Estaba aburrida y empecé a mover las cosas. Si no te gusta, podemos volver a cambiarlo.

Sus ojos recorren el espacio, asimilándolo todo. Todos los cambios. Las pequeñas señales de que estoy aquí, en su espacio, con sus cosas. El pánico aumenta en él como la presión del vapor. La velocidad de sus tics oculares aumenta, su barbilla se tambalea, los dedos de una mano golpean el interior de su otra muñeca una y otra vez...

—Lev, escúchame, todo va a salir bien. Solo respira, ¿de acuerdo? Solo respira.

Respira hondo tres veces, pero sus ojos no dejan de desviarse erráticamente. —Yo... Yo... Yo...

—Lev, cariño, escúchame. Aquí no ha cambiado nada. Tus libros siguen siendo tus libros. Tus

sillas siguen siendo tus sillas. Tus pufs siguen siendo tus pufs. Es solo una configuración diferente ... y funciona un poco mejor. ¿Lo ves? Puedes alcanzar los estantes desde aquí —bailo como una idiota, tratando de distraerlo de sus sentimientos demasiado grandes—. Podemos volver a poner todo en su sitio si realmente no te gusta. Te lo prometo.

Sus manos dejan de temblar, pero ahora se balancea sobre los talones. Me mira y abre la boca. Me preparo para lo peor. Entonces, dice...

—¿Por qué tienes ese aspecto?

Parpadeo. —Um, ¿cuál aspecto?

Arruga la frente. —Como una... loca.

Me quedo mirando su expresión inexpresiva durante un momento. Luego, me echo a reír. Me río tanto que Lev retrocede un paso. —Dios, ¿sabes qué, Lev? *Me siento* como una loca.

Me peino los nudos del pelo con los dedos, pero me rindo después de atascarme un par de veces. También debería quitarme este pijama. Llevo dos días con esto puesto.

Probablemente apesta ahora mismo, tanto a olor corporal como a desesperación.

—Lo siento, Lev —digo con un suspiro mientras me paso las manos por la cara—. No quise asustarte.

El balanceo continúa. —La gente dice que *yo estoy* loco.

Me detengo en seco y doy un paso hacia él. Se sobresalta, así que me mantengo firme. —¿Quién te dice eso?

—Solo... gente —se encoge de hombros—. Cuando salgo, me miran. Cuando hablo, se ríen. A veces, me lo dicen en la cara.

Aprieto los dientes. La ira me invade tan pronto que estoy segura de que mi cara se pone roja. —No estás loco, Lev —le digo en voz baja—. No dejes que nadie te haga creer eso.

—Tú tampoco estás loca —dice—. Aunque lo parezcas.

Resoplo de risa. —Gracias. Te lo agradezco.

Asiente solemnemente. —¿Quieres sentarte conmigo? Me sentaré en el puf azul y tú en el verde.

Se acerca y se sienta. Contaré esto como una victoria. Acerco un poco más mi puf y me dejo caer a su lado. —Me alegro de que estés aquí, Lev. Te he echado de menos.

—¿A mí?

—¿Estás de broma? Claro que sí. Eres mi único amigo aquí.

Parpadea lentamente, mirándome con esos enormes ojos suyos. —No tengo amigos.

—Bueno, ahora sí. Soy tu amiga.

—Tengo una amiga... —susurra suavemente para sí mismo mientras rodea su cuerpo con sus largos brazos—. Tengo una amiga... Tengo una amiga... Puedo decírselo a Polly...

—¿Polly? ¿Quién es?

Alza la cabeza y sus ojos se desorbitan. —Yo... yo... no se suponía que dijera su nombre.

Mi cuerpo se enfría. ¿Tiene Uri otra mujer ahí arriba? ¿Me ha sustituido ya? ¿Es por eso que ahora estoy relegada al sótano para siempre?

Me dijo la verdad: no le importo. Me estaba usando. Solo era sexo para él. Oh, Dios. ¿Cómo pude ser tan ciega? ¿Tan estúpida? ¿Tan ingenua?

—Uri se enojará conmigo...

El balanceo vuelve con fuerza. Todos los tics han vuelto. Dedos, barbilla, murmullos.

Hago a un lado mi inminente enloquecimiento para domar el suyo. —Lev —susurro con calma, bajándome del puf para arrodillarme frente a él—. Lev, respira hondo y mírame. No pasa nada, Uri no se enfadará contigo, porque yo nunca le contaría lo que tú me cuentas.

Se lo repito hasta que empieza a escuchar. Incluso me deja apoyarle la mano en la rodilla. Poco a poco, los temblores disminuyen.

Cuando deja de balancearse, le sonrío. —Confías en mí, ¿verdad?

Me ofrece una pequeña media inclinación de cabeza.

—Muy bien —le froto suavemente la pantorrilla—. Uri no sabrá nada. Este es nuestro pequeño secreto.

Lev asiente ahora con más confianza. —Nuestro secreto —repite—. Porque somos amigos —se aclara la garganta y dice—: Polly es mi hermana.

En cuanto lo dice, recuerdo una de nuestras primeras conversaciones, hace siglos. En algún momento mencionó a una hermana, ¿no? De hecho, ahora que lo pienso, también mencionó a otro hermano. Pero Uri nunca lo ha hecho.

Polly es su hermana.

Hay una clara e innegable sensación de alivio. Pero me pregunto hasta qué punto es racional. A fin de cuentas, esta información no cambia nada. Sigo siendo nada más que un juguete sexual para él. Un pequeño y sucio secreto que quiere mantener oculto ante la gente que le importa.

Vuelvo a caer de culo y me rodeo las rodillas con las manos. —¿Cómo es ella? ¿Tu hermana?

Lev se encoge de hombros. —No sé.

—Vamos, debe haber algo que puedas decirme sobre ella.

—Le gusta darme abrazos —dice, con un estremecimiento de todo el cuerpo.

Sonrío. —Parece que te quiere.

—Yo no la quiero.

Las palabras salen de su boca tan deprisa que me cuesta creerlas. —¿Qué quieres decir? Claro que sí.

Sacude la cabeza. —No. Me pone triste.

Por un momento, me preocupa que esta hermana no sea tan buena con él. Pero, teniendo en cuenta que me acaba de decir que ella intenta abrazarlo todo el tiempo, estoy menos que segura. —¿Puedes explicarme eso?

Deja caer la barbilla sobre el pecho. —Sus... sus ojos. Sus ojos me entristecen.

No tengo ni idea de qué pensar. Así que, en vez de eso, intento algo diferente. —Dime, ¿es amable contigo?

Asiente.

—¿Intenta hablar contigo?

Vuelve a asentir.

—¿Juega a videojuegos contigo?

Otro asentimiento.

—Bueno, parece que es una hermana increíble. Una que realmente se preocupa por ti.

Lev no responde realmente a eso, excepto para seguir meciéndose hacia adelante y hacia atrás y murmurando en voz baja. —Yo tuve una hermana una vez y era mi mejor amiga. Pero luego murió.

El balanceo se detiene. —¿Murió?

—Sí. Hace ya mucho tiempo.

—Mis padres también murieron.

—Lo sé. Lo siento mucho.

Parpadea con apatía. —¿Te entristece que tu hermana muriera?

—Todo el tiempo.

—Oh.

—Tienes mucha suerte de tener a tu hermana cerca, Lev. Confía en mí. Aprovecha el tiempo que tengas con ella. Y, lo más importante, sé amable con ella también.

—¿Cómo murió tu hermana?

—Se puso enferma.

Sus ojos se abren de par en par. —Qué mala suerte.

Curiosamente, así es exactamente como me sentí cuando diagnosticaron a Ziva. De todas las personas de este planeta, ¿por qué *ella* tenía que tener cáncer? ¡A los dieciséis años!

¿Cómo es posible? ¿Cómo es justo?

Parecía la mala suerte más insólita, horrible e increíble.

—Lo sé. Fue mala suerte. Igual que lo que les pasó a ti y a tus padres. ¿Recuerdas... el accidente?

Se estremece y me arrepiento de inmediato de la pregunta, pero responde de todos modos. —Solo recuerdo una cosa.

No lo presiono para que continúe. Supongo que, si quiere dejar esta conversación aquí, la dejaré pasar.

Pero entonces, tras un larguísimo silencio, continúa. —Los ojos de mamá. Ojos color avellana con pequeñas manchas marrones. Estaban abiertos. Me miraba fijamente. Pero no hablaba, ni parpadeaba, ni sonreía. Solo me miraba fijamente. Durante horas.

Se me encoge el estómago. Murió con los ojos abiertos. —Lev, ¿puedo tomar tu mano?

Se lo piensa un momento.

Luego asiente.

URI

Sienta bien prender fuego a las cosas.

Ver arder las cosas es la mejor manera de templar la rabia. Y tengo suficiente rabia como para encender mil hogueras diferentes.

Los gritos de los hombres de Sobakin siguen surcando los cielos, tiñendo las columnas de humo naranja con su dolor. Es música para mis oídos. También ayuda a alejar todos los demás pensamientos desagradables con los que he estado lidiando los últimos días.

—¿Jefe?

Miro hacia Artem, que tiene la camisa salpicada de sangre. También tiene agarrado por el cuello a un Sobakin. El bastardo sangra por las tripas. Sus manos intentan desesperadamente sujetar el enorme tajo que acabará con su vida más pronto que tarde. —¿Quieres alguno vivo?

El hombre abre mucho los ojos. —¡No, por favor! Por favor, no. Tengo una familia...

—¿No la tenemos todos? —gruño sin el menor sentimiento—. Quiero información, Artem. Si no tienen nada que dar, ¿para qué sirven?

Con un rápido movimiento, Artem pasa el cuchillo que tiene en la mano por la garganta del hombre como si estuviera trinchando carne. Más sangre se derrama, mezclándose con todo el resto, mientras una voz que grita se silencia para siempre.

Este es el tercer piso franco de Sobakin que atacamos como una plaga en los últimos tres días. Es el mensaje más claro que se me ocurre enviar.

Ya no estoy jugando.

Más gritos me rodean mientras atravieso la casa en llamas, con las brasas calientes mordiéndome la piel. Unos minutos más y tendremos que irnos. Ya puedo oler la carne cocinándose. Uno pensaría que la carne humana tendría un olor distintivo, pero no. Huele como cualquier otra cosa.

Eso demuestra que, al fin y al cabo, todos somos animales.

Observo una pequeña pila de cadáveres en un rincón. La pila se mueve ligeramente y de debajo emerge un hombre pequeño, que intenta arrastrarse para escapar de su destino haciéndose el muerto.

Debería haberse hecho el muerto un poco más.

No me ve venir hasta que estoy justo encima de él, con la pistola apuntándole a la cabeza. Suelta un pequeño jadeo aterrorizado y el olor a pis me inunda las fosas nasales.

El humo y la ceniza se tragan rápidamente el sabor acre. —¿A dónde crees que vas, amigo? —retumbo.

Lo empujo con el pie y se desploma sobre su espalda, dejando al descubierto la mancha oscura de sus pantalones. —P-p-por favor... no me mates...

—Dame una buena razón por la que no debería.

—Porque... —sus ojos van de un lado a otro, buscando una salida que nunca lo dejaré encontrar.

—Seré muy claro: eres hombre muerto. Pero al menos puedes tener cierta autonomía sobre tu muerte. ¿Quieres que sea rápida e indolora, o quieres que duela?

Su mandíbula empieza a temblar. —No me mates. Por favor.

—Maté a todos los demás hombres en este edificio. ¿Qué te hace tan especial?

—Tengo información.

Asiento. —Sí, eso dijeron todos los otros hombres con los que hablé. Me mintieron y... —otro grito estrangulado atraviesa el aire. *Justo a tiempo*—. Ahora están pagando por ello. Dime: ¿cómo te llamas?

Gotas de sudor resbalan por un lado de su cara. —Akim.

—Akim. Pareces un hombre inteligente, Akim. Lo semejante tiende a reconocer lo semejante, ¿no crees? —asiente frenéticamente—. Entonces, me creerás cuando te diga que puedo detectar una mentira a una milla de distancia.

Se levanta como puede, con una fea herida en las costillas. —¡No te mentiré! Te lo juro.

El fuego está lamiendo mi espalda ahora, lo suficientemente opresivo como para igualar el infierno dentro de mí. —Ponte de pie y sigue caminando hasta que te diga que pares.

Se incorpora y hace exactamente lo que se le dice hasta que salimos del edificio. Lo acompaño hasta mi vehículo y le ordeno que se detenga. —Gira —se gira lentamente. Me mira fijamente—. ¿Dónde está Sobakin?

—No lo sé.

Suspiro. —Decepcionante.

—Querías la verdad —habla rápido—. ¡Esa es la verdad! No sé dónde está porque nadie sabe dónde está. Sabe que vas por él y se ha retirado a su refugio personal. Solo su círculo íntimo sabe dónde se encuentra.

—Y tú no eres parte de eso.

—No. Le gusta tener cerca a sus *vors* de mayor confianza.

Sonrío. Otro grito estrangulado atraviesa la espesura de humo y fuego. —¿Sabe que voy por él?

—Lo sabe desde hace años.

Eso me da que pensar. —¿Años?

Akim asiente. —Dijo que siempre supo que llegaría a esto, por muy cuidadoso que fuera.

Doy un paso adelante y Akim se estremece. Sus piernas temblorosas parecen a punto de derrumbarse, pero aprieta la mandíbula y se mantiene erguido.

—Dime a qué se refería.

Akim traga saliva. —Esto fue antes de que yo me uniera. Me uní a la Bratva Sobakin hace solo unos años.

—Mala elección.

Se le escapa un sollozo entre los dientes. —Lo hice por mi familia. Para mantenerlos a flote…

—Si crees que hablarme de tu dulce y bella esposa y de tus dulces hijos de mejillas sonrosadas me convencerá, es que no me conoces muy bien.

Parpadea y la humedad rueda por sus mejillas. Podría ser sudor. Podrían ser lágrimas.

Es difícil diferenciarlas en este momento. Realmente no hay diferencia.

Akim se aclara la garganta y vuelve a intentarlo. —Se ha jactado de que... de que él es el responsable de la muerte de tus padres.

Mi mano se tensa sobre la pistola. Todo este tiempo, supongo que siempre lo supe. Pero al oírlo en voz alta... me siento reivindicado en mi rabia. También siento como si alguien hubiera insuflado un nuevo fuego en mí.

—¿Qué más?

—No conozco los detalles. Solo sé esto porque lo oí por casualidad. Boris siempre alardea de que solo perdió un hombre, pero la Bratva Bugrov perdió la cabeza de la serpiente.

Frunzo el ceño. —Excepto que Sobakin no entendía y sigue sin entender algo sobre la Bratva Bugrov: cortas una cabeza y otra crece en su lugar.

Levanto la pistola un poco más. Akim cierra los ojos y exhala suavemente.

Es ese acto el que me hace cambiar de opinión: el hecho de que no ruegue por su vida. Se prepara para la muerte como un hombre, no como un cobarde.

El tiempo pasa. De fondo, oigo el estertor y la cacofonía de una de las vigas del almacén que cede al calor.

Un ojo se abre. Akim se da cuenta de que bajé la mano y la pistola ya no le apunta. —¿N-no vas a dispararme?

—No.

—¿Por qué no? —pregunta con suspicacia.

—Porque me diste lo que quería.

Ahora parece aún más confuso. —Apenas te di nada.

—Me has confirmado algo con lo que he estado luchando durante años. Gracias a ti, tengo claridad y propósito. Un propósito bien renovado —doy un paso hacia él y retrocede al instante —. Pero recuerda una cosa, Akim: si vuelves a cruzarte conmigo de *cualquier* forma, apretaré el gatillo.

Todavía parece escéptico. —Sobakin nunca me dejaría vivir.

—Yo no soy él.

Inclina la cabeza. —Yo... no puedo agradecértelo lo suficiente.

—Entonces no me agradezcas. Vete antes de que cambie de opinión.

Se aleja dando tumbos, negándose a darme la espalda. Solo cuando está a varios metros de mí se da la vuelta y empieza a correr tan rápido como puede.

—Primera vez.

Me doy la vuelta y me encuentro a mi hermano mirándome con las cejas levantadas. —Es propio de ti llegar aquí cuando se acaba la fiesta.

Sonríe. —Sabía que lo tenías cubierto —luego, sus ojos se desvían hacia mí—. Y en gran parte tenía razón.

—Fue Sobakin. Él fue quien mató a Madre y a Otets.

La mandíbula de Nikolai se aprieta con fuerza. —Podría habértelo dicho. De hecho, te lo dije.

Sacudo la cabeza. —Tenías una sospecha. Nunca tuviste pruebas.

—¿Las necesitábamos?

—Sí —siseo—. Sí, las necesitábamos, Nikolai. ¿Crees que quiero empezar una guerra con un poderoso *pakhan* de una Bratva por una mierda? ¿Crees que arriesgaría a mis hombres, a mi familia, por el bien de mi ego?

Nikolai levanta las manos. —Bien. Pero ahora lo sabes con seguridad. ¿Qué vas a hacer al respecto?

—Matar a ese hijo de puta de una vez por todas.

Nikolai sonríe. —Por una vez, Uri, estamos en la misma página.

URI

No lo hagas.

El estribillo interno es constante mientras aparco el coche y entro. Es tarde, pero primero voy a ver cómo están Polly y Lev. Ambos están profundamente dormidos en sus camas, lo que significa que no tengo nada más con lo que distraerme.

Acabo en mi despacho con un vaso de vodka en la mano y el estribillo palpitando cada vez más fuerte en mi cabeza.

No lo hagas. No lo hagas, maldición.

Supongo que encender el monitor está justificado. Necesito saber qué está tramando. La última vez, pegó papel sobre las cámaras. ¿Quién sabe lo que podría estar haciendo ahora?

La pantalla se enciende. Encuentro a Alyssa tumbada en la cama con un libro de crucigramas sobre el regazo. Vuelve a llevar puesto el camisón y, con las piernas levantadas, puedo ver algo más de lo que esperaba.

Mierda.

Apago el monitor al instante, pero la imagen ya está grabada en mi cerebro, junto con algunas otras fantasías mentales de las que realmente necesito deshacerme. ¿Qué tiene esta mujer? Me llena con toda esa energía que necesita ser gastada, y ninguno de mis métodos habituales atenúa la necesidad ni un poquito.

Trago el licor, pero el ardor no dura lo suficiente como para distraerme del ansia de mi cuerpo. Verla en una pantalla no es suficiente, necesito *más*. Necesito su olor y su voz. Necesito su calor y la claridad deslumbrante de esos ojos azul oscuro.

No lo hagas.

No lo hagas.

Joder, lo haré.

Dejo el vaso de golpe y me dirijo al sótano. No sé qué le diré ni cómo explicaré mi presencia. Lo único que sé es que necesito mi dosis. Ya pensaré en el resto cuando la consiga.

Alyssa alza la vista cuando se abre la puerta. Me mira durante un segundo, antes de volver a su

libro de crucigramas. No reconoce mi presencia más allá de eso.

Mi ego me dice que esto no es más que otra táctica. Pero el sentido común me dice que está herida y solo intenta protegerse.

Doy vueltas por el sótano, fingiendo que vine a ver todo menos a ella. Sé por experiencia que odia los silencios largos.

Pero los minutos pasan y ella sigue sin decir nada. En cuanto a tácticas, si es realmente lo que está haciendo, esta es una buena. La ira y la frustración, puedo manejarlas. Pero ¿esto? Al diablo con esto. La indiferencia es una bestia a la que no estoy acostumbrado.

—¿Tienes todo lo que necesitas? —pregunto al fin.

No levanta la vista del crucigrama. —Oh, por supuesto —balbucea—. Soy una prisionera muy cómoda.

Bien, entonces hay algo de chispa. *Ahora, ¿cómo la enciendo?*

—¿Lev ha estado viniendo aquí?

—Deberías preguntarle a él.

—Alyssa.

—Uri.

Todavía no ha levantado la cabeza y me está volviendo loco. ¿Otra cosa que me está volviendo loco? El hecho de que no se haya bajado el camisón. Veo un muslo interminable y la curva de su culo.

Seguro que lo hace a propósito. —Te he hecho una pregunta.

—Seguro que sí —reflexiona—. Pero, lo creas o no, no puedes controlarlo todo, Uri. Puedes encerrarme aquí y tirar la llave, pero ¿adivina qué? No tengo que responder a tus preguntas. Lo mismo vale para Lev: puede hacer lo que quiera.

Frunzo el ceño. —Yo no lo controlo.

—¿De verdad? Decirle dónde dormir y con quién hablar... Eso me parece control.

—Estoy tratando de protegerlo.

Sus ojos se dirigen a los míos. *Finalmente.* —¿Así como intentas “protegerme”?

—Eso es diferente.

Se encoge de hombros. —Puedes inventar todas las excusas que quieras, pero al final, si no permites que la gente que te rodea tome algunas decisiones por sí misma, la perderás.

La boca le tiembla un instante antes de morderse el labio, intentando detener el temblor. Cierra el libro de un manotazo y lo tira a la cama a su lado.

—¿Quieres oír una historia? Te la contaré de todas formas, así que mejor di que sí. Un año después de que le diagnosticaran la enfermedad, mi hermana decidió que quería dejar el

tratamiento —una lágrima resbala por su mejilla mientras balancea las piernas hacia un lado de la cama—. Tuvimos tantas peleas. *Dios*, muchísimas. Incluso dejé de hablarle durante un par de semanas.

Me acerco un poco más, con la respiración entrecortada.

—Consiguió convencer a nuestros padres de que era la decisión correcta para ella. Su leucemia era agresiva. Quería disfrutar de sus últimos... —su sollozo la detiene en seco—. Mierda. Por *esto* odio hablar de Ziva. Empiezo a lloriquear como una idiota.

—No estás lloriqueando.

Me mira a los ojos un segundo. —La cuestión es que me perdí semanas con mi hermana porque estaba muy ocupada intentando que viera las cosas a mi manera.

—Yo habría hecho lo mismo.

Ella se estremece y sus ojos se cierran suavemente. —Eso es todo. No era mi decisión.

—Era tu trabajo protegerla.

Esta vez, cuando me mira, no aparta la mirada. Como yo, tiene la respiración entrecortada. Otra lágrima recorre su mejilla mientras asiente. —Era mi trabajo —acepta en voz baja—. Y fracasé.

—¿No la convenciste para que empezara de nuevo el tratamiento?

Ella traga saliva. —Lo hice, en realidad. Para entonces, ya no había diferencia. Pasó los últimos meses en el hospital, vomitando, pinchada, drogada y sintiéndose como una mierda —se me salen las lágrimas y lo único que quiero es abrazarla, pero no me atrevo a acercarme—. No fue hasta el día de su muerte que me di cuenta de lo egoísta que había sido.

—No —gruño con firmeza—. Tú la querías. Querías que viviera.

—Quería que viviera *para mí* —corrige—. Hice que su vida, su cáncer y su dolor giraran en torno a mí. Debería haberla dejado elegir lo que quería. Debería haberle dado los últimos meses de su vida.

No decido moverme conscientemente, pero de repente estoy en cuclillas frente a ella, apoyando la mano en su rodilla. Noto una pequeña chispa de sorpresa en sus ojos, pero no intenta apartarse de mí.

—Tengo que vivir con esa culpa el resto de mi vida.

—Murió sabiendo que la querías.

—Se merecía más.

—La mayoría de la gente merece más —asiento solemnemente—. La mayoría de la gente no son villanos como yo. Pero el mundo no es justo.

Sus cejas se juntan. —¿Te consideras un villano?

La miro con incredulidad. —¿Tú no piensas lo mismo?

Mira mi mano sobre su rodilla. Es demasiado tarde para quitarla, así que la dejo justo ahí. —Te gusta fingir que lo eres. Pero no lo eres, Uri. No me lo harás creer, por mucho que lo intentes.

Puedo sentir cómo esa pequeña onda de incomodidad empieza a solidificarse. La misma que grita: *No lo hagas, maldición*, desde el segundo en que dejo la compañía de Alyssa hasta el segundo en que vuelvo.

—Ahí está —susurra, con los ojos fijos en mí.

—¿Qué cosa?

—Puede que no lo sepas, pero ya estás buscando la manera de alejarme. Conozco esa expresión. La veo cada vez que te peleas conmigo.

Aprieto la mandíbula. Retiro la mano y me pongo en pie.

—Déjame adivinar —se ríe en voz baja—. Tienes que irte. Probablemente no vuelva a verte en días, hasta que cedas y vengas a verme con otro pretexto falso —arrastrando sus ojos hasta los míos, pregunta—: ¿Es tan horrible aceptar que puedo ser algo más que tu prisionera?

—Solo *eres* mi prisionera. Tú eres la que está tratando de cambiar la narrativa.

Alyssa se limita a sacudir la cabeza con silencioso disgusto. —Ahí está —dice de nuevo—. Ahí está, maldita sea.

—Que conozcas detalles de mi vida y de mi familia no significa que me conozcas —gruño—. No cometas el error de suponer que significas para mí más de lo que eres. Pero supongo que eso es típico de ti.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Ziva te dijo lo que quería, lo que necesitaba, y tú te negaste a escucharla —sus ojos se abren de par en par. Incluso cuando las palabras salen de mi boca, soy consciente de lo jodidamente imbécil que estoy siendo. Y, aun así, no puedo contenerme—. Aparentemente, la negación es la característica que te define.

Sus ojos se abren de par en par y puedo ver las lágrimas ahí, a punto de caer. —Tú... *cabrón* —hay un palmo de espacio entre nosotros, pero bien podría ser una milla de camino a través del infierno—. Lárgate. Déjame en paz, maldito bruto.

Es lo que quería, ¿no? Una razón para alejarme sin cruzar la línea una vez más. Obtuve exactamente lo que pedí.

Pero ninguna victoria se ha sentido más vacía.

ALYSSA

—Te he traído algo.

Lev abre el puño y descubre una flor morada del jardín. Pero los pétalos se han marchitado por el calor de la palma y el tallo se ha roto. Se queda mirando la flor, con la boca abierta por la frustración.

—Yo... yo la maté.

—No, no, está bien, Lev.

Ese familiar balanceo comienza de nuevo. —La maté. La maté. La maté. La…

—Lev —mi tono es lo suficientemente agudo como para llamar su atención. Alargo la mano y cojo la flor de su palma—. Me encanta. Me encanta. Gracias.

Parece inseguro. —Está muerta.

—Sigue siendo preciosa. ¿Sabías que el púrpura siempre ha sido uno de mis colores favoritos?

El balanceo se ralentiza. —¿En serio?

—Oh, sí. Siempre. ¿Cómo lo sabías?

Sonríe con timidez. —Lo supuse.

—Que chico tan listo —le guiño un ojo—. Lev, ¿puedo pedirte un gran favor?

Me pasé toda la noche dándole vueltas. ¿De verdad voy a usar Lev para salir de aquí? Me topé una y otra vez con el mismo obstáculo: mi conciencia. No me parecía bien aprovecharme de Lev de esa manera.

Pero no puedo quedarme aquí mucho más tiempo. El sótano puedo soportarlo. La falta de luz solar, puedo aprender a vivir sin ella. Incluso el número limitado de actividades es algo a lo que puedo obligarme a adaptarme.

¿Pero Uri? Él es lo único de lo que ya no puedo estar cerca.

Así que, por mucho que me odie por ello, es Lev o nada.

La puerta se abre de repente y los dos retrocedemos, encogidos. La voz que entra es suave y

femenina, completamente nueva para mí. Una cabeza asoma por el marco de la puerta: pelo corto y castaño, grandes ojos color avellana salpicados de pequeñas manchas marrones.

Igual que los de su mamá.

—Tú debes ser Polly.

Entra en el sótano, sus ojos se mueven de Lev a mí. —¿Quién eres? —pregunta con timidez.

Hay pequeños indicios de Uri en su cara. Los pómulos afilados, la línea recta de su nariz. Pero hay una suavidad en sus rasgos que Uri nunca ha tenido.

—Soy Alyssa —le digo, ofreciéndole la mano—. Encantada de conocerte.

Lev parece frenético. Su respiración es entrecortada y aguda, y se muerde el interior de la mejilla con tanta fuerza que se le ondula la mandíbula.

Me veo obligada a apartar la mirada de Polly. —Lev, oye… todo está bien. Solo respira como te dije, ¿recuerdas?

—Uri se enfadará... Uri se...

—Deja que me ocupe de tu hermano —digo con firmeza.

Me mira con curiosidad. —¿Me protegerás?

—Siempre —en cuanto lo digo, me arrepiento. No planeo estar aquí el tiempo suficiente para ser una fuente de protección para Lev. Por mucho que me preocupe por él, no puedo ser parte de su vida a largo plazo.

—¿Por qué no vas a jugar a algún videojuego? —sugiero—. Iré en un rato.

Dirige a su hermana una mirada recelosa y se dirige a su lugar especial en la alfombra. En cuanto se pone los auriculares, me vuelvo hacia Polly. Lo que voy a decir se me traba en la lengua cuando veo la cara de asombro que pone.

—¿Cómo lo has hecho? —susurra.

—¿Hacer... qué? —pregunto, mirando hacia atrás por encima del hombro.

—Acabas de detener una crisis en seco. Has conseguido que te escuche. Nunca hace nada de lo que le digo. Diablos, tengo suerte si me mira algunos días.

—Yo solo... no lo sé. Supongo que formamos un vínculo.

Su expresión se agita, pero se contiene antes de que su rostro decaiga por completo. —Así que supongo que todo el mundo es mejor con él que yo —me mira con cautela—. Incluida la extraña en el sótano.

Le dirijo una sonrisa tímida. —Tuve suerte.

—Ahora, la extraña está tratando de consolarme. Este día se pone cada vez mejor —suspira profundamente—. ¿Así que es por esto que Lev ha estado durmiendo con Uri?

Mis cejas se disparan. —¿Lev duerme con Uri?

—Bueno, tiene su propia habitación arriba si quiere, pero Lev tiene pesadillas. Así que sí, Uri suele dormir con él la mayoría de los días.

Ojalá no hubiera oído eso. Prefiero quedarme en el tren de que *es un imbécil*. Cualquier otra cosa es demasiado peligrosa.

—En serio, ¿quién eres?

Suspiro. —Me llamo Alyssa. Vivo al lado.

—¿Pero duermes en el sótano de mi hermano?

—En realidad no tengo muchas opciones.

Los ojos de Polly se abren de horror. —Dios mío, ¿te tiene aquí abajo? ¿Eres su prisionera?

Parece realmente disgustada por la idea. Por eso levanto las manos y niego con la cabeza. A pesar de que yo misma he dicho muchas veces esa palabra. —Yo no... Eso no es lo que... Es complicado.

Me mira con los ojos entrecerrados. —Escucha, sé que en lenguaje adulto significa que *no es asunto mío*, pero no soy una bebé. Puedo soportar la verdad, aunque sea una mierda.

Miro hacia Lev, pero por suerte sus auriculares hacen su trabajo. —Me equivoqué de paquete —suelto.

—¿Qué?

Suspirando, le hago un gesto para que me siga a la cocina, donde me sirvo una taza de café cargado. —¿Puedo ofrecerte algo?

—¿Tienes Oreos?

Le paso la bolsa y un cartón de leche. Luego, nos sentamos frente a frente y yo también cojo una Oreo. —Confundí el paquete de tu hermano con el mío y cometí el error de abrirlo.

Se encoge de hombros. —¿Qué había dentro?

—Nada bueno. De todos modos, cuando tu hermano descubrió que lo había abierto, me trajo aquí para protegerme. Eso fue hace semanas.

—¿*Semanas*? —grita.

—Me dejó salir en algún momento, pero me obligaba a volver aquí los fines de semana. Por lo menos, hasta hace una semana.

Polly palidece. —Dios, creo que es culpa mía. Vuelvo los fines de semana. Y ahora estoy de vacaciones de verano.

Alargo la mano y se la acaricio. Es demasiado familiar para alguien a quien acabo de conocer, pero me parece natural, así que me dejo llevar. —Esto no es culpa tuya, Polly. Nada de esto lo es.

Sus ojos se centran en mí. Realmente son el par de ojos color avellana más llamativos que he

visto en mucho tiempo. —No quieres quedarte aquí abajo, ¿verdad?

—No. Es difícil creer que hay una amenaza cuando no puedes verla. A veces, creo que tu hermano pide demasiado al creer que debo confiar implícitamente en él.

—Puede ser muy duro —mira a su alrededor, incómoda—. Debe ser un asco estar aquí abajo todo el tiempo —sus ojos vuelven a encontrar los míos y añade—: Lo siento.

—No te disculpes. Nada de esto es culpa tuya.

—Es que... me parece mal tenerte aquí abajo. ¿Por qué no vuelves arriba conmigo?

Lo primero que pienso es: *¿Dónde has estado toda mi vida?*

La segunda es que *Uri perderá la cabeza.*

Mi tercer pensamiento es, *Maravilloso.*

Pero no quiero que Polly quede atrapada en el fuego cruzado. —A tu hermano no le haría ninguna gracia —digo con tristeza—. Se supone que no debes saber nada de mí. Se enfadará y Lev se agitará y será un lío.

Polly frunce el ceño. —Déjame hablar con Uri.

—Por favor, no lo hagas. En cuanto hables con él, impedirá que Lev y tú vengan aquí también. En cualquier caso, los dos estamos... No estamos realmente en buenos términos en este momento.

Me mira con desconfianza. —¿Hay algo más que debería saber?

—¿Qué quieres decir? —pregunto, con los pelos de la nuca erizados.

—Quiero decir... ¿hay algo entre ustedes? Como... ¿románticamente?

Casi resoplo ante sus palabras, pero consigo contener mi reacción en el último segundo. —No hay *nada* entre nosotros. Ha dejado muy claro que no soy más que su rehén. En el mejor sentido de la palabra.

—Mierda —respira Polly.

Sonrío. —Dices las mismas palabrotas que tu hermano.

—¿De dónde crees que lo aprendí?

Puedo verlo en su cara: es una buena chica, con principios. Probablemente por eso es tan difícil para ella verme aquí abajo. Pero también quiere a Uri, que es otra razón por la que esto es difícil de procesar para ella.

Ella y Lev, ambos son solo niños.

—Escúchame: esta no es tu batalla, ¿de acuerdo?

Su nariz se arruga. —¿Qué clase de persona sería si te dejara aquí abajo? Me revocarían el carné feminista.

Sonrío mientras pongo mi mano sobre la suya. —¿Qué te parece esto? Si alguna vez necesito ayuda, te la pediré.

Ella arquea las cejas. —¿Sí?

Asiento. —Te lo juro.

URI

Nikolai me espera en la puerta cuando entro. A juzgar por su expresión afligida, ha intentado pasar un rato con Lev.

—¿Qué ha pasado?

Se eriza a la defensiva. —¿Qué te hace pensar que ha pasado algo?

—Tu camisa está mojada y tienes cara de estreñido.

Nikolai pone los ojos en blanco. —Intenté que Lev viniera a nadar conmigo. Se tomó la sugerencia como algo personal.

—Lev no nada. Ya lo sabes.

—Tenemos que presionarlo un poco más. Si puede salir de su zona de confort, entonces tal vez...

—¿Tal vez qué? —exijo—. ¿Podría ser normal? ¿Podría ser como cualquier otro chico de veintidós años?

Nikolai alza las manos. —¿Sabes qué? No importa. ¿Qué pasó hoy con la vigilancia?

Me trago mi irritación y tomo la salida. —Stepan y yo pillamos a Boris saliendo de su hotel en un camión blindado con un equipo completo. Se fue de allí a Midtown y ahí es donde lo perdimos. Está claro que está asustado.

—Y preparado.

—Solo está retrasando lo inevitable. Eso es todo.

Nikolai asiente. —Puede que tenga una idea de cómo podemos adelantar lo inevitable.

—Cuéntame —digo, tirando las llaves sobre la mesa del recibidor.

—La pequeña *kiska* en el sótano.

Me quedo helado. —¿Qué?

Nikolai me observa con demasiada atención para mi gusto. Hay un brillo en sus ojos que solo tiene cuando siente que están a punto de darle la razón.

—Se han fijado en ella, hermano. Algo que deberías haber esperado cuando decidiste hacerla

desfilar por toda la ciudad. Sé de buena fuente que Sobakin planea apuntar a Alyssa ahora. Claramente, piensa que ella significa algo para ti.

—No significa nada —las palabras salen volando de mi boca sin vacilar.

—Entonces, no tendrás problema en usarla para atraerlo.

Tengo que esforzarme mucho para controlar mi expresión. —¿Quieres usarla como cebo?

—Tienes que admitir que es una buena estrategia. En el momento en que la colguemos frente a él, se abalanzará... —la sola idea hace que mis manos se cierren en puños—… y ahí es cuando lo atrapamos —*joder*—. ¿Qué piensas?

—Hay riesgos.

—Cada plan que ideemos tendrá un riesgo. Al menos este tiene una alta probabilidad de éxito —la mirada de Nikolai se vuelve más aguda—. A menos que estés tratando de decirme que te importa la...

—Funcionará.

Nikolai cierra la boca. —¿Sí?

—Sí —le doy una palmada en la espalda al entrar en casa—. Ahora, si me disculpas, ha sido un día largo.

En el momento en que le cierro la puerta, dejo caer mi fachada de indiferencia. Poner a Alyssa directamente en el camino de Sobakin parece contraproducente. Se siente mal. Se siente... antinatural.

Pero no hacerlo... ¿qué significaría?

—¿Un penique por tus pensamientos?

Miro a un lado cuando Polina aparece por el pasillo. Me empujo para apartarme de la puerta. —Cuando eras pequeña solías ir por ahí diciendo: *'una Polina por tus pensamientos'*. ¿Te acuerdas de eso?

Se encoge de hombros. —Tenía como tres años.

—¿Cuántos años tienes ahora? ¿Cuatro? ¿Cinco?

Mostrándome el dedo medio y el ceño fruncido, me pregunta—: ¿Quieres cenar? Hemos hecho blinis.

—¿Hemos? —mi corazón se acelera. Seguro que no quiere decir...

—Mariska y yo. No Lev. Él todavía me odia.

—No te odia —suspiro.

Resopla como si no le importara lo más mínimo, aunque sé que le duele que él no corresponda a su amor tan abiertamente como a ella le gustaría. —Da igual. ¿Quieres comida o no?

No es propio de Pol ser tan cortante conmigo. La chica tiene una abundante reserva de paciencia.

Me recuerda a Alyssa en ese sentido.

No. Para. Deja de pensar en Alyssa, maldita sea.

—Me gustaría un blini.

Me acompaña a la cocina y empieza a prepararme un plato. Es evidente que está preocupada. Su sonrisa habitual ha desaparecido, y sus cejas parecen permanentemente pegadas.

—¿Hay algo que te esté molestando?

—No lo sé. ¿*Debería* haber algo que me moleste?

Apoyo una cadera en el mostrador y cruzo los brazos sobre el pecho. —Polina, ¿hay algo que quieras decirme?

—¿Hay algo que *tú* quieras decirme?

Mordiendo mi irritación, digo—: ¿*Este* es el día en que decides comportarte como una adolescente malcriada? ¿Es una ocasión especial o simplemente quieres ser imprevisible?

Me mira mal y empieza a llenarme el plato de comida, sin responder a ninguna de mis preguntas.

—No los habrás envenenado, ¿verdad? —le digo. Mueve los labios, pero se niega a sonreír. Me aclaro la garganta y vuelvo a intentarlo—. ¿Qué has estado haciendo hoy?

—Oh, ya sabes, lo mismo de siempre. Ver la tele, dar un paseo, leer un libro. Conocer a la mujer que tienes atrapada en el sótano.

Espera.

—¿Qué?

Empuja el plato hacia mí. —Alyssa. ¿La conoces? La rubia guapa del sótano. Ella y yo tuvimos una pequeña charla mientras Lev jugaba videojuegos. Se lleva realmente bien con él. Y él se ve tan cómodo con ella.

Respiro hondo para tranquilizarme, aunque me siento como si me zarandearan en un barco en medio de una tormenta. —¿Te lo ha dicho Lev?

—Literalmente acabamos de establecer que Lev apenas me habla. No, yo lo seguí hasta allí. Estoy segura de que has notado que no es el más sigiloso. O el más reservado.

—Te dije que no entraras en el sótano —reclamo.

—Bueno, no hice caso —me señala con el dedo—. Deberías haberme dicho la razón.

—No es asunto tuyo, Polina. Es asunto de la Bratva y no quiero que te involucres en él.

—Ella es miserable ahí abajo.

—Soy consciente.

Los ojos de mi hermana se entrecierran. —Obviamente está ahí abajo porque yo estoy aquí arriba. Ahora que lo sé, al menos puedes ofrecerle un dormitorio. No tiene sentido el secretismo

si el gato está fuera de la caja.

Mi mandíbula se aprieta. Eso habría tenido sentido hace unas semanas. ¿Pero ahora? ¿Después de todo lo que pasó entre Alyssa y yo? No puedo imaginar nada peor que tenerla cerca, en mi espacio, pasando tiempo con mis hermanos. Solo se conocieron hoy y ya Polly la defiende, una fiel activista de la causa de Alyssa. La pequeña *narushitel* debe tener algún puto poder de brujería cuando se trata del clan Bugrov.

—Tienes que olvidarte de ella.

Polina se queda boquiabierta. —¿No vas a dejarla salir?

—Es mejor así. No se quedará en el sótano para siempre. Pero, por ahora...

—¡Eso es inhumano! —dice ella—. Y tú no eres inhumano, Uri.

—Lo soy cuando tengo que serlo. Tú sólo me conoces como tu hermano. Soy mucho más que tu hermano, Polina.

Ella sacude la cabeza con decepción. —Di lo que quieras. No te creo.

—No tienes que creerme. Pero sí tienes que confiar en mí. Sé lo que es mejor...

—¡No! —Polly grita con una voz que nunca le escuché antes. Suena muy *triste* de repente. Tan jodidamente *enfadada*—. No me digas que sabes lo que es mejor para mí. Es mentira. ¡Es una puta *mentira*!

—Polina...

—Lo digo en serio. Eso es exactamente lo que me dijo papá antes de salir en ese estúpido viaje con Lev. Tuve que quedarme porque tenía entrenamiento de fútbol y se negó a que me lo perdiera. *Cumple tus compromisos*, Polina, me dijo. *Me lo agradecerás más tarde. Sé lo que es mejor para ti*. Todo es una puta mierda.

La miro fijamente. —Llevas mucho tiempo guardando eso.

Suspira y se pasa las manos por la cara mientras toda la lucha se disipa de su cuerpo tan repentinamente como apareció. —No quería gritar.

—No pasa nada. Gritar es sano de vez en cuando.

—Tengo catorce años. Sé distinguir el bien del mal, Uri. Sé exactamente quién eres. Ser *pakhan* no te convierte en un villano. Pero mantener a una mujer encerrada en un sótano en contra de su voluntad... ciertamente lo hace.

Me trago mi propia rabia. —No conoces toda la historia.

—Sí, lo sé. Alyssa me lo contó.

Joder.

—¿Cuánto tiempo estuviste ahí abajo con ella?

—El suficiente —replica, cruzando las manos sobre el pecho—. ¿Qué hay entre ustedes?

—¿Tu nueva mejor amiga no te informó?

Pone los ojos en blanco. —Oh, qué maduro. Sabes que se supone que yo soy la adolescente aquí, ¿verdad?

—No voy a hacer esto ahora. Ve a tu habitación, Polly.

—No puedes mandarme a mi cuarto cuando no te gusta cómo va la conversación. No eres mi padre.

Avanzo hacia ella. —Soy lo más jodidamente cercano que tienes a uno. Alyssa está ahí abajo por su propia seguridad y se quedará ahí abajo hasta que la amenaza haya pasado. Ahora, vete a tu habitación.

Me evalúa. Entonces aprieta la mandíbula en un gesto que me resulta demasiado familiar, porque lo veo cada vez que me miro al espejo. —Disfruta de la comida —me dice. Y deja caer el plato al suelo. Se rompe y se hace añicos, la masa y la porcelana vuelan en todas direcciones.

Polina no se queda a ver el desastre. Se marcha dejando un rastro de melancólica rabia a su paso.

En cuanto desaparece arriba, me doy la vuelta y voy al sótano. Alyssa ya tiene a Lev.

No dejaré que tenga a Polly, también.

ALYSSA

Llega como un tornado, todo furia, caos y confusión. Supongo que Polly fue y contó todo, porque no hay otra razón para esta visita. No hay otra razón para esa mirada salvaje y desquiciada en su cara.

Retrocedo un poco a pesar de jurarme internamente que esta vez me mantendría firme. —Para un hombre que dice que no quiere nada conmigo, seguro que vienes mucho por aquí.

Sus ojos brillan con una llama azul y me muerdo la lengua. *¿Por qué lo incitas?* Me digo que Uri nunca me haría daño, pero nunca lo vi tan enfadado.

Se abalanza sobre mí y me empuja contra la pared. No se detiene hasta que su cuerpo está a un palmo del mío y su nariz casi roza la mía. —He oído que has conocido a mi hermana —gruñe. Su voz es profunda y gutural. Definitivamente hay rabia... pero también hay pasión.

—Actúas como si yo la hubiera engañado para que viniera aquí —respondo—. Ella fue la que siguió a Lev. Eso no es mi culpa.

—Quizá no, pero andar contándole cosas, seguro que sí.

—Oh, lo siento. ¿Puedes tenerme aquí de rehén pero no puedo hablar de ello? ¿Puedes tratarme como una mierda pero yo no puedo reaccionar? Puedes meterte en mi espacio y yo no puedo... —pongo las manos en su pecho y lo empujo—. ¡*Retrocede*!

No se mueve ni un milímetro. En lugar de eso, sus manos me aprisionan a ambos lados. Debería sentir claustrofobia, pero todo lo que siento es calor. Mucho, mucho calor.

—Puedes hacer lo que te dé la puta gana. Pero no lo hagas con mis hermanos. Esos dos están fuera de los límites.

—Mhmm, ¿y se lo has dicho? —exijo—. Porque ellos son los que vinieron a buscarme.

—Lev no es consciente de lo que hace y Polly no estaba buscando una mierda. Ella solo...

—¿Crees que no está buscando nada? —me burlo—. Prueba con *atención*. Prueba con *afecto*. Prueba con *honestidad*.

—Ella tiene mucho de eso —se queja. Pero es obvio que no cree lo que dice.

—Por favor. Ella te necesita, Uri. Y no solo los fines de semana. Está tratando de hacerse

pequeña para que no tengas que preocuparte por ella. Pero ¿adivina qué? Necesita más de lo que está dispuesta a pedir.

Se detiene en seco y su furia disminuye por un segundo. Ni siquiera su temperamento es suficiente para distraerme de la preocupación que siente por su hermana. Me duele el corazón al ver esos ojos azules desencajados. —¿Ella dijo eso?

Suspiro. —No tuvo que hacerlo. Me di cuenta solo con hablar con ella. Está dolida, Uri.

Me mira directamente, pero su mirada está desenfocada y distante. —Ella fue la que quiso irse a un internado. Fue su decisión.

—¿No tendrá algo que ver con el hecho de que Lev no se lleva bien con ella?

Bum. Justo así, el foco vuelve a mí. Lo suficientemente intenso como para hacerme sudar. —¿Qué pasó? —pregunta—. Algo debe haber pasado entre los dos mientras estaban...

—No ha pasado nada —le digo amablemente—. Solo noté que Lev era un poco más distante con ella que con otras personas. Y Polly también mencionó un par de cosas.

Aprieta la mandíbula. —Ha mejorado mucho con respecto a antes —admite con una aspereza cohibida—. Pero, justo después del coma, empezó... empezó a tener ataques de pánico cada vez que la mira —Uri se acaricia la barba incipiente con desgana—. No sé por qué. Todavía no puedo...

—Yo sí sé.

Parece atónito. —No es posible que...

—Sus ojos —susurro—. Tiene los ojos de tu madre, ¿verdad?

Hace una pausa y se echa hacia atrás para mirarme desde un nuevo ángulo. El surco entre sus cejas es profundo, acumula sombras. —¿Cómo es posible que sepas eso?

—Lev me lo contó. También me dijo que después de que el coche cayera por el barranco, él quedó atrapado en ese asiento, mirándola fijamente. Tu madre, ella... creo que murió con los ojos abiertos.

Me mira fijamente durante un momento. —Mierda —respira mientras sus ojos se humedecen y se cierran—. *Mierda*.

—Uri —sin pensarlo, alargo la mano y le acaricio la cara con la palma. Coloco la otra mano sobre su pecho. Está latiendo rápido, lleno del tipo de pérdida, el tipo de dolor que yo misma experimenté una vez—. Lo siento.

—¿Te contó todo eso? —pregunta con los ojos aún encapuchados y bajos.

—No fue, como, una historia entera. Solo estábamos hablando. Mencioné a mi hermana; él mencionó eso. Ni siquiera lo relacioné hasta que vi a Polly hoy. Sus ojos eran exactamente como él describió los ojos de tu madre.

Se aparta de mí y bajo las manos. —¿Sabes cuánto tiempo pasé tratando de entender esto? Intentando averiguar por qué él... por qué él... mierda.

—Bueno, ahora, ya sabes.

Sacude la cabeza con disgusto. —Debería haberlo sabido antes.

—¿Quieres parar? —escupo con rabia—. Culparte no ayuda a esos niños. Te has esforzado y, por lo que veo, has hecho un buen trabajo.

—Eso no te lo crees ni tú.

—En realidad, sí. No me malinterpretes: creo que eres un bruto y un imbécil la mayor parte del tiempo. Pero solo conmigo. Para esos niños... eres su héroe —sacude la cabeza y doy un paso adelante. Esta vez, me meto en su espacio—. No te lo tomes como algo personal, Uri.

—No lo entiendo —dice. Sueno realmente desconcertado—. ¿Por qué se abriría así contigo y no conmigo?

—No intento cambiarlo.

Sus ojos se entrecierran. *Mierda*. —No, ¿por qué lo harías? No estás aquí a largo plazo. Lo único que quieres es irte.

—¿Puedes culparme? —grito, gesticulando a mi alrededor—. Mira dónde pasé las últimas semanas. ¿Cómo voy a querer otra cosa? No vienes a verme, no me hablas. Y, cada vez que hablamos, me alejas inmediatamente después.

—No jodas...

—¡Es verdad!

—¿Qué estás diciendo? ¿Si te prestara más atención, entonces estarías feliz de quedarte aquí abajo?

Me quedo helada, sintiendo el calor de su mirada deslizarse por mi cara y hacer que me ardan las mejillas. —No, eso no es lo que estoy diciendo —trago saliva, pero ya es demasiado tarde para dar marcha atrás—. Digo que es obvio que me retienes aquí por una razón. Y cada vez creo más que esa razón no tiene nada que ver con protegerme de amenazas externas.

Frunce el ceño. Sus labios están a un cuarto de pulgada de los míos. Si me muevo un pelo, mi cara chocará con la suya...

Lo cual no sería lo peor del mundo.

Resiste. Resiste. Resiste.

Un escalofrío me recorre la espalda antes de hablar. —Me deseas —so se inmuta—. Pero tienes miedo de desearme. Esto no es solo sexo y los dos lo sabemos.

—No. Se trata de que no sabes cuál es tu lugar.

No sé cómo, pero de repente sus dedos se entrelazan con los míos. El calor de su pecho se aprieta contra el mío. Es como si nos fusionáramos lentamente y ninguno de los dos pudiera controlarlo.

—No vuelvas a hablar con Polly o Lev nunca más —gruñe.

Lo fulmino con la mirada. —Oblígame.

—*Maldita sea* —gruñe, un instante antes de que sus labios se posen sobre los míos.

Nuestros cuerpos se juntan y la química se desata sin límites. Seguro que no puede ser inmune a esto. Seguro que no puede seguir creyendo que esto es solo sexo.

No importa lo bueno que sea el sexo, no se siente *tan* bien sin una conexión.

Mi lengua forcejea con la suya mientras cada uno intenta imponerse a lo largo de esta delicada línea que estamos enhebrando. Sus manos se deslizan por mi cuerpo, arrancándome la ropa hasta dejarme desnuda y temblando debajo de él. Me sube la pierna y, un instante después, oigo cómo arrastra la cremallera.

Toca mis pliegues húmedos, entra y sale de mí antes de que sienta su polla rozándome el coño. Gimo, le rodeo los hombros con los brazos y me acerco a él todo lo que puedo. Su brazo se desliza por mi espalda y me atrae hacia él.

Cuando me penetra, se me cierran los ojos. Es el último momento de delicadeza antes de que nos derrumbemos. Compartimos un largo y estremecedor suspiro, y entonces me folla con más fuerza que nunca. Me folla como si intentara expulsar fuerzas oscuras de mi cuerpo. Como si intentara purgarnos a los dos de algo.

En algún momento, entre los intensos empujones, dejo de pensar. Me olvido de la política entre nosotros o del hecho de que dejé toda una vida atrás cuando trepé esa valla. Me olvido de la boda de mi mejor amiga y de mi hermana gemela muerta y de toda la mierda que vive en mis pensamientos cuando doy vueltas en la cama por la noche.

Ahora mismo, solo puedo concentrarme en el calor de esos empujones. La forma en que sus manos se deslizan por mi cuerpo, recordándome a quién pertenezco realmente.

—Mírame —me ordena mientras lucho por contener mi cuerpo.

Mis ojos se encuentran con los suyos y así terminamos los dos, con la mirada fija el uno en el otro y nuestros orgasmos separados por solo unos segundos.

Después, Uri me lleva a la cama y me tumba en ella. Se sienta a mi lado y pasamos un buen rato mirándonos sin decir palabra, recuperándonos de lo que acaba de ocurrir, lidiando con nuestros complicados sentimientos, pero negándonos a compartirlos.

Al menos, eso es lo que estoy haciendo yo. No tengo ni idea de lo que está pensando.

Todo lo que sé es lo que veo delante de mí.

Nunca aparta la mirada. Su mano permanece en mi cadera. Se avecina una tormenta en esos ojos azules, pero yo me quedo fuera, mirando hacia dentro, como si observara a través de una ventana que se niega a abrirse.

Cuando por fin se levanta de la cama, siento que algo se me hunde en el fondo del estómago. Me doy cuenta de que no era bueno que se quedara conmigo en mi cama.

Fue una despedida.

—Uri...

—No podemos seguir haciendo esto —susurra suavemente.

Suspiro. —Lo sé.

URI

—¿Algo te preocupa esta mañana, hermano mayor?

—No.

—¿En serio? Porque llevas un minuto frunciéndole el ceño a la cafetera como si te debiera dinero y, antes de eso, parecías tenerle rencor a la tostadora —Polly me dedica una pequeña sonrisa—. Siéntate. Te traeré el café.

—Puedo arreglármelas solo.

—No creo que puedas. Estás a diez segundos de lanzar la cafetera por la ventana y necesito mi dosis matutina antes de que eso ocurra.

Me vuelvo para mirar a mi hermana. Con el sol de la mañana entrando por las claraboyas, tiene un aspecto etéreo y sin edad. Se parece a nuestra madre. —¿Desde cuándo bebes café?

—Desde que me di cuenta de que podía salirme con la mía sin que nadie se diera cuenta.

Me siento culpable. ¿No es exactamente lo que Alyssa me dijo ayer? —¿Te gusta tu internado?

Me aparta de la máquina de café y toma el relevo. —Claro. Está bien.

—Define “bien”.

Se encoge de hombros. —Tiene sus altibajos, como todo en la vida.

—Sabes que no tienes que quedarte allí, ¿verdad? Si quisieras volver a casa, se puede arreglar. Puedo meterte en la Academia Scotswood. Está a solo treinta minutos en coche de aquí.

Me lanza una pequeña mirada. —¿Qué provocó esto?

—Estaba pensando...

—¿Eso es una forma de decir que *hablaste con Alyssa*?

Mi cara se curva en una mueca instantánea. —No todo tiene que ver con ella.

—¿Así que ella no es la razón por la que estás de mal humor esta mañana?

—Así estoy todas las mañanas.

—Cierto. Pero hoy estás repotenciado.

Pongo los ojos en blanco y cojo la taza de café que me tiende. —Por cierto, ¿cómo estuvo anoche?

—¿Qué quieres decir?

Pol acerca su propia taza a la isla de la cocina y vuelve a sentarse en el taburete. —Solo me preguntaba cómo estaba, cosa que sé que sabes, pues te vi merodeando por el sótano después de medianoche —hago otra mueca y ella sonríe—. Pillado.

—Solo estaba comprobando las cámaras de seguridad.

—Oh, apuesto a que sí. ¿Así es como lo llamamos estos días?

—Polina Bugrov.

—Oh, ¿quieres admitirlo de una vez? ¡Es tan obvio! Estás *enamorado* de ella.

Miro fijamente a mi hermana pequeña. No tiene sentido que parezca tan vieja y sabia. Sus palabras tampoco tienen sentido.

—Joder, Polly...

—¿Quieres saber una cosa? —da un sorbo a su café, hace un gesto de dolor y añade una buena dosis de azúcar—. Vas por ahí dándotelas de grande y macho, pero, cuando se trata de sentimientos, eres el mayor cobarde que conozco.

Aprieto los dientes. —No estoy enamorado de nadie.

Suspira mientras se remueve. —Caso probado.

—Es una chica cualquiera que se metió con la gente equivocada —digo, evitando el contacto visual—. Ella no es nadie para mí.

—¿Es por eso que parece que no puedes alejarte de ella?

—Hemos terminado con esta conversación.

—Solo estás probando mi punto, ya sabes.

—Hay cosas que no entiendes.

Su cara se tuerce. —Tengo catorce años, no soy una puta idiota.

—Cuida tu lenguaje.

—Oh, ¿*ahora* decides reprenderme por mi lenguaje? —se ríe—. Ese barco ya zarpó, hermano mayor. Como tú y Alyssa.

Antes de que pueda recordarme a mí mismo que esta conversación debería haber terminado hace mucho tiempo, pregunto—: ¿Qué se supone que significa eso?

Polina parece tranquilamente complacida de que me deje embaucar tan fácilmente para seguirle el juego. —Es obvio que ella también siente algo por ti. Pero nunca será abierta acerca de eso

hasta que tú empieces a ser honesto primero.

Solo puedo sacudir la cabeza. ¿Cómo coño he acabado aquí? ¿Recibiendo consejos amorosos de mi hermana de catorce años?

Coge su taza de café y la levanta en el aire como una despedida. —Te quiero, Uri. Te mereces ser feliz.

Luego, sale de la cocina.

Suspiro y bebo mi café. No está tan cargado como necesito, pero resisto la tentación de añadirle tanto whisky como Polina azúcar. Necesito empezar el día y no puedo permitirme distracciones.

Mi primera orden del día es arrinconar a Sobakin.

Llamo a Stepan, que lleva veinticuatro horas siguiendo una pista, uno de los *vors* menos precavidos de Sobakin. —Ahora mismo está en un bar, jefe. Se desmayó en la barra hace un par de horas. En cuanto se vaya, puedo intentar acorralarlo.

—Parece muy acorralado en este momento.

Hay un segundo de silencio. —Señor... si entro ahora, sería público.

—Bien. Quiero que Sobakin reciba el mensaje alto y claro. Envíame tu ubicación y espérame. Estaré allí pronto.

Voy a salir de casa, aliviado por hacer algo para variar, cuando veo a Lev merodeando por el pasillo, justo delante de las escaleras del sótano.

—Lev —se estremece, apretando las manos con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos —. ¿Vas a bajar a ver a Alyssa?

Empieza a mecerse hacia delante y hacia atrás. —Videojuegos —murmura—. Videojuegos.

Suspirando, le pongo la mano en el hombro y él se aparta violentamente. —No pasa nada. Solo baja.

—¿No te enfadarás?

¿Importaría? ¿Cambiaría algo? Mi ira no impidió que ocurriera una maldita cosa en esta casa hasta este momento, así que no veo por qué empezaría a funcionar ahora.

—No. Adelante.

Me dedica una sonrisa bobalicona y baja corriendo al sótano. Lo veo irse con un peso en el pecho que se parece sospechosamente a los celos. Luego, salgo a la fuerza de casa y me dirijo al lugar al que me ha enviado Stepan.

Mis motivaciones para acabar con Sobakin son tan fuertes como siempre. Venganza por mis padres. Cierre para mí y mis hermanos. Seguridad para Alyssa.

Pero ahora, hay una pregunta en el fondo de mi cabeza que sigue distrayéndome de la tarea que tengo entre manos. Me atraviesa, como una astilla que no quiere salir.

¿Qué pasa cuando esto acabe?

Cuando llego al lugar, Stepan me espera fuera. —No es uno de los veteranos de Sobakin, pero está al margen del círculo íntimo.

—Es lo suficientemente útil para nuestros propósitos. Su cabeza en un pincho enviará el mensaje correcto.

Stepan parece emocionado mientras me sigue al bar. Yo también debería estarlo. Este es el tipo de cosas a las que estoy acostumbrado. Este es el tipo de cosas que se me dan bien. Me acerco cada vez más a mi objetivo, y pronto Sobakin será polvo bajo mi bota.

Puedo vengar a mis padres y proteger a mis hermanos al mismo tiempo.

Entonces, ¿por qué me siento tan insatisfecho? ¿Por qué siento que, al ganar, estaría perdiendo algo más?

La respuesta es obvia. Una vez que Sobakin se haya ido y Alyssa esté a salvo...

No habrá nada que le impida marcharse.

ALYSSA

ALYSSA: ***Lo siento mucho. Por favor, no me odies.***

LIAM: ***Por supuesto que no te odio. Solo dime, por favor, ¿qué está pasando?***

Lev se llevó sus auriculares arriba, así que vuelvo a tener conversaciones de texto con Elle. Lo cual, sinceramente, no me importa. Si estuviéramos hablando, ella podría oír la agitación en mi voz y eso solo la haría entrar en pánico.

ALYSSA: ***Estoy bien. Lo juro. Estoy a salvo.***

LIAM: ***Dices mucho eso. Por eso no te creo.***

Suspiro. Sería tan fácil decirle exactamente dónde estoy. Llamaría a la policía y yo saldría de este sótano enseguida. Excepto por una cosa...

Si eso ocurriera, Uri y yo estaríamos acabados.

Uno pensaría que eso sería algo bueno, ¿verdad? Pero resulta que ninguna parte de mí está dispuesta a creerlo. Todo en mí grita que sería un error catastrófico. Si hay una pequeña oportunidad para nosotros dos, no quiero destruirla pidiendo refuerzos.

Lo que significa que estoy obligada a esperar. Estoy obligada a confiar en que Uri me dejará ir algún día.

Me pregunto cuánto tiempo pasará hasta que me arrepienta de esto.

ALYSSA*: Las cosas están un poco... complicadas, Elle.*

LIAM: ***¿Tiene esto algo que ver con la serie de asesinatos y accidentes extraños que han estado ocurriendo por toda la ciudad?***

ALYSSA: ***¿Qué quieres decir?***

LIAM: ***Había un almacén en WeHo que se incendió la semana pasada. La policía identificó once cuerpos, todos vinculados a un mafioso llamado Sobakin. Y luego, hace dos días, un joven fue asesinado en un bar local a plena luz del día.***

ALYSSA: ***¿También estaba relacionado con Sobakin?***

LIAM: ***Eso es lo que dicen las noticias.***

ALYSSA: ***Sí, creo que todo está conectado. Por eso tengo que quedarme aquí por ahora. Eso también significa que no podré ir a tu boda. Lo siento mucho, Elle. No tienes idea de cuanto me odio en este momento.***

LIAM: ***Oye, no te odies. En cuanto a excusas, ser el objetivo de un mafioso aterrador es una muy buena.***

ALYSSA: ***Eres la mejor, ¿lo sabías?***

LIAM: ***No estás completamente libre de culpa. Espero que me lo compenses cuando salgas de... donde demonios estés ahora.***

ALYSSA: ***Definitivamente. Cien por ciento. Lo que quieras, lo haré.***

LIAM: ***Genial. Pero eso depende de que salgas en primer lugar.***

ALYSSA: ***No te preocupes. Ya pasará. Te lo prometo.***

LIAM: ***¿Te está tratando bien?***

No tengo ni idea de cómo responder a eso. Quiero decir, la respuesta fácil es “no”. Pero tengo la sensación de que Uri está tan asustado como yo por toda esta situación entre nosotros.

ALYSSA: ***Es un buen hombre, Elle.***

LIAM: ***Más le vale. De lo contrario, le patearé el culo. Me importa una mierda quién sea.***

Resoplo de risa. —¿De qué te ríes?

—¡Ahh! —grito, suelto el mando y me doy vuelta lo bastante rápido como para que se me doble el cuello.

Lev está de pie, retorciéndose las manos y mirando con curiosidad la pantalla. —L-lo siento. Lo siento...

—Está bien —digo rápidamente—. No pasa nada, Lev. Lo siento. Me has asustado. Ni siquiera te oí entrar.

Sus ojos se desvían hacia la pantalla. —¿Quién es?

Apago la pantalla rápidamente y el avatar de Liam desaparece. —Nadie. Solo hice amistad con un compañero de juego, eso es todo.

Lev abre mucho los ojos. —¿Estabas jugando sin mí?

—Em, solo unos minutos. Aunque no fue tan divertido jugar sola —Dejo el mando a un lado y me pongo en pie—. ¿Cómo estás hoy?

Lev se encoge de hombros y se pone en pie sin decir palabra.

—¿Quieres preguntarme cómo me va hoy? —asiente y lo tomo como una señal—. Estoy un poco sola aquí abajo. Y aburrida. Echo de menos el aire fresco. Y la luz del sol. Y picnics en la hierba.

Lev me mira con recelo. —Uri dijo que tienes que estar aquí.

Justo a tiempo, la puerta chirría de nuevo y Polly asoma la cabeza por el sótano. —Lo que Uri no sabe no le hará daño. Vamos de excursión.

Ambas miramos a Lev, que parece muy inseguro. —Uri se enfadará.

—Uri nunca podría enfadarse contigo —le aseguro—. Y, de todos modos, mantendremos este como nuestro pequeño secreto, ¿de acuerdo? Solo tú, Polly y yo.

Polly avanza con cautela. Siempre es muy cuidadosa con Lev. —Será divertido, Lev.

Lev ignora a Polly y me mira. —¿Tenemos que jurar con el meñique?

—Claro, podemos jurar con el meñique. ¿Por qué no lo hacen Polly y tú primero?

Lev se gira hacia ella, pero sus ojos están fijos en sus pies. Aun así, le ofrece su meñique con un raro impulso de confianza. Polly me dedica una sonrisa vacilante y une el meñique de su hermano.

Se separa inmediatamente después y se vuelve hacia mí. —Ahora, tú y yo.

Una vez terminados los importantes juramentos con el meñique, Polly lidera la salida del sótano. Ella y yo lo convertimos en un juego de rayuela y Lev salta cautelosamente a bordo. Incluso empieza a reírse cuando llegamos al nivel del suelo y nos colamos en la cocina.

Por supuesto, una vez allí, solo tardamos un par de minutos en ser sorprendidos por Svetlana mientras asaltamos la despensa.

Jadea cuando me ve. —Señorita Alyssa, se supone que no debe estar fuera del sótano.

Polly se pone delante de mí. —Alyssa no está aquí, Svetlana —dice con los ojos entrecerrados —. Está en el sótano, donde debe estar. Solo estamos Lev y yo, recogiendo aperitivos para nuestro picnic en el jardín. ¿Sí?

Los ojos de Svetlana se desvían de mí a Polly antes de suspirar y encogerse hacia delante. —Sí, señorita Polly.

Polly prácticamente salta sobre Svetlana y la aprieta en un abrazo. —Gracias, ‘Lana. Eres la mejor.

Una vez que hemos reunido un montón de tentempiés ridículamente poco saludables, nos dirigimos a la esquina oeste del jardín, donde, según Polly, nunca va nadie.

—Sabes que tu hermano tiene cámaras de seguridad por todas partes, ¿verdad? —le recuerdo—. Se enterará de esta pequeña fuga de la prisión en algún momento.

Polly hace oídos sordos a mi preocupación y extiende la manta de picnic bajo uno de los sicomoros. —No importa. Puedo ocuparme de él cuando llegue el momento.

Veo cómo deja la cesta de picnic en el suelo y empieza a sacar Doritos y Milky Ways. No es hasta que todo está descargado que alza la vista hacia mí. —¿Qué? Me estás mirando raro.

—¿Por qué te meterías en problemas con él por mí?

—Porque las chicas tenemos que estar unidas —se encoge de hombros—. Y porque... creo que

puedes ser buena para mi hermano.

Eso me coge por sorpresa. Me bajo sobre la manta y cojo el refresco que me ofrece Polly. —Gracias.

Sonríe cohibida. —Es agradable tener a alguien con quien pasar el rato.

—Sí —estoy de acuerdo—. Lo es.

URI

Si Boris Sobakin no sabía antes que yo iba a por él, ahora ya lo sabe. Hay una cabeza de *vor* en su puerta para atestiguarlo.

Cansado, subo los escalones hasta mi habitación. Paso por delante de la sala de juegos cuando me doy cuenta de que se oye algo dentro. Lev se ha levantado inusualmente tarde. Cuando abro la puerta, lo encuentro sentado en el suelo, con los ojos clavados en la pantalla. Polina está tumbada en el sofá, justo detrás de él, con las manos recogidas bajo la cara. De niña también dormía así.

Hubo un periodo justo después del accidente en el que se colaba en mi habitación por la noche. La única razón por la que dejó de hacerlo fue porque Lev empezó a tener pesadillas y me necesitaba más a mí que a ella cuando se ponía el sol. Pero verla así otra vez... me trae recuerdos.

Agito una mano en la cara de Lev para avisarle de mi presencia. Me gruñe, pero no se quita los auriculares hasta que termina de jugar. Me siento junto a Polina, apartando un poco sus piernas para hacerme sitio.

—¿Polly y tú tuvieron un buen día? —le pregunto.

Murmura algo en voz baja, pero no consigo entenderlo. Estoy bastante seguro de haber oído algo parecido a un *juramento con el meñique*, pero eso es todo lo que puedo descifrar.

—¿Quieres contármelo, colega?

—No.

Frunzo el ceño. No suele ser tan brusco. —¿No? Seguro que puedes decirme algo al respecto.

No me mira a los ojos, señal inequívoca de que hizo algo que no debía. Suspiro y le doy una palmadita en el hombro. —Si has bajado a ver a Alyssa, no pasa nada. No estás en problemas.

Sigue sin relajarse. En cambio, sigue mirando a Polly. —No puedo contarte sobre mi día.

Levanto las cejas. —¿Por qué?

—Polly y yo hicimos un acuerdo.

Todo lo que oigo es que él y Polly están avanzando. Estoy dispuesto a perdonar muchas cosas si eso significa que ellos dos pueden acercarse.

—Bueno, entonces, si Polly y tú hicieron un acuerdo, no tienes que contarme lo que ha pasado hoy.

Lev parece apaciguado por esa tranquilidad. —¡Puedo contarte cómo me ha ido la mañana! —dice con entusiasmo.

—Dímelo.

—Bajé a ver a Alyssa —*qué impacto*—. Y ella estaba jugando videojuegos.

Eso me pilla por sorpresa. —¿Alyssa estaba jugando a videojuegos sola? ¿Sin ti?

—Sí, realmente le gusta. Incluso ha hecho amigos.

Me detengo en seco, la inquietud se extiende por mí como un reguero de pólvora. No hay manera... —¿Amigos, dices?

—Ajá.

Entonces, caigo en la cuenta. Ella puede conectar con gente en línea. Puede rastrear a amigos y familiares siempre que tenga sus nombres de usuario. *Mierda*.

Maldición.

Me pongo en pie despacio para no asustar a Lev. —Colega, es tarde. Deberías irte a la cama.

—¿Debo despertar a Polly?

—No, déjala. Parece cómoda.

—¿Puedo dormir en tu cama?

—Sí —acepto distraídamente sin oponer resistencia. Tengo que prepararme para otro combate.

En el momento en que Lev entra en mi habitación, yo irrumpo en mi despacho y pirateo la consola del piso de abajo para acceder a todas y cada una de las conversaciones que Alyssa haya podido mantener en las últimas semanas.

Sin embargo, no me sirve de nada. Cada cuadro de conversación ha sido borrado. Ha borrado todo. Se necesitarán más conocimientos técnicos de los que dispongo para desenterrar los registros.

Golpeo la mesa con el puño. —¡Maldita sea!

Salgo volando de mi silla y bajo las escaleras hacia el sótano. *Confiaba en ella, maldición*.

Es lo único que se me pasa por la cabeza mientras irrumpo en el sótano, haciendo que Alyssa se incorpore bruscamente en la cama.

Lleva otra vez ese delgado camisón y el pelo revuelto. —¿Qué pasa? —jadea—. ¿Es Lev? ¿Está bien Polly?

El hecho de que su primer pensamiento sean me enfurece aún más. No puede preocuparse por ellos. No son su puta familia. Y ella no es la nuestra.

—No son de tu incumbencia —gruño.

Sus ojos se abren de par en par a medida que se le quita el sueño de la cara. —Escucha, no ha sido para tanto, ¿vale? —dice con cautela mientras se levanta de la cama—. Solo subí un par de horas y...

—¿Qué?

Se detiene en seco, claramente habiendo asumido que sé más de lo que sé. —Um...

—¿Subiste hoy?

Suspira, sus ojos van de un lado a otro. —Solo necesitaba un poco de aire fresco, Uri. No fue para tanto. Como puedes ver, estoy de vuelta en la prisión del sótano.

—¿A quién usaste?

Sus ojos vuelven a mirarme. —Yo no "usé" a nadie. Polly y Lev...

—¡*Polly y Lev*! —exploto—. ¿Manipulaste a mi hermano y a mi hermana para salir del maldito sótano?

Ahora, se ve tan molesta como me siento yo. —*Ellos* bajaron a *verme*. Decidimos subir juntos un rato. ¡Y fue genial! Lev y Polly se llevaron bien, nos reímos, hablamos. Fue increíble y no dejaré que me hagas sentir culpable por eso.

—¿Quién demonios te crees que eres? —escupo—. ¿Crees que te necesitamos? No eres la maldita flautista de los hermanos Bugrov.

Su cara se tuerce. Tiene la mandíbula tensa y los ojos brillantes. —No pretendo ser nada de eso. Pero sé que esos dos chicos me buscan por una razón.

—Están aburridos, eso es todo. Te buscan porque están aburridos. Igual que yo.

Todo su cuerpo se tensa. Entonces, coge una almohada y me la tira. —¡Fuera de aquí! ¡Fuera de mi sótano!

Probablemente debería escucharla. Estoy demasiado estresado y molesto para esta discusión. Pero tampoco voy a dejar que gane.

Me acerco a la zona de juegos, arranco la Xbox del enchufe y me vuelvo hacia ella con los cables colgando del suelo como arterias cortadas. —¿Cuánto tiempo lleva pasando esto?

Su rostro se agita con el entendimiento. Sabe exactamente de qué estoy hablando.

—Contéstame.

Se estremece, todo su cuerpo retrocede como si alguien la hubiera electrocutado. —Fue inocente, ¿vale?

—¿Con quién has contactado?

—Elle. Es la única persona con la que hablé, y no le dije nada.

—¿De verdad esperas que me crea eso?

—¡Sí! —contesta en voz alta—. Sí, espero que lo creas, porque es la verdad. Me puse en contacto con ella la semana pasada. Si le hubiera dicho algo, la policía habría invadido este lugar hace días.

Entrecierro los ojos. —Si las conversaciones eran totalmente inocentes, ¿por qué las borraste?

—Para protegerme —me lanza—. Sabía que perderías los estribos. Como lo estás haciendo ahora.

—¿Entonces por qué lo hiciste?

—Porque es mi *amiga*, Uri. Es mi mejor amiga y mañana se casa y yo no estaré allí —un sollozo escapa de sus labios, pero sigue—. No estaré en la boda de mi mejor amiga porque estoy atrapada aquí *contigo*. Le debía una explicación como mínimo. Así que sí, me salté tus normas y me puse en contacto con ella, y tienes mucha suerte de que lo hiciera, porque estuvo a punto de ponerse en contacto con la policía y rellenar un informe de persona desaparecida.

Su pecho sube y baja pesadamente mientras espera a que rompa el embarazoso silencio.

Me abalanzo sobre ella y la empujo contra la pared. Pero esta vez es diferente. No soy suave y no intento serlo. Quiero que sepa que voy en serio. Quiero que sepa que soy peligroso.

Sus ojos se agrandan cuando mi mano rodea su garganta. —No tienes derecho a la intimidad en mi territorio —gruño—. No tienes derecho a nada aquí.

—Me... haces... daño.

Su voz es pequeña y temblorosa, pero aun así no quito la mano. Tiene los ojos llenos de lágrimas, pero no los aparta de mi cara. En algún lugar, en medio de esos profundos ojos cerúleos, veo que fui demasiado lejos. He cruzado una línea de la que quizá nunca pueda volver.

Y cuando veo que la impresión da paso al miedo, es cuando sé que tengo razón.

Toda la rabia que llevo dentro se encoge. El animal que llevo dentro retrocede.

Pero es demasiado tarde. Demasiado tarde.

Suelto la mano y doy un paso atrás. Se agarra la garganta como si temiera que se la hubiera arrancado. Me mira con ojos muy abiertos y acusadores.

Y me veo reflejado en ellos. No un hermano, ni un *pakhan*, ni un hombre justo que protege a los que ama.

Solo un cobarde desesperado que está perdiendo el control.

ALYSSA

El portazo de la puerta del sótano parece un disparo.

Me deslizo hasta el suelo cuando empiezan los sollozos, profundos y guturales, empapados de desesperación. Levanto las piernas, apoyo la cabeza en las rodillas y lloro hasta expulsar lo que parece toda el agua de mi cuerpo.

Necesito salir de aquí. Necesito largarme de aquí.

Es lo único que oigo más allá de mis propios sollozos. Tengo el cuello en carne viva donde me tocó. Es como si me hubiera chamuscado la primera capa de piel y ahora estuviera expuesta y vulnerable. Así es como se siente el resto de mí, también. El más leve viento me tumbaría.

Nunca pensé que estaría aquí, así. Claro, Uri es peligroso y poderoso y a veces agresivo. Pero nunca me haría daño. Nunca me amenazaría. Nunca haría nada que *me* hiciera sentir insegura.

Excepto que acaba de hacerlo.

Así que ahí va esa confianza inmerecida, haciéndose polvo. Y después de eso, ¿qué tengo? Nada. No tengo opciones, eso seguro.

Tengo que hacerlo. No solo por mí.

—Por ti también —susurro, apartando las piernas de mi pecho para poder mirar mi vientre todavía plano.

Me pongo la mano en el estómago e intento sentir la vida que crece dentro de mí.

Han pasado veinticuatro horas desde que acepté el hecho de que mis pechos doloridos, mi vientre revuelto y la falta de menstruación eran algo más que síntomas de estrés.

No necesito que un médico me lo confirme. No necesito una prueba de embarazo ni una lectura detenida de la caja de la pastilla para saber que todas esas precauciones no tenían ni pies ni cabeza. Todo lo que necesito es esta sensación en mi interior. Llámalo náuseas, llámalo instinto. Llámalo maldito karma, no lo sé.

Solo sé que estoy embarazada de Uri Bugrov.



AL DÍA siguiente me despierto extrañamente tranquila y concentrada.

No me dormí hasta tarde, pero al menos dormí toda la noche. Sin sueños ni paradas para orinar, vuelvo a la realidad sintiéndome... bueno, si no renovada, al menos preparada. Lista para pasar a la acción, lista para *hacer* algo.

Despojada de mi única conexión con el mundo exterior, me alejo de la estación de juegos y espero la inevitable visita de Lev. Aparece justo después del desayuno, con su aliento oloroso a leche y cereales azucarados.

—Buenos días, Lev. ¿Cómo estás?

Se le ilumina la cara al verme y su mirada se posa en los moratones de mi cuello.

No puedo culparlo; me he pasado la mayor parte de la mañana contemplando las agresivas rayas púrpura-azuladas que me rodean la garganta. Parecen mucho peores de lo que son, pero, para los fines de mi plan, me parece bien.

—¿Qué ha pasado? —pregunta, inmediatamente agitado.

—Yo... no lo sé. Es solo un sarpullido, creo.

Parece confuso. —¿Sarpullido?

—Una erupción cutánea. Desaparecerá en unos días, no te preocupes.

—¿Te duele?

—Pica, más bien. Pero no es nada que no pueda soportar.

Sonrío tristemente ante su expresión sombría. Hay tanto amor en este hombre. Es injusto que la vida lo haya tratado tan cruelmente. —Lev, ¿crees que podrías hacerme un favor?

Sus ojos se clavan en los míos. —¿F-favor?

—¿Podrías dejarme subir hoy otra vez?

Veo su vacilación de inmediato. Mueve los dedos mientras se muerde el interior de la mejilla. —No sé...

—Solo sería un ratito —le prometo—. Solo un poquito.

Arrastra los pies. —¿No podemos jugar a videojuegos aquí abajo? —es entonces cuando sus ojos se dirigen a la estación de juegos, o a la falta de ella, para ser más exactos. Se le cae la mandíbula de horror—. ¿Qué pasó?

—Tu... tu hermano se llevó todo.

Lev se acerca un poco más, como si estuviera inspeccionando la escena de un crimen. —Eso no está bien —gruñe en voz baja, y su cuerpo empieza a balancearse de un lado a otro—. Mi Xbox... mi Xbox... mi X...

—¿Lev? ¿Alyssa?

Me doy la vuelta cuando Polly aparece en la puerta. Entra, echa un vistazo a Lev y a la mesa de

juego, luego a los moratones de mi cuello... y sus ojos se vuelven de piedra.

—¿Estás bien? —me pregunta con una voz grave y peligrosa, que me recuerda extrañamente a la de Uri.

Respiro hondo, pero me cuesta contener el repentino e inesperado sollozo que se me atrapa en la garganta. *Y por ahí se va lo de mantener la calma*. —Yo...

Pestañeo y se me salen las lágrimas. Es suficiente para que todo se descontrole. Polly se adelanta y me agarra del brazo. —Todo va a salir bien —murmura con una voz tan relajante que podría derrumbarme en el acto. Lo único que me detiene es Lev, que ya está bastante alterado. Verme llorar lo llevaría al límite.

—Lev, ¿por qué no vas a la sala de juegos de arriba y juegas allí?

La ignora y empieza a rebuscar entre la pila de videojuegos caídos que Uri tiró cuando arrancó la consola.

—¿Mi hermano te hizo eso? —me susurra Polly. Me sigue poniendo la mano en el codo, pero, en lugar de tranquilizarme, me hace sentir temblorosa.

Con cuidado, me separo de ella y me rodeo con los brazos. —Parece mucho peor de lo que es.

—No puedo creerlo.

—Polly, esta no es tu pelea.

—No puede tratarte así. Especialmente, cuando es obvio que... —se detiene en seco y respira hondo—. ¿Qué puedo hacer por ti? Pídeme lo que quieras y lo haré.

Probablemente me esté preguntando si quiero una taza de té o una bolsa de hielo; algo factible, algo razonable que pedirle a una niña de catorce años. Pero las bolsas de hielo no me curarán. El té no me salvará.

Tengo que salir de aquí.

—Es mucho —le advierto.

Polly asiente. —He dicho cualquier cosa. Dímelo.

—Tengo que irme, Polly. No puedo seguir aquí. Si lo hago... —casi consigo reprimir el sollozo, pero Lev me mira con curiosidad—: Lo siento, sé que no debería pedírtelo. No quiero ponerte en medio, pero...

Me vuelve a agarrar del brazo. —Te ayudaré.

—¿En serio?

Polly asiente con fervor. —Sí.

Ella baja la voz. —Pero tenemos que movernos rápido, y Lev no puede saberlo.

—Vale. Sí, por supuesto. Lo que creas que es mejor.

—Si puedes convencer a Lev de subir a la sala de ocio, creo que puedo idear un plan desde allí.

Te veré allí.

No me da mucho tiempo para procesarlo antes de desaparecer por las escaleras del sótano, dejando la puerta abierta de par en par. Me vuelvo hacia Lev y me acerco a él con cautela. —Siento mucho lo de tu rincón de juegos, Lev.

Se estremece cuando me acerco. —Mi Xbox... —repite.

—Tienes una Xbox más bonita arriba —le recuerdo—. Con un montón de juegos mejores. Juegos más divertidos, de hecho. ¿Quizá podamos subir a verlos?

Lev se lo piensa un momento. Finalmente, asiente, aunque a regañadientes. Lo conduzco escaleras arriba hacia la planta baja. Casi nos cruzamos con Svetlana, pero hace como que no nos ve y se mete en una habitación contigua.

Lev se calma bastante cuando llegamos a la sala de ocio. Yo tiemblo tanto que apenas veo bien, pero consigo poner en marcha un juego para él.

Estoy preparada para sentarme en la esquina en posición fetal y esperar a Polly.

Lev, sin embargo, no está muy de acuerdo.

—¿Por favor? —suplica—. Dijiste que jugarías conmigo.

Suspirando, cojo un mando y finjo que me interesa el juego. Pero todo el rato no dejo de mirar a la puerta, esperando a que aparezca Polly.

Pierdo mi segunda carrera consecutiva cuando por fin aparece. Empuja la puerta lo suficiente para dejar al descubierto un trozo de su cara y me hace un gesto para que la acompañe fuera. Miro nerviosa a Lev y suelto el mando.

—Lev, necesito ir al baño. ¿Puedes darme unos minutos?

También deja el mando. —¿Cuántos minutos?

Me retuerzo en mi sitio sin poder hacer nada. —Um... unos pocos. No tardaré mucho —me siento como una absoluta villana mintiéndole, pero ¿quién sabe cuánto tiempo permanecerá abierta esta ventana de oportunidad? Y tengo que pensar en mi bebé. Se me mueve la mano hacia el estómago, pero reprimo el instinto y me pongo en pie—. Sigue jugando, ¿vale? No tardaré mucho. Sigue jugando. Enseguida vuelvo. Volveré antes de que te des cuenta.

Sé que me repito, pero los nervios me hacen parlotear más de lo necesario.

Polly está esperando fuera de la sala cuando consigo escabullirme. —¿Todo bien?

—Desactivé las cámaras del lado sur del perímetro —explica con una serena precisión, que supera con creces su edad—. Y preparé una distracción en la esquina noreste. En el momento en que lo ponga en marcha, serás libre de escapar por la valla sur.

—¿Poner en marcha *qué*?

Se permite una pequeña sonrisa traviesa. —Encontré algunos fuegos artificiales que sobraron del último Año Nuevo en el almacén. Cuando te acerque a la valla, iré a encenderlos. Ese sonido será tu señal para moverte. Vamos. Menos explicaciones y más huida.

No dejo de mirar por encima del hombro, preocupada por si nos descubre alguien del personal. Polly ve mi ansiedad. —No te preocupes —me dice—. Las criadas están cotilleando en la cocina.

Reprimo una carcajada. *No te preocupes*, cuando las ranas vuelen. Voy a estar preocupándome por Uri Bugrov el resto de mi vida mortal.

Pronto llegamos al rincón más alejado de la parte sur de la casa, que resulta ser uno de los salones que dan al mismo césped donde solía espiar a Uri y Lev jugando al fútbol. Polly me hace agacharme para que los de seguridad no puedan verme a través de los grandes ventanales que salpican las paredes.

—Voy a dejarte aquí, ¿de acuerdo? Mantente fuera de vista hasta que oigas la señal.

La agarro del brazo cuando pasa a mi lado. —Polly, no puedo agradecerte lo suficiente.

Me dedica una sonrisa apesadumbrada. —Quiero a mi hermano, pero no puede encerrar mujeres en el sótano. No importa la razón. No bajo mi vigilancia.

—Eres increíble, ¿lo sabías?

Se sonroja mientras sale corriendo por la puerta. Me agacho y espero a que estallen los fuegos artificiales. El mareo vuelve a asomar su fea cabeza, como si la vida que llevo dentro estuviera tan asustada como yo.

Está bien, pequeño, pienso, dirigiendo mis pensamientos hacia mi vientre. *Estoy haciendo esto por ti. Vamos a estar bien.*

Pero el silencio se prolonga lo que parece una eternidad. De vez en cuando, me asomo a la ventana. Hay dos fornidos guardias de seguridad a ambos lados del césped. Cruzan a intervalos regulares, mirando a un lado y a otro mientras hacen su ronda.

Pasan más segundos y empiezo a preguntarme si algo ha ido mal. ¿Alguien detuvo a Polly? ¿Se encuentra bien? ¿La habré metido ya en un lío?

La puerta se abre y estoy segura de que será ella, que vuelve para decirme que no ha podido hacer estallar los fuegos artificiales y que todo el plan se ha ido al garete. Excepto que no es Polly. Es...

—¿Lev?

Sus ojos se abren de par en par con curiosidad cuando se posan en mí. —¿Qué haces? ¿Por qué estás sentada en el suelo?

Todo lo que puedo pensar es que *estoy tan jodida.*

ALYSSA

—Lev, ¿por qué no vuelves a la sala de ocio?

Sacude la cabeza. —No, a menos que vengas conmigo —le tiemblan las manos y tiene esa expresión de labios apretados que suele significar que está en uno de sus estados de ánimo obstinados. Lo cual, obviamente, es lo último que necesito en este momento.

—Ahora no puedo, Lev. Tengo algo que hacer.

—¿Qué tienes que hacer?

—Es... complicado. ¿Podrías volver al juego...?

—¡No! —grita agresivamente—. No, no, no. ¡Quieres deshacerte de mí!

Me pongo en pie sin pensarlo. —Oye, ahora, shhh, cálmate, Lev. No quiero deshacerme de ti. Solo...

BOOM. BANG. POP. BANG.

Lev se tapa las orejas con las manos, se deja caer de culo en el suelo y empieza a mecerse por todas partes. —¡No! ¡No! ¡No!

—Lev —suplico—. Lev, ¡cálmate! Solo son fuegos artificiales, cariño. No pasa nada.

Pero no está bien. Porque se está alterando y quiero ayudar, pero también perderé mi oportunidad de escapar si me quedo más tiempo.

Miro fuera y veo a los guardias de seguridad corriendo en dirección a las explosiones. El césped está vacío, pero sé que no permanecerá así mucho tiempo.

—Lev, por favor. Solo son fuegos artificiales. Estarás bien. Te lo prometo —pero dudo que pueda oírme. Todavía tiene las manos apretadas con fuerza sobre las orejas. Me retuerzo en el sitio, intentando decidir qué debo hacer.

¿Quedarme y tratar con Lev?

¿O dejarlo y esperar que esté bien?

Si fuera solo yo, elegiría lo primero. A pesar de los esfuerzos de Polly, no sería capaz de justificar dejar a Lev en ese estado.

Pero ya *no* soy solo yo. Tengo que pensar en mi bebé.

—Lo siento, Lev —le digo con el corazón roto—. Lo siento mucho.

Entonces, conteniendo las lágrimas, me doy la vuelta y salgo corriendo por la puerta. Bajo las escaleras, salgo por el lateral y atravieso el césped lo más rápido que puedo, con el viento secándome las lágrimas de las mejillas. Cuando llego, escalo la valla del mismo modo que la primera vez, hace una eternidad. Estoy en lo alto de la valla cuando me doy cuenta de que Lev me ha seguido al exterior.

—¡No puedes irte! —gime—. ¡No puedes irte! Vuelve.

—Lev, por favor, vuelve dentro —grito, encaramada con una pierna hacia la libertad y la otra hacia él—. Tienes que quedarte con tu hermano y tu hermana.

No parece escucharme y empieza a escalar la valla detrás de mí.

Palidezco ante la idea de que intente escalarla él mismo. *Si se cae...*

—¡No, no, Lev! Por favor, no puedes seguirme. Detente. Regresa.

Murmura rápidamente en voz baja y se niega a escuchar. Desesperada, miro hacia delante. Estoy lo bastante alto como para ver a unos cuantos guardias a lo lejos. Por suerte, por ahora me dan la espalda, pero eso no durará mucho más.

Empiezo a agacharme hacia él, pero al hacerlo resbalo y pierdo el equilibrio. —¡Mierda! —grito mientras me trato de sostener y caigo al otro lado de la valla, de nuevo en lo que cada vez me resulta más difícil considerar “mi” lado.

Aterrizo pesadamente, con el aire saliéndome de los pulmones. Estoy demasiado mareada para levantarme o decir algo, así que cuando Lev cae al suelo a mi lado un minuto después, apenas puedo protestar.

—Tienes que volver a casa —le digo con un resuello severo pero sin aliento, haciendo todo lo posible por empujarlo de nuevo hacia la valla.

Frunce el ceño. —Entonces, tú también tienes que venir.

—¡Esto no funciona así! Yo no puedo volver atrás, pero tú sí.

—*No*.

Oigo voces que se acercan. Lo que significa que oficialmente se me ha acabado el tiempo. Me doy la vuelta y corro hacia mi casa, con Lev pisándome los talones.

Voy corriendo hacia la puerta trasera cuando me doy cuenta de que una de las ventanas de la cocina está rota. Un paso dentro me revela que no es el único signo de destrucción.

Mi casa está patas arriba.

Mis pertenencias están tiradas por todas partes. Hay cristales rotos, platos rotos por todo el suelo. Todos los armarios y cajones han sido tirados y desechados. El sofá hecho jirones, el relleno espolvoreando todas las superficies planas como nieve recién caída.

¿Lo hizo Uri? ¿O fue otra persona?

—Esto está desordenado —comenta Lev con disgusto.

Respira, Alyssa. Respira. No tengo tiempo que perder. Tengo que coger lo esencial y largarme de aquí.

Cojo cosas sin pensar. Mi tableta, mi pasaporte en la mesa del vestíbulo, otras cosas al azar. Lev ensombrece cada uno de mis movimientos.

—Quiero irme a casa ya —se queja Lev mientras compruebo que la tableta está cargada antes de meterla en la primera mochila que encuentro.

Se enciende. *Gracias a Dios*. Seré capaz de retirar dinero en efectivo, para comprar un billete de avión, para enviarle un mensaje a Elle y ver lo que puede hacer para ayudar. Este es mi último salvavidas.

—¿Podemos irnos ya a casa?

El pánico me hace sudar en exceso. Me limpio los ojos y aprieto su mano con las dos mías. —Lev, esa es *tu* casa. No es la mía. Es hora de que me vaya.

Sacude la cabeza como si eso fuera a cambiar la realidad. —El sótano es tu casa ahora. No me importa compartir...

Es tan dulce; odio tener que ser tan cruel con él. Pero el pánico no ayuda a frenar mi impaciencia. Salgo de casa por la puerta trasera y doy un rodeo hasta la carretera principal.

Tendré que caminar un rato antes de llamar a un taxi. Pero no puedo hacerlo con Lev siguiéndome.

Es hora de decir adiós.

Dejo la bolsa a mis pies y me vuelvo hacia él. —Lev, lo siento mucho, pero no puedo volver contigo.

Parece desgarradoramente confundido. —¿Por qué no? Ahora nos perteneces. Eres de las nuestras.

Oigo el zumbido de un motor a lo lejos. Quizá pueda hacer autostop hasta la autopista y escapar de allí. *La ventana se está cerrando, Alyssa. Ahora o nunca...*

—¡No te vayas! —solloza cuando no digo nada—. Por favor, no te vayas.

El motor se vuelve más ruidoso. *Haz tu elección, Lys. Ahora o nunca. Ahora o nunca. Ahora o...*

—Oh, Lev. Lo siento mucho. Yo solo...

Saco un pulgar. El coche se para. Pero estoy tan desesperada por hacer entender a Lev que no veo lo que está pasando. No percibo a los dos hombres que bajan del coche hasta que están justo encima de nosotros.

Armas negras.

Máscaras negras.

Intenciones negras.

Agarran a Lev primero. Espero que grite. Grite. Patee. Pelee. Enloquezca. Cualquier cosa. *Lo que sea.*

Pero el shock de ser maltratado lo paraliza por completo. En cuanto los enmascarados lo agarran, Lev se queda catatónico. Desaparece en sí mismo. Las luces están encendidas, pero no hay nadie en casa.

Por eso subo de tono. Grito. Pateo. Me defiendo por los dos.

No es suficiente.

El segundo hombre apunta con una pistola a la sien de Lev y me mira a los ojos. —Para o le vuelo los putos sesos ahora mismo.

Me quedo inmóvil, con el pánico haciéndome un agujero en la garganta. —¡No, por favor! —jadeo—. Por favor, no le hagas daño. Te lo suplico.

El hombre que sujeta a Lev tiene una voz aguda y nasal. El que apunta a Lev a la cabeza tiene una voz más grave y dominante. Puedo ver los ojos de ambos a través de los agujeros de sus máscaras, pero ninguno de los dos parece ni remotamente compasivo.

—Por favor, haré lo que sea. Solo déjalo ir.

—Lo que sea, ¿eh? —pregunta el de voz nasal—. Quizá si me chupas la polla, lo consideraré.

Miro fijamente a Lev. Tiene la cara completamente en blanco. Se mira los zapatos como si estuviera congelado.

—No es peligroso. No se defenderá.

El imbécil que sujeta la pistola mira la cara de Lev un momento. —Sí, tiene razón. Mételo en la parte de atrás de la furgoneta. Él es el imbécil. Muerto cerebral, eso es lo que dijo el jefe. El choque lo dejó estúpido.

La sangre me hierve de inmediato. El pensamiento racional se va al garete y me abalanzo sobre su garganta con las garras desnudas, gritando como una banshee salvaje.

Casi, casi, casi funciona. Está tan sorprendido por mi reacción que se tambalea hacia un lado y su brazo se retuerce hacia mí. Me doy cuenta demasiado tarde de que es la mano que sujeta la pistola. Solo puedo ver con horror cómo la boca negra del arma se acerca cada vez más y…

BANG.

Siento el calor abrasador de una bala que no me da en el cráneo por escasos centímetros. —¡Joder! —maldice el de voz nasal—. Date prisa, hombre; tenemos que largarnos de aquí.

—¡Lev! —grito—. ¡Lev… no! ¡No, no, *no*!

—No tenemos tiempo. Deja a la chica. ¡Lo tenemos!

Oigo el chirrido de las ruedas, veo el cañón de la pistola. Pero, aun así, corro hacia los dos enmascarados.

BANG.

El segundo disparo está aún más cerca que el primero. Me roza la parte posterior del tríceps, lo bastante cerca como para desgarrarme la ropa y la primera capa de piel. Siento un dolor como un tizón que me hace caer de rodillas sobre la grava. Aun así, intento arrastrarme hacia la furgoneta.

Pero ya es demasiado tarde.

La puerta trasera se cierra de golpe sobre la cara congelada de Lev. Los gases grises del tubo de escape de la furgoneta inundan el aire y me irritan los pulmones.

Y la furgoneta se aleja... llevándose a Lev con ella.

URI

Tienen a Lev.

Eso me dijo Polly cuando me llamó, llorando histérica y culpándose del secuestro de Lev.

Mi primera reacción fue de negación.

No es posible. Lev nunca sale de la casa, mucho menos del terreno. Nunca se aventuraría a salir lo suficiente como para estar expuesto de esa manera. Tuve que esperar hasta que Polly fuera lo suficientemente coherente para explicar cómo diablos todo se había jodido tanto.

Alyssa quería escapar. Yo la ayudé. Y Lev siguió a Alyssa.

La negación se convirtió en conmoción. El shock se convirtió en ira. Y la ira se convirtió en algo tan espeso, tan oscuro, tan destructivo, que estaba dispuesto a prender fuego a todo el maldito mundo.

Nikolai está en el asiento del copiloto, agarrado al reposabrazos, mientras yo avanzo por la carretera a ciento veinte kilómetros por hora. Tiene la precaución de no decirme que vaya más despacio o que tenga cuidado, probablemente porque sabe que lo mandaría a la mierda.

Estoy seguro de que el coche sigue en marcha cuando salto de él y entro en la casa.

Ya estoy furioso, pero ver a Alyssa sentada en el suelo del salón con la cara llena de lágrimas y los brazos de Polly rodeándola me pone aún más furioso.

—¡Levántate de una puta vez! —gruño.

Polly abre mucho los ojos, pero Alyssa parece casi resignada a lo que se le viene encima. Se sacude suavemente a Polly y se levanta sin decir ni una palabra.

—¿Pensabas que solo estaba bromeando? —exijo en una voz baja que he aprendido por experiencia que es más contundente que los gritos—. ¿Creías que te retenía aquí porque me daba la puta gana?

Se estremece. —Lo siento...

—¿Lo sientes? —retrocede un paso, pero no la dejaré escapar tan fácilmente. Le agarro el brazo y se lo retuerzo hacia mí. Suelta la mitad de un gemido estrangulado, pero aprieta los labios para que no salga del todo—. ¿Lo *sientes*? No, no puedes sentirlo. ¿El “lo siento” trae de vuelta a

Lev? ¿Lo saca del peligro? ¿Acaso...?

—¡Uri! —Polly intenta quitarme la mano de Alyssa—. ¡Detente! La estás lastimando.

Me niego a soltarla. —Me ocuparé de ti más tarde.

Por las huellas de lágrimas secas en la cara de mi hermana, sé que ella también ha estado llorando. —¿Por qué no te ocupas de mí ahora? —gruñe.

—Polly —interrumpe Alyssa en voz baja—, está bien. No te metas.

—¡No! —insiste con fiereza—. No dejaré que cargues con la culpa tú sola. Yo también soy responsable.

—Sí, lo eres. ¿Por qué demonios la ayudarías a hacer esto? —gruño—. Te dije que tenía una razón para mantenerla ahí abajo.

—Y no me lo tragué —me responde Polly—. Que estés al mando no significa que puedas ser un imbécil.

Puedo ver a Nikolai en mi visión periférica, de pie junto a la puerta, absorbiéndolo todo. A veces no consigo que se calle. Pero cuando necesito algo de apoyo, se queda ahí en silencio. No me extraña.

—¡Por tu culpa, tienen a Lev! —escupo mientras levanto la voz—. ¡Por tu culpa, está en verdadero peligro! Ni siquiera puede salir en público, Polly. Ahora está en manos de mi peor enemigo y...

Su ceño indignado empieza a resquebrajarse. Su boca se vuelve hacia abajo, su barbilla tiembla. Al principio lo hace despacio y luego rompe a llorar a lágrima viva, tanto que tardo en entender lo que murmura en voz baja una y otra vez.

—Todo esto es culpa mía. Todo esto es culpa mía. Todo esto...

—No, no lo es —interrumpe Alyssa con seriedad, agarrando a Polly por los hombros—. Es mía. Lo lamento. Nunca debí involucrarte.

—Así *es* —la fulmino con la mirada—. No deberías haberlo hecho. Ahora, pagarás por ello.

La agarro del brazo y la alejo bruscamente de Polina. Nikolai se aparta para dejarnos pasar. Siento a mi hermana a mi espalda, gritando algo, pero la bloqueo. Nada más existe en mi mente aparte de la pequeña *narushitel* que sigue cruzando líneas a las que nunca debería haberse aventurado.

Nikolai se queda atrás para tratar con Pol mientras arrastro a Alyssa de vuelta al sótano. En realidad, no tengo que arrastrarla en absoluto. Ella viene de buena gana, sin decir una palabra.

La hago girar hacia el sótano con tanta fuerza que casi tropieza. Consigue mantenerse en pie y gira lentamente sobre sí misma. Tiene los ojos empañados por las lágrimas.

—Uri —Su voz es apenas un susurro, así que ¿por qué se siente como si estuviera gritando?—. Lo siento mucho.

Un hombre mejor podría tener piedad. Pero ahora mismo no tengo la capacidad de perdonar. No

soy un hombre mejor. Nunca lo seré.

La miro fijamente durante un largo instante. Luego, antes de que pueda hacer algo de lo que me arrepienta, le cierro la puerta en las narices y subo corriendo a mi despacho.

Nikolai ya está allí cuando entro. —¿Polly? —le pregunto—. Está en su habitación. Está bastante angustiada por esto.

—Como debe ser. No puedo creer que eligiera a Alyssa en vez de a mí.

Nikolai alza una ceja, cauteloso. —No todo se trata de ti, Uri.

—Eso es bastante irónico, viniendo de ti —Nikolai abre la boca para replicar, pero levanto la mano y paro la discusión en seco—. No tenemos tiempo para esta mierda de rivalidad entre hermanos. Tenemos que idear un plan para recuperar a Lev.

Nikolai suspira y asiente. —Tenemos que entrar rápido.

—Rápido y brutal. Pero establecer contacto será difícil. Sobakin ha estado recluido durante semanas.

—Lo que significa que quiere que vayamos a él.

Es exactamente lo que *no* quería hacer. Quería atraerlo, forzarlo a dar el primer paso. Pero ahora, toda la dinámica ha cambiado. El poder ha vuelto a favor de Sobakin.

—Envié un equipo a investigar la casa de la chica —digo con cansancio—. La han saqueado. Se han llevado algunos objetos personales, incluido un portátil. Lo que significa que Sobakin le ha echado el ojo desde hace tiempo.

Niko no lo dice, pero las palabras no dichas cuelgan entre nosotros. *La convertiste en un objetivo desde el momento en que la sacaste en público.*

Lo ignoro, igual que ignoro todas las demás verdades incómodas de mi vida en este momento.

—Vamos a The Black Rose.

Nikolai abre mucho los ojos. —¿Estás de broma?

—¿Parece que estoy bromeando?

—Montamos un ataque en ese lugar hace solo unas semanas. Ya no es nada.

—Lo que significa que estará lleno solo con la gente de Sobakin. Habrá alguien allí que pueda darnos una pista. Y tal vez podamos usarla para recuperar a nuestro hermano.

—Uri. *Uri* —me sigue hasta la puerta, pero no estoy dispuesto a quedarme aquí solo para escucharle despedazar mi plan. Sigo moviéndome hasta que salgo de la casa—. ¡Por el amor de Dios, hombre, más despacio!

Giro tan rápido que casi choca conmigo. —Es una decisión tomada, Nikolai. Lev no está acostumbrado a estar ahí fuera, y menos sin mí, sin alguien en quien pueda confiar. Si esos hombres le hacen lo que le hicieron a Igor... —me pierdo en un agujero negro de pensamientos negativos—. Nunca me lo perdonaré.

—Esto no es obra tuya.

—*Soy* su tutor. *Soy* responsable de él. Lo que le pase es culpa mía. Ahora, ¿estás conmigo o no?

Nikolai respira hondo y asiente con firmeza. —Vamos.



ESTAMOS a medio camino del club cuando recibo una llamada en el teléfono del coche. Acepto y suena la voz de Stepan, alta y clara.

—Jefe, mi fuente me acaba de informar sobre el secuestro.

—¿Y?

—Boris Sobakin no está detrás de esto.

Debo haberlo oído mal. No puede ser. Sin embargo, a juzgar por la mirada de Nikolai, no lo hice. Doy un volantazo y aparco el coche en la acera.

—¿Qué quieres decir?

—Mi fuente es legítima, jefe. Quien secuestró a Lev... no es Sobakin.

Frunzo el ceño. —No puedo correr el riesgo de que no sea verdad.

—Irrumpir en The Black Rose sin toda la información probablemente no sea la mejor idea, hermano —dice Nikolai con voz mesurada.

Mi cabeza se acelera. —Espera... ¿es posible que los hombres que han estado vigilando la casa de Alyssa sean un enemigo totalmente distinto? —Nikolai parece escéptico, pero mis pensamientos van demasiado deprisa como para detenerme a pedirle su opinión. Me vuelvo hacia el teléfono—. Dijiste que se llevaron un montón de objetos personales de la casa. ¿Un portátil?

—Sí.

Asiento. —Tengo su móvil. Quizá haya una forma de rastrear el portátil desde el teléfono —los ojos de Nikolai se abren de par en par y lo tomo como una buena señal—. Si podemos rastrearlo, quizá podamos encontrar a Lev.

Es una posibilidad remota, pero es la única que tenemos.

Tenemos que encontrar a mi hermano.

ALYSSA

Estoy llorando demasiado como para preocuparme por respirar. Lo único que me mantiene atada a la realidad es mi Z, pero, cuanto más tiro de ella, más me pregunto si cederá y se romperá algún día. Si hubiera un día para que eso ocurriera, sería este.

Pero no puedo dejar de tocarlo. No puedo dejar de moverme. No puedo dejar de llorar. Si no hago ninguna de esas cosas, siento que me voy a volver loca.

Sinceramente, podría pasar eso a pesar de todo.

Todos los *y si* siguen rondando por mi cabeza y, por mucho que lo intento, no puedo evitar que se apoderen de mi conciencia.

¿Y si hubiera hecho que Lev volviera antes?

¿Y si nunca hubiera intentado marcharme?

Ahora que se lo han llevado, mi huida me parece egoísta, desconsiderada. Simplemente estúpida. Puse mis necesidades por encima de las suyas y este es el resultado.

Culpa. Dolor. Miedo.

No podré calmarme hasta que intente hacer las cosas bien. Lo cual es mucho pedir cuando estás atrapada en un sótano insonorizado sin nadie alrededor.

Todos mis vínculos con el mundo exterior se han ido también. Uri me quitó la Xbox y...

Espera. ¡Mi tableta!

He estado tan en mi cabeza que olvidé que puedo usar la tableta para contactar con alguien. O quizás incluso rastrear mi portátil. No lo había visto en mi casa destruida y, si mis saqueadores se lo llevaron, es posible que la tableta pueda decirme exactamente dónde está mi portátil. Que podría ser exactamente donde está Lev.

Tal vez.

Ojalá.

El corazón me late con fuerza mientras corro hacia la cama, donde me deshice de la mochila después de que Uri, furioso, me empujara al sótano.

Cada vez que pestañeo, veo ese ceño despiadado manchando cada momento hermoso que compartimos juntos. ¿Me perdonará alguna vez?

Esa mirada en sus ojos decía que no.

Intento encender la tableta, pero me doy cuenta de que está muerta. No me molesté en buscar el cargador en casa, lo que significa que no tengo forma de usarla.

—Vamos, vamos —murmuro mientras empiezo a rastrear el sótano en busca de un cargador que pueda usar.

Media hora más tarde, me quedo en blanco, con las esperanzas desinfladas, el pecho subiendo y bajando dolorosamente por la decepción de todo aquello.

—¡Ahhh! —grito salvajemente hacia el techo—. ¡Uri! Por favor, ¡déjame salir de aquí!

Sé que no puede oírme. Nadie puede. Nadie a quien le importe, al menos. Pero grito de todos modos porque, al menos, es algo que hacer.

Y entonces...

Clic.

Corro hacia la puerta, insegura de a quién me voy a enfrentar. Entonces veo su pelo pelirrojo oscuro y esos sorprendentes ojos avellana. —¡Polly!

Tiene los ojos hinchados y las mejillas enrojecidas, pero su mandíbula tiene una inclinación decidida con la que me identifico.

—Siento no haber podido venir antes —explica—. Tenía que asegurarme de que mis hermanos se habían ido.

—¿Saben dónde puede estar Lev?

—No lo sé. No estaban muy dispuestos a compartir conmigo, como te puedes imaginar.

—Lo siento, Polly. Todo esto es mi...

—No tenemos tiempo para eso ahora —interrumpe—. Tenemos que encontrar a mi hermano —puedo notar que ha estado en la misma montaña rusa emocional que yo en la última hora—. Escuché a algunos de los hombres de Uri hablando antes. Al parecer, tu portátil ha desaparecido de la casa.

Me agarro a ella esperanzada —¡Sí! Pero se han dejado mi tableta. Si podemos cargarla...

Los ojos de Polly se abren de par en par cuando termina—: ...entonces quizá podamos rastrearlo —ella asiente, cambiando al modo acción de inmediato—. Cargador. Entendido. Vuelvo enseguida.

Desaparece escaleras arriba y, unos minutos después, vuelve con un cargador en la mano. Lo enchufamos y nos acurrucamos junto a él. Veo nuestro reflejo en el cristal negro y desvío la mirada de inmediato. Quiero sentirme esperanzada, pero la expresión de mi cara me dice que ya me estoy temiendo lo peor.

—Ahora, esperamos —los segundos pasan más lentos que nunca. Cada sonido es dominado por mi corazón en estampida. No soporto los silencios largos, así que lo rompo con lo otro que circula por mi cerebro desde que se llevaron a Lev—. ¿Puedo pedirte disculpas ahora?

Polly suspira. —Teníamos las mejores intenciones. Salió mal. Tú no tienes la culpa, Alyssa.

—Tú tampoco.

—Ya lo sé. Pero no importa. Debería haberle protegido —ladea la cabeza y me mira con curiosidad—. Realmente te importa, ¿verdad?

—Sí, por supuesto. Y haría cualquier cosa para recuperarlo.

Polly me sonríe cuando el ícono de carga cambia a la pantalla de bloqueo. Las dos aspiramos al mismo tiempo. Cojo la tableta y tecleo mi código con dedos temblorosos. Tardo solo unos segundos en entrar en la aplicación para compartir dispositivos y comprobar la ubicación de mi portátil.

—Lo tienen —digo con confianza—. A unos... cuarenta minutos de aquí. Hacia Pasadena.

Polly mira la pantalla. —Creo que ahí es donde encontraremos a Lev.

Intercambiamos una mirada. —Yo... tengo que decírselo a mis hermanos. Pueden dirigirse allí de inmediato.

—Adelante.

Saca su teléfono y llama primero a Uri. No contesta. Luego llama a Nikolai. Tampoco contesta.

—¡Maldición! —grita, dando un manotazo—. No contestan.

—Polly, no quiero repetir los errores del pasado, pero esto es diferente. Si me dejas salir, puedo coger mi coche e ir yo misma por Lev.

Ella asiente. —Estoy de acuerdo. Vamos.

—Oye —agarro su mano antes de que pueda salir volando por la puerta del sótano—. No, no, no. No puedo llevarte conmigo.

—No te irás sin mí.

—No voy a ponerte en peligro. Ya jodí las cosas con Lev. Si tú también sales herida, Uri nunca me lo perdonará.

—¿Por qué te importa si te perdona o no? —abro la boca, pero no sale nada. Polly me hace un gesto con la mano en la cara—. Sí, ya lo sé. Es complicado. Ahora mismo no me importa tu extraña y disfuncional relación con mi hermano. Lo único que me importa es recuperar a mi hermano. No puedes hacerlo sola.

—Sí, puedo. Polly por favor...

Se planta delante de la puerta del sótano, con los brazos cruzados sobre el pecho. —O voy contigo o te encierro y hago esto por mi cuenta. Tú eliges.

La miro fijamente, con los ojos muy abiertos. —No lo harías.

—Mírame.

—Polly...

—Diez, nueve, ocho, siete... Deprisa, la oferta caduca en seis, cinco, cuatro, tres, dos....

—¡Bien, bien, *bien*! —grito. Ella sonríe maliciosamente mientras yo cedo—. Pequeña terrorista. Sí que eres una Bugrov.

Sonríe mientras subimos las escaleras. —Mis hermanos se llevaron a un grupo de hombres, así que hay poca seguridad en la finca. Nos facilita la salida a las dos.

—Podemos intentar salir por el lado sur otra vez. La valla lleva justo a mi casa.

Polly asiente. —Pero primero necesitamos provisiones.

Se mete en una habitación en la que nunca he estado y me veo obligada a seguirla para que una de las criadas no me vea merodeando por el pasillo. —Polly, ¿de qué provisiones estás hablando? ¡Polly, espera!

Me detengo en seco cuando veo la habitación. *Armas*. Hay armas por todas partes. Montadas en las paredes, expuestas tras estanterías de cristal, organizadas tras armarios de roble. Hay una sección separada para los rifles, otro rincón para la munición. Esto parece el sueño húmedo de Rambo.

—Dios mío —respiro, aquí de pie en estado de shock.

Polly se vuelve de un armario para revelar que lleva una pistola en cada mano. —Toma —dice, pasándome una.

Retrocedo rápidamente. No quiero estar cerca de ese tipo de cosas. —¿Qué estás haciendo?

—Alyssa, estamos tratando con hombres peligrosos. No podemos entrar desarmadas.

—Polly, ni siquiera estoy segura de cómo usar una de estas.

—No pasa nada. Yo sí sé. Es bastante simple. La cargas, la amartillas, apuntas, aprietas el gatillo. Asegúrate de que el cañón apunte al malo. Ah, y no falles —me pone la pistola en la mano—. No te preocupes, el seguro está puesto.

Me retuerzo. Desde el momento en que trepé esa valla, he sido como Alicia en la madriguera del conejo. En mi mundo, el domingo es día de la colada y paso mucho tiempo pensando si los gorriones vendrán al comedero de pájaros de mi ventana por la mañana. En el mundo de Polina, hay habitaciones llenas de armas y hombres malos en furgonetas blancas que vienen a secuestrar a su hermano.

Aquí las cosas son diferentes.

—Vamos —dice Polly con urgencia, tirando de mí hacia adelante—. No hay moros en la costa.

Nos resulta sorprendentemente fácil entrar en la casa. El jardín sur está despejado en todas direcciones, salvo cuando un guardia se apresura a dar una vuelta al perímetro a la velocidad de

la luz. Pero está solo y cuando desaparece hacia los jardines del norte, Polly y yo somos capaces de escalar la valla sin problemas. Esta vez no hay clavos sueltos que me arruinen la vida.

Una vez franqueada la valla, Polly y yo nos apresuramos a rodear la casa hasta mi pequeño garaje. Localizo la llave de repuesto y rezo para que le quede algo de combustible al depósito.

—Por favor funciona, por favor funciona, por favor funciona...

No respiro hasta que el motor se pone en marcha. Polly salta rápidamente al asiento del copiloto y tengo la sensación de que la preocupa que la deje atrás. Podría planteármelo seriamente si no pensara que es totalmente capaz de dispararme y echarme encima a sus hermanos.

Respiro hondo. —¿Estás lista?

Polly asiente. —Estoy lista.

Y así comienza.

Es un poco anticlimático, sin embargo. Son cuarenta y dos minutos del viaje más silencioso y aburrido de la historia. Parece como si estuviéramos yendo a la guerra, que es una contradicción hilarante entre el entumecimiento mental y un ataque al corazón.

Pero cuarenta y dos minutos pasan de un modo u otro. Para cuando llegamos, mis manos están lo bastante sudorosas como para resbalar del volante.

Cuando las casas empiezan a estar más espaciadas, aparco el coche en una esquina solitaria de la calle y Polly y yo nos dirigimos colina arriba, hacia el lugar que señala la tableta.

Vemos la casa cuando llegamos a la cima de la colina. No parece amenazadora, es totalmente normal, pero esa es probablemente la razón por la que Lev fue traído aquí.

Nadie que no lo supiera se daría cuenta.

La ansiedad me eriza la piel y me vuelvo hacia Polly. —Este es el plan: husmeamos, intentamos averiguar dónde tienen a Lev. Una vez que lo encontremos, tratamos de sacarlo lo más rápido posible. Si alguien viene a ti, dispara. Hasta entonces, quédate detrás de mí.

—Yo soy la que sabe disparar. ¿No deberías estar detrás de mí?

Entrecierro los ojos. —No hay negociación en esto. Yo soy la adulta aquí y vas a escucharme.

Polly suspira. —Bien. Yo te cubro.

—Vamos. No hay nadie en este lado de la casa. Podemos acercarnos sigilosamente a las ventanas e intentar ver el interior.

Hasta ahora, no he visto a nadie en la propiedad. Espero que los secuestradores de Lev estén tan seguros de su anonimato que se lo estén tomando con calma. Si podemos tomarlos por sorpresa, podríamos tener una oportunidad de rescatar a Lev.

Miro el arma extraña que tengo en la mano. Realmente no quiero tener que usar la pistola. Pero sé que si se trata de proteger a Lev o a Polly...

No dudaré en apretar el gatillo.

Obligo a Polly a ir detrás de mí mientras me dispongo a doblar la esquina. Estúpidamente, la miro cuando giramos. Por eso no veo al enorme hombre que se interpone en mi camino. Me golpeo contra su duro pecho y, al hacerlo, tengo tres pensamientos distintos en rápida sucesión.

Le he fallado a Lev.

Le he fallado a Polly.

¿Cómo he podido fallar tan pronto?

URI

Niko sigue desplazándose a través de toda la información que Stepan nos ha enviado. —Basándonos en esta localización y en la información que hemos desenterrado sobre Sobakin... este no es él.

Hago una mueca a la carretera mientras conduzco. —Solo Sobakin tendría motivos suficientes para intentar llevarse a Lev. ¿Quién más se atrevería?

—La Bratva Bugrov es poderosa, hermano. Con nuestro tipo de alcance e influencia, los enemigos salen de la nada.

—Todavía podría ser Sobakin —digo tercamente—. Podría haber contratado mercenarios. Esto podría ser solo una estratagema para cubrir sus huellas y evitar represalias para que el secuestro de Lev no caiga en su saco de culpas.

Nikolai frunce los labios y sigue refrescando la ubicación del portátil. —¿Le has dicho a los hombres dónde encontrarnos?

Es la segunda vez que hace esa pregunta. Estoy demasiado estresado para seguir siendo educado. —Ya te he dicho que sí.

Nikolai frunce el ceño. —No puedes culparme por ser minucioso. Tu juicio no ha sido precisamente bueno últimamente.

—Dime lo que piensas, hermano —gruño—. No te contengas.

Su cara se tuerce aún más. —¿Quieres saber lo que pienso? Qué bien. Nunca se habrían llevado a Lev si no fuera por tu obsesión con esta chica. Nunca deberías haberla llevado a la casa. Mucho menos al sótano.

Abro la boca para discutir, pero entonces me doy cuenta de que no tengo argumentos.

Tiene toda la razón.

Cometí un error de juicio al traer a Alyssa a mi casa y exponerla a mi familia, a mi mundo, a mis enemigos. Hice la vista gorda a sus incipientes relaciones con Polina y Lev porque parecía que les ayudaba a todos. Pero fue un error por mi parte.

—Nunca pensé que fueras el tipo de hombre que se deja seducir por una cara bonita.

No es solo una cara bonita. El pensamiento me asalta y trato de apartarlo. A fin de cuentas, no importa. ¿Y qué si es diferente a las mujeres con las que he estado antes? ¿Y qué si puedo hablar con ella?

¿Qué importa eso si no puedo *confiar* en ella?

—Vamos a recuperar a Lev —le aseguro a Nikolai entre dientes apretados—. Y, una vez que lo hagamos, Alyssa será enviada a algún lugar lejano y todos podremos volver a nuestras vidas tal y como eran.

Nikolai no responde, salvo para decir—: Ya casi hemos llegado.

Aparco al pie de la colina y salgo del coche. Comprobamos nuestro equipo, luego Nikolai y yo subimos. Él coordina con mis hombres. Solo puedo cavilar sobre todos los errores que cometí y que nos trajeron aquí.

—Ahí está la casa —señala Nikolai.

La casa en cuestión es un modesto edificio de dos plantas con un jardín cubierto de maleza que abraza la esquina. Si no estuviera tan descuidada, podría parecer idílica. En su estado actual, las paredes de ladrillo rojo se están desmoronando y la hierba se muere de sed.

—Yo iré por la izquierda. Tú ve a la derecha.

Nikolai asiente, saca su pistola y empieza a arrastrarse en su dirección, con escuadrones de hombres de Bratva desplegándose detrás de cada uno de nosotros. Me dirijo hacia el otro lado, sopesando mi arma en la mano. Hubo un tiempo en que la sentía pesada en la palma de la mano. Era consciente de que portaba la muerte.

Ahora, solo se siente como una extensión de mi mano. Parte de mí. Como si la violencia se fundiera con mi piel.

Oigo movimiento por detrás. No puede ser Nikolai; es imposible que haya hecho el circuito tan rápido. Me tenso al instante, tomo la curva con fuerza...

Y alguien choca conmigo, completamente cegada por mi presencia.

Tengo que decirlo: el sentimiento es mutuo.

—¡Alyssa! —dos pares de ojos muy abiertos me miran sorprendidos—. ¡Polly!

—Oh, puta mierda —murmura Polly—. Nunca nos dejará olvidar esto.

Alyssa alzas las manos y se coloca justo delante de Polly. —No le grites. Fue idea mía.

—No le gritaré —gruño, agarrándola de la mano y tirando de ella hacia mi pecho para poder estallar en su cara—. *Tú* eres el puto problema aquí. ¿Alguna vez haces lo que se te dice?

—En serio, Uri —Polly me frunce el ceño—. ¿Cuándo te volviste tan bruto? Suéltala.

Miro fijamente a mi hermana. —¿No tienes ya bastantes problemas? ¿De verdad quieres empeorar las cosas?

Impertérrita, me devuelve la mirada. —¿Intentas dejarle más moratones en el cuerpo? ¿Los de su

cuello no son suficientes para ti?

—Polly —dice Alyssa suavemente—, está bien.

Instintivamente, alargo la mano y le quito el pelo del cuello a Alyssa. Los moratones son brillantes y coloridos, y me horrorizan. Porque sé que he sido *yo* quien se los ha causado.

Que me jodan. Nada sale según lo planeado. No importa cuánto lo intente, todo se me escapa de las manos.

Bajo el brazo. Alyssa retrocede lentamente, todavía manteniendo su cuerpo entre el mío y el de Polly. —Escucha, usé mi tableta para rastrear mi portátil. Supusimos que Lev estaría en el mismo sitio. Polly intentó ponerse en contacto contigo y con tu hermano, pero como no atendieron, decidimos venir nosotras.

Es una explicación razonable, excepto por la parte en la que trajo a mi hermana de catorce años.

—Yo me encargo a partir de aquí —doy un paso hacia Alyssa y me agacho para que mi nariz quede a un palmo de la suya—. Lleva a mi hermana de vuelta a casa ahora. Si no estás allí cuando vuelva, supondré que has decidido asumir tus propios riesgos. Estarás fuera de mi protección y tú vida dependerá enteramente de ti. ¿Entendido?

Ella asiente.

Saco mi pistola y se la ofrezco. —Toma. Toma esto. Úsala si es necesario.

Ni siquiera pestañea, ni coge el arma que tengo en la mano. Pero saca otra pistola de la cintura de sus vaqueros y me la pone delante. —Gracias, pero tengo la mía —se gira y agarra la mano de Polly—. Vamos, Polly, vámonos.

¿Qué carajo? ¿Quién es esta mujer?

Hay un nuevo aire de confianza en Alyssa mientras conduce a Polly fuera de la casa. Es casi suficiente para hacerme sentir que ella puede manejar esto. Que tal vez, una parte de ella fue hecha para este tipo de vida, con este tipo de apuestas.

Nikolai dobla la esquina justo cuando Alyssa y Polly llegan a la cuesta. —¿Qué carajo? ¿Esa es...?

—Decidieron organizar una misión de rescate por su cuenta. Ahora vuelven a casa.

—Dios mío, realmente no tienes ningún control sobre ella, ¿verdad?

No tengo ni idea de cuál está hablando. Pero a estas alturas, dudo que importe; tiene razón de cualquier manera. No tengo control sobre ninguna de las dos.

—Envía un mensaje a seguridad en la finca. Diles que me informen en cuanto vuelvan a casa.

—*Si* vuelven a casa —murmura Nikolai en voz baja antes de mirarme—. Nos ocuparemos de eso más tarde. Sé dónde tienen a Lev.

Me tenso de inmediato. —Lo encontraste.

—Está en una habitación a la vuelta de la esquina de donde vengo. No pude ver a nadie más

aparte de dos hombres. Ambos armados.

Me agacho y sigo la estructura de la casa hasta llegar a la primera ventana. Asomo la cabeza desde la esquina más alejada y veo a uno de los dos soldados enemigos que Nikolai había visto. Me escondo detrás de la zarza que trepa por el lateral de la ventana para camuflarme bien.

Cuando echo un segundo vistazo, veo a Lev. Lo han atado a una silla por las piernas y los brazos. Tiene la cabeza tan agachada que la barbilla prácticamente le toca el pecho. Tiembla lentamente, un balanceo de todo el cuerpo que delata su estado de terror.

Quiero *asesinar* a cada persona que le hizo esto. Muy pronto, eso es exactamente lo que haré.

Solo tengo que encontrar una manera de entrar y asegurarme de que no se lastime en el proceso. Ese es mi trabajo. Asegurarme de que Lev esté a salvo. Asegurarme de que Polly esté a salvo. Asegurarme de que Alyssa esté...

Sacudo la cabeza, intentando sacar su nombre de la ecuación. *No es de mi familia. No tengo que protegerla.*

Son Lev y Polly a quienes tengo que cuidar. A quienes tengo que proteger. Y si no puedo hacer eso... si no puedo mantenerlos a salvo...

¿Quién soy yo?

ALYSSA

La ansiedad me recorre el vientre como un nubarrón.

Llevo la pistola guardada en la cintura del pantalón, pero no dejo de pensar: *¿Y si se dispara?*

Para. Tienes que mantener la calma. Por Polly.

Aún tengo su mano entre las mías, pero ella arrastra los pies demasiado para mi gusto, echando miradas hacia atrás por encima del hombro cada pocos pasos.

—Vamos, Polly —jadeo—. Tenemos que salir de aquí.

—Pero Lev...

—Tus hermanos recuperarán a Lev. Lo traerán de vuelta a casa. Te lo prometo.

Arranca la mano de debajo de la mía y me fulmina con la mirada y, por un instante de locura, no la veo a ella, sino a Ziva, alta, orgullosa y desafiante más allá de su edad. Luego, parpadeo y mi hermana vuelve a desaparecer. Como siempre.

—No puedes prometerme eso. No tienes ni idea de lo que va a pasar. Lev no es como los demás, Alyssa. Incluso si lo recuperan, no tenemos ni idea de si va a estar bien.

Tiene los ojos muy abiertos y le brillan las lágrimas. Dejó caer la máscara de la madurez y, tras ella, puedo ver a la niña asustada que está aterrorizada por sus hermanos.

—Además, ¡ya me odia! Y ahora, he ido y he hecho que lo secuestren. Necesito estar allí. Necesito estar allí con ellos.

Trata de correr hacia la colina, pero la agarro y la fuerzo a detenerse. —Sé que esto es mucho, pero no estamos equipadas para manejar esta situación, Polly. Tus hermanos...

—¡Estoy *harta* de dejárselo todo a ellos! No tienen que llevar la voz cantante todo el tiempo. Yo también puedo opinar. Soy parte de la familia, ¿no? Yo cuento. Yo importo.

La cojo de las manos y asiento. Estoy desesperada por sacarla de aquí, pero también quiero que sepa que la escucho. Que la entiendo. —Nadie podría pensar que no cuentas, Polly. Eres una joven increíble y estuviste dispuesta a arriesgar tu propia seguridad para venir aquí y ayudar a Lev. Eso cuenta.

Parece escéptica, y con razón, porque ninguna parte de mi pequeño discurso está diseñada para darle la impresión de que la dejaré volver a esa casa de los horrores. —Por favor. Déjame volver a subir. Solo quiero saber que todo va a salir bien.

La acerco más a mí. —A veces, lo mejor que podemos hacer es confiar en otra persona, Polly. La mayoría de las veces, es lo más valiente que podemos hacer. Ahora, prometí llevarte de vuelta a casa sana y salva, y eso es lo que voy a hacer.

Una lágrima de impotencia resbala por el rostro de Polly mientras tiro de ella cuesta abajo hacia mi coche. Me pesa el estómago. También mis pies. Ojalá pudiera quedarme tanto como Pol. Como ella, necesito ver a Lev. Necesito saber que está bien.

Llegamos al coche. La casa ya no está a la vista, escondida detrás de la colina. Pero las nubes se sienten bajas y premonitorias, como si colgaran a escasos centímetros sobre nuestras cabezas, y el sudor frío bajo mis brazos me punza incómodamente. El día no parece el adecuado.

Entonces, la oigo gritar.

—*¡Argh!*

Se me caen las llaves del coche y me doy la vuelta para ver a un hombre enorme agarrando a Polly. Sus piernas se agitan furiosamente, pero sus gritos son amortiguados por el trapo húmedo que le está apretando contra la boca.

¿Qué es ese olor...?

Y entonces me doy cuenta: cloroformo.

Voy a coger mi pistola cuando alguien intenta agarrarme por la espalda. A duras penas consigo zafarme de su agarre, pero no llego muy lejos antes de que otro par de brazos desciendan sobre mí.

—¡No! —grito, pateando mis piernas en la misma dirección que Polly.

A diferencia de ella, yo me libero de quienquiera que intente hacernos daño. Tanteo con la pistola y consigo sacarla y apuntar a los enmascarados que nos rodean, aunque Dios sabe que ni siquiera estoy segura de que el seguro esté quitado. Soy una amenaza tanto para mí como para ellos.

—Está armada. Deprisa —gruñe alguien.

Me tiemblan las manos mientras intento recordar las instrucciones de Polly. *La cargas, la amartillas, apuntas, aprietas el gatillo...*

—Vamos, vamos... —levanto el brazo, dispuesta a disparar—. ¡Ahh!

Antes de tener la oportunidad de demostrar que no soy tan inútil como todos creen, un puño me golpea en el estómago. La pistola sale volando de mi mano y caigo al suelo con fuerza, viendo estrellas. Me muevo en cuanto caigo, intentando recuperarme, decidida a no perder a Polly como perdí a Lev.

Uri nunca me perdonaría. Y no podría culparle: Yo tampoco me lo perdonaría nunca.

Pero en posición vertical o en el suelo, no hay diferencia: me superan en número. Más hombres convergen. Me agarran por los brazos y las piernas y, por mucho que intento ponérselo difícil, no consigo soltarme. Mi pie choca con algo, pero no son los cráneos de esos malvados hijos de puta, sino el retrovisor lateral de mi coche. La patada lo arranca de cuajo y se estrella contra el suelo, esparciendo fragmentos de cristal por todas partes.

Cuando los hombres me dan la vuelta y se disponen a meterme en su furgoneta, veo mi reflejo en uno de los fragmentos rotos.

Parezco desquiciada. El pelo volando por todas partes, los ojos muy abiertos y desesperados, la boca entreabierta en una inhalación agitada. En ese mismo reflejo, veo a uno de mis captores sacar un trapo de su bolsillo y acercármelo a la boca.

—No...

Pero ya no importa lo que yo quiera. Me lo pone en la cara y ese olor a cloroformo invade mis sentidos. Mi estómago palpita de dolor y mi último pensamiento a medias antes de ver la oscuridad es: *Mi bebé*...

ALYSSA

Todo duele.

Me escuecen los brazos y las piernas por mil sitios. Me duele la cabeza y se me revuelven las tripas. Incluso pestañear me duele.

Está oscuro dondequiera que esté, pero al cabo de unos minutos, mi vista se adapta a la oscuridad lo suficiente para confirmar que me duelen todos los miembros porque me han atado a esta cama.

No hay nada que ver aquí: paredes de hormigón desnudas, techo manchado de agua, aparte de una segunda cama con un bulto oscuro encima. —¿P-Polly? —solo obtengo un gemido como respuesta, pero empieza a tomar forma y estoy bastante segura de que es ella—. Polly, soy yo. Alyssa.

—A-Alyssa... ¿dónde estamos?

De repente, mi dolor parece mucho menos importante. Solo puedo pensar en Polly, atada como yo, aterrorizada e indefensa.

—No lo sé, cariño.

—La misma gente que se llevó a L-Lev... n-nos llevaron... oh, Dios...

—Oye, Pol —digo suavemente, usando la misma voz que uso con Lev—, necesito que respires hondo y te concentres en mi voz, ¿vale? Tenemos que mantener la calma.

Deja escapar otro par de sollozos, pero, poco a poco encuentra el ritmo de su respiración. Sigue temblando, pero está menos empapada de miedo que hace un momento.

Parpadeo y una lágrima resbala por mi mejilla. Me recuerdo a mí misma que debo seguir mi propio consejo. *Respirar*. Tras un par de respiraciones, mis propias inhalaciones y exhalaciones se igualan.

—Vamos a salir de esta.

—¿Es otra promesa?

—Es una esperanza y una plegaria, todo en uno.

—No creo en las plegarias. No se hacen realidad a menos que tú las hagas realidad.

Me río con lágrimas en los ojos. —Eso suena como algo que Uri diría.

—En realidad, *es* lo que él dice. Solía oírselo decir todo el tiempo de pequeña.

Asiento. —Es difícil creer en un poder superior cuando has perdido a personas queridas a una edad temprana. Tuve una crisis de fe cuando era adolescente.

—¿Qué pasó cuando eras adolescente?

No tenía intención de hablar de Ziva. Es decir, nunca tengo la intención consciente de hablar de Ziva, pero también me estoy dando cuenta de que hablar de ella ya no me parece tan imposible como antes. Me pregunto cuándo sucedió eso. —Perdí a mi hermana cuando tenía diecisiete años. Éramos gemelas.

—Dios mío —Polly se endereza todo lo que le permiten sus ataduras. La luz de la luna a través de la ventana cae sobre ella en rayos oblicuos, proyectando la mitad de su cara en un brillo blanco nacarado—. Eso debe haber sido duro.

—Creo que no más duro que perder a tus padres a los... ¿Cuántos años tenías?

Se muerde el interior de la mejilla. —Siete.

—¿Te acuerdas de ellos?

—Partes de ellos —admite Polly—. Recuerdo a mamá metiéndome en la cama por la noche. Recuerdo a papá balanceándome en el aire y llevándome a hombros. Pero a veces... —suspira—. A veces, no estoy segura de si estoy recordando a mi padre o si estoy recordando a Uri —las lágrimas no derramadas brillan en la penumbra—. Él sustituyó muchos recuerdos para mí. Hay días en los que no sé si eso es bueno o no.

—¿Son recuerdos felices?

—Sí.

—Entonces, es algo bueno.

Ella sonríe con tristeza. —¿Cómo murió tu hermana?

—Cáncer. Le diagnosticaron leucemia justo después de cumplir dieciséis años. Fue un año y medio duro.

—Sé que esto puede sonar... mal... pero al menos pudiste despedirte, ¿sabes?

Me trago el sabor acre que tengo en la boca. —Eso parece. Pero es lo que tiene la muerte: aunque la veas venir, no estás preparado. Pasé gran parte de ese año y medio negándome a creer nada de lo que me decían. Supongo que tenía la esperanza de que Ziva superara las probabilidades. La convencí de que siguiera luchando, de que continuara con la quimio porque creía sinceramente que podría recuperarse. Pensé que la estaba protegiendo. Pero en realidad... solo estaba en negación.

—Tenías esperanza —ofrece—. Lo entiendo. Uri era mi esperanza. Creo que dormí a su lado durante todo el primer año después de la muerte de mamá y papá. Cuando me despertaba con pesadillas, me cogía en brazos y me llevaba por la habitación hasta que podía volver a respirar.

O, si no podía volver a dormirme, me cantaba.

Se me cae la mandíbula. —¿Te *cantaba*?

Polly se ríe suavemente. —En realidad tiene una voz increíble. Solo que no la usa muy a menudo. Sé lo que estás pensando: ¿qué no puede hacer, verdad?

—Nada, parece —murmuro distraída—. Excepto ser vulnerable —Polly gira la cabeza hacia mí y me muerdo la lengua—. Lo siento, se me ha escapado.

Se ríe entre dientes. —No, está bien. Tienes toda la razón. No es bueno en eso.

—¿Siempre fue así?

—Bastante. Al menos, desde que tengo uso de razón. Pero también era muy joven cuando ocurrió todo. Se convirtió en el responsable de toda la familia y de toda la Bratva en una noche.

Frunzo el ceño. —¿Puedo preguntarte algo, Polly?

—Claro.

—Nikolai es mayor que Uri, ¿verdad?

—Mm. ¿Quieres saber por qué Uri se hizo cargo y no Nikolai? —se mueve. Las sábanas se arrugan con su movimiento limitado—. Por lo que pude ver, Nikolai se derrumbó justo después de la muerte de mis padres. Se encerró en sí mismo y se negó a participar en nada. Así que Uri tuvo que encargarse. Él era el que estaba en el hospital cuidando de Lev. Era el que estaba en casa cuidando de mí. Era el que estaba en todas las reuniones de la Bratva, tomando decisiones. No creo que quisiera ser *pakhan*, creo que lo eligieron. Y para cuando Nikolai reapareció, el status quo se había establecido. Uri se convirtió en quien tenía que ser.

—Oh —digo en voz baja. Es una historia a grandes rasgos, pero me parece percibir pequeñas lagunas en las que brilla la angustia. Me imagino a Uri enterrando su dolor cada mañana mientras se levantaba para hacer lo que su familia necesitaba. Empujándolo todo hacia lo más profundo de su ser para que no saliera de su interior y lo estrangulara.

Conozco esa sensación.

He *vivido* esa sensación.

—No lleva el corazón en la mano porque tiene miedo de perderlo, Alyssa. Sé que se preocupa por ti, pero le aterroriza perder a alguien más. Especialmente, a alguien que es tan importante para él como tú.

Un tímido escalofrío me recorre la espalda. —Uri y yo solo somos... —bueno, ¿qué *somos* exactamente?—. Uri y yo no somos nada.

Polly levanta un poco las cejas. Es increíble cuánto puedo ver ahora en la oscuridad. —Tengo catorce años, Alyssa. No soy estúpida.

Sonrío. —Nadie podría acusarte de ser estúpida, Polly.

—¿Quieres a mi hermano?

Me alegro de que no vea que mis mejillas están rojas. —Esa es una pregunta pesada.

Polly se encoge de hombros. —Mira dónde estamos. Supongo que es el momento de las preguntas pesadas.

Puede que tenga razón, pero no me atrevo a decirlo en voz alta. Demonios, ni siquiera puedo decírmelo a mí misma. —Es diferente de lo que esperaba. Me importa...

—Eso no es lo que he preguntado.

—Lo que siento por él es... complicado —digo finalmente.

No es exactamente una mentira. Pero tampoco es la verdad. Hay una parte de mí que siente odio, rabia y resentimiento hacia Uri. Estoy frustrada y cansada de las constantes y nauseabundas idas y venidas que me inflige.

Pero, en medio de todas esas emociones negativas, está la verdad de lo que siento.

Que es que *odio* decepcionarlo. *Odio* haberlo defraudado exponiendo a sus hermanos al peligro.

Y la única razón por la que me siento así es porque lo admiro y respeto por la forma en que cuida de su familia. Me preocupa quién cuida de él mientras él está ocupado cuidando de todos los demás. Tengo miedo de que esté en peligro ahora mismo y deseo más que nada volver a verlo.

Y no solo por el hijo que accidentalmente hicimos juntos.

Por *mí* también.

Pero, como afrontar esa verdad me parece demasiado duro, demasiado aterrador, demasiado chocante... recurro a mi mecanismo de supervivencia y me aferro a la negación.

—¿Crees que vendrá por nosotras? —pregunta Polly con una voz tensa a punto de llorar.

—Polly, tú y yo sabemos que él moverá montañas por ti. En el poco tiempo que conozco a tu hermano, sé que es verdad. Necesitas creerlo.

—Yo-yo lo creo... —dice suavemente—. Solo estoy asustada.

—Sé que lo estás. Yo también. Pero no te preocupes —le aseguro, decidiéndome en ese mismo instante—. Yo estoy aquí. Te protegeré.

—¿Por qué harías eso por mí?

Por un momento, me quedo perpleja. No es que no tenga una razón, es que tengo muchas.

Es porque no pude salvar a mi propia hermana.

Es porque la vida me ha dado la oportunidad de volver a intentarlo.

Es porque, esta vez... no puedo permitirme fallar.

No lo haré.

URI

Hay dos hombres en la habitación con Lev, señalo a Nikolai*, dos más justo fuera de la habitación y uno en la cocina.*

Asiente y empieza a hacer señas. *Tú coge los dos de delante y yo...*

Sacudo la cabeza con fuerza. *Lev tendrá que verme primero. Tú coge los dos de delante.*

Nikolai se detiene en seco. Se lo piensa un segundo y luego asiente. Por mucho que lo deteste, sabe cuándo debe cederme la palabra. Especialmente, cuando se trata de Lev y Polly.

Envío un mensaje a nuestros hombres. Tenemos doce soldados en total, lo que significa que acabar con estos cabrones será bastante fácil. Solo tengo que asegurarme de cogerlos por sorpresa antes de que puedan herir a Lev o utilizarlo para hacer un trueque por sus vidas.

Veo a Stepan y Josef a lo lejos y les hago una señal para que vengan hacia mí. El resto de los hombres se separan y se dirigen a la parte delantera de la casa con Nikolai. Yo me quedo justo debajo de la ventana de la habitación, donde tienen a Lev. Uno de los enemigos está ocupado metiéndose algo crujiente y ruidoso en la boca.

—¿Tienes más de esos?

—No, acabo de terminarlos.

—Bastardo codicioso.

—Mira al imbécil. Está babeando. Supongo que tiene hambre.

—¿Tienes hambre, imbécil? —cuelga una patata frita delante de la cara desplomada de Lev.

No importa. A la mierda el plan. A la mierda las precauciones. *Haré pedazos a estos cabrones.*

Antes de que Stepan y Josef me alcancen, me lanzo y atravieso la ventana con la pistola desenfundada. Aprieto el gatillo y el primero de los dos captores cae muerto, con el polvo de virutas naranjas aún cubriéndole los labios. El segundo tiene la mano agarrada a la funda, pero no tiene tiempo de desenfundar el arma.

Oigo gritos, chillidos y más disparos. Pero, por ahora, la habitación en la que estoy tiene un silencio inquietante.

Me acerco al cabrón de nariz chata, cuyos ojos no dejan de mirar a su amigo muerto, tendido sobre la baldosa manchada a unos metros de distancia.

Lev se balancea de un lado a otro, haciendo que la silla se tambalee. —Lev, *brat* —digo suavemente sin apartar los ojos del hombre que pronto morirá—. Todo va a salir bien. Mantén la calma. Respira.

Me acerco. El hombre de nariz chata es ahora puro terror. Puedo oler su sudor, mezclado con el hedor de la sangre supurante de su amigo. No se mueve mientras me acerco más y más. Demasiado congelado por el miedo.

Patético.

Aunque facilita las cosas.

Alargo la mano y lo agarro por los hombros. —Haré esto rápido para ti —ronroneo—. No te lo mereces, pero lo haré de todos modos. Lev... mira hacia otro lado.

Entonces, abrazo al miserable bastardo contra mí y le retuerzo el cuello.

POP. Los huesos crujen y él se desploma al suelo, sin vida, incluso antes de haber caído del todo.

Una vez terminado ese feo asunto, me limpio las manos en los pantalones y me vuelvo hacia Lev, arrodillándome frente a él para empezar a cortar sus ataduras con mi navaja.

No hace contacto visual. En vez de eso, murmura algo ininteligible para sí mismo mientras se balancea de un lado a otro.

—Lev. Hola, soy yo. Tu hermano. Soy Uri.

Los murmullos se hacen más fuertes, el balanceo se acelera y, si rozo cualquier parte de él, retrocede y gimotea.

Me devano los sesos para pensar en una forma de calmarlo. *¿Qué haría Alyssa?* Es exasperante que piense en eso, pero es mi primer instinto. ¿Qué *haría* ella?

Probablemente le daría espacio al principio hasta que estuviera listo para escucharla. Me alejo un poco, satisfecho de que las ataduras ya no le hagan daño. Tiene algunos cortes y rasguños, pero por lo demás parece relativamente ileso. Al menos, físicamente.

Lo que me preocupa es lo que pasa detrás de sus ojos desorbitados.

—Lev. Soy yo. Uri. ¿Puedes oírme? —el murmullo no se detiene—. Lev, ahora estás a salvo. Me deshice de esos hombres malos. Nos vamos a casa.

—¿A casa? —el balanceo se ralentiza.

Me acerco un poco más. —Sí, a casa. Ahora estás a salvo.

—¿Alyssa?

Me quedo helado. —¿Qué?

—Alyssa —repite—. La quiero.

No me jodas. Estoy a punto de decirle que verá a Alyssa en casa, pero me detengo en el último momento. Incluso suponiendo que me hiciera caso por una vez, no se sabe lo que haré cuando la vuelva a ver. La rabia que me invade con solo pensar en ella es suficiente para cegarme.

—Lo sé, amigo. Sé que eso quieres. Pero, por ahora, tenemos que salir de aquí, ¿de acuerdo?

—Quiero a Alyssa en casa.

—Veré lo que puedo hacer, ¿vale? —sigue moviéndose cada pocos segundos, pero me permite cortar el resto de sus ataduras—. ¿Quieres tomar mi mano?

Lev se aleja de mí. —Quiero a Alyssa.

Estoy perdiendo la paciencia rápidamente y, cuanto más intento controlarlo, más difícil me resulta. El hecho de que siga preguntando por la misma mujer que lo metió en este lío en primer lugar no ayuda.

—Lev —de mala gana, vuelve sus tristes ojos azules hacia mí—. Confías en mí, ¿verdad? —la vacilación es demasiado larga para mi gusto, pero al final asiente—. Bien. Entonces, coge mi mano y ven conmigo.

Lo hace, pero su mano casi vuelve a resbalar de la mía porque está empapada de sudor. Lo agarro con fuerza y lo saco de la habitación con la pistola preparada.

Afuera, no hay moros en la costa. Nikolai y mis hombres están agrupados en la sala de estar. Observo una pila de enemigos muertos en un rincón y un último vivo que tiembla de rodillas frente a Nikolai.

—Stepan —ordeno—, lleva a Lev afuera y mantenlo a salvo hasta que terminemos aquí.

Lev agacha la cabeza mientras Stepan lo empuja fuera de la casa. Nikolai se vuelve hacia mí y señala al hombre que está de rodillas entre nosotros. —Es el cabecilla. Y se niega a hablar.

Doy vueltas a su alrededor mientras evalúo al tipo. Es bajo pero musculoso. Tiene los ojos castaño oscuro y el pelo rubio ceniza en punta.

—Ustedes, cabrones, no me sacarán nada.

Levanto las cejas. —Parece un reto. Josef, Hanz, llévenselo. Viene con nosotros.

Se ríe como un loco cuando mis chicos lo levantan bruscamente y empiezan a empujarlo hacia la puerta. —¡No tienes ni idea de lo que te espera! —cacarea mientras lo obligan a entrar en la parte trasera de uno de mis jeeps—. *Ni* puta idea.

La puerta se cierra sobre él y me vuelvo hacia Nikolai. —¿Le sacaste algo?

—Solo esto—, dice, sosteniendo el teléfono del tipo. —Tiene instalado un identificador táctil, pero pude forzarlo a poner su pulgar. Aunque tiene activada la función de borrado automático. Todas estas conversaciones de texto desaparecen al cabo de una hora.

—¿Conseguiste algo?

—Nada. Todo borrado.

—Mierda —refunfuño mientras me paso una mano por el pelo—. No importa. Ese teléfono podría ser útil en algún momento. Y él también. Por ahora, llevemos a Lev a casa.

Estamos bajando la colina con Lev entre nosotros cuando me fijo en el coche de Alyssa. *¿Qué carajo?* Le dije expresamente que volviera...

Me detengo en seco cuando me doy cuenta de que a su coche le falta el retrovisor lateral. De hecho, está tirado en la carretera a unos metros, con los cristales rotos esparcidos por el asfalto.

—Lev —le digo suavemente—, ve con Stepan y Yevgeny. Nikolai y yo llegaremos pronto. Podrás vernos desde la ventana, ¿vale? Estamos aquí mismo.

Lev parece receloso, pero también tiene ganas de meterse en un espacio oscuro y cerrado, así que los acompaña a regañadientes. Cuando se han ocupado de él, Nikolai y yo nos dirigimos rápidamente hacia el vehículo de Alyssa.

—Esto no es bueno, Uri. No es jodidamente bueno —se acaricia la barbilla—. ¿No es posible que ella simplemente... se haya ido de la ciudad? ¿Intentando que pareciera que alguien fue tras ella?

Miro fijamente a mi hermano. —Polly estaba con ella. Ella nunca habría hecho algo así con Pol.

—¿Estás seguro?

Lo extraño es que *estoy* seguro. Puede que Alyssa no confíe en mí. Puede que ni siquiera le caiga muy bien ahora mismo. Pero ella quiere a mis hermanos. Nunca lastimaría a propósito a Lev o Polly. No es lo más conveniente cuando estoy decidido a dejarle saber lo furioso que estoy, pero no puedo negar que eso es lo que siento.

Ping.

Me vuelvo hacia Nikolai. —Eso fue...

—El teléfono —dice Nikolai, mirando la pantalla. Sus ojos vuelan de un lado a otro.

Luego, palidece. —Puta mierda.

Cojo el teléfono y leo el mensaje de texto que acaba de llegar.

JEFE: ***Tenemos a las chicas. Haz lo que quieras con el chico idiota.***

Mi corazón late frenéticamente mientras marco el mismo número del que procede el mensaje. Tarda un par de minutos en sonar, pero entonces oigo una voz grave y áspera, que me resulta vagamente familiar.

—Creí haberte dicho que no me llamaras a este número.

Esa voz. Es inconfundible.

Boris Sobakin.

Cuelgo y dejo caer el teléfono en el bolsillo del pantalón. —¡*Joder*! —grito.

—Los recuperaremos, Uri —me asegura Nikolai.

Pero apenas lo oigo. Lo único que resuena en mis oídos ahora mismo son mis propias dudas, mi propia sensación de incapacidad. Mis propios jodidos fracasos.

Porque, si no puedo mantenerlos a salvo...

¿De qué sirvo?



Continuará

La historia de Uri y Alyssa continúa en el Libro 2 del dúo de la Bratva Bugrov, SANTUARIO DE MEDIANOCHE.